

Selecta



Antología
de relatos
románticos

Navidad
2018

Para que estas fiestas...
sean mágicas...

Antología de relatos románticos

Navidad 2018

Alina Covalschi, Ana F. Malory, Ana María Álvarez Estévez, Andrea Muñoz Majarrez, Anny Peterson, Antonio Sánchez, Ava Cleyton, Begoña Gambín, Betina Shablíko, Bruno Puelles, Camilla Mora, Catherine Brook, Chris de Wit, Chris Razo, Christine Cross, Díaz de Tuesta, Eleanor Rigby, Eneida Wolf, Eva Benavidez, Fabiola Arellano, Francine J. C., Gabriela Cano, Iris Romero Bermejo, Isabel Jenner, Ivette Chardis, Jimena Cook, Julianne May, Kathia Iblis, Laura Adriana López, Mairi Duan, Mar P. Zabala, Marcia Cotlan, Mari Díaz, María Ferrer Payeras, Marian Arpa, Marian Viladrich, Marion S. Lee, Mavi Tomé, Mayte Pascual, Mía Martín, Mina Vera, Mimi Romanz, Nadia Noor, Nekane González, Nieves Hidalgo, Nuria Espert Más, Nuria Rivera, Olga Hermon, Paula Alaimo, Pilar Piñero, Priscila Serrano, Reina González Rubio, Rocío Mulas, Ross Callum, Ruth M. Lerga, Sandra Bree, Sandra Heys, Valeria Naya, Vanessa Lorrenz

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Querida lectora:

Tienes en tus manos una colección de relatos de Navidad creada por autoras y autores de Selecta. Cada uno de ellos narra un romance acontecido en esta mágica y entrañable época del año y la protagoniza un personaje secundario de alguna de las novelas que puedes encontrar en nuestro catálogo.

Esta Antología de relatos navideños es un regalo a las miles de lectoras de Selecta que cada mes se entusiasman con nuestros títulos.

Me consta la ilusión, el empeño y el infinito cariño que han puesto todas las personas que han participado en la creación de cada historia, pues además de escribirla con la dedicación y el amor con que lo hacen siempre, han puesto su corazón al preparar este obsequio en exclusiva para ti.

Espero que lo disfrutes y que te emociones con cada página de esta recopilación

Escritoras, escritores y quienes formamos parte de Selecta te deseamos una muy feliz y romántica Navidad 2018.

Lola Gude

Editora de Selecta

Alina Covalschi

¿Papá Noel o novio?

Las puertas del ascensor se abrieron y casi me dio un infarto cuando vi lo que había montado una de mis empleadas. Odiaba la Navidad y todo lo que era relacionado con esa fiesta tan descabellada. El año pasado tuve que despedir a diez personas por haber colocado un árbol de Navidad al lado de mi oficina. Y tuvieron el descaro de reprocharme que no había apreciado el esfuerzo que pusieron en adornarlo.

Me acerqué a la mesa y tiré al suelo al dichoso Papá Noel de juguete. La chica alzó la mirada, sorprendida, y se puso de pie.

—Buenos días, jefa —dijo en silencio, formando claramente las palabras con los labios.

—Estás despedida. Recoge tus cosas y vete ahora mismo.

—Lo siento... —Sus manos empezaron a temblar y agachó la mirada—. Necesito este trabajo, mi madre está enferma y...

—Fuera. ¡Lárgate de mi vista! —dije, irritada.

Alcé la mirada y vi como los demás agacharon las cabezas. Nadie se atrevía a llevarme la contraria porque sabían que se quedarían sin trabajo.

—¡Carla!

Puse los ojos en blanco y tiré de mi vestido hacia abajo. Había llegado el buen samaritano, el hombre más débil que existía en la tierra.

—¿Qué quieres, Clark? —Se me escapó un gemido de rabia—. ¿No ves

que estoy ocupada?

Miré de reojo a esa chica. Lloraba mientras recogía sus cosas. No me daba pena, se lo merecía.

—Ven conmigo. —Me agarró por el brazo y me arrastró hasta su oficina.

Cerró la puerta y se apoyó en ella. Permanecía inmóvil y en silencio, mirando con preocupación mi cara.

—¿Desde cuándo nos conocemos? —preguntó, y cruzó los brazos sobre su pecho—. Alrededor de cinco años, ¿verdad?

—¿A qué viene esto? No tengo tiempo para tus tonterías, hoy tengo tres reuniones y...

—¿Quieres callarte y dejarme hablar? —preguntó con brusquedad.

—Habla. —Me apoyé en su despacho y lo miré con los ojos entrecerrados—. Si es el mismo discurso de siempre, juro que te parto la cara. Tú y mis padres sois los únicos que me dan la lata. ¿Qué es lo que no entendéis? Me gusta estar sola.

—Llevas siete años sin tener una cita, un novio... Por Dios. Dime que por lo menos usas un vibrador. —Ladeó una sonrisa.

—¿Cómo te atreves? —Me acerqué a él y lo agarré por el cuello de su camisa—. Mi vida privada no te incumbe.

—Sabes que soy tu único amigo. Nadie más te aguanta...

—Tengo dos amigas. Salgo con ellas todos los fines de semana.

—De compras, Amanda —bufó—. Deberías salir de fiesta, emborracharte, echar un polvo con un desconocido... Vivir.

—Estoy más que bien, Clark.

—Me importas y quiero verte feliz. Ni siquiera saludas cuando llegas al trabajo, no sonríes, no hablas con tus empleados, y despediste a una pobre chica por una tontería.

—¿Tontería? —mascullé—. Sabes que odio la Navidad, y ellos también deberían saberlo.

—Esa chica es nueva.

—No es mi problema.

—Sí que lo es. —Me agarró por el brazo y apretó con fuerza—. Es una persona y tiene sentimientos. Te guste o no, voy a contratarla de nuevo.

—Clark, por favor... —suspiré—. Hoy tengo mucho trabajo.

—No te molestaré más. Veo que no llegamos a ninguna parte. —Cerró los ojos, apretándolos con fuerza por un instante, luego se relajó y se volvió hacia la puerta.

—Gracias.

—Una cosa. —Se tocó los labios, pensativo—. Estás invitada a mi casa en Nochebuena.

—No puedo, me esperan mis padres.

—Uy, problemas. —Se echó a reír—. Yo que tú no iría. No sin una pareja.

—No tengo más remedio. —Lo miré con los ojos entrecerrados—. Aunque...

—No, ni se te ocurra decirlo. Sabes que tus padres no te creyeron. —Hizo una pausa para respirar hondo—. No puedo hacer de nuevo de novio, lo siento. Quiero pasar la noche con Angela.

—Gracias de todos modos. —Miré la puerta—. Dile a esa chica que no está despedida, pero quiero que tire todos los adornos a la basura.

—Gracias. —Se acercó y besó mi mejilla—. Estoy seguro de que, detrás de esta faceta fría, hay una mujer sensible.

Molesta, inhalé una bocanada de aire y me senté con fuerza sobre la silla.

—No pienso acudir a esa fiesta —dije con frialdad.

—Tienes que ir. —Con expresión vacilante, Alicia analizó mi rostro—. Hazlo por Amber y por mí. Estuvimos ayer toda la tarde organizándolo todo. Y, además..., tenemos un regalo para ti.

—Sabes que odio que mi cumpleaños se celebre un día antes de Navidad.

—No me escuchaste... y no me haces caso. Por lo menos abre el regalo. Lo hemos dejado en la sala de reuniones.

Durante un momento, permanecí en silencio. No sabía cómo reaccionar, no sabía qué decir al respecto.

—Yo me voy.

Alicia abandonó la oficina y miré hacia la puerta con curiosidad. El año pasado me habían regalado un cuadro pintado y un bolígrafo con mi nombre grabado.

Salí detrás de ella y me encaminé hacia la sala de reuniones. Giré el pomo de la puerta y metí la cabeza en el interior. Las persianas estaban bajadas y había un olor desagradable en el aire. Encendí la luz y vi, al lado de la mesa, a un hombre sentado en una silla, de espaldas. Tenía los pies envueltos en papel de regalo y alrededor de su cintura había un lazo rojo. Estaba vestido de Papá Noel. No podía dar crédito a lo que veía; mis amigas me habían regalado un hombre disfrazado por mi cumpleaños.

Con una mueca, me crucé de brazos. No quería quedarme allí con un desconocido, pero tampoco quería irme. Él podría ser mi salvación.

Me acerqué y sentí de nuevo ese olor desagradable. Me tapé la nariz y golpeé sus pies con mi zapato. El hombre movió un poco la cabeza y gimió. Lo golpeé otra vez, pero más fuerte.

—¿Qué mierda quieres? —gritó y meneó la cabeza. Intentó moverse, pero se dio cuenta de que sus manos estaban atadas con cinta roja. Levantó los brazos en el aire y maldijo un par de veces hasta que consiguió soltarse.

Respiraba con dificultad y su pecho subía y bajaba con rapidez. Empecé a sentir pánico y di un paso hacia atrás.

—Quieta allí —dijo con voz ronca.

Me congelé al instante y tragué saliva. Miré como se ponía de pie y se quitaba el papel de regalo con movimientos bruscos, sin decir nada. Empezó a bajar la cremallera de su traje y cerré los ojos. Contuve la respiración y apreté los puños.

—Puedes abrirlos, mujer. No estoy desnudo —gruñó—. Necesito que me digas cómo demonios llegué aquí.

Parpadeé y lo primero que vi fue su torso desnudo y musculoso. Cada parte expuesta estaba llena de tatuajes, excepto su cuello y cara. La respiración se atascó en mi garganta ante su belleza. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, lo que hizo que mis piernas temblaran con deseo y miedo al mismo tiempo.

—¿Eres un estríper? —Mi voz sonó débil.

Él se volvió hacia mí y arrugó la frente con molestia.

—No... ¿Por qué piensas eso?

—Por nada. —Me mordí los labios para no decir alguna estupidez. Él tenía un cuerpo perfectamente trabajado, de ese que solo veías en las revistas o en los escenarios de clubes nocturnos.

—Escucha, no sé quién eres y no estoy de humor para averiguarlo. Tengo una resaca increíble y me duele la cabeza. Será mejor que empieces a hablar. No querrás verme enfadado —dijo con pesar.

Me miró de arriba abajo y sus ojos causaron que escalofríos corrieran por mi espalda.

—A mí no me preguntes. Fueron mis amigas quienes te trajeron aquí.

—Recuerdo algo. Justo cuando tomaba mi última cerveza, una chica rubia se me acercó. Me habló de una mujer guapa pero fría como el hielo. Con mal carácter y con un corazón de piedra.

—¿Qué estás diciendo?

—Y esa mujer eres tú. —Se echó a reír—. Debía imaginármelo. Con esas pintas...

—¿Eh? —Me acerqué a él—. ¿Qué tiene de malo mi ropa?

—Te hacen más madura de lo que eres y cubre casi todo. La falda es demasiado larga y la camisa... pfff, yo la tiraría a la basura.

—Mira, no pienso aguantarte. Hueles mal y eres... eres...

—Sigue, estoy intrigado por saber lo que piensas.

—No voy a seguir tu juego. —Suspiré de forma deprimida.

—No lo hagas. Quiero devolverte el dinero.

—¿De qué hablas?

—Me pagaron por hacer de novio. Pensé que era una broma, estaba bastante colocado...

Él se quedó allí de pie, mirándome. Había una sensación incómoda, como si viera mucho más de mí de lo que yo quería mostrar.

—No entiendo cómo una mujer tan atractiva no tiene novio —dijo en voz baja.

—Y yo no entiendo cómo alguien se vende tan barato. ¿Necesitas dinero?

Soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Perdí una apuesta, guapura. Pero prefiero quedar como el culo en vez de aguantarte a ti. ¿Estás tan desesperada por conseguir un revolcón?

—¡Oye! Eso no es verdad.

—Lo que tú digas. —Metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones y sacó una faja de billetes. Se quedó mirándolos con incredulidad y luego silbó —. Tus amigas te quieren mucho.

—Si necesitas el dinero, quédatelo y...

—¿Qué intentas decirme?

Me aclaré la garganta e intenté controlar mi voz.

—Necesito un novio.

Sonrió, lento y sexi.

—Conmigo no cuentas.

—Pero... pero... por favor. Es Navidad y...

—Odio la Navidad. —Inclinó la cabeza a un lado y me miró durante un silencioso y largo momento.

—Yo también.

—¿Cuántos días me necesitas? —Suspiró.

—Solo un par de horas.

—Seguro que me arrepentiré. —Guardó el dinero—. Y que conste que lo hago por una buena causa.

No sabía si se refería a mí o al dinero. Pero no me importaba, había conseguido un novio.

—Soy Carla.

—Chase. —Se acercó y me agarró por la cintura. No me dio tiempo ni siquiera a parpadear que sus labios estaban presionando los míos en un beso suave y lento. Sentí que mi mundo empezaba a girar veginosamente y me aferré a sus hombros. Cuando abrí la boca para devolverle el beso, él se alejó y me miró a los ojos.

—Feliz cumpleaños.

Carla es un personaje de la novela *Un asesino enamorado*.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-asesino-enamorado-atraccin-peligrosa-1/MES-099306>

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100002257016129>

Ana F. Malory

Esta noche es Nochebuena

—Buenos días —saludó Andrea al entrar en la frutería frotándose las manos. Unos metros más abajo, en la misma calle, había un gran supermercado, sin embargo, ella prefería comprar en los comercios del barrio, en los de toda la vida. El trato era más cercano y la calidad de los productos, por lo general, mejoraba considerablemente. Que el dueño del establecimiento en el que se encontraba en ese momento le gustara más que mucho no influía para nada en su decisión, pensó al verlo tras el mostrador, encaramado en lo alto de una escalera, colocando guirnaldas de colores en la parte superior de las estanterías y adornos navideños por entre las cajas de fruta.

—Buenos días, Andrea —le devolvió el saludo dedicándole una sonrisa que la hizo entrar en calor y olvidar la temperatura bajo cero del exterior.

¡Si es que no se podía tener una sonrisa más deslumbrante, maravillosa y franca!

—¿Por fin ha llegado la Navidad a la frutería? —se burló sin perder detalle del cuerpo masculino mientras Nacho se bajaba de la escalera.

—Qué remedio. Varios vecinos han amenazado con boicotearme el negocio si no lo llenaba de cintas y luces de colores —exageró de buen humor las quejas de sus clientes—. Así que en ello estoy, aunque me temo que mis dotes decorativas dejan mucho que desear —reconoció con una cómica mueca de circunstancia.

—Pues a mí me gusta lo que veo —dijo sin molestarse en mirar a su alrededor.

—Vaya, gracias —respondió sorprendido.

«¡Nada, que no se entera!».

—La decoración tampoco está mal —añadió con intención y la vista clavada en sus ojos.

Nacho sonrió apurado. Andrea, esperanzada. Le sostenía la mirada y parecía a punto de decir algo. «¡Vamos, decídetelo!», lo instó en silencio.

—Buenos días —saludó la anciana que acababa de entrar en la tienda con una enorme bufanda alrededor del cuello y un gorro de lana calado hasta las cejas.

«¡Qué oportuna, hombre!», protestó Andrea para sus adentros.

Para una vez que Nacho parecía haber pillado una de sus indirectas, los interrumpían. Bueno, pillar, lo que se dice pillar... Había tenido que dejar de lado las sutilezas para hacerse entender y, encima, se había puesto nervioso —detalle nada alentador—, pero le iba a responder. Toda una novedad.

—Buenos días, doña Paquita. ¿Qué le pongo? —Sonrió a la mujer mirando a Andrea de soslayo.

—Tranquilo, hijo. Despacha primero a esta chica, que yo no tengo prisa.

«¡Vaya por Dios!».

—¿Lo de siempre, Andrea?

—Lo de siempre —confirmó sosteniéndole la mirada. ¡Qué ojazos, por favor!

Doña Paquita, arrimada al mostrador, seguía con interés el cruce de miradas y el intercambio de sonrisas entre la pareja mientras Nacho metía naranjas en una bolsa. Tampoco le pasó desapercibida la tensión que se generó entre ellos cuando la joven le entregó un billete de cinco y él le devolvió el cambio. Pero se mantuvo en silencio. Al menos hasta que Andrea abandonó la tienda con la sonrisa puesta.

—Parece agradable. —Ambos continuaban con la vista puesta en la calle.

—¿Perdón? —inquirió Nacho volviéndose hacia la mujer. Se había olvidado por completo de ella.

—Digo que parece una chica muy agradable —repitió ojeando la fruta—. Ponme media docena de plátanos —pidió sin darle opción a contestar—. Y trabaja en un hospital, ¿no?

—Sí, es enfermera. —No era ningún secreto. Mucha gente en el barrio sabía dónde trabajaba; incluso doña Paquita, aunque se hiciera la despistada.

—Dame cuatro peras, de estas de aquí. —Señaló la caja que tenía al lado—. Que no estén muy maduras, que se echan a perder enseguida. —Nacho escogió las piezas con cuidado y regresó tras el mostrador—. Además, es guapa —añadió mirándolo de frente—. ¿No te lo parece? —insistió al no recibir respuesta.

—Sí, es muy guapa —reconoció sin notar la sonrisa que asomaba a sus labios, pero sí el cabeceo de aprobación de su clienta—. ¿Le pongo algo más?

—No. Dime cuánto te debo —pidió con el monedero ya en la mano—. Si te gusta, ¿por qué no haces nada al respecto? —espetó de repente, tomando a Nacho por sorpresa una vez más.

—¿Cómo dice?

—No me mires con esa cara de susto y cóbrame, anda —dijo sacudiendo la cabeza con resignación—. Pero una cosa te voy a decir, yo que tú no perdería el tiempo. La vida es demasiado corta.

—Muy contenta te veo hoy —comentó Miryam observando a Andrea mientras terminaba de ponerse el uniforme. Su compañera no había dejado de sonreír desde que había entrado en el vestuario—. ¿Te ha pasado algo interesante esta mañana?

—No —respondió sin perder la sonrisa.

—Esta ha visto al frutero —intervino Mari Paz con sorna.

—Se llama Nacho. Y sí, esta mañana me he pasado por la frutería.

—Sí que te ha dado fuerte con ese tío, hija mía —comentó Mari Paz

poniendo los ojos en blanco.

—Si lo conocieras, lo entenderías. Tiene unos ojos verdes que quitan el sentido y unas de esas sonrisas que te sacuden por dentro. Y es atento, educado, buen conversador, le encanta leer, el cine...

—Y pasa de ti como de la mi... —Miryam le propinó a Mari Paz un codazo que le impidió terminar la frase—. ¿Qué? —protestó, y frunció el ceño al ver la mueca de censura de la otra.

—Si de verdad te gusta, deberías intentarlo —la animó la pelirroja ignorando el gesto enfadado de su compañera—. Al menos saldrías de dudas.

Andrea la observó, pensativa. Después cerró la taquilla y se dirigió hacia la puerta con expresión distraída. Las otras dos la siguieron hasta el ascensor, discutiendo entre ellas.

Días después, Andrea continuaba dándole vueltas a la propuesta de Miryam. Valor no le faltaba —menuda era ella—, de hecho, llevaba meses lanzándole indirectas sin cortarse un pelo. Era precisamente su falta de reacción —o de interés— lo que la hacía vacilar. Porque si no era cuestión de que su radar para las mujeres estaba estropeado, entonces solo cabía esperar que, tal y como había dicho su compañera, pasaba de ella como de la mierda. Y había demasiado en juego —sus sentimientos para más seña— para actuar a lo loco.

A Nacho le pasaba otro tanto de lo mismo. Las palabras de doña Paquita lo habían hecho pensar y, por primera vez, plantearse seriamente pedirle una cita. Porque le gustaba desde hacía tiempo. ¡Vaya si le gustaba! Con aquellos enormes y expresivos ojos pardos y aquella boca de labios carnosos, siempre pintados de rojo y dispuestos a sonreír. Pero no solo era preciosa; tenía también una personalidad arrolladora y una actitud tan positiva frente a la vida que era imposible no sentirse a gusto a su lado y desear pasar más tiempo con ella. Sí, eso era lo que quería: pasar tiempo con ella y compartir algo más que unos minutos en la frutería, que siempre le sabían a poco. Tomar la decisión le provocó un cosquilleo de anticipación por todo el cuerpo.

«Ahora solo queda encontrar el momento adecuado y la forma de hacerlo», se dijo con escasa seguridad. Su última cita había sido con la que desde hacía dos años era su exmujer. Decir que en lo referente al *ligoteo* estaba un tanto desentrenado sería un eufemismo. Tampoco tenía nada claro que fuera buena idea pedírselo en plenas fiestas navideñas. «Mejor espero a que pasen...».

—Buenos días, Nacho.

—¡Andrea! —Se le disparó el pulso al verla entrar. Traía las mejillas sonrosadas por el frío y los ojos le brillaban más de lo habitual. Estaba impresionante.

—Sé que puede parecer algo precipitado y que debería haberte avisado con antelación porque seguro que ya tienes planes, sería lo normal, porque esta noche es Nochebuena y...

—Y mañana, Navidad —apuntó antes de soltar una carcajada—. Respira, mujer, que a ese ritmo no llegas a las uvas.

—Tienes razón. —Sonrió más relajada. Se había puesto como una moto al toparse con sus ojos y había empezado a hablar sin detenerse ni para tomar aire—. Pensarás que estoy mal de la cabeza. —Se carcajeó también.

—Para nada. —Se acercó despacio, aparentando serenidad; la agitación la ocultaba bajo la piel—. Así que continúa con lo que estabas diciendo —pidió con el corazón a punto de salirse del pecho y en la cabeza, el esbozo de una idea a la que no se atrevía a dar alas. ¡Vaya chasco si se equivocaba!

—¿Quieres... cenar conmigo esta noche? —El corazón le palpitaba tan rápido y con tanta fuerza que la sangre salía de él como pequeños tsunamis que amenazaban con arrasar todo a su paso. Si no dejaba de mirarla como lo estaba haciendo y decía algo pronto, le iba a dar un ataque—. Olvídalo, ha sido una tontería por mi parte —se arrepintió al tiempo que retrocedía un par de pasos. Poco le faltaba para dar media vuelta y salir corriendo. Estaba haciendo el ridículo.

Nacho avanzó a su vez hasta quedar a escasos centímetros de ella y alzó la mirada al techo. Una sonrisa de aspecto travieso se perfiló en sus labios.

Andrea, desconcertada, también elevó la vista.

Sobre sus cabezas pendía una preciosa ramita de muérdago.

Soltó una carcajada antes de agarrarlo por el cuello de la camisa y tirar de él para alcanzar su boca.

Fue un beso breve —no habían olvidado dónde se encontraban—, intenso, sensual y lleno de ganas. Cuando se separaron, ambos tenían las pupilas dilatadas y el sabor del otro en el paladar incitándolos a repetir.

Nacho acarició con la yema de los dedos su mejilla aún sonrosada. La ternura del gesto y lo encendido de su mirada la hicieron vibrar de emoción.

—En cuanto a la cena de esta noche...

—Tranquilo, soy consciente de que ha sido una tontería proponértelo. — No había pesar en su tono. Imposible después del revelador beso.

—Iba a decir que del postre me encargo yo —prosiguió con un pícaro guiño cargado de promesas.

¡Aquella iba a ser una noche más que buena!

Andrea es un personaje de la novela *Estaré a tu lado*.

<https://www.megustaleer.com/libros/estar-a-tu-lado-serie-hermanos-incln-2/MES-102846>

<https://www.facebook.com/anafmalory>

Ana María Álvarez Estévez

Los deseos se cumplen a veces

Carolina Navas acunaba en sus brazos a Nuria, la hija pequeña de su hermano Álvaro. La niña contaba apenas nueve meses y, al igual que había sucedido con su hermana Berta, todos en el centro de ocio La cañada del puente tibetano se repartían su cuidado mientras sus padres trabajaban.

Aquella tarde de Nochebuena, estos habían abandonado el centro para que Lucía, su cuñada y enfermera de profesión, realizara algunas visitas domiciliarias y que su marido e hija mayor Berta compraran algunas exquisiteces para la cena familiar. Desde que la niña había comenzado el colegio y Lucía, a trabajar en el centro de salud a tiempo parcial dos años atrás, las visitas al pueblo se habían hecho diarias y Nuria había pasado a ser un poco la hija de todos, como había sucedido con su hermana.

La niña, acunada en el regazo de su tía, palmoteaba mirando la pantalla del ordenador donde esta trataba de poner al día las facturas de la última semana.

Cuando la puerta de recepción se abrió y dio paso a Sonia, la novia de su hermano Sergio, Nuria le tendió los bracitos.

—Llega el relevo, Carolina. Dame a esta señorita para bañarla mientras tú terminas tu tarea. Lucía me ha llamado para decirme que se retrasarán un poco porque Berta quiere disfrutar del alumbrado navideño.

—Gracias, con ella es un poco complicado trabajar. Porque es tan adorable que no paro de darle achuchones, ¿verdad, bonita? —añadió besando

el moflete sonrosado de su sobrina.

Sonia se llevó a la pequeña y Carolina continuó con su tarea. Aquella noche celebrarían la Nochebuena en familia un año más. Durante tres días, el centro de actividades propiedad de la familia y en el que trabajaban permanecería cerrado al público para que todos pudieran participar de las fiestas y descansar. Se sentarían a la mesa, después de acostar a las niñas, su padre y sus tres hermanos con sus parejas. Y ella, sola un año más.

Desvió la mirada hacia el espacio que se divisaba a través de la puerta abierta, recordando al único hombre que le había gustado: Jorge. No habían pasado de una atracción y amistad, podría decirse que nunca habían encontrado el tiempo suficiente para enamorarse. Fueron compañeros de colegio, luego él se había ido a cursar el bachillerato a Madrid. Cuando regresó, se vieron apenas unas semanas hasta que fue ella quien se marchó a la universidad. Y dos años atrás, durante el verano, habían salido varias veces y parecía que al fin la atracción y la amistad que sentían se iba consolidando en otra cosa. Pero justo entonces, Jorge recibió una estupenda oferta de trabajo en Lyon, que se lo llevó lejos de la sierra de Gredos una vez más. No había vuelto a verlo después de una cena de despedida en la que ni siquiera habían llegado a besarse.

Se tocó los labios con nostalgia, añorando ese beso que nunca se dieron, y se preguntó a qué sabrían los de Jorge. A pesar de que por el centro de ocio pasaban cada año muchos hombres de todo tipo, y bastantes habían tratado de intimar con ella, nunca se había sentido atraída por ninguno.

Suspiró, resignada a aceptar que nunca habría entre ellos más que recuerdos amistosos, y continuó con su tarea. Necesitaba acabar el trabajo para dedicar el día siguiente al ocio y al descanso. No apartó la cabeza de la pantalla hasta que escuchó el motor de un coche, con seguridad el de Lucía, cruzar la explanada hasta el aparcamiento. Miró el reloj para observar con estupor que se le había hecho muy tarde para la cena. Tendría que darse prisa en ducharse y arreglarse para esta.

Apagó el ordenador y se disponía a abandonar la recepción cuando la puerta de se vio bloqueada por una figura alta que permaneció en el umbral sin atreverse a entrar. Como si sus pensamientos de un rato antes lo hubieran convocado.

—Jorge... —susurró.

Él la contemplaba con intensidad, con los ojos brillantes y una sombra de inquietud en ellos.

—Hola, Carolina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó nerviosa.

—He venido a pasar las Navidades con la familia.

—Claro, ha sido una pregunta estúpida.

—Me he encontrado con tu hermano en el pueblo y me ha contado las novedades de su vida. Se lo ve feliz.

—Sí, Álvaro ha hallado la estabilidad con Lucía y han formado una maravillosa familia.

Al fin él se decidió a entrar en la habitación y acercarse despacio hasta el mostrador, detrás del cual se encontraba Carolina.

—¿Y tú? —preguntó con voz ronca y temerosa—. Le he preguntado por ti y no ha querido contarme nada sobre tu vida. Es más, me ha dicho que, si quería saber algo, te lo debía preguntar directamente.

—¿Y por eso has venido? —musitó algo decepcionada—. Yo estoy como siempre, ya lo ves.

—Tan preciosa como siempre, sí, lo veo. Pero no he venido por eso, sino a preguntarte si... si, como tu hermano, tienes alguien en tu vida. Y no me refiero a tu familia, a ellos siempre los has tenido, has sido un poco la madre de todos.

—¿Te refieres a un hombre? Me temo que no, que no tengo tiempo para una relación.

Jorge alargó la mano y apresó la de la mujer, que reposaba sobre el mostrador que los separaba.

—¿Y no crees que ya es hora? Has pasado tu vida cuidando de tu padre, de tus hermanos y de tu sobrina. Ya es hora de que pienses en ti y en mantener una relación.

Carolina se perdió en los ojos que seguían mirándola con intensidad, durante unos segundos. Luego, parpadeó para romper el contacto; ya habían vivido escenas de ese tipo con anterioridad para encontrarse después con la decepción de que no los había llevado a ninguna parte.

—Tampoco ha aparecido nadie que me haga desearla.

Él apretó los dedos que se perdían en los suyos.

—¿Seguro?

Carolina se removió incómoda.

—¿A qué has venido exactamente, Jorge? Ya no tengo veinte años para jugar a insinuaciones y medias tintas. Si quieres decir algo, hazlo. Y si no, ha sido estupendo verte después de dos años. Pero esta vez, cuando te vayas, no habrá cena de despedida. Ni siquiera despedida.

—¿Y si no me voy? —Acarició el dorso de la mano femenina con el pulgar —. ¿Y si me quedo en la zona?

Temiendo haber escuchado mal y hacerse ilusiones de nuevo, Carolina preguntó con un temblor ligero en la voz:

—¿Y tu fabuloso trabajo en Lyon?

—No me hace feliz. Echo de menos nuestras montañas; te echo de menos a ti. Puedo encontrar empleo en la zona, si tú quieres que me quede.

—¿En calidad de qué te quedarías? ¿Como amigo?

Jorge esbozó una sonrisa traviesa.

—Creo que ya deberíamos pasar de esa etapa, ¿no te parece? Hemos sido amigos demasiado tiempo.

—Opino lo mismo, deberíamos dar un paso más.

Aceptando la muda invitación implícita, y sin soltarle la mano, Jorge rodeó el mostrador de la pequeña recepción y se acercó a la mujer que había sido especial para él desde la adolescencia. Le rodeó la cintura con el otro brazo y

se inclinó para darle el beso que nunca habían compartido.

Ella lo recibió abriendo la boca, expectante, y él se perdió en su dulzura. Había besado a otras mujeres en los periodos que habían estado separados, pero siempre había sabido que, el día que probara la boca de Carolina, no sería capaz de abandonarla jamás.

Nunca se habían besado antes, pero en ese momento no podían parar. Las bocas se buscaban una y otra vez, los cuerpos se apretaban en una necesidad largo tiempo ignorada y que necesitaba quedar satisfecha.

Una tímida vocecita los sacó de su paraíso particular.

—Tita...

Se separaron para encontrarse con Berta en el umbral.

—¿Sí, cariño?

—Dice el abuelo que dejes ya de trabajar que vamos a cenar pronto. ¿Estabas trabajando?

—No mucho. —Rio—. Dile al abuelo que enseguida voy.

—Voy a ayudar a poner la mesa —dijo con aire de persona mayor. En el centro de ocio, todos aprendían a realizar tareas desde muy pequeños—. ¿Este hombre va a cenar con nosotros?

Carolina clavó en él una mirada expectante.

—Si estoy invitado, por supuesto —admitió el aludido con una sonrisa.

—Sí, Berta. Pon un cubierto para él. A partir de ahora, comerá con nosotros con frecuencia.

La niña se marchó y Carolina se volvió de nuevo hacia Jorge, buscando su boca otra vez. Después susurró:

—Hace un rato estaba pensando en ti, después de mucho tiempo. A veces, los deseos se cumplen.

—Eso espero, porque yo tengo muchos en este momento.

—Primero, vamos a cenar o pronto tendremos a toda mi familia aquí a buscarnos. Son unos cotillas, te lo advierto.

—Podré con ello.

Lo agarró de la mano y salieron de detrás del mostrador. Cerró la recepción y juntos se dirigieron hacia el salón donde su familia estaba reunida organizando la cena. Lo dejó allí mientras ella se arreglaba con esmero para una Nochebuena en la que, por fin, no estaría sola.

Carolina y Jorge son personajes relacionados con la novela *Luces y sombras*.

<https://www.megustaleer.com/libros/luces-y-sombras/MES-094996>

<https://www.facebook.com/anaalvarezescritora/>

Andrea Muñoz Majarrez

La nevada y un beso

Madrid, Nochebuena de 1867

Es una fría tarde de invierno y la Navidad ha llegado a las calles de Madrid. El suelo está cubierto de un manto blanco, lleno de huellas de ruedas de carro y zapatos, y la gente camina despacio intentando no resbalar con algunos charcos de hielo que hay sobre la acera. El sol empieza a desaparecer para dar paso a la oscura y profunda noche, y los faroleros ya están devolviendo un poco de luz a las calles, antes de que la penumbra nos impida ver. Los restos de la nevada de hoy se han asentado sobre los bordes de los ventanales y los adornos que hemos colocado en el establecimiento resplandecen al amparo de la luz de las lámparas de gas.

El Café de Berta, donde trabajo de camarera, está cerca de la Cava Baja. Aquí servimos café y dulces de todo tipo. A esta hora, las seis de la tarde, atendemos a los últimos clientes antes de la Nochebuena. Algunos son nuevos y otros son habituales, como mi amiga Rosaura, que suele venir a menudo. La cafetería pertenece a una vieja amiga de la infancia de Rosaura, doña Berta. El establecimiento está al lado de la tienda de ultramarinos del marido de esta, don Juan. Ella decidió abrir la cafetería y ofrecer a los clientes los deliciosos bollos y pastas que hacen en el horno que tenemos en la parte de atrás.

Mi nombre es Paca y trabajo en esta cafetería desde hace unos meses. Me dedico a atender a los clientes en la sala, sirviendo cafés. Me gusta mucho

trabajar aquí porque mi patrona, doña Berta, es una mujer decente, educada y risueña, que siempre muestra una sonrisa, aunque las cosas vayan mal. Además, me encanta el hecho de ver a la gente feliz cuando compra uno de nuestros dulces. Algunos aseguran que les curan las penas.

En la cafetería, trabajamos seis personas: Pepe, Luis y Lorenzo están en el horno, elaborando los dulces y el pan, mientras Benita, doña Berta y yo estamos fuera. En una hora, cerraremos y cada uno nos iremos a nuestra casa a pasar la Nochebuena con nuestras familias. Esta noche iré de uno de mis hermanos, Guzmán, que vive con su mujer y sus dos hijos cerca de aquí. Allí nos reuniremos cuatro de los ocho hermanos que somos, en el diminuto salón de Guzmán, con mis diez sobrinos dando guerra.

Soy la única de mi familia que aún sigue soltera. Pero tengo un buen motivo. Mi corazón tiene dueño. Se trata de Lorenzo, el panadero. Es cinco años mayor que yo y trabaja aquí desde hace casi un año. Es apuesto, alto, de cabello oscuro, con unos ojos color chocolate intenso, que hacen que mi respiración se agite, y una sonrisa que resplandece incluso en una habitación sin luz. Dicen que ha tenido alguna novia, algún escarceo, porque es guapo el condenado, y cuando me dicen eso, siento un gran dolor en mi corazón, porque yo solo quiero que tenga ojos para mí.

Yo no soy nada del otro mundo. Soy corriente, sin gracia. Cabello y ojos oscuros, cara redonda y cuerpo lozano. Aunque soy muy simpática con todo el mundo y tengo mucho desparpajo, con él me entran las vergüenzas y, muchas veces, no sé qué decirle. Y si me sonríe, empiezo a tartamudear como una tonta porque no me salen las palabras. Debe de reírse mucho a mi costa.

Sin embargo, este año voy a ser más valiente y voy a entregarle un regalo. Le he comprado unos guantes nuevos y le he tejido una bufanda, para que se proteja del frío, que no quiero que enferme. Solo espero que le guste y que se acuerde un poquito de mí cuando lleve esas prendas puestas.

Terminamos la jornada y doña Berta está muy contenta porque hemos hecho mucho dinero. Hoy nos va a entregar unos sacos pequeños con una paga extra

por Navidad, porque nos lo hemos ganado. Me despido de todos y emprendo el camino a casa de mi hermano. Pero justo cuando acabo de cruzar el umbral de la puerta, una voz me detiene:

—¡Paca!

Me giro y veo a Lorenzo mirándome con una sonrisa. Siento ahora mismo que el corazón se me va a salir del pecho porque late muy deprisa.

—Perdona, pero quería saber si me dejarías acompañarte.

Yo lo miro, extrañada. Es la primera vez que me hace ese ofrecimiento.

—Por supuesto —respondo sin pensar.

Aunque para mucha gente no es muy decente que dos solteros vayan caminando juntos, a mí no me importa nada. Estoy contenta de tener a Lorenzo cerca de mí. Empezamos a caminar uno al lado del otro, despacio, intentando no caernos sobre la nieve. Ha dejado de nevar y parece que tendremos una tregua hasta llegar a la casa de mi hermano, que no está muy lejos de allí.

—¿Vas a cenar con tu familia? —pregunta.

Yo intento estar tranquila para no tartamudear.

—Sí, cenaré con la familia en casa de uno de mis hermanos. ¿Y tú?

—Voy a casa de una de mis tías. Vive cerca de aquí.

El silencio reina entre nosotros y, de repente, un olor familiar llega a mi nariz. Castañas asadas, mi perdición. Aspiro y disfruto del delicioso aroma. En ese momento, Lorenzo se ríe, para mi sorpresa.

—¿A ti también te gustan las castañas asadas?

Yo lo miro, un poco tímida.

—Sí, mucho.

—A mí también. Me encantan desde que era pequeño. Te gusta comer, ¿cierto?

Yo arrugo el entrecejo. ¿Me está insultando?

—Por favor, no me interpretes mal. Lo digo porque, cada vez que entras al horno, veo cómo te quedas oliendo el pan y cómo miras los dulces con una sonrisa. Para mí es un cumplido que te gusten.

Después de lo que ha dicho, admito con timidez:

—Es que están muy ricos.

Me responde con una sonrisa y noto que me falta el aire.

—¿Desde cuando eres panadero? —me animo a preguntar. Debía aprovechar la oportunidad que la providencia me estaba dando.

—Desde pequeño. Mi padre era panadero y yo aprendí de él.

—¿Y te gusta?

—Me encanta. Con los dulces que preparo, hago feliz a la gente y les arranco una sonrisa.

—Pues sí. A mí me pasa siempre. Y mira que es difícil ser feliz con poco.

—A ti, ¿qué te haría feliz?

Esa pregunta me deja un poco desconcertada. Aun así, tengo la respuesta en la punta de la lengua.

—Que el hombre del que estoy enamorada sienta lo mismo que yo.

Observo que asiente.

—Así que estás enamorada. ¿Lo conozco?

Yo me pongo nerviosa y, aunque sería un buen momento para decirle la verdad, prefiero no hacerlo. Niego con la cabeza y rezo por que Dios me perdone por mentir de forma tan descarada.

—No, no lo conoces —respondo.

Él me mira, pero no dice nada. Decido cambiar de asunto para que se le quiten las ganas de seguir preguntando.

—¿Y qué has pedido que te regalen esta Navidad?

Él sonrío.

—Un regalo un poco complicado de conseguir. No sé si lo tendré.

—Estoy segura de que sí. ¿Qué es? —pregunto llena de curiosidad.

De repente, se detiene y yo hago lo mismo. Alza la vista y me mira a los ojos de una forma que no sé cómo describir. Se acerca a mí despacio. Yo noto calor en mis mejillas. Desvío mi mirada un instante y me doy cuenta de que no hay nadie alrededor. Estamos solos.

—Que la dueña de mi corazón me corresponda. ¿Crees que eso sería posible? —dice, acariciando mi mejilla con su fuerte mano.

Hay una mujer en su corazón. Lo sabía. Pero no entiendo lo que está haciendo. ¿Por qué me tortura acariciándome cuando está hablando de otra?

—No lo sé... Yo... Estoy segura de que ella te quiere —afirmo, apartando la mirada con dolor. Noto que mi vista se nubla debido a las lágrimas que luchan por salir.

Sin embargo, él agarra mi mentón y hace que lo mire.

—Paca, ¿tú me quieres? —pregunta con voz profunda.

Yo abro mucho los ojos, asombrada.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque necesito saber si lo que sospecho es cierto.

—¿Lo que sospechas?

—Desde que empecé a trabajar en la cafetería, te he estado observando sin que te dieras cuenta. Sé que, de vez en cuando, tú también me observas, aunque te creas que no lo sé. Ahora, voy a confesarte algo. Me ha costado reunir el valor, por eso he tardado tanto. Paca, te quiero desde la primera vez que te vi. Aunque no te lo creas, porque sé lo que te han dicho de mí. Te juro que no he estado con ninguna mujer desde que te conocí, porque te entregué mi corazón ese día y no lo quiero de vuelta.

Yo estoy a punto de desmayarme de la emoción. En ese instante, unos copos de nieve empiezan a caer sobre nosotros. Aquello parecía una hermosa ensoñación.

—¿Es esto un sueño?

Lorenzo agarra mi rostro entre sus manos, se acerca y desciende sobre mis labios, dándome un dulce beso que me hace estremecer y me llena de felicidad. Se separa un poco de mí y, con una sonrisa, me pregunta:

—¿Te parece esto un sueño?

Yo niego con la cabeza y sonrío.

—Yo también debo hacer mi confesión. Desde el primer momento en que te

vi, te convertiste en el dueño de mi corazón, Lorenzo.

Él vuelve a besarme, pero esta vez con mayor pasión. Me abraza y me estrecha entre sus brazos, contra su pecho. Se me escapa un suave gemido contra su boca, que explora la mía con ternura. Ahora que estoy en sus brazos, siento que he tocado el cielo.

—Parece que ya ha llegado mi regalo —me dice, con una sonrisa pícaro, mientras apoya su frente sobre la mía.

Esa Nochebuena, nuestros corazones por fin se unieron y no volvieron a separarse nunca más. Una declaración de amor, la nevada y un beso. Un inesperado regalo de Navidad que nunca podré olvidar.

Paca es un personaje de la novela Un ramo de violetas.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-ramo-de-violetas/MES-105595>

<https://www.facebook.com/ammescritora/>

Anny Peterson
Serendipia navideña

El día de Nochebuena, Marta se levantó con el pie izquierdo. Se le quemaron las tostadas, tenía un dolor de cabeza horrible y no le había sonado la alarma para ir a trabajar.

Sí. A trabajar. Cuando, por norma, siempre se pedía ese día libre para ir a comprar regalos y disfrutar del ambiente de la víspera navideña. Pero, casualmente, su compañera Sara estaba indispuesta después de la fiesta de la empresa de su marido y tenía que cubrirla... ¡Que no se hubiera bebido hasta el agua de los floreros! ¡No te fastidia!

En cuanto salió de casa, se le pasó un poco el enfado cuando escuchó a un par de niños decirle a su madre, emocionados, que aquella noche Papá Noel surcaría los cielos con un puñado de renos en un trineo volador, para repartir regalos.

Le encantaba que les diera igual la inviable logística de aquella pantomima, ¡lo importante era la ilusión que destilaban sus ojos! Una que a ella todavía le duraba porque siempre había sido su noche favorita del año. La única en la que, cuando vivía en el orfanato, no se sentía sola. Porque por la mañana recibía un regalo, y eso le hacía pensar que alguien velaba por ella en alguna parte.

Era un *handicap* no tener familia en aquellas fechas. Pero contaba con amigos para salir en Nochevieja, ir a ver la cabalgata de Reyes e incluso para

comer el día veinticinco con otra amiga que también trabajaba. Pero la noche del veinticuatro todo el mundo la pasaba con sus parientes, les cayeran mejor o peor.

Marta tenía su ritual. Se compraba una cena digna de marqueses y desenvolvía unos cuantos regalos al lado de su perro, Goku (era una fanática de *Bola de dragón*). Y también de miles de series y películas que veía una y otra vez y que le alegraban la vida. Solo rezaba para encontrar a alguien que compartiera sus gustos y con el que pudiera crear su propia familia. Era un deseo que siempre pedía la última noche del año al tragarse la última uva, con unas bragas rojas puestas en ofrenda y sacrificio: «que conozca a alguien que merezca la pena este año, aunque sea del modo más inverosímil».

Todavía no había dado con el chico acertado. La mayoría solo se portaba bien hasta que conseguía lo que buscaba, o directamente su forma de querer estaba muy alejada de lo que ella necesitaba. Siempre pensó que era mejor estar sola que mal acompañada, pero no perdía la esperanza.

Corrió hasta la parada del autobús y subió un instante antes de que las puertas se cerraran. En ese momento, maldijo haber cambiado de bolso cuando iba a salir de casa, pues se olvidó del abono de transporte en el bolsillo exterior del anterior.

No habría problema, seguro que Javi o Toño la dejarían pagar otro día, pero en el volante reinaba un conductor al que no conocía. Un chico joven y apuesto al que nunca había visto. Por eso, le dio apuro y rebuscó en su cartera por si llevaba alguna moneda, pero sabía de sobra que no habría suerte. Cada noche metía todas las monedas que encontraba en su hucha de Harry Potter para su futuro viaje a DisneyWorld.

—Perdón, me he dejado la tarjeta en casa y... no llevo dinero —dijo cautelosa, apelando a su bondad.

—Pues lo siento, tendrá que bajarse en la siguiente parada —contestó impasible.

¿Pero...?

—Por favor, tengo que ir a trabajar... siempre cojo este autobús. ¿Puedo pagar mañana el doble?

—Me temo que no —murmuró irritado.

—¿No puede hacer la vista gorda? Ya llego tarde...

—No, lo siento —dijo deteniendo el autobús y abriendo la puerta. Después, dio una orden tácita subiendo las cejas.

«¡Alucinante!», se quejó Marta mentalmente.

—Feliz Navidad para ti también —gruñó apeándose ultrajada. Tendría que buscar un cajero y coger el siguiente.

Menudo desperdicio de hombre. ¡Tan guapo y tan amargado!

Miguel no podía creer su mala suerte. No dejaba de pensar que aquel año no podría ayudar a sus sobrinos a montar los juguetes nuevos el día de Navidad. ¡Y era de las pocas veces que podía vestirse el rol de padre! Su hermano solía frotarse las manos por librarse de esa tarea. Una pena. ¡Si era lo mejor de tener hijos!

Pero ese año se lo perdería. Le tocaba trabajar y no podría acercarse al pueblo para comer con ellos. La mala noticia llevaba todo el día incordiándolo. Estaba tan molesto que incluso había obligado a bajarse del autobús a una chica porque no llevaba dinero ni tarjeta. ¡Qué mezquino!

¡Justo el día de Nochebuena! Cuando todo el mundo tiene el corazón de algodón de azúcar.

Normalmente, la habría dejado pasar y él mismo hubiera cubierto el billete de su bolsillo. Pero aquel día no. Aquel día estaba demasiado enfadado con el mundo, y con ese episodio acababa de ir a peor.

«¡Merecido castigo!», hubiera gritado su madre si viviera.

Desde que ella faltó súbitamente, su vida se había ido al garete. Tuvieron que meter a su padre en un caro centro especializado en Alzheimer, ponerse a trabajar en serio y dejar sus sueños de artista en el tintero. Desde que su madre no estaba, su hermano se había apoyado mucho en la familia de su

mujer, y cargaban con él en fechas señaladas. O esa era la sensación que tenía...

Para más inri, la primera Navidad sin su madre iba a pasarla solo. Eso dolía y lo había pagado con la primera chica guapa, sonriente e ilusionada que había visto. Una que, seguramente, aquella noche acudiría a una casa llena de parientes felices, con el espíritu navideño a rebosar.

Negó con la cabeza, amonestándose de nuevo.

Eso no impedía que se avergonzara de su actitud. Ella llevaba un gracioso mechón rosa en el pelo, que dejaba entrever un alma artística parecida a la suya, pero ni eso había sido suficiente para frenar sus demonios.

A mitad de la jornada, se tomó un café rápido en un bar en el que se fijaba cada vez que llegaba al final de la línea. Se llamaba Mafiosos, y la puerta coincidía justo con la última parada.

Cuando la camarera se giró y reconoció un familiar mechón rosa acercándose a él, sus ojos se agrandaron al igual que los de ella.

—Hola —saludó apocado.

—Hombre..., ¿qué te pongo? Prometo ser igual de amable que tú esta mañana.

—Eso significa que si te pido un café, ¿vas a escupir en él?

—Probablemente. Y por cierto, no tengo cambios, así que espero que lleves el dinero justo. —Sonrió con inquina.

—Tranquila, soy el rey de las monedas —replicó enseñándole una bolsita y haciéndola tintinear—. Ponme un cortado.

—Marchando un café con escupitajo —masculló ella dándose la vuelta.

Eso lo hizo sonreír. Y no pudo evitar fijarse en que un Papá Noel sobresalía de un bolsillo de su estupendo culo.

—Aquí lo tienes. —Se lo sirvió con una sonrisa falsa—. ¡Espero que esté bueno!

Miguel cogió la taza y, manteniéndole la mirada, se lo bebió de un trago.

—Es el mejor café que he tomado nunca. Tu novio tiene mucha suerte...

Marta se ruborizó al entender lo que significaba. Pero si creía que con esa triquiñuela iba a olvidar lo de aquella mañana, iba listo.

—No tengo novio. Y me debes uno con diez —dijo, alejándose de él, ofendida. Sus ojos marrón miel parecían muy dulces cuando sonreía, ¡estaba encantado de que siguiera enfadada!

Cuando vio que se iba, encontró una moneda de dos euros en la barra y un montoncito de azúcar aplastado en el que se podía leer: «Lo siento. Feliz Navidad», probablemente trazado con un palillo.

«¡Buen intento! Propina y disculpas con arte. Pero puedes esforzarte más...», pensó Marta sin querer reconocer que le había impresionado un poquito y que, quizá, hubiera exagerado por su mal humor. A fin de cuentas, él solo estaba acatando la ley.

Suspiró sin darse cuenta y volvió a irritarse. ¡Debía volver a la realidad!

Miguel se sentía mejor. Al menos, le había podido pedir perdón, y ya estaba viendo sonreír a su madre desde las alturas, arco en mano.

La nueva ruta pasaba muy cerca de un restaurante japonés al que solían ir mucho Los Pérez antaño, y se le ocurrió que sería bonito ir a comer allí el día veinticinco para conmemorar su recuerdo.

Ni siquiera pensó en que estaría todo a tope hasta que encontró el local abarrotado.

—Lo tenemos completo, señor, pero si quiere esperar. Acaban de anular una cita en el último momento y puede que el otro comensal abandone la reserva. Está a punto de llegar.

Miguel hizo tiempo con el móvil, sin darse cuenta de que alguien entraba al restaurante.

—Hola, tengo una reserva. Marta Pérez.

Se giró de golpe y vio a la chica del mechón rosa a su lado. ¡¿Tres veces el mismo día?! Él nunca había creído en las casualidades.

—Señorita, su amiga ha llamado para anularla. Y cito: «Si te hubiera

avisado, no hubieras venido, ¡y te encanta este sitio! Disfrútalo. Ya está pago»
—leyó el *maître*.

—Vale... —resopló Marta. Miró alrededor decidiendo qué hacer y vio a Miguel.

—Hola... —dijo este levantando las manos—. Te juro que no te estoy siguiendo.

A ella se le escapó una sonrisa, pero intentó disimularlo.

—Este joven estaba esperando por si usted anulaba la reserva, pero... bueno... también podrían compartirla...

Ambos se miraron.

—Yo no tengo objeción —opinó él—, pero deberías saber que corremos el riesgo de que nuestros hijos acaben apellidándose «Pérez Pérez».

Marta soltó una carcajada. ¿A quién quería engañar? ¡Ese chico llevaba perdonado desde que había esculpido en azúcar! Y no le importaría cenar con él.

—De acuerdo. Compartiremos la reserva.

La sorpresa de Miguel fue mayúscula y no dudó en seguir a Marta y al *maître* hasta la mesa.

—¿Por qué has aceptado? —se arriesgó a preguntar él cuando se sentaron.

—¿Sinceramente? Porque si llevas esa camiseta, no puedes ser tan malo.

Él observó la prenda.

—¿Te gusta *Dragon Ball*?

—No me gusta, me obsesiona —sonrió ella—. Y ahora cuéntame qué hace un chico tan mono como tú comiendo solo el día de Navidad.

—Yo iba a hacerte la misma pregunta.

Marta es un personaje secundario de La mafia que nos une.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-mafia-que-nos-une-la-mafia-1/MES-099288>

<https://www.facebook.com/annypetersonescritora>

Antonio Sánchez

El hombre rama

«**N**avidad, Navidad, maldita Navidad.

Con turrón y champán, maldita Navidad».

Yolanda no podía dejar de tararear su versión del clásico navideño mientras preparaba la segunda bandeja de turrón y dulces para llevar a la mesa familiar donde todos la esperaban. No era que Yolanda odiara a la Navidad, al menos, no desde siempre, sino que, año tras año, las fiestas se habían convertido en un inexorable examen de vida donde sus dos hermanas menores, año tras año, aprobaban con nota las interminables preguntas de su abuela y titas.

—¿Tienes novio?

—Sí, abuela, ingeniero.

—¿Y el tuyo, niña? ¿Abogado?

—Sí, abuela, el mío es abogado.

—¿Y tú, Yolanda?

—Yo soy abogada, tita.

—Digo si tienes novio.

—No, yo estoy esperando al hombre ideal.

—De eso ya no queda, niña. Tú agárrate al primero que se te arrime.

—¿Abuela?

Y así año tras año. Desventajas de celebrar la Navidad toda la familia

junta en Valdelarco, un hermoso pueblo de la sierra de Aracena, en Huelva. La comida, excelente, el jamón de Jabugo, pero ni la abuela ni las titas, que no salían del pueblo si no era estrictamente necesario, tenían WhatsApp, ni YouTube y Skype. Les parecía algo solo para ingenieros de la N.A.S.A. De forma que, año tras año, Navidad tras Navidad, volvían las preguntas.

—¿Para cuándo la boda?

—En agosto, abuela. El quince de agosto.

—¿De cuánto estás ya?

—De cuatro meses, va a ser niña.

—¿Y tú, Yolanda? ¿Tú estás más gordita? No estarás...

—No, abuela.

—Ahm. ¿Y tienes novio?

—No, abuela.

—¿Pero has tenido novio?

—Sí, abuela, pero lo dejé.

—¿Que lo dejaste? Pero ¿por qué?

—Porque era tonto y siempre estaba hablando de fútbol.

—Pero tontos son todos. Con el fútbol, se vuelven niños. Son así, no van a cambiar. Pero tú arrímate a uno, que se te va a pasar la edad.

—Sí, abuela.

—Pero que no se te note.

—No, abuela.

Esa Navidad, Yolanda ya había cumplido los treinta y cinco años y ninguna expectativa de encontrar a un hombre. ¿Era demasiado exigente? Quizás. Sus hermanas pequeñas, de veintiocho y treinta y dos años, ya estaban casadas. Con un hijo la pequeña y dos la mediana. Yolanda adoraba a sus sobrinos. Todos varones, todos bestias, todos futbolistas. Sus cuñados eran buenas personas. Muy futboleros. Yolanda quería encontrar un hombre maduro, un tío de verdad, al que no le gustara el fútbol o, al menos, que lo considerara como lo que era: un deporte, un juego, un entretenimiento, y no la religión integrista

en la que se envolvían muchos hombres para esconder su inmadurez.

«Navidad, Navidad, maldita Navidad.

Con turrón y champán, maldita Navidad».

Canturreó Yolanda ya para sus adentros, porque por nada del mundo quería ofender a su abuela, mientras llevaba la bandeja al salón. Esa noche del veinticuatro de diciembre bebió mucho vino, mucho champán y llegó a su límite de tres gin tonic. Rematadamente borracha, pero sin parecerlo, se acostó en la cama que le habían preparado en la habitación que compartía con sus sobrinos. Los habían acostado hacía tiempo y dormían como angelitos esa madrugada del día de Navidad. Ella se derrumbó y ni se quitó el vestido cuando se echó la manta encima.

Los angelitos se convirtieron en ruidosos demonios a las ocho de la mañana y Yolanda, con una resaca horrible, intentó lanzarles un zapato sin éxito. Su madre le subió una taza con café cargado y una aspirina.

—Ayer bebiste mucho, Yoli.

—¿Sí? No sé. ¿Puedes decirle a los niños que se duerman dos horas más?

—No lo van a hacer. Son niños. Deberías salir a dar un paseo. Te va a sentar bien.

—¿Con este frío?

—Precisamente. Hazme caso.

Los treinta y cinco años de Yolanda le habían enseñado muchas cosas, pero pocas certezas. Una de ellas era que, si su madre le decía de hacerle caso, ella le hacía caso... y todo iba bien. Así que se vistió, abrigándose todo lo que pudo, y salió a la calle. El pueblo estaba silencioso. Hacía un frío seco con un sol tímido pero deslumbrante, que jugaba al engaño. Hacía sol, sí, pero el frío te hacía abrigarte bien. Yolanda callejeó un poco, siempre cuesta abajo. En ese pueblo, o ibas cuesta abajo o ibas cuesta arriba. Hasta que llegó a una de las calles que salían del pueblo y desembocaba en un camino con huertas a ambos lados. Era el camino a Navahermosa, el pequeño pueblo que estaba a solo seis kilómetros, unas dos horas andando. Bueno, era un buen paseo, así

que siguió caminando, sin intención de hacerlo entero, sintiéndose cada vez mejor y alegrándose de las castañas que se había echado en el bolsillo de su abrigo.

El paisaje era precioso. Un bosque de cuento de hadas a ambos lados de un riachuelo que el camino bordeaba ahora en una orilla, ahora en la otra. El riachuelo no tenía mucha agua y era fácil cruzarlo si ponía las botas con cuidado en algunas piedras que sobresalían del agua. Apenas llevaba media hora andando cuando se dio cuenta de que ya no escuchaba ningún sonido humano. Ni una voz, ni un motor, ni un maldito villancico.

«Navidad, Navidad, maldita Navidad.

Con turrón y champán, maldita Navidad».

Volvió a canturrear en un tono gangoso-resacoso que la hizo sonreír.

Hombres. ¿Quién los necesitaba? Infantiles. Inmaduros. Egocentristas hombres. Había tenido varios novios, pero todos le habían salido rana. Ni un príncipe ni un mendigo, a esas alturas, se conformaba con un hombre al que no le gustara el fútbol, al que le estaba cogiendo manía. Pero todos eran de este o aquel equipo y se podían pasar días y días hablando de un partido, de una final, de los escudos de los equipos, como si de heráldicos se trataran. Hombres. No habían madurado desde la Edad Media. Además, ¿quién los necesitaba? Para una noche de sexo, ya había aplicaciones en el móvil, pero aguantarlos no. Para eso no había ninguna aplicación en el móvil. Hombres; estúpidos, infantiles, egoístas.

CHAF.

No calculó bien al poner su pie en una piedra que cruzaba el riachuelo y se cayó de culo en el agua helada.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay! —gritó a todo pulmón por el dolor del culazo, el frío horrible que le entró por aquella parte trasera y, de paso, por toda la frustración que sentía. Decenas de pájaros salieron volando, asustados por su grito—. ¡Hombres! —gritó—. Nunca están cuando se los necesita. ¿No hay ningún hombre aquí? ¿Todos viendo el fútbol? ¿Hay algún

hombre que me ayude a levantarme?

—Sí, pero, por favor, deja de gritar. —Se escuchó una voz, inequívocamente, proveniente de un ser humano del género masculino.

Yolanda no esperó ayuda ninguna y, de un salto, se puso en pie aguantando la mueca de dolor y frío. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Se había vuelto loca. Escuchaba voces. Todavía estaba borracha. En cualquier caso, se apresuró a darse la vuelta y comenzar el camino que, de nuevo, la llevaría a Valdelarco.

—¿Entonces ya no quieres que te ayude? No quería asustarte. —Se volvió a escuchar la voz masculina que salía de no se sabía dónde.

—¿Estás en mi cabeza? —preguntó más asustada de lo que quería reconocer. Volverse loca no haría enorgullecerse a su abuela precisamente, aunque le explicaría muchas cosas.

—Hummm, no. Estoy a tu lado. —La voz salía de unas ramas debajo de un árbol. Un duende. Un elfo. Un hombre rana, la rana que habla, la rana a la que, si la besas, se convierte en príncipe.

—No te veo. Muéstrate. —Así era como se le hablaba a las ranas mágicas, ¿no? «Yo te invoco, rana», «Muéstrate» y cosas así. No tenía que haberse bebido el tercer gin tonic.

Las ramas de debajo del árbol comenzaron a moverse. Lentamente. Como si su invocación hubiera tenido éxito, estas se fueron levantando y adquirieron la altura y la figura de un hombre. No era un hombre rana, era un hombre rama. Yolanda abrió la boca e intentó decir algo, pero no sabía qué decirle a un hombre rama. Dio unos pasos atrás, volvió a tropezar y a caer de culo en el riachuelo helado. El hombre rama se rio.

—Perdona. No quería asustarte —dijo este a la par que alargaba una de las ramas que semejava un brazo, al final de la cual apareció una mano humana. Ella, con mucho cuidado, la agarró y el hombre rama la ayudó a ponerse en pie —. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Qué eres tú?

—Ah, perdona —dijo el hombre rama. Con su brazo rama se quitó la capucha rama y dejó al descubierto una cabeza enteramente masculina, con un gorro de invierno por encima de unos ojos verdes sonrientes. De unos cuarenta años, al tipo se le veía en forma—. Me llamo Ismael. Soy fotógrafo de naturaleza. Es un buen día para fotografiar abejarrucos. Aquí anidan mucho. Hoy, además, no hay nadie... al menos, hasta ahora.

Yolanda acostumbó sus ojos a la nueva perspectiva. Reconoció el traje *ghillie*, ese de camuflaje que llevan los francotiradores del ejército, todo jirones de trapos de distintos colores y la cámara con el teleobjetivo en un trípode, todo cubierto de tela de camuflaje al lado del árbol.

—Hola, yo soy Yolanda. ¿Te puedo hacer una pregunta extraña?

—Sí, claro. Hoy es un día extraño.

—¿A ti te gusta el fútbol?

—No mucho, yo practico esgrima.

—¿Te puedo hacer otra pregunta?

—Sí.

—¿Quieres conocer a mi abuela?

Ismael, el fotógrafo camuflado, es el protagonista de *Nunca es tarde para decir te quiero*.

<https://www.megustaleer.com/libros/nunca-es-demasiado-pronto-para-decir-te-quiero/MES-099832>

<https://www.facebook.com/AntonioLSanchezEscritor>

Ava Cleyton

Alma viva: ¿culpable o inocente?

—¿*Alma Viva*?

—¿De parte de quién, por favor? —contestó Lorena mientras terminaba de limarse las uñas. Los clientes del bufete debían de andar más ocupados en terminar de hacer las compras navideñas que en divorciarse. «Siempre será preferible volver a soportar al cuñado de toda la vida que brindar con uno nuevo y sospechosamente cordial...», había afirmado Minerva, su madre, la última vez que habían comido juntas.

—*Roberta Manzinni, directora de comunicación y marketing de la firma de moda Mango.*

Lorena depositó la lima color malva sobre la mesa y respondió:

—¡Uy, yu yui, qué importante! Pues sabe lo que le digo: ¡me chifla la ropa de sus tiendas, es muy cuqui!

—¿*Perdón?* —preguntó su interlocutora con extrañeza.

—A ver, para mí, como que no, no me veo, ¿sabe? Para las señoras señoras, ya sabe, sin ofender, de unos treinta para arriba, como mis hermanas por ejemplo, ¡ideal!

De repente, Alma apareció en el umbral de la puerta de su despacho. Llevaba el pelo recogido en una coleta; las gafas, como siempre, caídas en la punta de la nariz. Miró a su hermana por encima de estas.

—¿Con quién hablas?

—Con una jefaza de Mango —contestó tapando el auricular—. ¡A esta tipa le tendrás que cobrar el doble para compensar el mes! Que si llama es porque querrá un juicio rapidito y sin complicaciones, para irse a Cancún a ponerse morada de mojitos y a follar con mulatitos de mi edad hasta que se le caiga el chichi a pedazos...

Alma Viva soltó una estruendosa carcajada.

—Mira que eres bruji, ¡a ver qué me cuenta!

El timbre del teléfono de Alma sonó mientras se acomodaba en su butaca.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

—*Alma Viva, ¡por fin! Ya creía que me había confundido. No es por meterme en lo que no me llaman, pero la chica que coge el teléfono es algo indiscreta, ¿no?*

—Incontinencia verbal. Espero no le hayan molestado ninguno de sus espontáneos comentarios.

—*Siendo usted una de las mejores abogadas matrimonialistas de la ciudad...*

—Muchas gracias, realmente agradezco que se me valore por mi trabajo. Porque mire...

—*Roberta, Alma, por favor, llámeme por mi nombre de pila...*

—Como quiera.

—*Y tutéeme, si no le importa...*

—Estupendo, Roberta, tú mejor que nadie sabrás lo que significa ser mujer en estos tiempos que corren, y es muy significativo el aporte que hacemos para que nuestra sociedad sea cada día más igualitaria. Estoy bastante harta de que se nos valore más por nuestro físico que por nuestra inteligencia, vaya, como si ambas cosas no fueran compatibles.

—*¿Y cuando te salta alguno con que tu mal genio es debido a esos días especiales?*

—¡Me pongo de una mala uva!

—*Ciertamente, Alma...*

—¡No somos solo un culo y un par de tetas! Aún se atreven a piropearme cuando voy con la toga... Bueno, vamos a centrarnos. ¿Cuál es el motivo de tu llamada?

Se hizo un silencio breve.

—¿Sigues ahí?

—*Sí, perdona. Verás, me parece estupendo lo que me cuentas acerca de las mujeres. Que conste que estoy totalmente de acuerdo. ¡Faltaría más! Me encanta que las campañas de publicidad incorporen cada vez más a hombres en la cocina, planchando, recogiendo a los niños del colegio...*

—¡Ya era hora!

—*El motivo de que hayamos contactado contigo es el siguiente...*

¿Hayamos? ¡La leche, hoy me ha tocado el gordo, y no el de los niños de San Ildefonso: tenemos demanda corporativa a la vista...!

—*Desde el departamento de diseño, suelen mirar grabaciones de gente que entra y sale de las tiendas, con el fin de captar las tendencias de la calle.*

—Pues los estilismos de las chinas son de lo más originales. Os habréis fijado, supongo...

—*Claro, la realidad es una fuente inagotable de inspiración. Y qué sorpresa, porque en uno de esos videos apareciste tú.*

—¿Yo?

—*Estarás pensando en la Ley de Protección de Datos. Cuando se te ocurrió hacer el maravilloso estriptis, estabas pegada a nuestro escaparate del local de la calle Princesa, por lo que dichas imágenes pertenecen al circuito cerrado de televisión de la tienda...*

¡Será posible la mala suerte que tengo, para una vez que me despeloto en público!

—*A lo que voy, que te me has quedado muy callada...*

—No, no, Roberta, te escucho, verás... —añadió muy apurada.

—*¡Ay, Alma, es que estabas tan encantadora desvistiéndote que*

habíamos pensado que, tal vez, quisieras disfrazarte de Mamá Noel, sexi, sin duda, pues queda patente en el vídeo que tienes un cuerpo espectacular...!

—Un momento, Roberta. ¡Para, para! En serio, no te ofendas, pero antes de que continúes, te lo diré claro: soy hetero.

Al otro lado del teléfono retumbó la carcajada de Roberta.

—*¡Y yo, boba ¡Mi marido se llama Erik, es alemán y folla como los ángeles! O como los demonios, ¡a saber! El caso es que, después de darle varias vueltas, hemos llegado a la conclusión de que estaría muy bien que tú, como modelo de las mujeres triunfadoras y modernas, te quitaras sin complejos el disfraz y te quedaras como Dios te trajo al mundo. Así, entrarías a la tienda y comenzarías a darte esos caprichitos que tanto te mereces. El mensaje no podría ser más feminista: ¡No tenemos que esperar a que nadie venga de Laponia a alegrarnos la vida! ¡¿Qué te parece?!*

—Pues que, mientras los Papás Noeles son barrigudos y con la barba blanca, a nosotras se nos representa con el típico trajecito ajustado y botas altas, medias de rejilla, ¡¿o no?! Nunca he visto a una Mamá Noel gorda, con gafitas y moño de abuela.

—*¡Hagamos una cosa! Acércate a tu árbol.*

—*¿Cómo narices sabes que tengo un abeto navideño en mi despacho?*

—*Es lo más normal. Debe de haber un bolsa con el logo de nuestra firma...*

Alma Viva se levantó de su butaca.

—*¡Hay una bolsa de Mango! Pensaba que formaba parte del amigo invisible de este año. Otro regalo más...*

—*Ábrela, ponte el traje y me dices qué tal te sientes, ¿vale? Tómatelo como algo divertido. Luego decides si quieres formar parte de nuestra campaña. Te aseguro que pagamos muy bien, y máxime cuando tu video a lo Kim Bassinger fue visualizado por más de cinco millones de personas en todo el mundo.*

—¡Madredelamorhermoso, y yo sin enterarme!

Roberta colgó y Alma se acercó a su árbol. Dudó en comentárselo a Lorena. Pero si lo hacía, seguro que ella la animaría a protagonizar el anuncio. Y, sinceramente, no estaba muy convencida. Por eso, se encerró con llave, con mucho cuidado para no hacer ruido. En el interior de la bolsa, encontró un precioso vestido de terciopelo rojo, con los puños, el cuello y el bajo adornados de pelo sintético blanco. Lo desplegó y comprobó que era tan corto como imaginaba. En el fondo, había también unas medias de cristal negras. «¡Menos mal, no son de rejilla!», pensó aliviada, y unos zapatos de salón en negro; irresistibles, la verdad.

—¡Ay, qué tonta! —se sorprendió hablando sola—. ¡Cuánto hace que no me pongo algo tan sumamente sexi!

Entonces se quitó los botines color marrón chocolate . Luego se desabrochó la blusa blanca y, a continuación, se deshizo del pantalón de piqué en tonos marrones. Se miró los calcetines de corazones en tonos verdes que se había puesto esa mañana y se los quitó también. Acto seguido, se puso las medias y, rápidamente, se plantó el vestido.

—¡Ufff, qué barbaridad, pero si no parezco yo! —dijo al ver su impresionante imagen en la ventana.

Volvió a la bolsa y comprobó que debajo de los zapatos se encontraba el gorro de Mamá Noel.

—De perdidos al río —musitó divertida.

Se puso los zapatos y, acto seguido, se colocó el gorrito, no sin antes soltarse su preciosa melena negra.

Su reflejo la llevó automáticamente al instituto. Recordó aquella primera vez que había salido de Nochevieja con Jaco y a la noche de amor más hermosa que había vivido hasta entonces. Bebieron cava en un garaje, escucharon a los Hombres G, a Los Secretos, a Loquillo, hicieron planes de futuro, apuntando en un calendario las fechas importantes de aquel año que comenzaba... Entonces se compró un vestido muy parecido a ese, ¡casi

idéntico! Suponía que, en ese momento, la prenda estaría guardada en algún lugar recóndito del trastero de la casa de su madre, si no lo había tirado ya.

Mamá Noel salió del despacho con una gran sonrisa. Quería que su hermana Lorena la viera de esa guisa. Sin duda, sería un momento inolvidable.

Pero, al traspasar la puerta, una gran ovación la paralizó: sus hermanas Luz y Cristina, sus sobrinos en los carros, su cuñado Eduardo, su madre Minerva junto a su padre y su hermana Lore estallaron en una gran carcajada. Tras ellos, Jaco aparecía con un gran dibujo en cartón de un muñecote blanco, sin ojos, como los que recortaba cuando era pequeña, cuyas extremidades eran una suerte de rectángulos informes pegados al cuerpo.

—¡Inocente , inocente!

Alma, sin poder parar de reír, se abrazó a él, plantándole un jugoso beso en la boca.

—¡Esto ha sido idea tuya, ¿a que sí?!

—¡Claro, de quién si no! ¡Guau, qué sexi, abogada!

Alma Viva sintió que podría morir de felicidad en ese mismo instante.

—Entonces, ¿Roberta? ¿Mango?

—¡Ay, hermanita, mira que eres simple! —exclamó Lorena—. Si miras la etiqueta, verás que es tu vestido, el mismo que te compraste allá por el Pleistoceno.

—¿¡Qué dices!?

—Sí, y la de Mango es una amiga mía que ni se llama Roberta ni es jefa. ¡Más quisiera! —exclamó Minerva muerta de risa.

—¡JO, JO, JO, FELIZ NAVIDAD! —exclamó, divertida, Alma, totalmente metida en su papel, mientras Lore immortalizaba el momento con el móvil. ¡Qué peligro!

Alma Viva es la protagonista de la novela Alma viva: la gurú del desamor, <https://www.megustaleer.com/libros/alma-viva-la-gur-del-desamor/MES-101267>

<https://www.facebook.com/Ava-Cleyton>

Begoña Gambín

La magia de la Navidad

Los padres de Elsa habían viajado desde Valladolid hasta Bournemouth, a unos ciento cincuenta kilómetros de Brighton, donde estaba situada la finca de Adam, en la que vivía su madre. Los cinco habían decidido celebrar allí la Nochebuena porque el embarazo de la joven ya estaba muy avanzado. Además, se había unido a ellos Lorena, la enfermera que había sido compañera de piso de Elsa y se había convertido en una de sus mejores amigas.

Desde hacía un tiempo, la había visto un poco decaída y, como la joven no había podido desplazarse a su ciudad en España para pasar las Navidades con su familia por tener guardia en su hospital hasta hacía un par de horas, la invitó a pasar esa noche tan especial junto a ellos.

Elsa, desde una cómoda butaca frente a la chimenea, con sus manos posadas con delicadeza en su prominente barriga, observaba cómo su padre seguía los rituales que cada año realizaba ese día: en cuanto la familia comenzaba a ultimar los detalles para la cena, lo primero que hacía era poner música; las canciones de Nicola Di Bari y Nino Bravo ponían la banda sonora a todas las Nochebuenas de la joven. Luego, una vez que el mantel navideño enfundaba la mesa de comedor, colocaba en el centro una vela encendida y, a continuación, seguía con el resto de menaje de fiesta que debía embellecer la cena. Pero lo primero: la vela encendida. Era imprescindible.

Dio un vistazo alrededor de la estancia para observar, con una plácida

sonrisa en sus labios, la decoración navideña que, con mucha elegancia, colaboraba en el ambiente festivo. Predominaban las guirnaldas, el acebo, la hiedra y el muérdago porque estaban asociados con rituales de la alta Edad Media, ya que los druidas británicos consideraban que el muérdago era sagrado y contenía poderes milagrosos, según le había explicado Grace mientras Adam y ella la ayudaban a decorar la casa a principios de diciembre.

Su futuro marido, Adam, estaba en la cocina preparando la cena junto con su madre, Grace, y la madre de Elsa, Ana. Lorena hacía un rato que había llegado del trabajo y se estaba duchando y arreglando para la celebración más típica de las navidades españolas.

Habían acordado hacer un *mix* de ambos países: la cena más familiar en Inglaterra era el día veinticinco de diciembre por la noche y se había adelantado al veinticuatro por Elsa y sus padres, a condición de que se sirviese la cena típica para esa noche de los ingleses, que constaba de pavo asado relleno, con patatas asadas, salsa de arándanos, coles de Bruselas y el postre tradicional, budín de Navidad.

En ese momento, su amiga entró en la sala y se acercó hasta ella para sentarse en un pequeño taburete reposapiés que estaba delante del sillón. Elsa se reclinó hacia delante y le agarró las manos.

—¿Qué te pasa, cariño?

—¿A mí? ¡Nada! —respondió Lorena con una sonrisa que se veía a todas luces que era impostada.

—No finjas, por favor. Somos amigas para lo bueno y para lo malo. Bastante tuviste que aguantarme a mí cuando tenía mis comidas de coco por Adam.

Lorena agachó la cabeza con pesadumbre y un hondo suspiro exhaló por su boca. Volvió a levantarla y dirigió su mirada a los ojos de su amiga.

—¡Qué bien me conoces!

—Tienes un rostro muy expresivo, Lorena. No es mérito mío. Venga, dime qué es lo que te sucede. ¿Tienes problemas en el hospital? —le pidió Elsa

realmente preocupada.

—¡No! ¡Qué va! Todo va perfecto allí si dejas a un lado el que me haya tocado la guardia de hoy.

—¿Entonces?

—Es una tontería, Elsa, seguro que es mi cabeza que piensa demasiado.

La joven la miró con extrañeza. Desde que la conocía, no había visto a su amiga de esa forma. Era una chica alegre por naturaleza y fuerte por convicción. Ella había sido la más detractora en su relación con Adam y la que había intentado por todos los medios que ella no se dejase manipular por él.

—A ver, cuéntame qué te tiene así, en dónde tienes tu mente.

—Bueno... no es dónde, sino con quién.

—¡Acabáramos! ¡Es por Paula!

—Si... Es que... ¡Caray, Elsa, noto algo extraño en ella desde hace un tiempo! —exclamó Lorena con pesar.

—¿Extraño en qué sentido? —indagó Elsa con una sonrisita en los labios.

—Pues... este mes casi no he podido hablar con ella, siempre estaba ocupada y, cuando le pedí que viniese a pasar las fiestas conmigo, me puso mil excusas para no hacerlo.

—Pero, chiquilla, ¿mil excusas posibles o increíbles?

—Vale, vale, son completamente posibles, pero no vitales —replicó la joven a la vez que soltaba sus manos de las de su amiga y las restregaba una contra la otra—. Seguro que, si en realidad le interesase verme, lo habría podido solucionar. Parece ser que tiene razón la canción cuando dice que la distancia es el olvido. Desde que se fue a España contigo, no nos hemos vuelto a ver, ¡y de eso hace ya casi cuatro meses!

—¡Uy! Veo que te ha dado fuerte. No sabía que te lo habías tomado tan en serio. Estás enamorada, ¿eh?

—Hasta las trancas, Elsa. Y eso que, cuando os fuisteis, tan solo estábamos empezando a dar un paso más en nuestra amistad.

—¡Ay, Lorena! ¡No sabes la alegría que me das! No puedes haber encontrado una mujer más maravillosa que Paula. Es la mejor amiga del mundo, por lo que de pareja debe de ser espectacular —reconoció Elsa, emocionada, a la vez que le daba un beso a su amiga.

—Gracias, Elsa, pero yo no lo tengo tan claro...

—¡No seas pesimista, hija! Te recuerdo que ella fue la primera que se fijó en ti. Todavía me da la risa cuando me viene a la cabeza el día que te dijimos que a Paula le gustaban las mujeres y tú creíste que era yo quien le gustaba —rememoró con una gran sonrisa que culminó con una fuerte carcajada.

Una leve sonrisa afloró a los labios de Lorena a la vez que sus ojos se nublaban ante el recuerdo.

—A mí también me causa risa cada vez que lo recuerdo. Me quedé a cuadros cuando Paula aclaró que era en mí en quien se había fijado. No me lo esperaba. Era la primera vez que una mujer flirteaba conmigo o, por lo menos, que yo me diese cuenta. Pero, bueno, no sé, creo que me sentí halagada porque a mí ella me cayó muy bien en cuanto nos conocimos.

—Bien, y ahora dime... Conociendo a Paula, ¿tú no crees que, si ella se hubiese arrepentido, te lo habría dicho?

—Ya. En eso tienes razón. Lo que más me impactó de ella fue que es un espíritu libre y no estaría atada a nada que no le gustase.

—En efecto, así que quítate esos morritos de disgusto y disfruta de la magia de la Navidad, por favor. En esta época, todo puede suceder... —culminó con voz misteriosa.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y se escuchó a Adam, desde la lejanía, que gritaba que iba él a abrir.

—Está bien, Elsa. Tienes razón, me estoy preocupando sin motivos. Intentaré hablar con ella lo antes posible y le expondré mis dudas, y quizás haga alguna locura e intente buscarme unos días para hacerle una visita.

—¡Jo, jo, jo! —se oyó en ese momento por el pasillo.

—¡Ya está aquí! —exclamó Elsa al tiempo que se levantaba con un poco

de esfuerzo; la criatura que crecía en ella ya no la dejaba moverse con todo el ímpetu deseado.

—¿Quién?

—¡Papá Noel!

En ese instante, entró Adam seguido por la típica figura oronda vestida de rojo y con sus larguísimas barbas blancas, salvo que...

—¡Lleva gafas de sol! —exclamó Lorena.

—Tendrá conjuntivitis —aventuró Elsa mientras se acercaba a Adam.

El hombre, en silencio, se quedó plantado en medio de la estancia con su saco colgando del hombro.

—¡Qué ilusión, Papá Noel! ¿Has traído algo para mí? —interrogó, emocionada, Elsa—. ¡Mamá! ¡Papá! ¡Grace! ¡Venid! ¡Ya está aquí Papá Noel! Ven, Adam, acompáñame para avisarles, que no se han enterado —parloteó al tiempo que agarraba el brazo de su amado y lo arrastraba fuera de la sala.

Antes de salir, la joven se volvió y le dijo a Lorena:

—Querida, por favor, ocúpate de él hasta que volvamos.

Y sin más, salió de allí sin darle tiempo a que le respondiera. Lorena parpadeó desconcertada. No sabía lo que acababa de pasar. De repente, se había quedado sola sentada frente al hombre disfrazado. Lo miró sin saber qué hacer o decir, así que optó por lo más evidente.

—Hola, Papá Noel, ¿me has traído algún regalo?

Pero en ese momento, para asombro de ella, él dejó caer el saco al suelo y comenzó a desabrocharse el ancho cinturón que llevaba en la amplia cintura, luego, procedió a quitarse la parte de arriba del traje y arrastró los pantalones hacia abajo, desnudándose.

«Pero, ¿qué es esto? ¿Me han traído un estríper para alegrarme la Nochebuena?», pensó Lorena alucinada.

La barriga estaba compuesta por un chaleco lleno de guata, que se quitó de inmediato y dejó ver una camiseta que ceñía unos turgentes pechos. En ese instante fue cuando Lorena comprendió que el cuerpo que tenía frente a ella

era el de una mujer. Elevó su mirada a la vez que una barba y una peluca, blancas ambas, caían al suelo.

Antes de llegar al rostro del falso Papá Noel, su cuerpo ya había reconocido quién estaba bajo ese disfraz porque miles de mariposas revolotearon por su bajo vientre y un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—¡Paula! —gritó al mismo tiempo que se levantaba con rapidez y se arrojaba a sus brazos, que la recibieron con un fuerte abrazo.

Los labios de las dos mujeres se encontraron sin tener que buscarse. Un imán de deseo y pasión los juntó y un beso arrollador dijo todo sin una sola palabra.

Lorena y Paula son personajes secundarios de El dilema de Elsa.

<https://www.megustaleer.com/libros/el-dilema-de-elsa/MES-099759>

<https://www.facebook.com/BegoGambin/>

Betina Shablíko
Brisa de Navidad

Igor pasó el dorso de su mano sobre su frente para retirar esas gotas de lluvia que habían logrado alcanzarlo y, mientras se alejaba de su camioneta, no dejaba de mirar a Vodka, su adorada mascota, que lo esperaba en el interior. A él no le hacía gracia dejarla ahí, pero antes de entrar al anticuario con ella, prefería pedirle permiso al dueño; tenía referencias de que era un ruso con pocas pulgas y un temperamento un tanto agrio.

Igor Bleid ya había enviado un par de restauraciones a ese sujeto y, aunque no lo conocía personalmente, como buen artista que él también era, sabía que, si bien ese tal Alexei era puntilloso, también era el mejor en su *métier*, por lo cual no había dudado ni un tris en enviarle esa reliquia del siglo XVIII, un óleo que él había adquirido en Bolzano, y que encerraba toda la magia de una leyenda de la que él y su amada Celeste parecían ser los protagonistas.

—Buen día. —Igor lanzó un saludo al aire mientras entraba.

De la penumbra, emergió una silueta no muy alta que le respondió con un «Adelante». Ya a la luz, pudo ver a un hombre joven, rubión, no tan alto como él, pero de contextura atlética.

—¿Nandor Farkas...? ¡Es un honor! —le manifestó el joven mientras con sus dos manos tomaba efusivamente la que Igor le había tendido.

Ante tanta vehemencia, Igor se sintió en la obligación de aclararle:

—Ese es el nombre que uso para pintar... porque en el pasado ejercí otra

profesión... —Calló para no dar más información. Pero enseguida agregó—: Llamame Igor, ese es mi nombre.

Mientras el joven no dejaba de sonreír como si estuviera frente a una eminencia, Igor lo escudriñaba para ver si hallaba algún rastro que evidenciara el temperamento hostil del que se había hecho fama. Era más, concluyó que sus ojos cristalinos, lejos de reflejar hosquedad, albergaban una gran pena.

Ciertos ladridos alfa le recordaron a Igor su deber y, mirando a Alexei con una sonrisa solícita, le comentó:

—Es mi perra... Pobrecita, quedó en la camioneta.

Alexei comprendió la insinuación y, sin dudar, replicó:

—Traela, mientras no rompa nada...

Igor sonrió agradecido, y Alexei vio como ese hombre, corpulento y de aspecto rústico, salía de su local dando pasos larguísimos en su afán de rescatar a su mascota y no hacerla esperar más, amén de que los estridentes ladridos iban *in crescendo* y se estaban tornando insufribles. Tal vez, por deformación profesional, Alexei no pudo dissociar el artista de su obra y se convenció de que en esos bosques que Igor pintaba estaba plasmado ese halo lobuno que lo circundaba.

Cuando Igor volvió al local, el restaurador valoró su esfuerzo para evitar que esa linda perrita no tirara de un certero coletazo alguna de sus reliquias. Esa perrita... que le recordaba a otra.

Para sorpresa de Igor, sin que mediara palabra y en completo silencio, Alexei le expuso orgulloso el trabajo terminado. Igor soltó la correa de Vodka y se acercó con los ojos llenos de emoción.

—¡Magistral! —exclamó con admiración, ensimismado en ese paisaje. Un ladrido de Vodka lo despabiló.

—Tiene pinta de traviesa y, por demás, demandante —infirió Alexei mientras Vodka reclamaba su atención.

Igor lo observó y le cuestionó:

—¿No te gustan los perros, verdad?

Alexei sonrió, sacudió la cabeza y, ante la sorpresa de Igor, le respondió:

—Al contrario. Los amo. Solo que no soporto cuando parten, y ya no podría soportar una pérdida más...

Igor percibió un solapado pedido de socorro en el comentario del joven. Una gran necesidad de compartir su insondable dolor.

—Perdiste a alguien hace poco, ¿no? —Igor no había terminado de formular su pregunta, que Alexei, en un intento desesperado por hacer catarsis, le esputó:

—No hace mucho, perdí a la que era la mujer de mi vida...

—Lo siento —musitó Igor. Y, por un instante, revivió su propio dolor. Él también sabía lo que era perder un ser amado, y también había sucedido poco tiempo atrás. La imagen de esa joven cándida y ensimismada en sus sueños lo invadió sin piedad ni aviso. Miró a los ojos de Alexei, que lo miraba inquisitivamente. Para evitar recordar, le preguntó—: ¿Se enfermó?

Alexei sonrió con amargura.

—Peor que eso... La asesinaron. —Con fuerza, arrojó sobre la mesa el trapo que sostenía en su mano.

Igor sintió un escalofrío y empezó a creer que esa pintura era mágica en verdad. Y tuvo miedo. Tuvo miedo de seguir escuchando porque, en ese momento, comenzó a unir ciertos cabos sueltos. Ruso, curador, San Isidro...

—Lo siento. Vos preguntaste —se excusó Alexei—. Sé que a la gente no le gustan las historias deprimentes.

—No es eso, creeme —replicó Igor. Y simulando calma, indagó—: ¿Cuánto hace de esto?

Alexei volvió a sacudir la cabeza, como ordenando sus recuerdos, y respondió taciturno:

—Dos años. Van a ser tres... ya casi tres. Y a mí me siguen pareciendo horas... —Suspiró y agregó—: Fue un caso muy conocido en las afueras de Buenos Aires. —Y ambos, al mismo tiempo, dijeron—: Una psicóloga

encontrada muerta en un bosque de eucaliptus.

Alexei, entre azorado y sorprendido, clavó sus ojos transparentes en Igor, que, sin levantar la vista del piso, solo acotó:

—Ludmila... Ludmila Bleid.

—Sí, ese era su nombre —confirmó Alexei.

—Ludmila era mi hermana —manifestó Igor con amargura.

Alexei se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar. Solo balbuceaba:

—Y ahora me quedé solo. Ella era mi alma. No habíamos dicho a nadie de nuestra relación. —Meneó la cabeza, inspiró por la nariz para no moquear y prosiguió—: Estuvimos juntos más de un año... y cuando estábamos comenzando a planear nuestra boda... —En ese instante, se interrumpió y sus ojos se clavaron en Vodka—. ¡Vodka! —balbuceó Alexei al momento de reconocerla.

—Quiere decir «agüita» en ruso —acotó Igor, consciente de que Alexei era el responsable de su nombre. Enseguida se explayó—: Ludmila me habló de vos. Estaba muy enamorada, nunca la había visto tan feliz.

Como si entendiera que ya había sido reconocida, Vodka, llorando, comenzó a golpetear con su patita la pierna de Alexei, quien perdió el autocontrol y se arrodilló para abrazarla.

Igor no podía salir de su conmoción. Solo atinó a apoyar su mano en el hombro de Alexei, brindándole su apoyo.

—¿Con quién pasarás la Nochebuena y la Navidad? —le preguntó intempestivamente.

Alexei pareció perturbado y respondió:

—Aquí, solo... o quizá vengan un par de amigos a brindar.

Igor lo miró a los ojos y, sabiendo bien lo que decía y el efecto terapéutico que buscaba, sin rodeos, manifestó:

—Creeme, a Ludmila le dolería verte así. Vení a pasarla con nosotros, no te quedes solo. Será un honor y un placer recibir en mi hogar al hombre al que

mi hermana amó y el mismo que la hizo tan feliz. Te esperamos.

Igor dejó el cheque sobre la mesa, tomó el caballete donde descansaba el lienzo, llamó a Vodka y se dio media vuelta para que Alexei no viera sus lágrimas. Antes de atravesar la puerta, volvió a mirarlo y reiteró:

—Por favor, no dejes de venir. Celeste y yo estaremos felices de tenerte en casa. Tenés mis datos, solo que me conocías como Nandor Farkas.

Ese atardecer, el bosque de Cariló, tal vez por la Navidad, parecía más mágico aún. A pesar de la época del año, el aire estaba frío, por lo que se haría necesario encender la chimenea. A través del ventanal, Igor observaba a Celeste, su amor, mientras ella subía cuesta arriba la suave pendiente de la colina sobre la cual se erigía la casa. Volvía con un pequeño cesto repleto de ramitas de pino y piñas para el fuego de la chimenea.

En ese momento, un auto cruzó la tranquera, se estacionó y del este descendió un joven rubio que Celeste reconoció enseguida como Alexei. Con una sonrisa en su rostro, y la calidez habitual en ella, apoyó el canasto sobre un colchón de tréboles y corrió a darle la bienvenida al invitado de honor.

Alexei cargaba una bolsa que parecía contener botellas de sidra y pan dulce. Celeste lo abrazó y Vodka se le abalanzó como hacía con Igor.

Más tarde, llegaron Martina y su amiguita Mafalda, la madre de Celeste y los amigos de siempre.

Después del brindis, Alexei se alejó en silencio y se adentró en el bosque. Vodka lo siguió como un hada protectora, cuidándolo y haciéndole sentir que no estaba tan solo... que ella también le pertenecía.

Alexei alzó al cielo sus ojos, que ya eran del mismo color que sus lágrimas, y pronunció el nombre de Ludmila. Sollozando, susurró:

—Mi amor..., estoy aquí, y sigo siendo tuyo.

En ese instante, las hojas de los árboles comenzaron a vibrar al unísono, aunque no hubiese viento. Una energía benéfica parecía impulsarlas y una tenue brisa envolvió el rostro de Alexei, que él presintió como los besos y

caricias de Ludmila, esa mujer maravillosa que lo sería por toda la eternidad. La misma que por siempre sería su dulce amor.

Más tarde, Igor y Celeste lo observaron volver del bosque junto a Vodka. Parecía renovado y feliz. Algo había renacido en él, como sucede siempre en Navidad. Mediante un tácito pacto, sellado por una fugaz mirada recíproca, ambos convinieron que habían cuidado muy bien de Vodka, pero que desde esa noche, su hogar estaría junto a Alexei.

—Gracias por todo... —comenzó a despedirse Alexei, y miró a Vodka con melancolía. Ella movió la cola y se pegó a él, con sus ojos fijos en Igor y Celeste.

—Creo que se quiere ir a tu casa con vos... —declaró Igor alegremente.

Celeste, muy abrazada a él, asintió con una sonrisa luminosa.

Alexei los miró con ojos brillantes.

—¿En serio? —preguntó con emoción.

—Sí, con una condición: que vengas a visitarnos muy seguido. Mínimo, dos veces al mes, cuando vos quieras y sin avisar —aclaró Igor afectuoso.

Celeste se acercó a Alexei, le dio un beso, puso en su mano un hueso de juguete y dijo:

—Tomá. Aquel día, Ludmila lo había comprado para Vodka, le pertenece.

Los tres, aunque se sentían cuatro, se abrazaron con fuerza y supieron que, como en toda Navidad, había nacido una esperanza renovada en todos y cada uno de ellos.

Este relato hace referencia a la novela La colina de las mariposas invisibles.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-colina-de-las-mariposas-invisibles/MES-101192>

<https://www.facebook.com/betina.shabliko>

Bruno Puelles

Recuerdos

Ashala entró en el salón con una jarra de *mot*. El caldo era muy suave, más de lo acostumbrado, porque cuanto más duraba la guerra, menos eran los ingredientes de los que se disponían. Aun así, todos los presentes lo agradecieron. Al otro lado de las ventanas, el día, invadido por una niebla gris y helada, era un nido de sombras.

—Cada una aportaría lo que pudiera —insistió Thaola—. No se trata de que pasemos hambre el resto del mes a cambio de una sola cena.

—Aun así, estaría bien que fuera algo especial —puntualizó Genyra—. El motivo de esta celebración es animarnos un poco, el solsticio de invierno es solo una excusa.

—Podemos hacer algunas de nuestras especialidades con muy poco —intervino Shururu, convencida—. Mi hermana y yo podemos traer un pastel, hemos descubierto cómo hacerlo sin huevo ni azúcar...

—Yo he hecho varios muñecos de trapo, Genyra los ha visto. Quedan muy aparentes, ¿verdad? Podríamos regalárselos a los niños que vengan...

Las ideas se sucedieron en un chaparrón. Shururu tomó un trago de *mot* y sonrió. Hacía mucho tiempo que no notaba aquel entusiasmo.

—Sí, pero ¿dónde lo haremos? Tu salón es el más amplio, Ashala, pero, aun así, si conseguimos que venga todo el mundo, estaremos demasiado apretadas.

Thaola agitó las manos, llamando la atención de todos.

—¡Yo sé dónde! En la antigua casa de fiestas. Está abandonada, allí no molestaremos a nadie y cabemos perfectamente.

—Buena idea. Iremos a verla en cuanto acabemos aquí —resolvió Ashala—. Queda cerca de tu casa, Shu, ¿vendrás con nosotras?

Ella asintió. Con suerte no se le haría demasiado tarde: a la hora de la cena, su hermana necesitaría ayuda con los niños.

Hasta que empezó la guerra, en la antigua casa de fiestas, se habían celebrado los conciertos, bailes y reuniones de los habitantes de las granjas y caseríos que formaban Raoamin. Sin embargo, Shururu, Ashala y Thaola tenían la sensación de no haber entrado en ella desde hacía una vida entera. El edificio, de piedra sólida, parecía viejo y destrozado. Los marcos de las puertas y ventanas, adornados y elegantes, estaban llenos de musgo. Se escuchaba el viento aullando entre los cristales rotos. Las tres mujeres entraron sin dificultad: la cerradura, rota y llena de óxido, se abrió al empujarla.

—El espacio es estupendo, aunque un poco sobrecogedor —dijo Ashala.

—Hace frío —dijo Thaola—. Mejor que vengamos bien abrigados.

—Bueno, en mi casa también hace frío —repuso Ashala.

—En todos lados —atajó Shururu. No había suficiente leña para calentar las habitaciones.

Pasó la mano por las paredes, acariciando los relieves de la piedra. Aún podía distinguirse que aquel lugar había sido bello.

—Lo llenaremos de farolillos —dijo Thaola—. La luz de las velas bailando en los muros será preciosa. Y pediremos a Keaphine que toque algo de música, seguro que estará encantada.

Se miraron, sonrientes. Organizar una cena que reuniera a los vecinos y les

diera un motivo para celebrar algo había resultado ser más importante de lo que habían creído cuando se les ocurrió la idea. La gente se había volcado para apoyarlas, todo el mundo quería colaborar. Lo que había comenzado como un entretenimiento banal se había convertido en una fuente de alegría, algo que esperar con ilusión: fenómenos que habían sido infrecuentes en los últimos años.

Una voz enfadada hizo desaparecer sus sonrisas:

—¿Quién os ha dado permiso para entrar ahí? ¡Fuera!

La anciana Malonne, la dueña de la casa de fiestas, agitaba su bastón como si considerase golpearlas con él. Ashala frunció el ceño y se enfrentó a ella.

—No estábamos haciendo nada malo. Queremos organizar una cena en el solsticio y hemos pensado que podríamos hacerlo aquí.

—Vamos a invitar a todo el mundo —añadió Thaola—. También nos gustaría que viniera usted.

—Gracias, pero no. Aquí no se va a celebrar nada.

Las tres amigas salieron a la calle. Aquello era un inconveniente grande, sobre todo, después de haber imaginado cómo organizarían todo en aquel lugar. El sitio era perfecto.

Ashala, indignada, bufó que había que convocar otra reunión de urgencia.

—Mañana en mi casa a primera hora. Hay que avisar a los demás.

Se apresuraron a sus casas, con la noche sobre ellas.

No había *mot* porque Ashala estaba guardando las verduras de las que disponía para el que esperaba que fuera el plato estrella de la fiesta. El ambiente estaba cargado de furia: Ashala había logrado incendiar los ánimos ante la injusticia de ver arruinada su cena solo por el egoísmo sin sentido de una anciana loca.

—Ni que fuéramos a romper ese sitio inútil —repetía Thaola cada vez que

encontraba un hueco en la conversación.

—Con lo razonable que suele ser Malonne...

—No, era razonable hasta que su hijo se marchó —comentó alguien, y nadie preguntó a dónde y por qué se había ido, porque solo había una respuesta posible—. Desde que su marido y ella viven solos, no son los mismos. Ninguno de los dos.

—Aquí todos hemos perdido a gente en la guerra —dijo Ashala, con dureza—. Todos tenemos nuestras tragedias personales y, aun así, no fastidiamos a los demás sin motivo, eso es de miserables. La vida es ya lo bastante difícil sin que nos convirtamos en enemigos unos de otros...

Un murmullo de asentimiento recorrió el salón. Shururu estaba de acuerdo, pero sintió una punzada de culpabilidad cuando días más tarde se enteró de que Genyra se había negado a venderle verdura a Malonne y la había expulsado de su tienda.

La hermana mayor de Shururu, Dirue, había heredado la habilidad para la costura de la madre de ambas. En cambio, a Shururu le gustaba más pintar, y sus cuadros no tenían nada que envidiar a los bordados de Dirue. Por eso, por las mañanas se quedaba en casa, ocupándose de esta y de sus dos sobrinos, mientras su madre y su hermana iban a la sastrería. Cuando terminaba todas las labores, aún quedaba algo de tiempo para pintar.

Aquel día no pudo hacerlo. Estaba demasiado consternada por la cena y, después de comer, mientras los niños dormían la siesta, preparó un poco de mot y se sentó junto a la ventana. Vio bajar la calle a Malonne, temblando un poco. Shururu apretó con los dedos la taza caliente.

—¿Le apetece una taza de *mot*?

Malonne la miró, asombrada al verla asomándose por la ventana, pero asintió. Shururu le abrió la puerta. Se sentaron juntas en la cocina.

—Gracias —dijo Malonne.

—No es nada. Hace mucho frío.

Mientras la anciana bebía, Shururu cogió una cesta y la llenó con algunas hortalizas.

—Llévesela, a nosotros no nos hace falta —mintió.

Malonne intentó agradecerse, pero se le quebró la voz y sollozó. Shururu, atónita, se estrujó las manos sin saber qué hacer.

—Lo siento —dijo Malonne—. Sé que eres una de los que organizan la cena. Tus amigos están muy enfadados conmigo. —Hizo una pausa, pero Shururu no respondió—. Antes, en esa sala, se daba una clase de baile para niños. Cada pocos meses, cuando tenían ensayada una pieza, la bailaban allí. Podía ir a verlos quien quisiera. ¿Te acuerdas de eso?

—No —respondió Shururu con sinceridad.

—Mi nieta iba a esa clase. La pobrecita no tenía madre desde muy pequeña. Por eso, cuando mi hijo se fue, nos dejó a la niña a mi marido y a mí. La seguí llevando a su clase de baile. Le encantaba. Tenía seis años cuando bailó por primera vez delante de un público. Todos los niños hacían de copos de nieve, vestidos de blanco. Fue muy bonito. Mi nieta me contó que aquel había sido el mejor día de su vida y que tenía ganas de que volviera su padre para contárselo. La criatura se acordaba mucho de él, aunque se había marchado cuando ella aún era un bebé...

Las tazas estaban ya vacías. Shururu se levantó para rellenarlas, sin querer interrumpir la historia de la anciana. Aunque sabía el final.

—Muchos niños se pusieron enfermos ese año. Ella luchó contra la enfermedad durante mucho tiempo y fue de las últimas en morir. Mi hijo todavía no lo sabe, porque no quiero darle ese disgusto mientras esté fuera...

Sus palabras se perdieron en el aire congelado de la cocina. Callaron durante un buen rato. Shururu no sabía qué responder a aquello.

—En invierno, me parece sentir una conexión con mi nieta en la sala de fiestas. Y cuando nieva y los copos se cuelan dentro, siento la misma felicidad

que ella. Creo que está allí. Si hay otra gente en la sala, la presencia de mi nieta se disipa... y es ya lo único que me queda de ella.

La anciana se puso de pie y le dio otra vez las gracias por el *mot*. Shururu la acompañó a la puerta. Aunque insistió, Malonne no quiso llevarse la cesta.

Decidieron celebrar la cena en casa de Ashala. Lograron despejar de muebles el salón y lo decoraron con farolillos. Aunque fue mucho trabajo, quedaron satisfechos con el resultado. Shururu volvía a sentirse ilusionada de camino a casa, con uno de los farolillos en la mano y una invitación a la cena, escrita a mano y decorada con un dibujo que había hecho ella misma. Se detuvo en la casa de Malonne para darle la invitación,

—¿Seguro? No sé si me querrán allí —murmuró ella en tono distante.

—Seguro —respondió Shururu. Sus ojos brillaban de cariño.

Estaba oscureciendo ya, pero aún tenía algo que hacer. Llegó a la casa de fiestas, empujó la vieja cerradura y, una vez dentro, encendió la vela del farolillo. Lo colocó en el suelo, lo más resguardado posible. La sala se llenó de calidez.

Shururu salió de nuevo a la calle y emprendió el camino de vuelta a casa.

Estaba empezando a nevar.

Shururu es un personaje de *A dónde van los dragones*.

<https://www.megustaleer.com/libros/a-dnde-van-los-dragones/MES-103923>

<https://www.facebook.com/bruno.en.serio>

Camilla Mora

Corazones completos

Chez revisaba los licores detrás del mostrador del bar con aire ausente mientras tomaba nota en una pequeña libreta de lo que hiciera falta para tener todo listo en esa víspera de Navidad. Ya se había encargado de que la decoración estuviera puesta; nada muy recargado, solo unos muérdagos aquí y allá, algunas guirnaldas de pino, moños rojos y estrellas doradas.

Hacía unos años que había logrado abrir Chesterfield, un bar con escenario donde podía tocar su música cada vez que quisiera. Salvo que... no era lo mismo sin ellos. Sin Gabe y sin...

—¿Están abiertos? —preguntó un hombre a su espalda, del otro lado de la barra.

—No, abrimos a... —Las palabras le quedaron atascadas en la garganta. ¡Paulie! Un Paulie con más años, pero el mismo, con aquellos ojos en color avellana, que eran de un tono verde muy claro con una pizca de ámbar.

—Creí que al menos me darías un abrazo —mencionó Paulie con una sonrisa que resplandecía como el sol en verano, pero Chez no podía, no lograba hacer que sus pies se movieran o que su corazón volviera a latir—. ¿Chez? ¿Chester? —preguntó, con preocupación, la persona que había conocido desde la infancia.

Chez cerró los ojos. Aquella dulce voz que hacía tanto que no escuchaba, pero que la recordaba como si solo ayer se hubieran separado. Esa tarde en la

que ambos habían penado por la repentina decisión de Gabe de desaparecer a causa de la muerte de su padre y la huida de su hermano gemelo. Gabriel había sido esa tercera parte fundamental de su grupo de música, de amigos, de hermanos. Con casi diecinueve años, sin claras perspectivas de futuro, estudios y trabajo, no habían logrado contactar a Gabe. Sentados en un banco de plaza, Paulie estaba con los ojos anegados en lágrimas por el amigo que consideraba un hermano que no deseaba verlos, y Chez había cometido una estupidez o, quizás, no.

—Ya daremos con él, Paulie. —Chez le pasó un brazo por los hombros y lo atrajo a su costado—. Nunca hemos podido estar mucho tiempo separados; además, nuestra música nos une a un nivel que traspasa todo, ¿cierto?

El castaño asintió y escondió el rostro en el cuello del rubio. Chez, en ese momento, no supo qué se apoderó de él. La vulnerabilidad de su amigo lo conmovió de forma tal que una ternura se vertió en su interior. El anhelo de abrazarlo y borrar toda angustia de Paulie fue tan fuerte que lo tambaleó.

Lo tomó por el rostro y lo vio bañado en lágrimas. Le pasó los pulgares por aquellas mejillas pálidas y rozó los labios de Paulie. Notó que contuvo el aire, Chez pronunció el beso y la lengua del castaño bailó junto a la suya, solo para separarse de él con un jadeo.

—¡Qué mierda, Chez! —Paulie se alzó con indignación.

—Yo... escucha... —Se elevó también y quiso acomodar sus pensamientos y sentimientos como para decir algo coherente, solo que nada se conectaba como debía.

—¿Te parece divertido? ¿Joder a tu amigo gay en este momento?

—No, no. Esto no es eso. Yo...

—¿Qué? ¿Ahora, de pronto, eres gay?

—Eh... siento algo por ti, Paulie. —Era cierto, algo más que amistad, algo más que un sentimiento filial. El sentimiento que guardaba para Paulie

no era el mismo que para Gabe. Amaba a ambos, pero de diversa manera, solo que hasta ese instante no se había percatado de ello.

—Oh, Chez —dijo con pena en su expresión—. Eres heterosexual, te encantan las chicas. Esto solo es por lo que ocurre con Gabe, soy lo único que te queda.

—No, no es eso.

—Me voy, Chez. Me voy de viaje por Europa por un tiempo —confesó el castaño con voz apesadumbrada—. Un año sabático en el que veré qué hacer con mi vida.

—¿Qué?

Chez solo recordaba la despedida de Paulie, quien lo veía con compasión por su supuesto enjambre mental, y él se había enfadado tanto que le gritó como nunca antes. Esa había sido la última vez que lo había visto y hablado con él. Se habían enviado *mails*, como si nada hubiera ocurrido, a lo largo de los años, quince años. *Mails* por los que Chez suspiraba y ansiaba su llegada como si fuera lo único que lo hiciera palpitar. Y, en ese instante, lo tenía delante, con sus ojos avellana, su cabello castaño con copos de nieve, esa sonrisa que iluminaba cualquier habitación y su voz, dulce como el chocolate. Su corazón se vio estrujado y sentía que le costaba respirar, sus ojos escocían por las lágrimas que pugnaban por escapar. Paulie había vuelto.

De pronto, sus pies adquirieron movilidad y rodeó a toda velocidad la barra. Él lo observaba con cierta precaución y con el ceño fruncido. Chez se apresuró hasta él, le tendió los brazos y lo apresó en ellos. Lo sujetó tan fuerte que de seguro que lo ahogaba, pero poco le importó. Paulie, *su* Paulie, había vuelto.

Enterró la nariz en el cuello del recién llegado y se emborrachó con su aroma. Ciñó el agarre y se negó a liberarlo por más que Paulie lo intentara.

—Pensé que te gustaría este regalo de Navidad —bromeó el castaño, pero al rubio no le hizo gracia.

—¿Tú eres mi regalo? ¿Eres mío y solo mío, Paulie? —preguntó con una seriedad que le borró la sonrisa al otro hombre.

El silencio se prolongó entre ellos. Se percató de la tensión en cada músculo del castaño, estaba rígido como una tabla entre sus brazos.

—¡Mierda, Chez! No van ni dos minutos y vuelves a burlarte de mí.

—¿Por qué demonios no me crees? ¿Acaso el flechazo con Blake te hizo ciego a cualquier otro?

—¿Blake? No he pensado en el tipo desde la secundaria. Tú no sientes esto por mí, Chez. Es solo que no nos hemos visto en años.

—¡Basta! Deja de infravalorar mis sentimientos. ¿Por qué no puedo estar enamorado de ti? ¿Por qué mierda no puedes creerme? —Sabía a lo que temía el castaño. A jugarse por lo que sentían uno por el otro y perder también su amistad, después de que hubieran perdido a Gabe. Pero ya era suficiente, Chez no podía soportar más esa dilatación o esa negación—. ¡Deja de forcejear! No pienso volver a dejarte ir. Primero, me abandona Gabe y, luego, tú, Paulie. Me abandonaste. ¡No! —espetó cuando se disponía a hablar. Estaba harto de que tratara de justificar lo que él sentía—. Me dijiste que te ibas por un año. ¡Un maldito año y pasaron quince! Voy a demostrarte lo que siento por ti. ¡Vamos, Paulie! —Lo aferró de la mano y tiró de él.

—¡Chez! ¡Por favor, suéltame!

—¡No! ¡Estoy harto de abrirme a ti! —Se detuvo a los pies de la escalera que daba a su apartamento sobre el bar—. Mira arriba, Paulie —susurró.

Había colgado, en la parte superior del quicio de la puerta que daba a la escalera, un muérdago. No sabía por qué lo había puesto allí, dado que solo él caminaba por ese sitio. Y ya sabía la razón, porque Paulie volvería.

Cuando los ojos avellana se alzaron, Chez tomó posesión de su boca de improviso. No le importó nada más que degustar la dulzura de Paulie y ¡mierda, si no se sintió como llegar al hogar!

El castaño soltó un sollozo contra sus labios, uno que luego se convirtió en un gemido en cuanto Chez enterró los dedos en su cabello y lo esclavizó entre

la pared y su cuerpo. El beso se volvió agresivo de parte de uno y del otro, la ropa comenzó a sobrar en cuanto se frotaron entre sí.

Volvió a aferrar su mano y tiró de él escaleras arriba. Imprimiría su marca en Paulie, no le daría lugar a dudar de él nunca más.

—Espera, Chez. Solo detente por un segundo.

Chez así lo hizo y acunó su rostro.

—No retrocedas de mí ahora —susurró sin aliento.

—Nunca más. Lo prometo —aseguró el castaño con una sonrisa—. Yo no quise creerte, Chez. Temí tanto el creerte. Y...

—Ya no importa, estás aquí.

—Sí, estoy aquí contigo.

En cuanto Chez lo tuvo dentro de su apartamento, le desprendió la chaqueta con copos de nieve en los hombros, la arrojó al suelo junto con el *sweater* y su camiseta. El mismo destino siguieron los pantalones y la ropa interior, al igual que su propia vestimenta.

Los pechos se agitaban con violencia y las pupilas se veían dilatadas de la excitación que los envolvía. Desnudos, se contemplaron, pero la emoción fue tan grande que arrolló con el deseo y lo corrió a un segundo plano.

Se tomaron por sus rostros y sus labios volvieron a unirse, pero esa vez, de forma pausada y degustando al otro con una calma tormentosa. El caudal de sentimientos los hacía vibrar. Se abrazaron sin dejar de besarse, se acariciaron sin dejar de besarse y se recostaron en el lecho sin dejar de besarse, como si la conexión de sus bocas conectara a su vez sus almas, las fundiera a fuego entre sí.

Las erecciones atestiguaban su pasión, sin embargo, no buscaban una unión sexual, sino un vínculo de otro nivel, uno que sobrepasaba lo físico.

—Te amo —confesó Chez con voz ronca.

—Te amo —fue el turno de Paulie de hacer eco de la emoción.

Entrelazaron sus piernas, una cabeza recostada en el pecho del otro, latidos en consonancia y labios que se buscaban entre sí.

El mejor regalo de Navidad que pudieran haber recibido. El completar su corazón.

Chez y Paulie son personajes secundarios de la novela Amor entre paréntesis, de la serie Corazones en Manhattan.

<https://www.megustaleer.com/libros/amor-entre-parntesis-corazones-en-manhattan-4/MES-099081>

<https://www.facebook.com/camillamoraescritora/>

Catherine Brook
Regalo de Navidad

Eran las ocho de la noche y Rowena Armit, duquesa de Richmond, estaba nerviosa, muy nerviosa. Desde su cuarto, escuchaba el barullo de los criados arreglando los últimos detalles, y cuando los músicos comenzaron a afinar sus instrumentos, su corazón se aceleró cada vez más.

Nunca había sido una persona muy propensa a estar inquieta y desde joven había sido educada para manejar ese tipo de situaciones, pero cuando era la anfitriona de la primera velada importante como duquesa de Richmond, no podía hacer más que desear que las cosas salieran bien y temer que no fuera así. Esa fiesta terminaría de asentarla en el lugar que había ocupado hacía nueve meses como duquesa y definiría la forma en que la vería la sociedad a partir de ese momento. Solo esperaba que por estar a solo un día de Navidad, la buena energía consiguiera que todo saliera bien.

Ajustó con firmeza el guante de fina seda blanca y observó su reflejo en el espejo del tocador para confirmar que todo estaba en orden. Respirando hondo, salió de la habitación y se encontró afuera a su esposo, William, que esperaba con cierta impaciencia a que ella estuviera lista. Al observarla, una sonrisa apareció en su normalmente rostro serio y tomó su mano para depositar un prologando beso sobre el guante. El duque no era un hombre de muchas palabras, pero a Rowena no le quedaba duda del amor que le profesaba. Cada gesto, por insignificante que fuera, se lo demostraba.

Le ofreció su mano, más que por formalismo, por apoyo, y juntos se dirigieron a la entrada del gran salón, donde lo más selecto de la sociedad británica de los alrededores pronto charlaría animadamente. Como no era una época en la cual la clase alta estuviera en Londres, la fiesta se realizaba en la propiedad campestre de los Richmond, de ubicación centrada y fácil acceso, pero eso no quitaba que muchos de los que estarían presentes hubieran realizado un largo viaje para asistir a lo que esperaban fuera un gran acontecimiento.

Como era su deber, esperaron en la entrada hasta que empezaron a llegar los invitados. Al lado de su esposo, Rowena los recibió con la pose digna y regia que se esperaba de ella, les brindó una sonrisa cordial y les agradeció por haber venido. Cuando ya había una cantidad considerable de personas en el salón, dio el inicio oficial a la velada.

El transcurso del baile aconteció tal y como lo esperaba. Después del inicio oficial de la fiesta, los invitados se dispersaron, los músicos empezaron a tocar y los lacayos iban de un lado a otra atendiendo a quien pudiera necesitarlo. Hasta el momento, nadie parecía aburrido o se había marchado, y para mantener al público atento, pronto iniciarían la búsqueda del «regalo de Navidad». Consistía en una dinámica que había planeado con minuciosidad. En distintos lugares de la planta baja de la casa, se encontraban escondidas una variedad de tarjetitas navideñas con grabados que daban pistas sobre la ubicación del regalo. Quien quisiera participar, debía lanzarse a la búsqueda de las tarjetas, y el primero que encontrara el regalo sería el poseedor de una gran cesta con galletas de Navidad. Además, le auguraría una feliz Navidad y un muy próspero Año Nuevo.

Rowena subió a la tarima donde tocaban los músicos y dio las indicaciones del juego. Inmediatamente, todo el que quiso se puso en marcha. Las jóvenes casaderas soltaban risitas infantiles y caballeros interesados se ofrecían gentilmente a ayudarlas. La mayoría de las damas ya mayores se recluyeron en las esquinas, y justo pasaba por detrás de un grupo cuando algo

le llamó la atención. Una joven bonita, de no más de diecinueve años, tenía cara de pena y veía con súplica a la que, supuso, era su madre.

—Pero yo deseo participar —dijo la joven con voz lastimosa.

—Esas son tonterías, niña —reprendió la matrona con tono arisco—. Ese tipo de juegos son verdaderamente ridículos, pero no debería sorprenderme viniendo de alguien con el carácter de la duquesa. No sé cómo logró atrapar a un duque.

—Quien sabe de las mañas de las que se habrá valido, querida —comentó otra mujer a quien Rowena reconoció como *lady* Harrot—, pero sin duda, el pobre hombre ya debe estar arrepentido. Nueve meses de casados y aún no viene heredero en camino.

Rowena tuvo que ahogar un jadeo y se escondió detrás de una de las pilastras para poder escuchar mejor. Sabía que esa no era posiblemente la mejor idea, pero bastante difícil era seguir su camino y no saber de qué más iba la conversación.

—Tienes toda la razón —afirmó la mujer anterior a quién no logró identificar—. Si se hubiese casado con una de nuestras hijas, ya estaría a punto de nacer un heredero. Por lo menos, mi familia en particular es muy fértil. Solo yo tuve ocho hijos, y mi querida hermana va por el sexto.

—Oh, la mía también es muy fértil —dijo *lady* Harrot—. Yo le he dado a mi esposo tres posibles herederos y dos niñas. Que lástima que el duque no tuvo en cuenta esas estadísticas antes de casarse y lo hizo con una mujer estéril.

Rowena no pudo seguir escuchando más y se fue de ahí, con las lágrimas amenazando con desbordarse. Para evitar armar un espectáculo, salió al jardín y respiró aire fresco, en un vano intento de tranquilizarse.

Las mujeres habían tocado un punto débil, y lo sabían. Habían pasado ya nueve meses desde su matrimonio y no había podido concebir. Los rumores de que era estéril ya se empezaban a extender y las condolencias para el duque no se hacían a esperar. A Rowena le dolía mucho esa situación. Ella deseaba con

mucho fervor darle un hijo a su marido, no tanto por la descendencia, sino porque siempre había sido su sueño, tener muchos, muchos niños que llenaran la casa, y hasta el momento, no había dado ningún signo de que viniera uno en camino. William no se lo reprochaba, de hecho, Rowena estaba segura de que jamás lo haría, pero ella sí. Ella sí se reprochaba constantemente no poder quedar embarazada y preguntaba a Dios por qué le había quitado ese placer. De vez en cuando, se preguntaba si no hubiese sido mejor que William se casara con otra que sí pudiera darle la familia deseada y el heredero esperado. A pesar de estar segura de que William la amaba, él debía de pensar en su legado. Era su obligación perpetuar el título y ella estaba fallando como esposa, como mujer.

Sin poder contenerse más, se echó a llorar, oculta detrás de los matorrales bien cuidados del jardín. En ese preciso momento, ya no le importaban ni los invitados ni cómo pudiera terminar esa fiesta. ¿Cómo podía interesarle si, de todas formas, la sociedad ya tenía una imagen de ella? Se quedó ahí un rato, no supo cuánto, pero seguramente ya la búsqueda del regalo había terminado y William debía de dar las felicitaciones solo. No era conducta de una duquesa esconderse como una cobarde, pero no le interesaba. En ese momento, no. Se sentía demasiado mal.

El tintineo del reloj anunciado las doce resonó en toda la mansión y, de pronto, Rowena sintió un brazo que la rodeaba y la atraía hacia así. El calor conocido la reconfortó casi de inmediato y, de forma inconsciente, se acurrucó contra él. Se limpió las lágrimas con la mano enguantada y miró a su esposo, que sostenía una canasta que posteriormente le ofreció.

—Hay unas ricas galletas —dijo como si pudiera tentarla.

—Es la canasta de regalo —murmuró sorprendida.

—Lo es.

—Era para el que la encontrara —dijo como si no fuera obvio.

—Nadie la encontró —se justificó él.

—¡Porque la has quitado de su lugar!

Él se encogió de hombros.

—Los invitados van a pensar que los hemos timado —advirtió, esa vez, riendo sin poder evitarlo. William también sonrió.

—Que piensen lo que quieran. Ya es Navidad y este es mi regalo. —Le extendió la canasta y Rowena apartó la manta que la cubría. Jadeó sorprendida al ver su contenido.

Encima del montón de galletas había un estuche. Lo tomó entre sus manos y dejó la canasta en el piso para abrirlo. Un hermoso broche de oro con un corazón en forma de diamante en el centro brilló en la oscuridad. William lo sacó del estuche y, con mucha delicadeza, se lo colocó en el cabello.

—Te amo —le dijo en voz baja—. No te lo digo con frecuencia, pero te amo mucho, Rowena. Eres el sol de mis días. La luz de mi noche. No podría vivir sin ti, quiero que lo recuerdes cada día de tu vida.

—¿Aunque no pueda darte hijos? —No pudo evitar preguntarlo.

—Te tengo a ti, y eso basta para hacerme feliz el resto de mis días.

Más lágrimas asomaron a los ojos de Rowena, esa vez, de felicidad.

—No tengo ningún regalo para ti. —dijo con voz ahogada.

—Tú eres mi regalo —dicho eso, la besó.

Lo que la duquesa no se esperaba, era que tan solo seis años después, también en una Nochebuena, llegarían nuevos regalos a su vida. No se materializaron en forma de un heredero propio, pero sí de cuatro niñas que el destino les otorgó de forma bastante inesperada, porque, a veces, los regalos no son lo que esperamos, pero sí lo que merecemos, y el regalo más importante siempre es el amor.

Los personajes que aparecen en este relato son secundarios de la serie Joyas de la nobleza.

<https://www.megustaleer.com/libros/una-noche-con-rub-joyas-de-la-nobleza-1/MES-099615>

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100015514937646>

Chris de Wit

Por amor a Emma

Anoche me fui a dormir con un nudo en la garganta. Ser testigo de la furia y el dolor de mi jefe, el silverwalker Triel Di Mónaco, me dejó perturbado.

Estábamos acostumbrados a un Di Mónaco vacío, ajeno por completo a cualquier cosa que no fuese la Estirpe de Plata. Sin embargo, el guerrero de dos metros de altura rebosante de músculos, con la cabellera estilo samurái y la mirada fría que dejaba a cualquiera sin respiración, había derrapado. Verlo entregado, casi crucificado por lo que había sucedido con la señorita Brenda Mori, me provocó insomnio.

Suspiré profundo. Luchar a la par de los silverwalkers nunca fue una tarea fácil. Exigía de nosotros, sus soldados, un permanente equilibrio emocional y una avezada destreza mental y física. Además, como Di Mónaco me consideraba a mí, Sergio Mendoza, su hombre de mayor confianza, delegó en mis manos la tarea de proteger a la estirpe de México con la consecuente responsabilidad que ello significaba. Y para mantener mi cordura, precisaba encontrar paz. Para ello, recurría a mi diario, que comencé a escribir hace unos años. Lo que en un principio me había parecido un esfuerzo, después se transformó en una necesidad.

Miré a través de la ventana. La naturaleza que nos rodeaba permanecía a oscuras, como si esperase que una luz incandescente se prendiese en algún lugar para emerger en toda su hermosura. Si bien no sucedió del todo, el suave

brillo de la luna se asomó por entre las nubes y alumbró el pequeño árbol de Navidad que había armado con unas ramas y unas pocas cintas rojas y doradas en la intemperie.

Sonreí. Por más que tuviese veintiocho años y me hubiese convertido en un guerrero sagaz, nada ni nadie podría desterrar de mí al chico que adoraba las tradiciones. Sobre todo, la del veinticuatro de diciembre a la noche.

Clavé la vista sobre las hojas de papel frente a mí y comencé a dibujar aquello que me conectaba con el espíritu navideño. Papá Noel, un trineo, cuatro renos y un árbol de Navidad lleno de soplillos. De repente, me sentía el niño revoltoso que ayudaba a mi papá a cortar leña para apañarnos contra el frío, o a acarrear los baldes de agua potable para que mi madre pudiese cocinar en las Navidades que pasábamos en familia, repletas de risas y cantos. No teníamos mucho dinero para regalos, pero contábamos con alegría y amor a manos llenas.

Se me hizo un nudo en la garganta, porque ninguno de esos recuerdos era válido para mí sin ella.

Mi Emma. Y me dieron ganas de gritar de la forma en la que lo hizo mi jefe anoche.

El corazón me palpitó desaforado al traer su imagen a mi mente y a mi corazón. Era mi «señora álmica», la compañera única que la naturaleza me había otorgado por pertenecer a la raza de la Estirpe de Plata.

Había recibido la gran bendición de toparme con Emma de pequeños. Nuestros padres eran amigos y vivíamos a dos casas de por medio. Cuando nos avistamos por primera vez, mi respiración se detuvo. Ella tenía el cabello rojo, ensortijado y brillante, el cual rodeaba un rostro que, de un segundo a otro, se transformó en lo más bello de mi existencia. Era cuatro años menor que yo, pero nos entendíamos a la perfección.

Yo no tenía más que ojos y alma para Emma. Compartíamos con ansia lo poco o mucho que llegaba a nuestras manos: una comida, un cobertor roto para protegernos del frío o un rico chocolate caliente que, a veces, nuestros padres

podían ofrecernos. Nos encantaba subirnos a los árboles, correr por detrás de las ranas, pescar en los vados y jugar al escondite. Cualquier cosa con tal de estar juntos. Así crecimos, retozando, pero también trabajando a la par de nuestras familias, colaborando con los menesteres del hogar y el cuidado de nuestros hermanos.

Hasta que un día, cuando tenía catorce años, comencé a mirar a Emma de otra forma. Sabía que aún era una niña, pero mi interior me susurró que ella era la correcta. Me encargué de protegerla y adorarla en silencio hasta que, al cumplir los dieciocho, no aguanté más y la llevé al lago Camécuaro, un sitio de ensueño rodeado de árboles enormes que crecían en el interior de las aguas cristalinas. Aprovechando que hacía mucho calor, decidimos bañarnos acompañados de nuestras carcajadas. En un momento, cuando nos tirábamos agua a la cara como dos desenfundados, Emma perdió el equilibrio y trastabilló. Al sujetarla entre mis brazos, nos contemplamos embobados a los ojos. El brillo de sus iris me atrapó y ejerció el encantamiento que siempre había esperado.

La besé.

No le hice el amor, porque Emma aún no estaba preparada para ello, pero la colmé de caricias y besos ávidos, a los que ella correspondió con afán. Esa misma tarde, nos prometimos permanecer juntos para toda la vida.

Paré de escribir porque las lágrimas me anegaban los ojos. Me las limpié con los dedos y me recosté sobre el respaldo del sillón.

El problema surgió cuando, pocos años después, decidí alistarme en las tropas de la estirpe y, de inmediato, me destinaron a luchar para los silverwalkers. Aquello significaba un cambio radical en mi vida, porque me destinarían a diferentes países del mundo y mi existencia estaría focalizada en convertirme en el mejor soldado para confrontar a nuestros temibles enemigos, los caídos.

Servir a los cinco guerreros era la distinción más grande que pudiese anhelar, pero, además, el poderoso ingreso económico me permitiría ayudar a

mi familia a salir de la pobreza. Cuando se lo planteé a mis padres, me apoyaron, pero Emma, sonriendo con tristeza, me rogó que la dejase libre.

En ese instante, alguien tocó la puerta de mi habitación.

Me levanté de prisa y, al abrir, me topé con Astos, el Maestro de la estirpe y gran amigo de los hermanos Triel y Damián.

—Buenas noches, Sergio.

Me quedé mudo porque recibir la visita del druida era uno de los honores más preciados entre la gente de la estirpe. Su majestuosidad encandilaba, así como sus iris verdes únicos. ¿Qué querría conmigo?

—Buenas noches, Maestro.

—¿Me invitas a pasar?

Me hice a un lado, rojo de la vergüenza.

—Discúlpeme, por favor. Sea usted muy bienvenido.

—He venido a decirte algo muy importante.

—A sus órdenes. —Y me cuadré como un verdadero militar.

—Relájate, muchacho. No vengo en calidad de autoridad, sino de consejero.

Empalidecí. ¿Habría hecho algo malo y querría advertirme?

—Lo escucho, Maestro.

—Sé perfectamente la clase de joven que eres, no solo por lo que capto en ti, sino también por lo que Triel me ha manifestado. Ese grandote arrebatado te considera de enorme valía. —Respiré aliviado cuando escuché esas palabras—. Pero no quiero que cometas los mismos errores que él. Habrás visto anoche la crisis que tuvo ante lo acaecido con la mujer que ama.

—Él siempre negó que sintiese algo por ella.

Sacudió la cabeza de un lado a otro, con énfasis.

—Porque no sabe nada del verdadero amor. —Y me clavó la mirada que dejaba desnudo a cualquiera—. Que no es tu caso.

«Emma», pensé.

—Exacto. Se trata de ella. —Conocía su don de leer las almas, pero que lo

hiciese con la mía me asustaba—. ¿Por qué la dejaste ir?

Su pregunta me tomó por sorpresa, pero me obligué a contestar.

—Porque me lo pidió.

—¿Conoces el motivo?

—Me dijo que no podría soportar que estuviese en peligro. Que prefería apartarse de mi camino para que yo pudiese triunfar. Traté de convencerla de su error, pero Emma mantuvo su posición.

—¿Hace cuánto de esto?

—Tres años, siete meses y... —conté con los dedos— veintidós días.

—¿Intentaste comunicarte con ella durante ese tiempo?

—Sí, pero se negó a recibirme.

Solo Dios conocía el dolor que me atravesaba el pecho cada vez que pensaba en Emma y en la imposibilidad de estar juntos porque ella así lo deseaba.

—Quiero sacarte de un error.

Lo observé fijo y el miedo me golpeó duro.

—¿A qué se refiere?

—Emma intentó protegerte.

Lo miré con recelo.

—¿De qué o de quién?

—De los caídos.

—No entiendo, Maestro.

Astos se aclaró la garganta.

—El antiguo jefe, Sácritos, obligó a Emma a abandonarte.

—¿Cómo?

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que estaba seguro de que estallaría.

—Déjame terminar, hijo. —Respiró hondo—. Necesito que me respondas lo siguiente: ¿cuándo logró tu equipo rescatar a Triel de la cárcel de los caídos?

—Hace tres años y...

Tragué en seco. ¿Sería que...?

—Exacto —aseveró leyéndome la mente otra vez—. Justo cuando Emma te pidió que la dejases marchar.

—Pero entonces...

—Sácritos la amenazó con destruirte si ella no callaba. Ese tipo siempre ha buscado perjudicar a la gente que se le cruzaba por delante y, en tu caso, nunca te perdonó que te llevases a su prisionero más anhelado: Triel.

—Y conmigo estaban los demás silverwalkers.

Astos sonrió.

—Correcto. Sabrás entonces de la maldad que Sácritos y los demás líderes que asumieron después de su muerte han descargado sobre cada uno de mis chicos.

Desesperado y con pasos fuertes y rápidos, me dirigí hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

Me detuve y lo contemplé por sobre mi hombro.

—A buscar a Emma.

—Entonces, ¿es ese tu gran deseo, Sergio? —preguntó el Maestro con suspicacia.

—¡Le juro, por lo que más quiera, que no volveré a permitir que me separen de ella! Por amarla, la perdí. Pero ahora la recuperaré.

—Entonces, que así sea.

Al abrir la puerta, me quedé mudo. Los ojos que anhelaba más que a nada en mi vida me contemplaban rodeados de una aureola de cabellos rojos y ondulados que me resultaron la gloria.

—Por tu gran valentía y lealtad, los silverwalkers y yo queremos desearte feliz Navidad, Sergio —dijo el druida—. Y también a tu querida Emma.

La miré como un estúpido, sin poder creer que aquello podía ser verdad, pero cuando avisté su sonrisa formidable y el amor descomunal que desbordaba de sus pupilas, las lágrimas cayeron por mis mejillas y, estrechándola entre mis brazos, la besé para siempre.

Sergio Mendoza es un personaje de la novela Cuando te rindas.

<https://www.megustaleer.com/libros/cuando-te-rindas-los-silverwalkers-3/MES-091310>

<https://www.facebook.com/chrisdewitromance/>

Chris Razo

Besos con sabor a chocolate

Todavía no han dado las siete y la calle está vacía como siempre. El viento sopla con fuerza y mi bufanda no es capaz de calmar el frío que siento en esta mañana de diciembre.

El camino que hago en cinco minutos, hoy lo he hecho en dos. Abro la puerta del bar y ahí está Miguel con su eterna sonrisa, tirando mi primer café de la mañana.

—Buenos días, preciosa. Presiento que hoy tu café será con la leche muy caliente.

—Buenos días, Miguel. ¡Has acertado! No creo que consiga entrar en calor hoy.

—Hoy has venido antes que de costumbre —me dice.

—Eso es culpa de este frío. ¿Cuándo volverá el calor? No creo que sea capaz de sobrevivir a otro día como este.

—¿El calor? Si te oyera mi mujer...

—¿Le gustaba tanto el frío como a ti?

—Sí. Creo que, cuando la obligué a venir a la capital para cumplir mi sueño, también acabé con el suyo.

—¡No digas eso! Siempre me has dicho que habéis sido muy felices.

—Lo fuimos, pero mi Tereixa siempre se quedó en Galicia. No supo entender la vida en Madrid.

Hace ocho años que conozco a Miguel y puedo comprender lo que siente con una mirada.

Él supo ganarse mi confianza y yo estuve a su lado cuando Tereixa, después de una larga enfermedad, falleció. Miguel se quedó sin su compañera de viaje, pero en su cara siempre hay una sonrisa y un bonito recuerdo para su mujer.

Desde que entré en este bar por primera vez, supe que Miguel sería importante en mi vida. Esas cosas se sienten.

Solo he faltado a nuestro café cuando nacieron las niñas, o cuando estábamos Aarón y yo de vacaciones. No puedo evitar suspirar al recordarlo de nuevo.

—¿Otra vez pensando en él? —pregunta Miguel.

—¿Tan fácil es leerme el pensamiento?

—No creas. Solo son años de experiencia. —No puedo evitar la risa.

—Está todo bien, Miguel.

—Eso no es lo que dicen tus ojos. ¿No crees que ya es tiempo de olvidar?

—¿Y cómo se hace? ¿Tienes la receta?

—Alguien entrará en tu vida y hará que recuperes la sonrisa.

—No quiero a nadie en mi vida. Tengo a mis hijas.

—Son encantadoras, pero no te hablo de ellas. Te hablo del amor, Alexandra.

Suspiro de nuevo.

—No tengo la cabeza para pensar en esas cosas. —Nuestra conversación se interrumpe porque suena la puerta del bar.

Entra un hombre alto, de cabello claro y alborotado. Se acerca a la barra y saluda a Miguel.

—Buenos días, Miguel. ¿Cómo estás?

—¡Cuántos días sin verte! Nunca te había visto por aquí tan temprano.

—En Navidad, todo el mundo se vuelve loco, y toca trabajar el doble. — Sus ojos verdes se clavan en mí. Una mirada tan intensa que consigue ponerme

nerviosa—. Perdón, soy un maleducado. No te he dado los buenos días —me lo dice dedicándome una tierna sonrisa. Yo también sonrío, pero porque su nariz está roja y se me viene a la cabeza Rudolf.

—¡Parece que a la señorita le he hecho gracia, Miguel! —Ambos sonrían.

—No. Solo miraba tu nariz. Lo siento.

—¡Vaya! Me habían hablado de mis ojos, pero de mi nariz...

—Perdón, pero es que..., te pareces tanto a Rudolf... —No puedo contener la risa. Hasta siento que mis mejillas me arden.

Miguel le tiende una taza al hombre y le dice:

—A este chocolate invito yo. Has conseguido que vuelva a verla sonreír.

—Puede que venga mandado por Papá Noel. —Me guiña un ojo.

—No quiero que pienses que me estaba riendo de ti.

—No tienes que preocuparte. Si mi nariz te ha hecho sonreír, estoy feliz por ello.

Miro el reloj. ¡Qué tarde es!

—Miguel, tengo que irme. Se me ha hecho muy tarde hoy.

—No te preocupes, preciosa. Al café invito yo.

Cuando voy a salir por la puerta, el aspirante a Rudolf me coge de la chaqueta.

—Perdona.

—Dime.

—Soy Eric. Rudolf para los amigos.

Se dibuja una sonrisa en mi cara de nuevo.

—Soy Alexandra. La que se ríe de las narices rojas de los desconocidos.

—¿Nos veremos por aquí? —pregunta.

—Seguro que sí.

Durante días, pienso en ese hombre, del que lo único que conozco es su nombre, pero que se ha metido en mi mente sin pedir permiso.

Una mañana más, estoy sentada en el bar, moviendo mi café una y otra vez.

—¿Qué ocurre, preciosa? —pregunta Miguel.

—Nada. Solo estoy cansada.

—¿Todo bien con las niñas?

—Sí. Son dos ángeles.

—¿Aarón?

—No, Miguel. Con Aarón todo va bien. En Nochebuena, se lleva a las niñas a Málaga.

—¿Con la familia de Naiara?

—Sí. Están encantadas con su hermano pequeño.

—¿Y tú?

—Yo solo quiero que pasen pronto. Puede que dormirme y despertarme el día de Año Nuevo.

—¡No digas tonterías! La Navidad es una época preciosa.

—Cuando la pasas en familia, Miguel. Yo este año sin las niñas, nada es igual.

—Puede que esta Navidad sea diferente. Parece que Eric consiguió devolverte la sonrisa. Tendré que decirle que venga más por aquí.

—¿No ha vuelto?

—Eric solo aparece de vez en cuando. Se toma su chocolate, charlamos y desaparece. Es un buen hombre, pero trabaja demasiado. ¿Sabes lo que creo?

—¿Qué? —pregunto intrigada.

—Que Eric tiene algo especial. Creo que tú también te has dado cuenta.

—No sé a qué te refieres.

—Ese hombre te ha hecho sonreír más veces en cinco minutos que cualquiera en todo el año. —Eso es verdad. Este año no ha sido precisamente fácil, y él, sin conocerme, consiguió algo importante: hacerme reír a carcajadas.

—Tengo que irme, Miguel. Gracias por la charla.

—Deberías de creer más en la Navidad.

—Eso es solo para niños.

Miguel pone los ojos en blanco y acaricia su bigote. No dice nada, pero yo

entiendo ese gesto.

Cuando solo he andado media calle, alguien grita mi nombre.

—¡Alexandra, Alexandra!

Me giro y puedo ver esos ojos verdes de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Te buscaba.

—¿A mí?

—Sí. Quería preguntarte algo.

—Hazlo.

—¿Has pensado en mí estos días? Yo no he sido capaz de pensar en otra cosa.

Por un momento, creo estar flotando ante semejante confesión.

—Yo... yo también he pensado en ti. Parece una locura porque no nos conocemos de nada, pero la realidad es que no has salido de mis pensamientos desde que te vi en el bar. —Se acerca a mí lentamente. Esta vez, no me importa el frío que hace en la calle, porque sus brazos me dan todo el calor que necesito. Sus dedos acarician mis mejillas lentamente y su boca se acerca a la mía, provocándome un cosquilleo en el estómago.

Nuestros labios se funden en un tierno beso, con un sabor muy dulce. Se separa de mí y me mira.

—Tienes una sonrisa preciosa.

—Hacía mucho tiempo que no sonreía de esa manera. Puede que no tuviera muchos motivos.

—¿Y ahora?

—Si sigues dándome esos besos tan dulces, puede que tenga motivos para seguir sonriendo.

—¿Te parecen dulces mis besos?

—Sí. Saben a...

—Chocolate —responde.

—Sí. Tus besos tienen sabor a chocolate. —Esta vez, soy yo la que se

acerca a él para besarlo.

—Quiero volver a verte —me dice.

—Yo también. ¿Nos veremos pronto?

—Eso solo depende de ti. ¿Crees en la Navidad? —Su pregunta me hace pensar en Miguel.

—Supongo que dejé de creer en ella hace mucho tiempo.

—Cuando vuelvas a creer en ella, también volverás a creer en el amor, y en ese mismo momento, volveremos a encontrarnos. Es fácil.

Se aleja de mí y me quedo en la calle pensando en la frase que me ha dicho.

¿Será verdad todo eso que me ha dicho? Al final, voy a pensar que lo mandó Papá Noel para mí.

Alexandra es un personaje secundario del libro Destino imprevisible.

<https://www.megustaleer.com/libros/destino-imprevisible/MES-099073>

<https://www.facebook.com/ChrisrazoCT>

Christine Cross

Un amor por Navidad

El club se encontraba prácticamente vacío.

Aunque el fuego chisporroteaba alegre en las dos elegantes chimeneas de mármol que ocupaban casi la totalidad de una de las paredes del salón, nadie se aprovechaba de su calor. Ni siquiera él, que se había acomodado en una butaca situada junto a uno de los grandes ventanales, desde donde podía contemplar los finos copos de nieve que habían comenzado a caer.

Derek apretó la copa que sostenía en su mano y elevó los ojos al techo. Los cerró un segundo después y dejó escapar un suspiro.

Era el día de Navidad y, como siempre, se encontraba solo. Se frotó la frente con los dedos, allí donde aún quedaban trazas de una antigua cicatriz, la que le recordaba que no había podido evitar que un loco exaltado secuestrase a *lady* Isabella Allensbury. Sí, quizás ya se estaba volviendo viejo para esas cosas. Convertirse en espía había hecho que la adrenalina corriese espesa por sus venas cada vez que se enfrentaba al peligro; sin embargo, los últimos encontronazos con el grupo de la Joven Irlanda lo habían dejado más bien hastiado e insatisfecho. O, tal vez, no era su trabajo para el gobierno lo que le provocaba esa sensación de vacío, sino, más bien, su vida en general.

Tomó un sorbo del líquido que yacía en el fondo de su copa y dirigió su mirada hacia la nieve que en ese momento caía más espesa. Isabella y Katia lo habían invitado a celebrar con ellas la cena de Navidad. Sabía que Daniel y

Mac estarían encantados de que acudiera; además, así podría conocer a los recién nacidos. Sin embargo, su madre se llevaría una decepción si no acudía a la cena familiar. Estaba convencido de que habría invitado a alguna joven casadera, pues seguía en su empeño de verlo casado.

«—¿Cuándo te casarás? —le había preguntado en una ocasión, mirándolo con el ceño fruncido—. Quiero tener nietos antes de morirme.

—Madre, si quieres tener nietos, puedo dártelos sin necesidad de casarme —le respondió con una sonrisa burlona.

—¡Derek! —lo reconvino escandalizada. Luego sacudió la cabeza con cierta pesadumbre—. No comprendo de quién has sacado esos modales; tu padre siempre ha sido un perfecto caballero. ¿Cómo quieres que alguna joven de buena cuna se enamore de ti si te portas como... como un rufián callejero?».

Respiró profundamente y depositó la copa sobre la mesilla taraceada que había al lado de la butaca. Tal vez había llegado el momento de hacer caso a su madre y casarse; al menos, su solitaria casa contaría con la presencia de una condesa, igual que su solitaria vida. Esbozó una mueca de disgusto ante tan patético pensamiento, pero se levantó con decisión, dispuesto a realizarlo, tal como había encarado siempre los desafíos que se le presentaban.

Se enfundó en el gabán que le tendió el sirviente y tomó su bastón después de colocarse los guantes y el sombrero de piel. A pesar de la protección con la que contaba, el frío que lo azotó cuando abandonó el cálido refugio del club le provocó un estremecimiento que sus agudizados instintos de espía tomaron como un presagio. Sacudió la cabeza y echó a andar hacia la mansión que sus padres tenían cerca de St. James, y hacia lo que allí le esperaba. Desde luego su madre se sorprendería cuando le dijera que había decidido seguir su consejo y que buscaría esposa. Por supuesto, no contaba con enamorarse, eso era para los afortunados, como Daniel o Mac. Además, él no soportaba los rubores virginales ni las risillas coquetas de las debutantes.

Subió los escalones de acceso a la entrada de dos en dos. Estaba seguro de que todos los sirvientes, incluido Perkins, el fiel mayordomo, estarían

ocupados con las contradictorias indicaciones de su madre; así que se sacudió la nieve de los hombros antes de abrir la puerta y entrar presuroso en busca del calor del hogar.

El grito femenino lo pilló por sorpresa e, instintivamente, sujetó el bulto contra el que había tropezado y que en ese momento parecía inclinarse peligrosamente hacia el suelo.

—¡Pedazo de...! ¿Es que no mira por dónde va?

Derek parpadeó sorprendido. La mujer que sostenía entre sus brazos le recordó a una de esas exquisitas figurillas de porcelana que su madre colocaba sobre la repisa de la chimenea por Navidad. Era menuda, de cintura estrecha y agradables curvas, a juzgar por lo que él había podido comprobar. Tenía el rostro en forma de corazón, con labios finos y bien delineados, una nariz respingona, y unos preciosos ojos grises que lo miraban como si en ellos se estuviese gestando una tormenta.

—Lo siento —se disculpó un tanto balbuciente—, venía huyendo del frío.

Entonces ella le lanzó una sonrisa picarona que lo desestabilizó.

—Así que, ¿no es de las mujeres de lo único que huye?

Derek alzó las cejas con incredulidad y luego dejó escapar una sonora carcajada.

—Por lo visto, no —repuso devolviéndole la sonrisa.

—Creo que ya puede soltarme.

Él le dedicó una sonrisa sesgada y se acercó para susurrarle al oído.

—Tal vez, en esta ocasión, no deseo huir.

Notó cómo ella se estremecía entre sus brazos y un sentimiento cálido se instaló en su pecho. Aspiró su perfume, una mezcla de flores silvestres, brisa marina y olor a mujer. Tomó su barbilla, le alzó la cabeza y se perdió en la bruma gris de su mirada. «¿Quién eres?», quiso preguntarle mientras indagaba en aquellos ojos que lo miraban directamente, sin afectación, sin esa languidez de pestañas caídas a la que estaba acostumbrado. Aquella mujer no era una debutante; probablemente, tendría alrededor de veintitrés o veinticuatro años.

¿Estaría ya casada?

—¿Alice?

La voz de su madre lo hizo reaccionar y soltó a la joven justo en el momento en que la primera hacía su entrada en el recibidor. Se dio la vuelta y aprovechó para colgar el gabán en el perchero y despojarse de los guantes y el sombrero.

—Alice... ¡Oh, Derek, estás aquí! —comentó, deteniéndose en mitad del lugar mientras lo miraba sorprendida.

Él puso los ojos en blanco y esbozó una mueca de fastidio. ¿Acaso pensaba que no iba a acudir? «Reconoce que no sería la primera vez que faltas a sus cenas», lo pinchó su conciencia. Él la ignoró y, en cambio, se dirigió a su madre.

—Creí que me habías invitado a la cena de Navidad —repuso con una sonrisa impenitente.

—Oh, no seas tonto, Middletown —le recriminó usando su título, como hacía siempre que se enfadaba con él—, por supuesto que estás invitado, y me alegro de que ya hayas conocido a Alice.

Derek volvió sus ojos azules hacia la joven. La mirada de aprecio y ternura con que ella miraba a su madre le provocó un revuelo en el estómago.

—En realidad, madre, todavía no nos conocemos —comentó con la voz un tanto enronquecida y disfrutando del rubor que cubrió las mejillas de la joven.

—¡Ah!, pues eso tiene fácil arreglo —repuso esta alegre—. Alice, este es mi hijo Derek, lord Middletown. Hijo, esta es mi prima Alice, la hija de mi prima Sonia. Creo que ya te había hablado de ella, ¿no? —preguntó con el ceño fruncido.

Las rubias cejas de Derek se alzaron por la sorpresa.

—¿Tu prima? —inquirió mientras rebuscaba en su afilada memoria los datos que su madre le había proporcionado alguna vez—. ¿La de los gatos?

Por algún motivo, se había imaginado a la prima de su madre como una mujer mayor, una de esas solteronas que vivía en una casa solitaria rodeada de

gatos. «Estaba equivocado», admitió para sí mientras repasaba con admiración la figura esbelta de la mujer.

Alice se turbó bajo la intensidad de la mirada de Derek. El corazón le latía a un ritmo desacompañado y el estómago le rebosaba de mariposas aladas que le provocaban un extraño cosquilleo. Observó aquel cuerpo atlético con la fuerza contenida de un enorme felino, la firmeza de su mandíbula, su atractivo rostro bronceado y el mar asomando a sus ojos. Era él, se dijo, el hombre por el que llevaba años esperando; por el que había rechazado a todos sus pretendientes en su primera temporada desde que lo había visto en aquel baile. Por fin había llegado el momento del encuentro, y no podía echarlo a perder.

La voz de su prima interrumpió el duelo de miradas que sostenían.

—He invitado a Alice para que me ayudase con los adornos de Navidad y... ¡vaya! —exclamó sorprendida—, ya has puesto el muérdago.

Derek y Alice levantaron sus cabezas y contemplaron en silencio el manojito de verdes hojas con sus frutos rojos que pendía sobre ellos. Una sonrisa lobuna se insinuó en los labios de Derek.

—Entonces habrá que cumplir con la tradición —señaló al tiempo que tomaba a Alice de la cintura y la pegaba a su cuerpo.

—Siempre he sido poco convencional —respondió ella, sonriente, mientras sus brazos se entrelazaban en el cuello masculino—, pero me encanta cumplir con ciertas tradiciones.

La sonrisa de Derek se amplió. La voz profunda de Alice y su mirada de plata líquida, cargada con un anhelo que no alcanzaba a comprender, penetraron en su interior y llenaron el vacío que hasta ese momento había en su corazón. ¿Quién dijo que no podía enamorarse en Navidad? Bajó la cabeza y bebió con dulzura de la sonrisa de sus labios. Su boca era cálida y suave, «como volver a casa». Fue su último pensamiento antes de que profundizara el beso y el mundo dejase de existir a su alrededor.

La madre contempló a su hijo y, por una vez, no se escandalizó de su

comportamiento. Finalmente, había logrado su propósito; estaba convencida de que, esa vez, el corazón de Derek no saldría ileso de aquel encuentro y, quizás, para la próxima Navidad, tendría nietos, pensó con una sonrisa.

Se retiró silenciosamente del recibidor, dejando atrás a la pareja, y entró en la salita donde la aguardaba su esposo, que le dirigió una mirada interrogadora.

Ella le sonrió triunfante.

—Querido, la Navidad es, sin duda, un tiempo propicio para el amor.

Derek es un personaje de la novela *En tu lugar*.

<https://www.megustaleer.com/libros/en-tu-lugar/MES-099253>

<https://www.facebook.com/martalujanescritora/>

Díaz de Tuesta

El instante mágico

¡Qué frío hacía! Por lo menos ya no nevaba, aunque el suelo estaba muy resbaladizo. Tully rodeó un charco que estaba casi congelado y avanzó más rápido, intentando no perder de vista la figura lejana de *lady* Ruthie. Iba a varios metros por delante, envuelta en el burdo mantón marrón con el que había salido sigilosamente por la puerta trasera de Gysforth House.

La muy tonta debía pensar que, embozada de ese modo, podía pasar por cualquier mujer de Whitechapel, una prostituta incluso. ¡Qué ilusa! Como si alguien así hubiese podido permitirse el abrigo que sobresalía por debajo, de pieles y terciopelo, o el elegante vestido gris que llevaba, de la lana más fina. O los botines, fabricados por el mejor zapatero de Londres, para el caso.

¡Hasta la falda, que dibujaba una perfecta forma de A gracias a las enaguas que había almidonado la mismísima Tully con todo esmero, la delataba! No podía disimularlo de ningún modo: *lady* Ruth Keeling era una de las damas más elegantes de toda la ciudad.

No en vano era una de las hermanas del poderoso duque de Gysforth.

—¿Dónde demonios irá...? —susurró Tully.

Vio el aliento que escapaba de entre sus labios como una neblina. Con la puesta de sol, estaba bajando más todavía la temperatura. De hecho, sospechaba que no tardaría en volver a nevar. Habitualmente, no era algo que le disgustase, al contrario, le encantaban las fiestas navideñas. Siempre

disfrutaba de esas fechas.

Pero estaba claro que a los callejones de Whitechapel no llegaba la Navidad, solo el invierno.

Y *lady* Ruthie seguía caminando por ellos, entre el gris y la mugre. ¿Hacia dónde? ¿Se estaría viendo con alguien? Resultaba casi increíble. Bien sabía que *lady* Ruthie no pensaba en el amor, excepto como tema de novela. Palabras, más o menos bonitas, mejor o peor encadenadas, eso eran para ella los latidos de un corazón enamorado.

Sin embargo, ¡lo que hubiera dado Tully por experimentar algo tan grande como lo que decían que era el amor verdadero! Ese que detenía el mundo, incluso el tiempo, con una sola mirada.

Su tía Edwina lo llamaba «el instante mágico».

«Ocurre de pronto y se siente, Tully, se siente aquí —solía decirle, llevándose una mano al pecho—. El corazón parece bailar y el mundo se detiene y brilla. Cuando elijas un hombre con el que compartir tu vida, no te conformes con menos. El amor verdadero llegará, seguro, y lo hará cuando menos lo esperes, en el lugar más insospechado».

¡Querida tía Edwina! No parecía que algo así fuera a ocurrir. La mirada de Tully se había cruzado con la de muchos hombres, pero el mundo no se había detenido ni había bailado el corazón en su pecho. El tiempo había seguido pasando, sin magia y sin brillo, haciendo que se sintiera cada vez más mayor y más sola...

Lady Ruthie se metió por una bifurcación a la izquierda, de modo que Tully aprovechó para correr y acortar distancias. Al llegar a la esquina, se inclinó para valorar la situación y... no vio a *milady*.

Era un callejón ciego, cerrado a pocos metros. Había un buen montón de cajas y basuras amontonadas por todas partes. «One-Eyed Alley», decía un cartel. Solo vio una puerta desvencijada, a la que se llegaba por una escalera. ¿Habría entrado allí *milady*?

—¿Puedo ayudarla en algo?

La voz le provocó un sobresalto. Tully se volvió y vio al hombre, moreno, alto y esbelto, con un rostro de líneas firmes, casi cuadradas, y ojos muy negros, muy cerca de ella. Vestía bien, pese a que sus ropas parecían haber sido más usadas de lo debido. El redingote, muy largo, era de piel oscura, quizá castor, bordeada de un trenzado de seda; su excelente corte acentuaba la anchura de hombros y la cintura estrecha, según exigía la moda del momento.

Incluso los pantalones eran de buena lana, con trabillas que los mantenía sujetos a los zapatos, y cerraba su cuello un pañuelo de cachemir de evidente calidad. Para terminar, no carecía de los detalles más elegantes: llevaba bastón y sombrero de copa.

—No, gracias —atinó a contestar, algo amedrentada.

—¿No? Entonces, o se ha confundido de lugar, o de persona, porque esa es la puerta de mi casa. —Se quitó el sombrero, con un gesto refinado—. Soy sir Arian Creepingbear. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Maldición... No quería tener que decirlo. Mejor inventar algo y marcharse.

—Soy Mery... Mery Smith, de la parroquia de Saint Paul. —Según se oyó, volvió a maldecir. Menudo nombre, no podía sonar más falso—. Vengo pidiendo... ayuda para la comida benéfica de Navidad.

Él la miró sorprendido y luego lanzó una carcajada.

—Definitivamente, no se le da bien improvisar. Pero admito que miente con encomiable aplomo.

—¿Mentir, yo? Pero ¿cómo se atreve? —exclamó, indignada. Buen momento para salir de allí, de inmediato—. ¡Me voy! ¡No voy a consentir que...!

Al momento, él levantó el bastón y lo cruzó en su camino; apoyó la punta en la pared, con un golpe rotundo, cerrándole el paso.

—Vamos, no sea mala, *Mery-Mery*, satisfaga mi curiosidad. ¿Qué hacía merodeando por mi casa? ¿Quizá la manda Thynne? —Sonrió, y sus ojos la recorrieron lentamente. A su paso, la sangre se aceleraba en sus venas y su piel hormigueaba de un modo desconocido—. ¿Es mi regalo de Navidad? —

ronroneó—. Porque, por una vez, ese condenado habrá acertado de pleno. Estoy deseando desenvolverlo.

—¿Regalo de Navidad? ¿Yo? ¿Cómo se atreve? —Dio un manotazo al bastón y liberó su camino—. No soy una prostituta, caballero.

—Bueno, para ser exactos, yo tampoco soy un caballero, así que ambos nos hemos confundido.

Tully asintió con gesto seco y fue a marcharse, pero él optó por volver a cortarle el paso por el sistema de interponerse con un simple movimiento a la derecha. Estaba tan cerca que se vio obligada a retroceder.

—¿Qué hace?

—Si no quiere decirme quién es, tendré que deducirlo por mí mismo. —La estudió con más atención—. Veamos... Se trata de alguien elegante, aunque modesta, y con aire de mujer independiente; sin duda, trabajadora y soltera. Diría que es... doncella de una dama. Sí, eso es. Apuesto a que ese abrigo, de buen paño, lo heredó de su señora, lo mismo que el vestido. O quizá lo encargaron para usted, en un buen lugar. En todo caso, debe trabajar para una familia importante y generosa.

Tully frunció el ceño.

—Soy la doncella personal de *lady* Ruth Keeling, y sé que ha venido aquí y que ha entrado ahí. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Y como le haya pasado algo *en su casa*, señor, haré que lord Gysforth lo cuelgue de una farola.

—Ah, ya. Usted es Tully. Theresa.

—¿Me conoce?

—Vagamente. Theresa Care, de Aldgate. Huérfana a los tres años, vivió con su tía Edwina hasta los dieciséis, cuando tuvo la suerte de conseguir un trabajo de doncella en Gysforth House...

—¿Cómo sabe todo eso? —lo interrumpió, demasiado sorprendida como para enfadarse—. ¿Me ha investigado?

—A usted y a otras personas del entorno de lord Gysforth. Hay gente que se preocupa por su protección y me paga para que asegure la situación en lo

posible. —Su mirada denotó cierto respeto—. ¿Ha seguido a *lady* Ruth hasta aquí?

—Sí.

—Pues me consta que, además de temeraria, *milady* es bastante escurridiza y muy suspicaz. Es usted una mujer habilidosa.

—Gracias. Supongo. —Parecía afirmar en serio—. Y, ahora, ¿va a explicarme qué ha venido a hacer aquí *lady* Ruth?

—No, lo siento. Me temo que esa pregunta debe contestarla ella.

No dejaba de tener razón. Tully asintió.

—Muy bien, así lo haré, entonces... —Ya no quedaba más que decir—. Será mejor que me vaya.

Pasó por su lado. Esa vez no lo impidió, pero, cuando estaba a punto de abandonar el callejón, volvió a oírlo hablar.

—No ha tenido nunca un compromiso. —Tully se giró para mirarlo. Estaba envuelto en la luz rojiza del ocaso y lo encontró enormemente atractivo, como un demonio. El ángel caído de Whitechapel—. Pretendientes, sí, varios, incluso un médico que era un excelente partido. Pero nunca ha aceptado a ninguno. ¿Por qué?

—¿Eso también forma parte de su investigación?

—No. —Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro—. La pregunta es personal, *Mery-Mery*.

—Demasiado personal, y no lo conozco en absoluto, aunque supongo que yo también podría sacar conclusiones de los detalles. —Lo examinó con aire crítico, como había hecho él antes—. Buen redingote, la piel es excelente, aunque está muy usado, igual que el bastón o el sombrero. Pero se nota que todo es de buena factura y que sabe llevarlos, por lo tanto, ha recibido una buena educación, aunque viva aquí. Además, por lo que dijo al presentarse, tiene un título. ¿Baronet?

—Así es.

—¿Lo ve? Sí que es usted un caballero, aunque sea uno que carga con un

gran peso. Quizá un misterio. Sin duda, una pena.

Él apretó los labios. Había palidecido, así que seguramente había tocado alguna fibra sensible.

—Es usted muy observadora —se limitó a decir—. Además de preciosa. Creo que me encantaría poder volver a verla. Será mi deseo de Año Nuevo.

Tully se ruborizó. Hizo un gesto coqueto.

—Quién sabe. Quizá se cumpla.

—Eso espero. Pero, por el momento, no debería estar aquí, y menos a estas horas. ¿Me permite acompañarla hasta un coche de alquiler?

Ella miró hacia la puerta, indecisa.

—¿Y *lady* Ruth?

—Estará bien, se lo prometo. Volveré y hablaré con ella y, cuando terminemos nuestros negocios, también me ocuparé de que regrese a Gysforth House sana y salva.

—Entonces está bien. Se lo agradecería.

Cayó un copo, luego dos, diez; el inicio de una nueva nevada. Creepingbear sonrió, una sonrisa que, por primera vez, llegó también a sus ojos, y algo cambió definitivamente para Tully.

Todo pareció detenerse, el corazón aleteó en su pecho, ligero como una pluma, y se preguntó cómo había podido vivir, ni un solo segundo, sin sentir *aquello*.

Creepingbear avanzó hacia ella y le ofreció el brazo, gallardo.

—Por cierto, feliz Navidad, señorita Tully.

—Feliz Navidad, sir Arian —replicó ella.

Y el mundo brilló.

Tully, sir Arian Creepingbear y lady Ruthie son personajes de la ambientación El mundo del Támesis, que abarca la serie Un día en el Támesis y la serie Las hermanas Keeling (que se publicará próximamente).

<https://www.megustaleer.com/libros/una-maana-en-el-tmesis-un-da-en-el-tmesis-1/MES-099068>

<https://www.facebook.com/solo.diaz.de.tuesta/>

Eleanor Rigby

Un beso bajo el muérdago

No estaba seguro de que fuera buena idea acercarse a ella después de haberla abordado a orillas del lago y ni más ni menos que para robarle un beso a traición. Por eso, se mantenía a la expectativa. Aguardaba a que ella hiciese cualquier movimiento que diera a entender que lo quería cerca.

Sin embargo, cuando la joven rompió el comedido parloteo del festejo con una exclamación de genuina ilusión, no pudo resistirlo y cruzó la sala discretamente para importunarla. Solo un rato más.

No le rompió el corazón que, esa vez, Valentina Conti escapara de él de la forma menos femenina posible, pues no lo había visto aún con intenciones de molestarla. Ella estaba tan emocionada con la romántica idea de la nieve que salió al jardín sin pedir permiso a nadie, dejando a los invitados pasmados con su espontaneidad. Allí se quedarían los encorsetados, mascullando estupideces sobre su falta de contención, mientras lord Cromwell la seguía fingiendo que no era una cuestión de vida o muerte. Terminó cayendo en manos de la segunda. El temporal deceso de los sentidos fue el precio a pagar para contrarrestar la intensa emoción que lo paralizó al toparse con semejante escena.

El espíritu infantil de Valentina se había desatado en forma de danza abstracta. Irradiaba una luz y felicidad a la caricia del invierno que tuvo que replantearse si no era ese un ejemplo vivo de la magia navideña.

Bajó la escalinata despacio, temiendo detener el baile de su vestido, cortar la sonrisa en sus labios; interrumpir, sin querer, aquel extraordinario espectáculo colmado de naturalidad. Sonrió involuntariamente cuando ella formó un cuenco con sus delicadas manos y observó, encandilada, el dibujo temporal de los copos que la habían escogido para descansar.

—¿Nunca habías visto nevar?

Valentina alzó la barbilla hacia él. A diferencia de lo que Cromwell esperaba, dado el cariz de su encuentro anterior, la joven le sostuvo la mirada con humildad y negó. Como guinda a la dulce estampa, esbozó una minúscula sonrisa tímida.

—Es muy bonito.

Cromwell asintió sin quitar los ojos de ella, profundamente conmovido. Se fijó en las esquiras de plata que decoraban su cabello azabache, en sus mejillas coloradas, conteniendo todo el frío que una criatura de su belleza nunca podría atesorar por mucho tiempo; sus labios enrojecidos por los mordiscos nerviosos y ese aire distraído, lejano a lo corrompido o artificial, que solo le convencía de lo poco que tenía que ofrecerle. De lo mucho que ella podía dar, en cambio.

—Precioso —coincidió.

Valentina lo miró de reojo, decidiendo si quería tomárselo como un halago.

—¿A usted le gusta el paisaje nevado? ¿Celebra la Navidad con ilusión?

—No especialmente. Hubo una época en la que fui hogareño, pero perdí la emoción infantil hace mucho. Tampoco me gusta el frío —añadió—. Prefiero lo que es cálido, acogedor... incluso ardiente, si se diera el caso.

Valentina dejó pasar su insinuación con una leve sonrisa vanidosa.

—¿Y las decoraciones? ¿No le divierte llenar de colores su salón?

—Nunca las pongo yo, aunque me imagino que debe de ser divertido el proceso.

—Con la compañía adecuada lo es.

—Entonces ese será mi problema —resumió, tratando de no sonar

melancólico—. Falta alguien a mi lado para entretenerme con los pequeños detalles.

Valentina se lo quedó mirando.

Sus ojos estaban siempre llenos de curiosidad; unos ojos grandes, de princesa árabe, de pantera con las uñas cortas. En ellos destellaba la honestidad y la comprensión. Después de todo, ella se desvivía por entender a los demás, aun cuando nadie quería concederle un segundo de su tiempo.

—¿Y los *regados*?

—¿Se refiere a los *regalos*? —corrigió con complicidad. Ella se encogió de hombros; poco a poco aprendía a serle indiferente su falta de locuacidad—. Sin miedo a parecer un desagradecido... Nunca me han hecho uno que me guste lo suficiente. Me regalan estilográficas, corbatas, novelas...

—¿Novelas? —Rio suavemente—. No puede culpar a nadie de su desconocimiento. Si tan solo les dijera como a mí que la poesía es de su interés y nada más... Quizá pudieran hacerle el regalo adecuado.

—Supongo que una parte de mí espera que, algún día, alguien se dé cuenta por sí mismo de lo que necesito y me lo ofrezca sin que tenga que hacer especificaciones. Lamentablemente... Si he de pedirlo, ya no es de mi interés.

Valentina movió la boca a un lado y a otro, meditabunda. Llevó las manos a los bolsillos y, solo entonces, Comwell se dio cuenta de que estaba temblando de frío. O, tal vez, siendo muy optimista, por algo más.

—Eso me deja en una posición muy difícil, milord —murmuró con timidez—. Tengo algo para usted... Y ahora que sé que suelen decepcionarlo temo ser como los demás.

—Tú nunca serías como los demás —respondió él en el mismo tono, sin pararse a pensar. Ella lo miró no muy convencida.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

Para sorpresa de Cromwell, lo que Valentina ofreció al sacar el puño y estirar los dedos, fue una pequeña ramita no especialmente olorosa que le sonaba familiar.

Alzó las cejas en señal de reconocimiento, gesto que ella interceptó al instante.

—Veo que sabe qué es —farfulló precipitadamente—. B-bueno, yo... Hasta hace poco no tenía idea de qué se trataba, hasta que *l-lady* Jezabel me ha informado de... d-de la historia que tiene detrás. Es muy interesante, c-creo que podría resultarle enro... ronque... conce... —Cuadró los hombros y suspiró. Lo miró con ojos tristes—. No me sale la palabra.

—¿Enriquecedor, quizá? ¿Qué dijimos de no utilizar palabras más complejas hasta que tuviéramos pleno dominio del coloquio? —la reprendió con suavidad. Ella frunció el ceño.

—¿Quiere el regalo o no? Estoy a tiempo de dejarlo aquí, solo, y que agarre una pulgada.

Por una vez, prefirió dejar correr el cambio de palabra.

—Por supuesto, adelante.

Valentina carraspeó y clavó los ojos en el ramillete.

—Seguro que ha oído hablar de los besos bajo el muérdago. Por lo que Jess me ha dicho, parece que se creía en sus propiedades especiales: puede devolver a la vida a un moribundo y sembrar la paz entre ciudades. También resuelve discusiones marítimas... O maritales. Una de las dos. —Hizo un gesto para que lo olvidase—. Lo que se suele decir es que una mujer nunca niega un beso cuando se enseña el ramillete, pues eso significaría que no podría casarse durante otro año.

—Eso significa que...

—¡No me interrumpa! —espetó. Enseguida se ruborizó por su vehemencia y volvió a mirar la muestra de muérdago—. Estoy contándole algo importante, n-no sea maleducado. Como le decía... Tiene su origen en una leyenda mítica. Jess ha recitado todos los nombres de los que aparecen, pero yo no los he podido memorizar, así que... Digamos que una diosa vio en sueños que su hijo iba a morir y, para evitarlo, mandó a elaborar una lista de todo lo que podría herirlo, para luego hacer jurar a cada una de esas cosas que nunca le harían

daño. El muérdago quedó fuera de ella y, como suele pasar en todas las historias mitológicas, el malvado villano mandó lanzar una flecha contra el joven, elaborada con este material. Y murió.

—¿Eso es lo que tenías para mí? ¿Una historia con triste final? Espero que no intentes decirme nada con eso, amor —musitó, mirándola con intensidad.

Valentina levantó la barbilla.

—Después de que el muchacho muriese, la diosa prometió que el muérdago nunca más se usaría como arma; tanto así que besaría a todo aquel que lo llevase encima. Hay algunos detalles que me gustaría mencionarte, pero veo que eres muy impaciente, así que...

Se mordió el labio y, con una adorable combinación de vulnerabilidad y arrojo, estiró el brazo por encima de su cabeza y se puso de puntillas. El ramillete quedó a la altura de los ojos de Cromwell.

—Una vez dijiste... Dijiste que el mayor y más hermoso de los regalos que podría hacerte sería un beso. No devolverte uno, ni esperar a que me lo dieras, ni pedírtelo... Sino *dártelo*. Y... N-no se me da bien rogar. Ni hablar. Ni hacer nada, en realidad. Soy un gran desastre. Pero...

»En algunas partes del mundo, esto que estoy haciendo se considera una propuesta de matrimonio —continuó—. No te lo estoy p-pidiendo, que conste, solo quería que supieras que... Pues... Que si te quieres casar conmigo, te lo permito. Y no lo digo porque no me quede más remedio, sino porque... Me gusta dibujar flores alrededor de tu nombre cuando escribo sobre ti en mi cuaderno, y lo hago demasiado a menudo. Soy muy feliz cuando me enseñas tus poemas y... y me ayudas a mejorar los míos, sobre todo porque no me preguntas a quién se los dedico, que es lo peor que le puedes hacer a un escritor que tiene su profesión en secreto... Yo...

»Ya no puedo leer la palabra «amor» sin pensar en ti, y creo que eso es porque... —inspiró hondo y, finalmente, haciendo acopio de una gran fuerza de voluntad, exhaló la verdad— te cuero.

Cromwell, que hasta el momento había estado conteniendo el aliento, soltó

una tremenda carcajada.

—Creo que querías decir «te quiero».

—En realidad, no. Decía «te cuero» porque si no me correspondes, puedo echarme atrás. No es lo mismo que «te quiero» —repuso con sabiduría.

Él ahuecó sus mejillas con las manos, encontrándolas tan cálidas como toda ella. Tal y como ya sabía, el frío salía corriendo nada más cruzársela. Los enormes ojos pardos registraban cada uno de sus parpadeos; esa impaciencia tan propia de ella que solía culminar en estallido volcánico, en un «por favor, di algo».

—Eres el regalo más bonito que la naturaleza me ha hecho —confesó—, y no sabes cuánto me alegro de que, por fin, ahora seas tú la que se entrega.

—Pero yo no soy el regalo. Te recuerdo, milord... —sacudió el ramillete—, que tienes que pagar por mí.

Cromwell sonrió y se inclinó sobre sus labios, contra los que musitó:

—En ese caso, déjame decirte que vas a hacerte de oro, y yo voy a quedarme en la ruina..., amor.

Este relato está protagonizado por personajes que son secundarios de la serie La comitiva del cortejo, y protagonistas de la novela Cómo zafarse de un seductor, próxima a publicarse.

<https://www.megustaleer.com/libros/cmo-poner-a-un-duque-a-tus-pies-la-comitiva-del-cortejo-1/MES-101894>

<https://www.facebook.com/eleanorigbysays>

Eneida Wolf

Relato navideño

Los villancicos cantados por niños en la calle y ese olor del *pudding* recién salido del horno, que se desplazaba hasta la salita desde la cocina, hicieron que a Susan le invadiera una sensación de plenitud y felicidad que hacía tiempo que no experimentaba. Cierta nostalgia se aferró a los recuerdos más felices de su infancia, cuando ella y su hermano jugaban alrededor del árbol los días previos a la noche de Navidad.

De golpe, cerró el libro que descansaba sobre sus rodillas, dándose cuenta de que no le había comprado a su sobrino ningún regalo. ¿Qué clase de madrina era si ni siquiera había pensado en ello? Si bien era cierto que apenas contaba con dos años y no tendría mucha conciencia de esas fechas tan señaladas, sería la primera Navidad que pasarían juntos y le hacía una especial ilusión. Cualquier juguete valdría, pero ella deseaba comprarle algo especial, algo que pudiese conservar. Una idea se le cruzó por la mente y, mirando la hora del gran reloj de cuerda que decoraba la estancia, decidió que saldría aquella misma tarde.

Se trataba de una sorpresa, así que no quería ni que su hermano ni su cuñada la acompañasen, y parecía que todo el servicio se hallaba muy ocupado preparando la cena de Nochebuena, por lo que, colocándose la capa, los guantes forrados de piel de borreguillo y un sombrero de lana, salió en busca del cochero para darle instrucciones de dónde debía llevarla.

No pensaba demorarse mucho, y la librería estaba a pocas calles de allí. Si no estuviese oscuro y fuese algo tarde y las calles llenas de nieve, habría salido caminando, pero había sopesado las opciones y aquella era la más racional. Atravesaron las frías calles hasta que se detuvieron justo en la puerta de Hatchard, en Picadilly. Pese al frío, las calles estaban abarrotadas, de gente yendo y viniendo haciendo las últimas compras navideñas.

Bajó del carruaje deleitándose con el olor de manzanas recién horneadas y caramelizadas que un muchacho vendía no muy lejos de allí, pero no se rindió a la tentación, había ido para comprar el primer libro de cuentos que su sobrino tuviese.

Nada más entrar, sus ojos verdes con trazos amarillentos buscaron entre las estanterías ese pequeño libro deseado.

Se deleitaba con la sensación de tocar con las yemas de los dedos esas páginas ásperas, buscar en la tinta impresa cualquier imperfección que hiciese único algún texto. Sabía que podía encontrarlo allí, era una habitual paseándose entre esas paredes, en los múltiples pisos de esa elegante librería. Cuando por fin lo visualizó, no dudó en alzar la mano desnuda hacia el tomo, sonriendo ante tal satisfacción. Sin embargo, no le duró demasiado, pues otra mano, masculina, se interpuso entre esta y el objeto de deseo que prácticamente tenía ya entre sus manos. Su extrema timidez hizo que la apartase con brusquedad y mucha rapidez.

—Disculpe —susurró, encogiéndose automáticamente, mientras que los colores se le subían sin querer.

—¿Iba a coger ese libro? —preguntó la voz adusta y grave que ya había escuchado con anterioridad.

—N-no importa —respondió, retrocediendo tras sus pasos, buscando la forma de salir de aquella situación tan incómoda.

—Lo quería, ¿no es cierto? Míreme, señorita —exigió aquel hombre en voz baja pero autoritaria.

Susan Frayes sabía que debía hacerlo, porque no era una maleducada y

porque, si no lo hacía, se estaría torturando durante toda la tarde el haber sido cobarde. Al fin, alzó la vista hacia ese hombre imponente, tan terrorífico como arrebatador, completamente vestido de negro y con unos ojos que parecía que pudiesen quitarle el aliento e incluso el alma en un solo parpadeo.

—Sí —musitó ella en un hilo de voz.

—Entonces luche por él. Creo que no me ha hecho mucho caso desde nuestro último encuentro.

—Por aquel entonces no sabía... quién era usted —susurró, a sabiendas de que aquello era, sin duda, una mala idea. Porque estaría revelando también su identidad, y conocía el expediente del actual duque de Essex, y no había nada bueno en él.

—¿Acaso importa? ¿Cree que es justo que me vaya con ese libro que usted deseaba comprar?

No lo era, pero ella era una cobarde por naturaleza. O, simplemente, demasiado asustadiza y tímida para reclamarle. Así que negó con la cabeza.

—Entonces convéncame. Exponga las razones y le prometo que, si son buenas, si hace una trama bien elaborada y tiene sentido, se lo cederé.

Susan parpadeó, pensando en sus palabras. ¿Trama elaborada? No estaba ante ningún tribunal y tampoco pensaba mentir. Vio como el hombre cruzaba los brazos, esperando que ella hiciese gala de unas dotes oratorias que no tenía, así que, cogiendo aire en sus pulmones, suspiró.

—No soy una mujer de mundo. Tampoco de las que encandilan a la muchedumbre con elocuencias y... carezco de lo necesario para ser lo que se considera una dama refinada y elegante. S-solo hay una cosa que me alegra los días y que me reconforta, y es la lectura. Las debutantes desean ir a la modista y yo... cuento las horas para venir a la librería. Buscaba un regalo para mi sobrino, es casi Navidad y deseo que tenga un recuerdo de mí, así que, ¿qué mejor regalo que darle algo que yo amo tanto? *Cuentos de mamá ganso*, de Perrault, sería su primer libro, al fin y al cabo, es para niños, y me gustaría leérselo. Creo... creo que es un regalo bonito, ¿no?

Aquel hombre parecía ausente, aunque no dejaba de tener aquella penetrante mirada en sus ojos. Un escalofrío la recorrió cuando él dio varios pasos en su dirección, olvidándose de respirar.

—Si su argumento es me-mejor, le cederé el libro gustosa —susurró ella, teniendo que alzar el cuello para verle el rostro.

Su cercanía la ponía demasiado nerviosa, pero no era un desasosiego parecido a cuando lo hacían los demás hombres, pues con todos ellos era puro terror. No, con él era otra cosa, un calor extraño la invadía, el corazón no dejaba de latirle y no podía apartar los ojos de sus mullidos y turgentes labios que se mantenían impasibles. Quería que se alejara, pero a la vez... también deseaba que no lo hiciera. Menuda paradoja.

—No lo es. En el fondo, la he visto intentando coger el libro y solo he querido ayudarla al ver que estaba en la parte de arriba y que tenía que ponerse de puntillas —confesó, ladeando una sonrisa impropia de él.

—Oh. Eso... ¿quiere decir que no lo quiere? —reflexionó ella—. Entonces... ¿po-por qué me ha puesto en tal apuro? —Frunció el ceño, molesta.

Aquel hombre era un sinvergüenza, no le cabía ninguna duda.

—Porque me gusta hacerlo. Tenga —dijo, alargándole el tomo—, es todo suyo.

Dudó en cogerlo, pero finalmente lo hizo. Entonces se percató de algo, y era que aquel hombre quizás tenía otra razón que no admitiría para molestarla, pues, realmente, ella no era la mejor de las compañías. Sabía que no tenía familia, pues su hermano y sus padres habían fallecido. Entonces... hizo algo que nunca antes se había atrevido. Porque, al fin y al cabo, era Navidad, y la Navidad no era solo beber y comer, y hacerse regalos. La Navidad era esa época para reflexionar y ser mejores personas, para compartir con los pobres y dar gracias por lo que se tenía.

Y el duque de Essex podía ser uno de los hombres más ricos de Inglaterra, pero estaba mendigando compañía de una muchacha insulsa y medio

tartamuda.

—Gracias. Usted..., ¿está buscando un libro? —se atrevió a preguntarle.

—Sí. Pero no hay ninguno que me convenza.

Tragó saliva y se dispuso a hacer lo que se había propuesto. Algo le decía que aquel hombre no podía ser tan malo.

—Si quiere, pu-puedo ayudarle. ¿Conoce a Jane Austen?

—No tengo el placer. ¿Es una amiga suya?

Sus palabras hicieron que se riera.

—Claro que no. Es una autora, de hecho, mi favorita. Puedo recomendarle alguno de sus libros, puede que no le disgusten del todo. Aunque... no sé si serán de su agrado —pensó en voz alta.

—Soy de la opinión que hasta que no lo pruebas, no sabes si te va a gustar. Así que muéstreme ese libro.

No tardaron mucho en hallar un ejemplar de *Emma*, a lo que él preguntó sorprendido cómo sabía que el autor, en primer lugar, era una mujer y, en segundo, su nombre, pues no salía en el libro.

—E-esto, milord, es un secreto que prefiero no confesarle —susurró—. Pero debe guardarlo.

—No debería ir contando secretos a desconocidos tan a la ligera, sobre todo, a hombres como yo —le advirtió él.

—Ni siquiera hablo con hombres, así que n-no tiene que preocuparse. Es tarde, debería volver a casa —dijo, viendo que su experimento quizás no le había salido como esperaba.

Había sido una estúpida pensando que aquel hombre era solo alguien solitario y triste, ¿cómo se le había pasado por la cabeza después de lo que había escuchado? Así que fue directa al mostrador para pagar el libro, pero el duque fue, de nuevo, más rápido y pagó tanto su ejemplar como el de ella.

—La acompañaré hasta su carruaje —dijo en un tono ronco, como enfadado.

—N-no será necesario —respondió ella.

—Lo haré de todas formas —insistió él.

Cruzaron la salida y, en un gesto de amabilidad, le abrió la puerta del carruaje y la ayudó a subirse. Cuando estaba a punto de cerrarla, se detuvo un instante y la miró por postrera vez.

—Susan, aquello que ha dicho sobre leerle a su sobrino...

—¿Sí?

Por primera vez, pudo desmenuzar un poco su mirada opaca para ver una inquietud en ella, algo que parecía ponerlo un poco nervioso, y eso, tratándose de aquel hombre, parecía casi imposible. Vio un destello de luz al mirarla, fue algo tan rápido como una estrella fugaz, así que esperó, inquieta, a lo que quería decirle.

—Su secreto está a salvo conmigo. Felices fiestas.

Cerró la puerta sin posibilidad alguna de que ella insistiera, dejándole un amargo pero agradable sabor de boca, pensando en que era la persona más ambivalente que conocía.

—Felices fiestas a usted también —respondió, a sabiendas de que él no lo escucharía.

Susan Frayes, personaje secundario de la serie Escándalos de temporada, protagonizará el tercer libro, Idilios de temporada.

<https://www.megustaleer.com/libros/una-apuesta-peligrosa-escndalos-de-temporada-1/MES-104060>

<https://www.facebook.com/eneida.lobo.505>

Eva Benavidez
Sueño de Navidad

Era la mañana de Navidad y en las calles no se avistaba un alma.

El frío era intenso y Patrick Wayne, enfundado en su grueso abrigo de gabán, debía ser el único osado en estar transitando aquella zona de la ciudad. Pero había hecho una promesa y, aunque generalmente él tenía un carácter bromista, la tomaba muy en serio.

Cuando llegó a su destino, observó unos segundos la elegante mansión de tres pisos; tenía decenas de ventanales y una alta reja exterior de hierro y oro, pero no proyectaba una imagen de luminosidad, sino de sombría soledad.

El mayordomo que le abrió lo guio por los pasillos hasta una puerta que estaba entre abierta, desde la cual se emitía una melodía suave.

Él la empujó, acomodando su cabello que había quedado algo revuelto después de que entregara el sombrero al entrar, y, cuando traspasó el umbral, se detuvo abruptamente.

Creía que encontraría a *lady* Luxe tocando el piano. Pero en su lugar estaba frente a la espalda de una mujer joven.

El cayó en cuenta de que no era la canción que siempre oía, la que la señora tocaba una y otra vez sin cansarse, sino una melodía desconocida, intensa, melancólica y hermosa. Ella la ejecutaba a la perfección, ajena a todo lo que la rodeaba, inmersa en su pasión.

Inexplicablemente, se puso nervioso, no sabía cómo proceder en aquella

situación, con la que fantaseaba desde el primer momento en que vio a la joven.

Lady Regina Grayson era una dama solitaria que huía cada vez que Patrick llegaba a la casa, por lo que solo la había visto brevemente. Aun así, fue suficiente para que él se quedara prendado de ella, no solo por la hermosura de su rostro de piel tersa y ojos verdes enormes y brillantes, sino de lo que había visto a través de estos. Un alma apagada, triste y desencantada, alguien que había perdido la esperanza y que vivía tras esas paredes escondida del mundo, huyendo de la vida por alguna razón desconocida.

No había tenido la oportunidad de indagar, de conocerla más, y por eso pensó que debía aprovechar que la Navidad le estaba dando un regalo inesperado.

Cuando carraspeó, *lady* Regina se sobresaltó y dejó de tocar el instrumento para voltearse en su dirección, se apresuró a ponerse en pie y a saludarlo con una venia. Luego notó que la mirada de él se había quedado apresada en la bata color blanca que rodeaba su esbelto cuerpo.

—Doctor Wayne, buenos di... ¡Ay, por Dios! —se interrumpió completamente ruborizada, y se rodeó con los brazos. Aunque la bata era recatada, no dejaba de ser una prenda de dormir, y resultaba apabullante y provocador saber que debajo de ella solo debía de llevar un camisón.

—Buenos días, *milady*, no se preocupe, estoy acostumbrado a ver más personas con vestimenta de cama que de diario —le dijo dedicándole una sonrisa tranquilizante, pero sus ojos no pudieron evitar regresar a la piel de su escote que apenas se vislumbraba.

Desde luego ninguno de sus pacientes tenía una figura sinuosa y seductora, y no poseían tampoco unos labios gruesos y sensuales hechos para el pecado.

—Disculpe mi aspecto, es que no estaba al tanto de que visitaría la casa hoy —balbuceó ella, que estaba encantadoramente sonrojada—. Mi madre...

—No se lo dijo —completó él. Si hubiese sabido que él iría, dudaba de que se hubiese aventurado a bajar al salón en el que usualmente tenía las

sesiones con la condesa viuda—. Es normal, no debió recordar que me hizo prometer que la visitaría hoy, ¿no ha bajado *lady Luxe*?

—Oh, sí, se ha quedado dormida —contestó ella señalando un rincón a la espalda de Patrick, en donde yacía una figura frágil acurrucada sobre un largo diván, tapada con una gruesa manta—. Ha pasado una mala noche...

—¿Tuvo otro episodio? —preguntó, y ella asintió emitiendo un hondo suspiro.

—Así es —confirmó, y le hizo una seña para que la siguiese hasta los sillones que estaban apostados frente a la chimenea.

Él se sentó a su lado; aunque podría haber escogido uno individual, no quiso desaprovechar la oportunidad de tenerla cerca.

Su voz se había entrecortado, y él, que estaba viendo sus facciones y sus pestañas largas aleteando sobre sus pómulos, estiró una mano y apretó la de ella con calidez.

—Comprendo —musitó, y deseó poder decirle algo que le diera esperanza, pero lo cierto era que no la había. Su madre padecía un grave trastorno mental y no se recuperaría, todo lo contrario, el cuadro empeoraría—. Sé que debe resultar en extremo difícil considerar el tema, pero es mi deber hacerle saber que el estado de salud de la condesa no mostrará mejoría, y tenerla aquí puede resultar peligroso, no solo para las personas que conviven con ella, sino para ella misma. Deben reconsiderar mi propuesta.

—Entiendo lo que dice, doctor... —murmuró ella, y apretó su mano. Como ninguno llevaba guantes, le transmitía multitud de sensaciones con el solo roce de sus pieles—. Pero mientras ella siga respirando, y pueda ver sus ojos, será mi madre. Ella amaba esta casa, aun la ama, y tanto mi hermano como yo deseamos respetar su voluntad, que es morir aquí. Aun cuando está pérdida y no reconoce a nadie, disfruta de pasear por el jardín, de leer en la biblioteca, de tocar el piano. Mi madre recuerda su vida en este lugar, y es feliz.

Patrick comprendía su punto y, aunque no estaba de acuerdo, pues consideraba que la señora estaría mejor atendida y contenida en el hospital, la

verdad era que no podía afirmar que se curaría allí ni que mostraría algún avance, por lo que no insistió.

La joven pareció notar que seguían tomados de las manos porque hizo ademán de liberarse.

Pero Patrick no se lo permitió y, cuando ella se puso tensa, y elevó los ojos hacia él, pudo vislumbrar en ellos que su contacto le afectaba también.

Confirmó que su proximidad la ponía nerviosa, pero no de un modo incómodo, sino de una manera diferente.

—¿Sabe qué extraño? —soltó Regina, con la respiración entrecortada, tratando de silenciar las palabras que flotaban entre ellos y que no decían en voz alta, pero que sus miradas conectadas transmitían—. Extraño las mañanas de Navidad que solía pasar cuando mi madre no había enfermado. Ella nos despertaba con una taza de chocolate humeante y nos cantaba una nana navideña. Luego veníamos aquí, donde nos esperaban los presentes puestos en los calcetines frente a la chimenea. Ella jamás lo olvidaba.

Tocábamos el piano, bailábamos... Padre nunca estaba, pero no lo necesitábamos, éramos tan felices entonces. Por eso, mi hermano apenas aparece por aquí, no soporta los recuerdos y huye cada vez que puede, en cambio yo... —Su voz se perdió mientras ella bajaba la vista y una lágrima solitaria resbalaba por su tersa mejilla.

El corazón de Patrick se comprimió en su pecho, testigo de su tristeza y espíritu roto. Y anheló poder consolarla, borrar su dolor y hacer renacer su alegría como nunca había deseado nada.

—En cambio, tú te has quedado atrapada en ese pasado y te niegas a salir y enfrentarte al mundo, te niegas a vivir —completó él, atreviéndose a tutearla por primera vez. Su dedo tomó el mentón de ella y la instó a mirarlo—. ¿Por qué, Regina? ¿Por qué te escondes?

Ella lo vio enmudecida, llorosa y conmovida.

Él estudió su rostro ovalado, las pequeñas marcas en sus cara que delataban que su primera juventud había pasado hacía rato, que denotaban que

ella era como una flor que comenzaba a marchitarse, desprovista de luz, de sol, sin ser regada ni admirada. Un alma condenada al olvido.

—Tengo que irme, *milady* —siguió Patrick, complacido de que la desilusión tiñese su semblante. Ambos estaban muy cerca, y él silenció la voz interior que le rogaba cordura y contención, y, sonriendo de lado, añadió—: Pero antes debo cumplir con la tradición.

Regina parpadeó confundida y encontró la voz para decir:

—¿Que tradición?

Patrick elevó las cejas y, en lugar de contestar, la tomó de la barbilla y, sin más, cubrió su deseable boca con sus labios anhelantes.

La joven no reaccionó en un primer momento, él la sintió envararse y permanecer rígida.

La boca de él apesó la de ella con ardor y logró que se abriera sorprendida y le dejara paso a su conquista apasionada. Pronto la dama comenzó a responderle, primero, con timidez y, luego, con una curiosidad sensual que no hizo más que alimentar el fuego interior que amenazaba con hacer arder a Patrick.

Se besaron con deseo y anhelo desbordante, abrazados uno al otro, sintiendo sus pechos rozarse y sus corazones latir acompasados y agitados.

Y cuando la contención del médico pendió de un hilo y la dama parecía entregada a aquel lapso de placer descubierto, él logró controlarse y separó sus bocas.

Se miraron con la respiración acelerada y las marcas de la pasión dibujadas en sus caras. Ella, bastante afectada y sin aliento, y él temiendo perder el control de sus instintos, deseándola demasiado.

—Feliz Navidad, Regina —le dijo con tono ronco y, antes de arrepentirse, se puso en pie, tomó su maletín y salió del salón, no sin dedicarle una última mirada ardorosa que transmitía una solemne promesa.

Regina se quedó allí, paralizada, viendo la puerta cerrada, despeinada y con una mano cubriendo sus labios inflamados.

Solo eso le permitió no creer que nada de aquello había sucedido, que no se trataba de algún loco sueño de Navidad. Uno que, para ser sincera, había añorado desde hacía tiempo, cada vez que veía llegar al doctor Wyne con sus ojos miel sonrientes y su cabello rubio oscuro despeinado.

Su cabeza se elevó hacia el techo ovalado e, inesperadamente, una sonrisa apareció en su cara; después, una risa algo desquiciada rasgó su garganta, haciéndola sentir extraña, pues no recordaba la última vez que había reído.

—Ni siquiera hay un muérdago —murmuró riendo sin parar.

Unos minutos después, la mansión pareció regresar al pasado y cada pared rincón y recoveco revivió cuando la alegre y vivaz melodía de Navidad, que no se tocaba desde hacía más de una década, llenó el lugar.

Patrick Wayne es un personaje secundario del libro Dulce misterio, que será publicado próximamente. Pertenece a la serie Dulce Londres.

<https://www.megustaleer.com/libros/dulce-enemistad-dulce-londres-1/MES-095123>

<https://www.facebook.com/letrasedemialmaEvaBnovelas/>

Fabiola Arellano
La estrella en el árbol

Hoy

Jake

S.O.S. 10:15 a.m.

Cinthya

??? 10:17 a.m.

Hola, *bebé*, necesito de tu ayuda. 10:20 a.m.

No sé por qué no me sorprende. Ahora, ¿qué necesitas?

10:21 a.m.

Es Karla, en dos días es Navidad y por fin saldrá de la clínica de rehabilitación. Lo ha pasado mal con el rechazo de su familia y la anorexia. Quisiera darle algo realmente especial. 10:23 a.m.

Me parece un buen detalle, ¿qué tienes en mente?

10:26 a.m.

Ese es el problema. No sé qué darle a una chica que siempre lo ha tenido todo. 10:29 a.m.

No todo, amigo. Le faltaba lo más importante: tú. Jiji. Desde que estoy con Alex, me he vuelto muy melosa, ¡juh, me doy pena! Déjame pensar... Creo que se me está ocurriendo algo. 10:31 a.m.

El día de Navidad, Jake llegó puntual a la clínica de trastornos alimenticios. Estaba algo nervioso; después de varios meses, Karla por fin había sido dada de alta, claro, con la consigna de que asistiera a terapia dos veces por semana. Según los médicos, la joven estaba en condiciones para reintegrarse a la vida cotidiana.

En cuanto Karla cruzó la puerta, el chico francés sintió su pecho henchido de amor por esa maravillosa mujer.

—¿Estás lista para empezar una nueva vida, *mon amour*?

—Contigo, hasta el fin del mundo. —Sonrió.

—¡Esa es mi chica!

Jake besó, con todo el amor que tenía para dar, a esa compleja mujer que se había adueñado de su corazón desde el instante en que posó sus ojos en ella. No solo la amaba, sino que sentía una gran admiración. Karla se había antepuesto a la adversidad y, como toda una guerrera, afrontó y salió adelante de una terrible enfermedad que por poco le cuesta la vida.

Después de robarle hasta el aliento, el chico francés la acercó a su vehículo.

—¿Tenemos auto nuevo?

—No es solo el auto, *ma belle*. Desde que ingresaste al centro de rehabilitación, muchas cosas han cambiado.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—Si te lo digo, ¿dónde quedará el encanto?

—Qué misterioso está usted, joven Jake.

—Y esto apenas comienza, *mon amour*. —Sacó una cinta de seda negra y con ella le ató los ojos.

—¿En verdad es necesario tanto secretismo? —se quejó Karla cuando la oscuridad invadió sus ojos.

—No seas *grinch* mujer, ¡es Navidad!

—Eso dices porque no eres tú quien va a la ciega.

—Es una sorpresa. —Besó sus labios—. Solo déjate llevar, *précieux*. Yo cuidaré de ti.

Karla no pudo evitar que las lágrimas se anegaran en sus ojos. Ese loco chico francés había trastocado su vida con la fuerza demoledora de un tornado, arrasando con ello todo lo malo, para transformar su existencia desde los cimientos. No sabía lo que le deparaba el futuro, además, era consciente de que la lucha contra la anorexia aún no terminaba, quizá nunca acabaría, sin embargo, teniéndolo a su lado, se sabía capaz de todo, de vencer todos los obstáculos, incluso a su peor enemiga: a sí misma.

En la clínica, le habían enseñado a perdonarse y a estar en armonía consigo; aun así, tenía miedo, miedo de recaer, de volver a sufrir, de regresar a lo mismo. Era consciente de que los viejos hábitos eran los más difíciles de vencer.

Estaba sumida en sus oscuras cavilaciones cuando, como una señal divina, sintió la mano de Jake sobre la suya. Una vez más, su corazón saltó de amor.

—Hemos llegado, *ma belle*.

Jake la ayudó a descender del auto, la tomó de las manos y la hizo avanzar unos pasos.

—Este es el inicio del resto de nuestras vidas. —Retiró la cinta.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Y el apartamento?

—No hay más apartamento.

—¿Quieres decir que...?

—*Oui*, esta es tu nueva casa, *mon amour*, y estoy seguro de que sabrás convertirla en un hogar lleno de amor y niños llorones. Sé que no es una mansión como a las que tú estás acostumbrada, pero...

—No digas más, Jake —lo interrumpió—. ¡Dios! ¡Es... perfecta! —No pudo contenerse, se abalanzó sobre él y cubrió su rostro a besos.

Después, se tomaron de las manos y juntos contemplaron esa casita con tejados bermellón y ventanas blancas. En la entrada, una espectacular corona

navideña los recibió.

—Has pensado en todo.

—Eso espero, *ma belle*.

En cuanto Karla puso un pie en el que sería su nuevo hogar, la recibió un cálido ambiente. Los muebles, la decoración, todo, aunque un tanto sencillo, denotaba amor, armonía y paz.

—¡Oh, Jake, es maravilloso! —No pudo evitar que una lágrima escapara de su cautiverio. En toda su vida, nunca se había sentido tan amada como en ese momento, entonces supo que adoraría a ese bribón por toda la eternidad—. ¡Te amo!

—Y yo a ti. Ven, es hora de que la princesa conozca sus nuevos dominios. —La tomó de la mano y juntos recorrieron la vivienda.

—¿En verdad hiciste todo esto tú solo?

—Bueno, digamos que recibí un poco de ayuda —reconoció mostrando esa sonrisa pícaro que a ella le erizaba el cuerpo.

En ese instante, como hecho adrede, sonó el timbre; juntos acudieron a la puerta principal. En un santiamén, la casa estaba llena de personas, las cuales depositaban sus regalos bajo el árbol.

Los De Anda se habían apropiado de la situación y, en un dos por tres, tenían montada una perfecta cena de Navidad.

—Karla, sé que no hemos empezado con buen pie, pero Jake dice que este es el comienzo de una nueva vida, así que creo que tenemos otra oportunidad —dijo Cinthya después de darle un caluroso abrazo—. Bienvenida a casa.

—Esto es obra tuya, ¿verdad? —Sonrió con ojos brillantes a causa de las traicioneras lágrimas—. ¡Dios! Estoy hecha un mar, creo que este día he llorado lo que hacía años no.

—Jake ayudó bastante. —Sonrió y la miró con sospecha—. ¿Esas emociones desbordadas no tendrán algo que ver con las visitas conyugales?

—No sé a qué te refieres. —Se sonrojó.

—Ya sabes, náuseas matutinas, sentimientos a flor de piel, ganas de llorar

por todo...

—¿Estás insinuando que... que yo... podría estar...?

—Solo hay una forma de saberlo. Tienes que hacerte un test y, en cuanto lo sepas, después de Jake, claro, quiero ser la primera en saberlo, ¿eh?

—Lo prometo. En cuanto me sea posible, lo haré, nada me gustaría más que ser madre, y qué mejor que sea con el hombre al que amo.

—Eres muy afortunada, ese hombre besa la tierra que pisas. Míralo, no puede mantener los ojos lejos de ti.

—Lo sé. Y qué me dices tú, ¿eh? Alex no se queda atrás.

—Sí, ¿qué te puedo decir? Soy una mujer con suerte, tengo a mi lado al hombre más bello de todo el mundo.

Ambas rieron al recordar aquella ocasión en que, en un karaoke, Cinthya le cantó a su marido la canción *Mírala, míralo*, de Alejandra Guzmán. «Eres bello, bello, bello, más que el firmamento, con un millón de estrellas...».

—Gracias, Cinthya.

—No agradezcas, lo hemos hecho de corazón.

—Señoras y señores, es hora de pasar a la mesa —anunció la madre de Cinthya.

La cena transcurrió entre risas, anécdotas y buena comida. A la comitiva se habían unido Maricela y Manuel, así como Bárbara y James.

Ese fue un buen pretexto para que la buena, la mala y la pelirroja se reencontraran. Las tres mosqueteras no tardaron en arropar a la nueva integrante del grupo: Karla.

Después de ponerse al día con sus vidas, las amigas reían sin parar, felices por el simple placer de estar juntas una vez más.

—Propongo un brindis. —Jake se puso en pie y dio unos golpecitos con la cuchara en su copa para llamar la atención de los presentes—. ¡Por la señora de la casa! Bienvenida a tu hogar, *mon amour*.

—¡Por los tortolitos! —secundaron todos.

—Es hora de los regalos —anunció Cinthya.

—*Ma belle*, espero que te guste. —Jake depositó en las manos de su amada una caja de tamaño medio, envuelta en un bonito papel.

Karla la abrió con la elegancia y delicadeza que la caracterizaban. En cuanto sus ojos se posaron en el objeto, la sonrisa murió en sus labios y un estruendoso sollozo la sacudió por completo, al grado que los presentes se asustaron.

Cinthyia les hizo una seña para indicarles que todo estaba bien. Jake abrazó a la llorosa mujer, la cual, unos minutos después, levantó la mirada y la posó en la punta vacía del árbol, entonces dirigió su rostro hacia Cinthyia y le murmuró un emotivo «Gracias».

—Ven, *mon amour*, te ayudo a colocarla. —Jake levantó a la chica, como si no pesara nada, para que pudiera alcanzar la cima.

Karla colocó la estrella de Navidad en la punta del árbol. Cuando estuvo de regreso al piso, carraspeó.

—Sé que en este momento piensan que estoy loca y quizá les parezca una tontería, pero ese objeto, que puede parecer tan simple, ha despertado en mí emociones tan profundas y, al mismo tiempo, contradictorias. —Respiró hondo—. Cuando era niña, siempre pasábamos la Navidad con mi abuela Carmen. Ella y yo colocábamos, siempre juntas, la estrella en el árbol, era como un ritual, solo de nosotras dos, algo que siempre asocié con la felicidad.

»Una Navidad, mientras terminaba de afinar los detalles de la cena, mi querida abuela sufrió una aneurisma y murió. Desde entonces, mi madre se amargó al grado de que nunca más se celebró una cena de Navidad. —Una lágrima se deslizó por sus mejillas—. Esta noche, Jake y cada uno de ustedes me han dado el mejor regalo posible, me han devuelto la Navidad. —Se le quebró la voz—. Gracias.

Los presentes enmudecieron y las campanadas de la iglesia cercana anunciaron la medianoche; las emociones estaban a flor de piel, quizá por la convivencia de la cena, o, como muchos tantos dicen, debido a la magia de la Navidad.

En esta historia aparecen los personajes, algunos protagonistas, otros secundarios, de la trilogía Solo chicas.

<https://www.megustaleer.com/libros/una-chica-mala-solo-chicas-1/MES-095087>

<https://www.facebook.com/Fabiola-Arellano-Autor-408510205985547/>

Francine J. C.

Besos en Navidad

A cada paso que doy, noto ese terrible dolor que me agujonea los pies. Hace un frío espantoso y el fino cuero de mis botines de tacón no me permite conservar el calor. La humedad, y esa brisa helada que sopla de vez en cuando, me congela las orejas. Debería de haberme puesto el gorrito de lana que me hizo mi abuela. No he querido llevarlo porque, en estas fechas, siempre me entristece no poder tenerla a mi lado; sin embargo, he conseguido el efecto contrario. Echo de menos su presencia y la calidez de su labor cubriendo mi cabeza. Intento dejar mis penas aparcadas para centrarme en lo que he venido a hacer: encontrar un empleo para poder comprar el regalo de Navidad para mi adorado sobrino Mario. He optado por aceptar cualquier tipo de trabajo. Ya no me importa nada con tal de obtener el dinero suficiente para ese único juguete que el pobre niño pide; él se lo merece. Después de todo lo que ha pasado tras esa terrible enfermedad, no puedo negárselo. Cansada de entregar currículos y de que ni siquiera se dignen a responder, me dirijo a una oficina de señoritas de compañía. Mi amiga me ha advertido que lo más probable es que terminen por exigirme algo más que ir junto a un hombre, pero estoy tan desesperada que no tengo más remedio que arriesgarme. Ni siquiera vamos a poder comer algo especial estas fiestas; los gastos médicos han dejado a mi familia sin blanca. Con suerte, no pasaremos hambre. Así que no me queda más remedio que aferrarme a la esperanza de que voy a tener suerte

y conseguir el preciado dinero.

Tras una larga caminata para no tener que pagar el transporte público, consigo llegar a la dirección correcta. Leo las placas identificativas y encuentro la que busco: «Damas Escort». Es un elegante cartel negro con letras doradas. La puerta está abierta y no para de entrar y salir gente del portal; hombres y mujeres de clase alta enfundados en sus trajes de marca y abrigos de pieles. Miro a ambos lados con la expectativa de encontrar algo o alguien que me ofrezca una alternativa. Nada. Cierro los ojos y visualizo la carita entristecida de mi sobrino al ver que los Reyes no le han traído nada. Aprieto los dientes con fuerza y musculo:

—Lo prometido es deuda, Mario. Te juré que tendrías El monstruo marino y ¡haré lo que haga falta por conseguirlo! —acabo la frase con rabia.

Me armo de valor y cruzo el umbral justo cuando un señor, acompañado por dos jovencitas, choca conmigo. Su mirada me causa repulsa y no sé por qué. Su aspecto refinado, perfume caro y pelo engominado causarían el efecto contrario en cualquier chica. Doy un paso atrás por instinto.

—¡Oh! Disculpa, preciosa. Voy tan entretenido que no te había visto —se justifica de inmediato—. Tú debes de ser nueva, recordaría una cara tan inocente como la tuya. Dentro de un rato vuelvo a por más mercancía. Si estás dispuesta, esta misma noche podrías ganar un buen fajo de billetes —me observa con descaro de pies a cabeza—. Esa ingenuidad se pierde después de la primera cita, así que hoy podría apostar fuerte por ti. —Se relame los labios y se va con las dos chicas.

Una fuerte arcada me sacude el cuerpo y noto cómo la bilis sube por mi garganta. Con la mano sobre la boca, voy afuera y vomito al lado de un árbol. El pánico recorre mis venas y me pongo a correr con los ojos encharcados en lágrimas. Voy sin rumbo fijo, solo quiero huir de ese lugar. No he tenido valor, ¡soy una cobarde! Y ahora, mi pequeño Mario va a pagar las consecuencias. No sé a dónde ir, no puedo volver a casa con las manos vacías. Desesperada, muerta de frío y con la culpa corroyendo mis entrañas, me detengo y miro a

alrededor. Está anocheciendo y la temperatura es cada vez más baja. Por el rabillo del ojo veo una luz que llama mi atención. Dos ancianas han abierto el portón de una pequeña iglesia y la titilante llama de las velas se ve desde el exterior. Como si de un insecto se tratara, me dirijo hacia el lugar sin dilación. Una vez dentro me envuelve la calidez del templo con su olor a cera e incienso. No hay un alma. Con la vista fija en el Cristo del altar mayor, recorro a toda prisa el pasillo central y me postro a sus pies entre sollozos.

—¡Por favor, Señor, dame fuerzas para hacer lo correcto! Ayúdame, te lo suplico —murmuro sin cesar.

—Hola. —La voz de una joven interrumpe mi súplica—. ¿Puedo ayudarte? —Avergonzada, niego enérgicamente sin atreverme a mirarla a la cara—. A lo mejor te apetece venir conmigo y mi abuela a tomar un café, ¿te gustaría?

Extrañada por su insistencia y la dulzura de su voz, me giro y observo a la hermosa mujer que tengo a mi lado. Por un momento, llegué a pensar que podría ser una monja, pero sería imposible que una religiosa fuera vestida como ella y nada menos que acompañada de su abuela.

—Me llamo Sara, ¿y tú? —Me sonrío.

—Soy Marta. —Me rindo ante su persistencia.

—Mi abuela Amalia está a punto de terminar de rezar el rosario e iremos a merendar chocolate con churros a un bar cercano. Podrías acompañarnos.

Sin saber muy bien por qué, acepto. Quizás sea porque me siento a gusto con ella, no lo sé. Su radiante sonrisa me trasmite confianza. Me levanto y sacudo el polvo de mis rodillas.

Sara es una chica parlanchina y amable. Su carácter afable mejora mi estado de ánimo. Hacer un impás ahora mismo es la mejor solución posible. He de tener la mente clara para poder resolver mis problemas. Al menos, es de eso de lo que intento convencerme.

Cuando me quiero dar cuenta, ya tengo una humeante taza de chocolate entre mis manos y les estoy contando todos mis problemas, incluso lo que me acaba de suceder un rato antes de conocerlas. Y, como si fuera un milagro, esta

joven tan amable es la mujer de un gran empresario y me ha ofrecido trabajo inmediato en su casa, ¡con un sueldo magnífico!

Al terminar la merienda, me pide que las acompañe hasta su casa para que conozca al resto de su familia y al personal; yo acepto encantada. Empiezo a darme cuenta del gran poder adquisitivo que manejan cuando vienen a recogerlos en un Mercedes de alta gama y la casa es casi tan grande como un campo de fútbol.

—Ven, te voy a presentar a mi marido —me informa Sara una vez que su abuela se ha retirado a su habitación.

La sigo a través de los pasillos mientras observo embobada todo el lujo que me rodea. Unas risas masculinas captan mi atención y se me forma un nudo en el estómago. ¿Y si su esposo no me acepta? Abre la puerta del despacho y cuatro hombres encorbatados fijan su atención en nosotras.

—¡Hola, chicos! —saluda muy risueña. Se acerca al más alto de todos y le da un beso en los labios—. Cariño, me dijiste que contratara a alguien para ayudarme con el niño. Bien, ya la he encontrado. Ha estudiado magisterio, aunque nunca ha tenido la oportunidad de ejercer como maestra. Marta —se acerca a mi lado y me rodea con el brazo—, él es mi marido, Henry. Y sus amigos son Miguel, Fernando y Arturo.

Todos saludan con cordialidad, pero yo me he quedado petrificada. El que se llama Arturo me mira de tal modo que ha hecho que el pulso se me dispare. Tiene unos preciosos ojos verdes y una sonrisa pícaro que me pone muy nerviosa.

—Sé que esto es muy precipitado, pero ¿te importaría que Marta y su familia se unieran a nosotros esta noche? —pregunta Sara a su pareja.

—No, por favor. Ya has hecho demasiado. No es necesario —me apresuro a contestar antes de que lo haga Henry.

—Seguro que Mario estará encantado de disfrutar de nuestra compañía y de la de mi hijo. —Me guiña un ojo, dándome a entender que lo haga por el pequeño.

—Está bien —acedo—. Siempre que a tu marido no le moleste.

—Por mí no hay problema.

No puedo hacer más que sonreír.

Cuando Mario ha llegado, creía que iba a morir de pura felicidad. Su cara de asombro con el enorme árbol de Navidad, los adornos y las luces no tiene precio. Y lo mejor de todo, Sara ha vuelto a hacer su magia y ha conseguido el preciado regalo de Mario, ¡su «monstruo marino»!. Ahora va abrazado a su juguete y no creo que lo suelte ni para dormir.

—Pareces muy contenta. —La voz de Arturo a mi espalda me sobresalta.

—Sí, es la Nochebuena más feliz que recuerdo en mucho tiempo — respondo cohibida por su presencia.

—Me alegro. —Carraspea y se remueve con nerviosismo—. Me preguntaba... si te gustaría... ¿Quieres bailar conmigo?

—Pero si no hay música.

—Perdona, es que yo la oigo solo con mirarte.

Me sonrojo hasta la raíz del pelo con su respuesta.

En un arrebato, le agarro la mano y tiro de él hasta el *hall*. Me sigue sin dilación. Una vez allí, saco mi móvil y busco mi canción preferida de Ed Sheeran, *Perfect*. Arturo sonrío, me agarra de la cintura y nos mecemos al son de la romántica melodía. Lo miro a los ojos y me pierdo en su mirada, y, lo más curioso, él también hace lo mismo con la mía. Sin mediar palabra, nos besamos con pasión. Sus labios me saben a felicidad y amor. No Encuentro otra forma mejor para describirlos. El día de hoy ha dado un giro tan radical al que solo puedo darle un nombre: milagro.

Marta es una joven con muchos problemas que se topa con Sara, personaje principal de Besos a un tirano.

<https://www.megustaleer.com/libros/besos-a-un-tirano-besos-y-ms-besos-1/MES-099868>

<https://www.facebook.com/Francine.J.C.books/>

Gabriela Cano

El efecto de la Navidad

Una vez más, me miro en el espejo, por un momento, olvidándome del frío que esta mañana golpeó a la ciudad de Los Ángeles, y me concentro únicamente en poner todo de mi parte para no explotar en carcajadas al observar mi reflejo. «No me voy a reír de mí misma», repito sin parar, sin embargo..., ¿cómo no hacerlo si este traje, literal, me hace ser toda una elfa?

Hago un bailecito de caderas para observar el movimiento de mi vestido verde. Nuevamente, estallo en risas incontrolables. El enorme cinturón que rodea mi cintura es muy cómico; ni hablar de las medias rojas y blancas que hacen lucir a mis piernas como esos caramelos deliciosos de menta. Al menos logré no usar esos horribles zapatos con la punta enrollada; a cambio, llevo unas botas negras altas.

¿Por qué demonios acepté ser parte de esta locura? Claro, porque la Navidad es la temporada del año que más amo. Nunca me puedo negar a las actividades que se desarrollan en la universidad, además, quienes participamos en el festival navideño obtenemos puntos extras en la clase que elijamos.

Convencida de que no es tan malo del todo, le doy un último retoque a mi maquillaje antes de disponerme a salir del baño.

Al entrar al auditorio menor, siento que me transporto al taller de Santa Claus. El grupo encargado de la decoración ha hecho un trabajo fenomenal.

Hay luces navideñas por todos lados, al igual que los hermosos bastones o los renos regordetes que cuelgan al lado de los muñecos de nieve.

Las personas ya empiezan a llegar al lugar y, debido a que estoy encargada de acompañarlas hasta sus asientos, voy directo a la entrada para empezar con mi parte.

—Bienvenidas al evento navideño de la UCLA —anuncio con tono cantarín a un grupo de chicas de primer año que están entrando—. ¡Esperamos que lo disfruten! —Subo más mi voz al notar que detrás de ellas viene Sofía Spielberg, nuestra profesora de actuación clásica, quien también es la encargada de toda la organización.

Solo me gano una pequeña sonrisita de aprobación que me desanima. Yo debería de ser parte de la obra que los estudiantes de tercer año llevarán a cabo en unos minutos más; en cambio, estoy siendo una chistosa elfa.

¿Olvidé decir que mi estatura mediana definitivamente es la que me hace ser una elfa todo el año? Creo que ya estaba destinada a ser esclava de Santa Claus.

Lisa, mi compañera que ahora mismo debe de estar apoyándome a recibir a los invitados, ha desaparecido desde hace unos minutos, dejándome a cargo de todo.

—Alguien se meterá en un buen problema por dejarte sola —escucho que dice una voz que podría reconocer a lo lejos, sin embargo, nunca pensé que podría estar dirigida a mí.

Volteo sobre mi hombro para encontrarme con ese chico que he admirado desde la distancia.

—No sé por qué ha demorado tanto —respondo, asegurándome de que mis repentinos nervios no se asomen en la conversación.

—Está bien sentada, charlando con sus amigos mientras toman ponche. — Mi boca se desencaja ante lo que ha dicho—. Así que he venido en tu ayuda.

¿Esto realmente está sucediéndome? ¿Lisa me deja colgada con toda la responsabilidad de brindarle un caluroso recibimiento a los invitados y a

cambio. soy recompensada con el extraño acercamiento de Michael?

Michael Turner es un chico superguapo y agradable que actualmente cursa cuarto año de mi misma carrera: actuación. Él nunca ha sido de esos tíos creídos que parecen ser inalcanzables porque se creen la última bebida del mundo, de hecho, es bastante amistoso, pero, al menos conmigo, nunca ha tenido la intención de hablarme... hasta este momento.

—Te tomaste en serio lo de la Navidad, ¿no es así? —Señala a mi cabello. Al instante sé que se refiere a los mechones temporales que he pintado en color verde y rojo, los cuales hacen un bonito contraste con mi rubio natural.

—¿Qué puedo decirte? —Me encojo levemente de hombros. Recupero mi voz, aparentando que mi corazón no empieza a palpar descontroladamente porque él sigue de pie frente a mí—. Es la mejor temporada del año. Trato de disfrutarla al máximo.

—Sí, el espíritu navideño les pega a todos.

—¿A ti no?

Baja la vista, observándose a sí mismo. Él también va vestido como un elfo y he de decir que se mira muy tierno.

—Esto es lo más cercano que he estado de disfrutar de la Navidad.

—¿Eres la versión juvenil del *Grinch*?

—No tanto así —responde con una enorme sonrisa que me ha robado un suspiro del que espero que él no sea consciente—. Podría decir que no es algo que me fascine, aunque no sé por qué tengo la impresión de que tú haces maratones para ver todas las películas de: *Solo en casa*.

Esta vez me carcajeo, no por lo chistosa que me veo con este traje, sino porque nunca pensé que mi amor por la Navidad fuera tan evidente.

—Me declaro culpable. Las travesuras de ese niño son de otro mundo.

Después de varios minutos en los cuales, con un enorme entusiasmo, él me ayuda a recibir a los invitados, dentro del auditorio, los aplausos empiezan a resonar por todo el lugar y las risas que se le unen provocan que ruede los ojos.

—¿No me digas que querías formar parte de la obra? —Ladea su bonito rostro, observándome curioso—. Espera... ¡por supuesto que querías participar! Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

—Una sola falta a clases me ha dejado fuera de los papeles y automáticamente pasé al equipo de apoyo. —Suspiro antes de continuar—: Ya que estás aquí. ¿Me ayudas a terminar de recortar esos papelillos? Son los que lanzaremos al final y sin Lisa no creo acabar a tiempo.

—Por supuesto que sí —replica con un entusiasmo que no creí que él presentara con este favor en especial—. Si te hace sentir mejor, Sofía no solo toma en cuenta a los estudiantes que están sobre el escenario, también les da el mismo valor a quienes se encargan de que todo salga perfecto.

Él sonrío al tiempo que se quita el sombrero puntiagudo que complementa su traje de elfo, dejando así, al aire libre, su bonito cabello castaño oscuro. Ahora que está a tan solo unos pasos de distancia, puedo notar que es incluso más alto y guapo, con esos ojos miel que posee.

Definitivamente, estoy en lo correcto al pensar que Michael no solo en apariencia es agradable, de hecho, se porta muy tranquilo mientras recortamos papeles para convertirlos en confetis de colores; por supuesto, resultaba más fácil comprarlos ya hechos, aunque Lisa, una vez más, me ha defraudado olvidando ser responsable con la parte que le asignaron y por nada del mundo voy a quedar mal ante Sofía.

No puedo recordar la última vez que un chico me ha hecho reír o sonrojar tanto como lo hace Michael. Incluso tengo que morder mi labio inferior para retener las sonrisas que provoca con sus anécdotas.

Yo soy de las que le encuentran un *pero* a cualquier chico que se me acerca, siempre les veo lo malo en cada acción que realizan, por eso mismo, estos últimos tres años solamente me he enfocado en mis estudios. No soy tonta. Hoy en día, estos universitarios no valen nada; solo buscan tener un ligue e ir al día siguiente pretendiendo que no te conocen. No me interesa nada de eso.

Me quedo observando por unos segundos a Michael, preguntándome si es el de esa clase de tíos. Quiero creer que no es así. Su tranquila personalidad es tan bonita como el festejo navideño que acapara a todos en este momento.

Cuando suena la canción de Ariana Grande, *Santa, tell me*, sé que es mi señal de ir al andamio que se encuentra sobre el escenario para encender la máquina que lanzará todos los confetis. Tomo a Michael de la mano y, a toda prisa, corremos hasta llegar al lugar. Al llegar, veo a Kilian disfrazado de Santa Claus. Vuelvo a carcajearme fuertemente.

—Quién lo diría, ¿no? El tío de las carreras ilegales participando en un festival navideño —comenta Michael, igualmente observando a Kilian hacer algunos pasos cómicos—. Aunque supongo que eso de estar enamorado le cae bien.

Entre la multitud, busco a Heather, la chica que logró robar el corazón del mujeriego e inalcanzable Kilian Price y que se ha convertido en mi amiga, no solo porque trabajamos en la misma librería, sino porque realmente es una persona increíble.

—Después de todo lo que han pasado, debo admitir que su historia es muy hermosa. No me los imagino al lado de alguien más.

Al enfocarme nuevamente en Michael, él me está viendo a mí.

—Que tonto he sido al nunca haberme atrevido a hablarte.

Coloco las manos en mis caderas.

—Lo mismo me pregunto. ¿Qué se te dio por hacerlo? Sí sabes mi nombre, ¿verdad?

—Supongo que es el efecto de la Navidad —dice entre risas—. ¿No lo crees así, Miley?

Me limito a contestar con una sonrisa genuina que se forma cuando me llama por mi nombre.

Con mi corazón latiendo como un tonto, subimos al andamio para preparar la máquina. En el momento justo en que suena la canción *Shake up Christmas*, de Train, no solo el confeti sale en el aire, la construcción provisional que

habíamos montado específicamente para esto empieza a crujir hasta desplomarse por completo y nos deja caer sobre un montón de nieve artificial y muñecos que —por suerte— resultan ser de algodón, lo cual amortigua la horrible caída.

El auditorio entero se llena de silencio. Todos nos observan anonadados.

—¿Estás bien? —escucho que me pregunta Michael.

—Sí. ¿Tú?

Se alza sobre su espalda, me ve a mí, luego, a los invitados.

—¡Tengan todos una muy Feliz Navidad y un próspero Año Nuevo! —le grita a la audiencia que, poco a poco, sale de su asombro para aplaudir eufóricos al pensar que esto es parte del espectáculo.

—Bueno, supongo que, después de todo, entramos a la obra —digo entre risas al tiempo en que nos ponemos de pie.

—¡Y qué final! —exclama, tomándome brevemente de la mano—. Feliz Navidad, Miley.

Sí, mi corazón empezará a tener problemas por este chico.

—Feliz Navidad, Michael.

Miley es un personaje perteneciente a la novela *Adorable perdición*, próxima a publicarse.

<https://www.facebook.com/gabriela.cano.7165>

Iris Romero Bermejo

De la Navidad a la eternidad

Ya ha llegado el maldito veinticuatro de diciembre y, desde hace ya muchos años, soporto estas asquerosas fechas en la más absoluta soledad. Bueno, acompañada de mi fiel sirviente Botones, pero es un orangután con pajarita, así que no cuenta. Aunque claro, soy la Muerte, por lo que se puede decir que soy la última *cosa* que alguien querría ver en una noche tan vomitiva como esta.

—¡Botones! ¡Tráeme otro *whisky*! —grito mientras le doy una larga calada al puro—. Tener esclavos para esto... Bueno, Santa, ¿te apetece algo? Estás muy calladito...

Suelto tal carcajada que se me sale la peluca. El gordinflón vestido con un ridículo mono rojo y blanco me lanza una mirada cargada de ira e indignación.

—¿Un ponche de huevos podridos? ¿Un chocolate hirviendo? —pregunto, haciendo alarde de mis uñas extralargas. Lleva un rato amordazado, así que, claro, no puede hablar. Chasqueo los dedos y la sogá desaparece entre su frondosa barba blanca.

—Esto se está pasando de castaño oscuro, vieja loca —se queja con las mejillas enarboladas—. ¡Los niños esperan sus regalos!

Me inclino en el trono y abro los ojos hasta que se me salen las cuencas.

—¿Ah, sí? No me digas... ¡Yo también he esperado como una gilipueñas un maldito regalo que nunca ha llegado! ¿Es que soy menos que todos esos

mocosos? ¿Acaso no lo merezco? —pregunto parpadeando hasta la extenuación.

—¡Eres la Muerte! ¿Cómo esperas que te obsequie por acabar con la vida de los demás?

—¡Es un trabajo tan digno como el de cualquiera! Te he mandado una carta cada año, durante al menos mil lustros... y eres tan holgazán que no te has molestado ni en contestarme. ¡Que menos que un trozo de carbón! Ni eso me has traído —siseo mientras me quito el tacón y se lo tiro a los ojos.

Lo esquiva como puede y algo llama su atención. No tengo que girarme para saber quién ha venido.

—¿Qué haces aquí? —suelto con las manos en las caderas, sin atreverme a ver el apuesto rostro de mi exmarido—. ¿No te está esperando la putilla con la que me engañaste?

—Mi amol... No empecemos —me responde con su perpetuo acento cubano.

Giro la cabeza por completo y sonrío cuando pega un respingo. Siempre detesté que hiciera de *la niña del exorcista*. La broma tiene más gracia aún porque tuve el tino de casarme con el Diablo. Después lo encontré con una fulana de cabellera rubia y dos melones como dos sandías maduras, así que, tras intentar matarlo de todas las formas posibles y comprobar que no podía morir..., me divorcié.

—No me has contestado. ¿Qué quieres?

—He venido a por Santa Claus. Ya sabes que esta noche tiene mucho lío —explica con gracia. Tengo que contenerme para no contemplar su atractivo bigote ni su pelo de dandi. El maldito siempre supo ser mi debilidad, mi punto flaco, mi tregua.

—Ahí lo tienes, todo tuyo —respondo cuando comprendo que mi bromita no puede llegar a más. Si el Diablo lo quiere, se lo llevará.

Mi exmarido lo termina de desatar y lo ayuda a levantarse del asiento. Atravieso la sala a la carrera y lo empujo de nuevo en la silla. Ignoro sus

quejas y me siento en sus rodillas.

—Veamos... —murmuro con mis largas uñas enredadas entre su barba blanca—. Quiero... Quiero...

—¡Bájate ahora mismo y deja de torturarme! —me implora con esos labios rechonchos.

—Quiero una guadaña de Navidad con cascabeles ruidosos para que la gente se acojone cuando la escuche y sepa que ha llegado su hora.

—No puedo hacer eso. Odiarían la Navidad —me responde con un brillo de estúpida inocencia entre sus iris.

—Claro, por eso la pido —le explico con los ojos en blanco.

Me empuja sin miramientos y habría caído de culo al suelo si mi exmarido no se hubiera lanzado a salvarme.

—¡Suéltame, condenado Diablo! ¡No me toques con esas manos tan calientes!

Me estrecha entre sus brazos y parece que aspira mi cuello un segundo.

—Mamita, sigues oliendo igual.

Le pego tal sopapo que le despeino el tupé.

—¿Y mis renos? ¿Dónde los has escondido? —me pregunta Papá Noel.

Hago chasquear mis dedos justo cuando el Diablo me deposita con cuidado en el trono. Aparecen tras una cortina de humo, en fila y enganchados a una mágica máquina sacaleches.

—¿Qué les has hecho? ¡Eres un monstruo!

Uno a uno, va liberándolos.

—Le iba a preparar un chocolate con leche a Botones para desayunar mañana, y quería comprobar si esos animales podrían desvelarme lo que llaman «la magia de la Navidad». Pero están más secos que la mojama. Ni una mísera gota.

—¡Es que son todos machos!

No tiene ni la decencia de despedirse. Se monta en el trineo mientras el Diablo dibuja una puerta con el tridente.

—¡No te olvides de mis regalos, Santa! —grito justo cuando desaparecen ante mis ojos.

—Será desagradecido... Lo he tratado como a un rey —murmuro mientras hago aparecer entre mis dedos un puro—. Deberías irte ya —le digo a mi ex cuando veo que se acerca con una miradita que ya me conozco.

—¿Podrás perdonarme algún día, mi tesoro? ¿Podrás concederme el privilegio de tus atenciones y de tu amor?

Hago aparecer un nuevo zapato de tacón y, sin decir palabra, se lo lanzo con todas mis fuerzas.

—¿No te he demostrado lo mucho que lo siento? —continúa, esquivando el objeto con su característica gracia natural—. Si me lo pidieras, me arrancaría la piel para demostrarte que eres, y serás, la única en mi corazón.

—¿Qué quieres que haga con tu piel? ¿Un bolso? ¿Una lámpara? —Simulo un escalofrío y niego con la cabeza—. Es tarde, Diablo. Conseguiste que mi corazón latiera para después romperlo en mil pedazos.

Me dedica una reverencia y desaparece entre humo blanco. Siempre ha sido un teatrero.

—¡Botones! —exclamo enfadada—. ¡Botones!

Aparece de repente, vestido de gala.

—¿De dónde has sacado eso?

—Esta noche os abandono, mi dama. He quedado.

Y se esfuma también.

—¿Pero quién querría quedar con un orangután disfrazado? —me pregunto en voz alta, más sola que la una. Mi voz retumba en las paredes y crea eco.

Así que me paso la noche pegada a una botella de ron. Varias horas después intento, sin éxito, emborracharme.

—A la mierda, me voy a la cama.

Amanezco de mala mañana. Como Botones no me traiga mi café, lo cortaré en pedacitos. Pero en cuanto llego al trono, dejo caer el antifaz al suelo. Hay un magnífico árbol de Navidad en el centro de la sala. Lleno de bolitas de

colores y estrellas, y pequeños renos colgando de entre las ramas. Me olvido de que soy la Muerte y correteo como un infante hasta él, y mi sorpresa es máxima cuando veo un pequeño paquete. Quizás sí que ha venido Santa Claus... Quizás sí ha funcionado eso del secuestro...

Lo abro sin miramientos, rasgando el precioso papel. Una cajita de madera y, dentro, una nota y mi anillo de compromiso. Desplego la hoja mientras hago aparecer unas gafas para ver de cerca. Me las coloco con una ceja levantada y me dispongo a leer:

Mi amol,

Nunca supe que ansiabas tener un regalo en estas fechas, así que no es necesario que secuestres a Papá Noel, porque yo seré tu papito a partir de ahora.

Muerte mía, si no estás a mi lado, no podré sobrevivir a la eternidad. ¿Cuánto más he de esperar para que me perdones? Ya han pasado más de doscientos años y, como bien sabes, me he mantenido fiel a ti en cuerpo y alma.

No quiero pasar ni una sola Navidad más alejado de tus brazos, así que te espero en nuestro restaurante a la una del mediodía.

Te quiero

Arrugo la carta y la tiro lejos, muy lejos. Me pongo a pasear alrededor del trono. Por supuesto que no pienso ir a la cita, porque la Muerte debe ser rencorosa como ella sola, supongo que eso ya viene con el puesto... Pero entonces pienso en todas esas familias reunidas alrededor de un fuego cantando villancicos... y me entran arcadas.

Una idea brillante y maléfica invade mi enajenada mente y, con mi plan genial perfeccionándose en la cabeza, me dispongo a ponerme guapa.

—Ja, ja, ja, ja, ja... —Río mientras me pongo la boca como el chocho de una mona con el pintalabios—. Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Haré algo que provocará el caos y el pánico en los mortales. Ya no habrá niños esperando la Navidad. A partir de ahora, temblarán cuando vean una galletita de jengibre, y el nuevo *hombre del saco* será mi rechoncho amigo, más conocido como Papá Noel.

Con el abrigo de piel sobre mis hombros, unos taconazos imposibles y el puro entre mis dedos, desaparezco de mis dominios para aparecer en la puerta de *nuestro* restaurante. En realidad, es un tugurio de mala muerte, pero hacen una yuca con mojo que, según el Diablo, merece un trato de los suyos para conseguir la receta. Ya lo ha intentado, pero el cocinero es de armas tomar.

Me asomo por la ventana y lo veo. Se ha puesto su mejor traje, y lo ha hecho porque sabe que le viene como un guante. No quiero, sabe Dios, mi amigo de arriba, que no quiero, pero verlo con una rosa negra en la mano me derrite por dentro.

—¡Maldito Diablo!

Su imagen a través del cristal va rompiendo a jirones mi maléfico plan. Ya no me apetece torturar a la humanidad, ni siquiera me parece gracioso. Ahora, mientras contemplo sus manos nerviosas e impacientes, y el movimiento de sus ojos hacia el reloj cada pocos segundos, ahora solo quiero sentarme a su lado.

Abro la puerta y camino despacio. Alza la vista y sonrío.

No se hace esperar. Se levanta de la silla y deja que caiga al suelo sin remedio. Me coge entre sus brazos y me besa como solo un Diablo como él sabe hacer.

—Por fin, mi amor. La eternidad nos espera.

La Muerte y el Diablo son personajes de la bilogía Morir por amor.

<https://www.megustaleer.com/libros/con-la-muerte-en-sus-tacones-morir-por-amor-1/MES-102653>

<https://www.facebook.com/Iris-Romero-Bermejo-La-Rata-Careta-Escritora-2151349808461488/>

Isabel Jenner
Copos de sol
(Una Navidad en la India)

Baipur, estado de Merala, India, 25 de diciembre de 1859

—Solo opino que es muy extraño.

—Ya conocemos tu opinión, Lemy. Te has ocupado de hacérsela saber desde que comenzamos los preparativos de la fiesta.

—Pero... ¿cómo se puede celebrar la Navidad si no hay nieve? —llegó la sentida réplica.

—¿Les pedimos a nuestros invitados que no vengan?

—¡Claro que no, Leo! Tan solo digo que es raro... ¡Cam! ¿A ti no te parece raro? En Londres, ya habríamos visto nevar y el Serpentine estaría congelado.

Cam, que había estado observando la discusión de sus hermanas con risueño disimulo, se acercó a ellas e intentó no sonreír.

—Desde luego, es de lo más desconcertante —asintió con solemnidad ante el rostro serio de la pequeña de nueve años.

—¿Lo ves, Leo? —le dijo Lemy a su hermana mediana, con suficiencia, como si su cuerpecito contuviera eones de sabiduría.

La aludida resopló, se colocó las gafas y las fulminó a las dos con la mirada.

—Estamos en la India. En el trópico. Tan al sur que, aunque sea invierno,

no hay nieve —remarcó con precisión las últimas palabras, incluso con una pausa entre ellas, como si su paciencia fuera una fina película de cristal sobre la que había que pisar con cuidado para que no se resquebrajara.

—Desde que el señor Ban se marchó, Leonelle siempre está enfadada —le explicó Lemy a Cam, con ademán entendido.

—¡Eso no es cierto, Lemy! —chilló Leo, con un aspaviento que estuvo a punto de tirar al suelo unas de las guirnaldas que habían colocado sobre los muebles del salón del bungalow, dignas sustitutas del árbol de Navidad.

Como si Cam no supiera que la partida del brahmán, el fascinante hindú que habían conocido dos meses atrás al llegar de Inglaterra a Baipur, había afectado a su hermana de dieciocho años mucho más de lo que debería.

—Esta Navidad será diferente. Vivimos en otro continente, lejos del abuelo, pero eso no significa que deba ser algo malo. Estamos las tres juntas y sería mejor que disfrutásemos del momento —trató de calmar los ánimos.

—Sí, echaremos de menos al abuelo, aunque nos ha enviado unos regalos encantadores —adujo Lemy mientras pasaba la mano por la muselina granate de su vestido nuevo—. Y ya sé que tú estás casada ahora, Cam, pero siempre seremos las hermanas Ingram.

El rubor coloreó las mejillas de Cam a la par que miraba hacia las dos alianzas que adornaban su dedo anular. Una de ellas era una banda de oro, y la otra, un fino anillo de hojas trenzadas.

Sí, era la esposa del capitán Jason Warwick desde hacía apenas una semana. Y era algo que todavía le resultaba difícil de creer, después de todas las pruebas a las que se habían visto sometidos antes de poder estar juntos.

—¿Alguien ha dicho regalos?

Su voz, profunda y pausada, llegó desde la puerta del salón, como si la mente de Cam lo hubiera instado a materializarse frente a sus ojos bicolor. Llevaba el uniforme de gala, los cabellos negros peinados hacia atrás con algo de descuido, y esa mirada azul cobalto, que siempre conseguía acelerarle el corazón, fija en ella.

—¿Has traído regalos, Jason?

La atención del hombre se desvió solo un poco de Cam para mirar con afecto a Lemy, quien lo contemplaba con expresión esperanzada.

—Así es, he pensado que sería mejor entregároslos ya. Sabemos cuándo comienza la fiesta, pero no cuándo terminará —dijo con una sonrisa resulta y unas cuantas cajas bajo el brazo enfundado en la casaca roja. Avanzó unos pasos y se detuvo a la altura de Cam—. Aunque el mío prefiero desenvolverlo más tarde —susurró, en una promesa que le encendió los ojos azules y envió chispas de fuego a las terminaciones nerviosas de Cam.

—¡Me encantan los regalos! —exclamó Lemy, ajena a la poderosa corriente que pasaba del cuerpo del capitán al de su esposa.

—Entonces te dejaremos para el final —decidió él con una mueca maliciosa.

—¿Qué? ¡No! —protestó la niña. Pero Jason ya le tendía un paquete cuadrado y pequeño a Cam. Ella lo desenvolvió con cuidado hasta abrir una cajita de terciopelo que contenía un delicado colgante de oro en forma de corazón y una diminuta *j* grabada en el reverso.

—Cada latido es tuyo —le dijo, otra vez, en ese tono quedo e íntimo que solo usaba con ella.

Antes de que Cam pudiera decidir si era demasiado inapropiado darle un beso en los labios a su marido delante de sus hermanas, el capitán ya le estaba tendiendo un paquete rectangular a Leo, que resultó ser un precioso diario forrado en cuero.

—Para que anotes todo lo que se te pase por esa extraordinaria cabeza tuya.

—Gracias, Jason —respondió Leo con la primera sonrisa verdaderamente genuina que Cam veía en mucho tiempo.

—Y, por fin, tu turno...

Lemy daba pequeños saltitos de emoción y casi se le resbala su regalo al abrirlo con apresurado entusiasmo. El brillo alegre de sus ojos chocolate, sin

embargo, se apagó como una vela sobre la que alguien hubiera soplado demasiado fuerte.

—Gra-gracias, Jason.

Cam estaba convencida de que a su hermana le había costado cada gramo de educación y de fuerza de voluntad Ingram que esas palabras salieran de su garganta. Parecía a punto de echarse a llorar, y su carita de pura decepción hizo que ella le frunciera el ceño a Jason a la vez que se inclinaba para ver el contenido del paquete.

—Tiene muchos nombres, como aliso albar o siempre en flor, y sus pétalos no se desprenden con demasiada facilidad —explicó su marido mientras ella miraba casi con la misma decepción que Lemy la minúscula florecilla de pétalos blancos que reposaba en el centro de la caja.

No tuvo tiempo de intentar averiguar qué significaba aquello porque se escucharon unos ruidos desde la puerta de entrada.

—Vamos, los invitados ya deben de estar llegando —concluyó Jason, y tomó de la mano a Cam y a Lemy para echar a andar con Leo siguiéndolos de cerca.

Cuando llegaron a la entrada, no había nadie, pero el capitán siguió tirando de ellas con suavidad para que bajasen los escalones de acceso a la casa.

—Pero, Jason, ¿qué...?

La exclamación de deleite de Lemy interrumpió la pregunta extrañada de Cam, quien vio cómo su hermana echaba a correr hacia un montoncito apilado con esmero contra la pared principal del bungalow. Cintas para el pelo, una frágil muñeca de porcelana y un precioso pájaro de cuerda, con sus alas de madera pintadas en vivos colores, estaban esperando a su dueña, que abrazó y acarició a cada uno de ellos como los preciados tesoros que eran.

Cam sintió un nudo de emoción en la garganta que no hizo sino aumentar cuando Leo, Jason y ella rodearon a Lemy y unas motas nacaradas comenzaron a flotar con delicadeza sobre ellos.

Igual que copos de nieve.

Al alzar la cabeza hacia la veranda, Cam se encontró con el rostro satisfecho y orgulloso de Surinder, el joven y leal sij a quien Lemy adoraba, que recogía puñados de pétalos de aliso albar de una cesta de mimbre y los dejaba caer con precisión sobre sus cabezas, ayudado por la suave y cálida brisa del Indostán.

—¡Es nieve! ¡Está nevando!

Lemy había abierto los brazos en cruz y giraba con los ojos cerrados mientras los pétalos blancos emitían deslumbrantes destellos bajo los potentes rayos solares.

—Copos de sol —murmuró Cam para sí, con una sonrisa tan luminosa como la de sus hermanas.

—Copos de sol —repitió Jason en su oído, antes de abrazarla desde atrás y pegarla a su ancho pecho—. Me gusta —sonrió también el capitán, y Cam se estremeció al notar la curva de sus labios en el sensible hueco entre el hombro y la garganta.

Hacía muy poco que habían hecho el amor, apenas unas horas desde que lo había sentido dentro de ella y sobre cada poro de su piel mientras ambos gemían el nombre del otro con el placer y el amor atravesando sus rostros. Pero las manos de Jason sobre su cuerpo, sus palabras y sus acciones le hacían desear volver a las sábanas revueltas con una intensidad que consiguió debilitarle las piernas y que se apoyara más contra su marido.

—Siento exactamente lo mismo. —Le llegó el ronco y oscuro susurro de Jason antes de que depositara un tierno beso en su cuello.

Lo único que pudo hacer Cam por toda respuesta fue tomar una de las grandes manos que le aferraban la cintura y acercar sus labios a la palma abierta, muy cerca de la alianza de oro, antes de sacar un poco la lengua en un arrebatado travieso. Sentir el estremecimiento que atravesó su imponente cuerpo de soldado provocó una sonrisa de triunfo en ella.

—Acabas de conseguir que esta noche me tome mucho, mucho más tiempo en desenvolver mi regalo —dijo él con la respiración un poco más acelerada

de lo que debería.

Cam giró entre sus brazos y entrelazó los dedos tras la nuca de Jason.

—Gracias —pronunció esa única palabra desde lo más profundo de su ser, sin añadir nada más, porque cualquier cosa que dijera no sería suficiente para expresar todo lo que albergaba en su pecho. Lo mucho que lo amaba. La felicidad que la recorría al ver cómo trataba a sus hermanas.

—Somos una familia. Y haría cualquier cosa por ti —replicó él con ternura, porque conocía cada parte que había dentro de Cam mejor que ella misma.

—Feliz Navidad, Jason.

Las lágrimas contenidas no le impedían ver sus apuestos rasgos, sus cicatrices. Las intensas emociones que lo recorrían.

—Feliz Navidad, mi amor.

El aliento cálido de su marido le rozó los labios antes de que se besaran sin que importase nada a su alrededor, tan solo la forma en la que sus almas y sus cuerpos encajaban, y la manera en la que los copos de sol caían con dulzura sobre ellos.

Puedes encontrar a Cam y a Jason y descubrir cómo comenzó su historia de amor en la novela *Oriente en tus ojos*, primera entrega de la trilogía **ORIENTE** y finalista del VII certamen de novela romántica Vergara-RNR.

<https://www.megustaleer.com/libros/oriente-en-tus-ojos-triloga-de-orient-1/MES-095083>

<https://www.facebook.com/IsabelJennerEscritora/>

Ivette Chardis

La contadora de emociones

Barcelona, 1675

Jacinta Boadella había servido en la sala de juegos de Can Cortés, a las órdenes de Matilde y Clara, conocidas en el barrio del Born por varios escándalos. El último de ellos la había puesto en una posición incómoda, para tener que elegir entre ser fiel a su señora o ser fiel a la verdad. Y ninguno de los dos caminos había resultado como esperaba. La tragedia se mascaba en cada rincón de Can Cortés. Las hermanas no fueron las mismas desde la desaparición del señor y la llegada de ese atractivo barón que irradiaba un magnetismo oscuro.

Jacinta decidió huir antes de que aquello estallara. Pero nadie le advirtió que caería en las garras del lobo.

Llevaba más de cuatro meses custodiando una de las mansiones de la parte alta de la ciudad. Según le habían contado, los dueños estaban de viaje por Italia y no se esperaba su llegada hasta pasada la Navidad.

Jacinta provenía de una familia numerosa. Las Navidades en casa de los Boadella eran de lo más espartanas. Pocos regalos, a duras penas, una gran cena para Nochebuena, pero las risas y los besos nunca faltaban. Echaría de menos el contacto con el mundo. Pasear por el Born, fisgar en los escaparates de las tiendas adornadas con nacimientos de papel; algunos más elaborados con madera y musgo. Las coronas de adviento eran sus favoritas, engalanadas

con cintas rojas que simbolizaban la unión familiar.

Refugiada en el calor de una de las chimeneas, que se había atrevido a encender de la solitaria mansión, soñaba con unas fiestas tal vez mejores de lo que alguna vez fueron. Sonrió mientras se restregaba las manos. Al menos ese invierno no tendría que aguantar las chanzas de su familia por ser como era: sensible y soñadora. Cansada de ser siempre la niñera de sus sobrinos, harta de las burlas de sus hermanos mayores, que la trataban como una solterona, a pesar de sus veintidós años.

—Eres demasiado ingenua, siempre en las nubes —la retaba por costumbre una de sus cuñadas—. Nunca pasarías de la primera noche de bodas.

—¿A qué te refieres?

—Tienes demasiados pajaritos en la cabeza para los empujones de los hombres de este barrio.

—Esta niña está hecha de otra pasta. No es tan bruta como ustedes —la defendía su madre—. Can Cortés la está arruinando. ¡Nadie sabe lo que sus ojos han visto!

—No se preocupe, intento escabullirme antes de que la noche se vuelva más lúgubre.

Jacinta acababa consolando a su madre, tan delicada como ella. Y tan desgraciada que solo sonreía cuando las dos imaginaban un futuro mejor. Así que, cuando le propusieron ser la única encargada de una mansión, por muy fantasmal que esta pareciese, no se lo pensó dos veces.

Dormía en uno de los sillones delante de la chimenea, apenas la luz de una vela iluminaba la estancia. Era un despacho de lo más reconfortante, con una mesa de caoba y una estantería llena de libros que Jacinta jamás leería. Un confortable sillón de tela jaspeada y un diván de color del oro, que ni siquiera había tocado. El brillo la desconcertaba. Y, aun así, esa noche quiso soñar con ser una dama y le regaló vida a ese cuarto sombrío retirando las cubiertas y bañándose en vino, una botella de la despensa para celebrar la llegada de

Jesús a la tierra. En la lejanía, se oía al viento silbar y leves melodías de villancicos bailaban hasta sus oídos. El chirriar de una puerta la sobresaltó. El arrastrar de unos pasos tensó sus músculos. Sin duda, un caballero, por las vestiduras, irrumpió en el despacho y se dejó caer en el diván, manchando de sangre el oro reluciente de la tela. Jacinta se santiguó. Tardó unos minutos en darse cuenta de que el desconocido se había desmayado, y corrió a su lado para limpiar la sangre y el borrón que había comprometido el trabajo de cuatro meses de conservar la casa immaculada. Restregó bien, sin importarle que el cuerpo de un joven robusto y de cabello lustroso estuviera dormido a pocos centímetros de ella. Se dirigió a la cocina en busca de trapos para paliar la sangre que brotaba del brazo del extraño. Al retirar lo que parecía un vendaje hecho con el tejido de una camisa, se dio cuenta de que la herida era superficial y se apresuró a taparla, esa vez atando fuerte el torniquete. El dolor despertó al joven, que agrandó los ojos al verla.

—Pensé que la casa estaba vacía. Mis padres son unos necios al creer que una personita como tú puede protegerla.

—La estoy cuidando, es un vocablo distinto.

—¿Sabes de letras?

—No, señor. Ni me hace falta. Sé diferenciar bien las cosas.

El joven sacó del chaleco una libreta diminuta y se acercó al escritorio; de un cajón extrajo, un pote de tinta y una pluma; anotó varios garabatos con la sonrisa en los labios.

—¿Qué hace, señor?

—Llámame Leo. Estoy anotando lo que has dicho, la diferencia entre proteger y cuidar.

—No se burle de mí.

—No era mi intención, señorita...

—Jacinta Boadella, para servirle.

Leo acudió hasta ella y agarró sus manos; un tacto suave que le provocó un escalofrío que le recorrió los antebrazos y los hombros hasta llegar a su

lengua.

—No tienes por qué inclinarte, hoy es Nochebuena. ¿No se supone que somos iguales ante Dios?

—Aunque no solo en Navidad, Leo. —Se encargó de que la *l* sonara intencionada, recia.

Él besó su palma extendida. Otra sensación extraña, que Jacinta no supo identificar, inundó su cuerpo para posarse en el bajo vientre.

—¿Quieres experimentar la verdadera Navidad, Jacinta?

Entrelazaron sus dedos y subieron al tejado. El vaho que salía de cada una de sus respiraciones formaba siluetas perturbadoras para la mente inocente de Jacinta. El suelo estaba a más de diez metros y el barrio acicalado, el de los señores de alcurnia, iluminado con antorchas. Mujeres envueltas en bufandas de gustosa piel de conejo cantaban villancicos delante de las puertas de las casas. Las ventanas se iluminaban, el verde y el rojo florecía a cada paso del coro. Más allá, entre la negrura y el brillo de las estrellas, se encontraba el Born; sus calles oscuras; la tierra seca; los orines de los perros y de los borrachos; las quejas de sus hermanos; las chanzas de sus cuñadas; los lloros de sus sobrinos, quedaban tan lejos que se dejó mecer por las palabras de Leo.

—De pequeño, me encantaba subir hasta aquí y contemplar la ciudad. ¿No respiras a Navidad?

Jacinta cerró los ojos e inhaló fuerte.

—Huele a caricias, al abrazo de una madre, al verde del musgo...

—Al beso de un amante —susurró Leo, depositando sus labios sobre los suyos. Jacinta, de manera innata, lo apartó—. No quise faltarle al respeto, pero es la primera vez que me encuentro con alguien tan peculiar como tú.

—¿A qué se refiere?

—No sabrás de letras, pero eres la compañera perfecta, una contadora de emociones que hace tiempo buscaba.

—No soy tonta. Usted tiene pinta de ser un mujeriego, y la herida del brazo es por culpa de una espada, tal vez, durante un duelo por una mujer.

—Por un amigo.

—¿Enamorado de quien no debía?

—Encaprichado más bien.

—¿Cómo diferenciarlo?

—Es lo mismo que cuidar a alguien o protegerlo.

—Proteger no te vincula. Cuidar te hace sentir vulnerable.

—Yo quiero sentirme vulnerable entre tus brazos, Jacinta.

Leo la envolvió con dulces palabras. El aliento le rozó cada parte de su cuerpo dormido. Ambos se despojaron de las ropas, una a una, con la lentitud que da el frío, con el deseo que provoca la noche, con la desesperación en las manos y la boca, buscándose hasta encontrarse; unidos por algo más que sacudidas y besos. Perder la virginidad para Jacinta no fue tan extraño ni funesto como sus cuñadas le habían dado a entender. Al contrario, la invadió un halo de felicidad al sentirse comprendida y arropada por un hombre que anhelaba no solo su cuerpo, sino también sus palabras. Bajaron hasta el despacho para calentarse. El fuego se había apagado y las sombras de dos personas, un hombre y una mujer, los sorprendieron. Les dieron tiempo a adecentarse y, mientras aquella pareja les daba la espalda, Jacinta preguntó con los ojos a Leo, sin obtener más respuesta que su mirada dulce.

La mujer ataviada con un aura de compasión le entregó una bolsa llena de monedas.

—Por las molestias, Jacinta. Siento que hayas tenido que encontrarte en esta situación.

—No es lo que parece, señora —se atrevió a pronunciar.

—Hijo, es hora de que vuelvas al hospital —dijo el padre con el orgullo perdido—. Cada Nochebuena se escapa para ver las estrellas desde el tejado.

Jacinta retrocedió asustada, con el horror en el rostro. Había convivido con granujas venidos de todos los rincones de Barcelona, reconocía a un bribón en cuanto asomaba por la puerta de Can Cortés, pero hasta allí no iban los locos.

Leo le agarró la mano.

—¿Sabes la diferencia entre demente y soñador?

Jacinta asintió.

—Entonces confía en mí.

El matrimonio se interpuso entre ellos, amonestando al hijo, consolando a la criada. Sus dedos se separaron y el desamparo de Jacinta fue mucho mayor del esperado. Ella también era una soñadora, una mujer sensible, vulnerable ante lo que la vida le había dado. ¿Por qué iba a ser diferente a él?

Miró por la ventana y se percató de que varios hombres con batas blancas esperaban en la entrada. Nadie podría impedir que se convirtiera en una contadora de emociones. Les relataría a sus hijos la Navidad en la que conoció a su padre, el romántico visionario que irrumpió su día a día y le enseñó que sus palabras eran tan válidas como las de cualquiera.

—Confío en ti —chilló antes de que Leo desapareciera.

—Entonces corre —vociferó él al mismo tiempo que se soltaba de los hombres de blanco y se precipitaba calle abajo con la intención de alcanzar la mano de Jacinta.

—Yo te cuidaré —dijo ella sonriendo con el alma.

—Y yo te soñaré —repitió él con la poesía en los labios.

Jacinta es la sirvienta de Matilde y Clara, protagonistas de Pacto entre hermanas.

<https://www.megustaleer.com/libros/pacto-entre-hermanas/MES-099248>

<https://es-es.facebook.com/ivettechardis>

Jimena Cook

Regresaré por ti

Cuando llegan estas fechas, siempre sueño que el milagro ocurrirá y él regresará a mí. Desde mi pequeño apartamento, ubicado en lo alto de la colina, diviso Inverness, con su río y puentes que comunican ambos lados de la ciudad. Es de noche, las primeras nieves anticipan la llegada de la Navidad y yo regreso a casa después de una jornada dura de trabajo, para montar el árbol y decorar, un año más, mi pequeño hogar. Siempre me gusta adornarlo el veinticuatro de diciembre por la noche, y ansío que ocurra el milagro que tanto deseo, pero después de cinco años he perdido la esperanza de que él regrese a por mí tal y como me prometió.

—¡Feliz Navidad, Ana! —dice Rossllyn, mi vecina, una anciana regordeta y muy simpática. Siempre se lee mis novelas. En realidad, es la primera que tiene mis manuscritos y la primera que me pide una segunda parte—. ¿Estarás sola esta noche?

—No, tendré compañía. —Le sonrío.

—¡Cuánto me alegro! ¿Vendrá tu hermano de Australia?

Sé que le hace ilusión que esté acompañada. Son muchas las veces que me ha invitado a estar con ella y su marido, Carlton.

—No... —Le guiño un ojo—. Esta noche la pasaré con mi caballero del tiempo. —Ella sabe que siempre que menciono ese nombre me refiero al personaje misterioso que está presente en todas y cada una de mis novelas.

—Bueno, jovencita, ya sabes que, si quieres compañía, solo tienes que tocar el timbre de nuestra casa.

—Muchas gracias, Rosslyn. ¡Feliz noche!

Nos despedimos, miro al cielo, un pequeño copo acaba de posarse en mi nariz; la sensación es deliciosa. Abro los ojos y veo cómo la cortina blanca, suave, humedece mi rostro. Tengo escalofríos, abro la puerta de mi casa y entro corriendo al interior. Enseguida me apresuro a encender la chimenea, me pongo cómoda y observo las cajas del árbol de Navidad y los adornos que ocupan el pequeño salón.

—Bueno, manos a la obra —digo en alto.

Empiezo por el árbol y después continúo con los adornos navideños, lo último es la estrella; este objeto es especial, fue su primer y único regalo, recuerdo cuando me lo dio, sus palabras: «Nunca la pierdas, me llevará hasta ti. Algún día regresaré y los dos guardaremos esta estrella para siempre». Pero fue entonces cuando él se desvaneció, desaparecí de su mundo y él, de mi vida, aunque no de mi corazón.

La saco de la caja; brilla con intensidad. La observo.

—Derian, ¿dónde estás? —susurro.

Dibujo con mis dedos cada uno de los brazos del pequeño astro; suspiro. Coloco la estrella en lo alto del árbol.

—¡Ya está! —digo en voz alta. A pesar de todo el tiempo que ha pasado, albergo la esperanza de que él aparezca en Inverness, como la Navidad de hace cinco años; todavía lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Rememoro todo lo que sucedió.

Me quedé dormida escribiendo mi última novela, La elegida, y cuando desperté, un hombre fuerte, de la Edad Media, con ojos verdes, pelo oscuro, vestido con su cota de malla, su veste, sus guantes y el almófar, me lanzaba al rostro agua fría en un recipiente de madera. Abrí los ojos, asustada, y ahí estaba él, frente a mí, desafiante.

—¿Se puede saber qué es lo que está haciendo? —Estaba molesta. Me había empapado, estaba tiritando. Esa noche mágica de diciembre era muy fría.

—¿Que qué le estoy haciendo? Invadió mi espacio, llegó mientras yo descansaba, tambaleándose, en condiciones poco apropiadas para una dama, me miró, sonrió, se abrazó a mí y se quedó dormida. ¡Estaba ebria, mi lady! —Levantaba una de sus cejas mientras me observaba—. Un poco de agua fría no le vendrá nada mal.

Sonríó al recordar nuestro primer encuentro. En ese momento, no entendía lo que me estaba pasando. Creí que todo era un sueño..., pero Derian era el caballero del tiempo de la novela que estaba escribiendo, el protagonista que completaba cada una de las páginas de mi manuscrito. En el preciso instante en que lo conocí, pensé que era un sueño y pronto me despertaría, pero no fue así, pronto descubrí que yo estaba escribiendo mi propia historia. Una parte de mi alma pertenecía a una época del pasado y la otra, a una época del futuro.

Me pongo nostálgica al recordar que jamás pude elegir, el destino nos separó y, de repente, Derian se quedó en el siglo XI y yo regresé al XXI. Sus últimas palabras están grabadas en mi memoria: «Regresaré por ti». Desde entonces, cada Navidad deseo encontrarme con él; miro al cielo para ver si encuentro alguna señal que me lo devuelva. Siempre confío en la magia de esa noche.

«¡Ana, eres tonta!», pienso. «Él jamás regresará». ¿Y si todo ha sido un sueño? Cada vez estoy más convencida de que eso es lo que ha pasado.

Voy a mi escritorio para continuar escribiendo mi nueva novela, apoyo los dedos sobre el teclado de mi ordenador, pero mi mirada se desvía hacia la ventana, no puedo dejar de observar el cielo; respiro en profundidad. Intento centrar mi vista en la pantalla del ordenador. Empiezo a escribir, pero mis dedos solo se deslizan hacia las letras que forman su nombre: Derian... Vuelvo a clavar mis pupilas en el cielo; las estrellas brillan con intensidad. Veo la

constelación de Orión. La ventana se está empañando; decido salir al exterior y contemplar los astros.

Hace mucho frío, estoy tiritando, pero la noche del veinticuatro de diciembre es especial. Tengo un escalofrío, siento una mano fuerte presionar mi hombro.

—Brillan por ti. —Enseguida reconozco esa voz, es Derian. Me doy la vuelta con rapidez, en su rostro se dibuja una bonita sonrisa.

Me pellizco los mofletes, me giro varias veces sobre mí misma. No dejo de repetir: «estoy soñando, son alucinaciones...». Pero él sigue ahí, me observa con paciencia y una amplia sonrisa en su rostro. Después de varios minutos, cansado de mis tonterías, se aproxima a mí.

—¿Ya has terminado? —me pregunta. Asiento, no puedo articular palabra alguna. Entonces él me rodea con sus brazos y me besa.

¡Cuánto he añorado sus besos!, la suavidad de sus labios y todas las sensaciones que solo él despierta en mí. El roce de su boca con la mía es la confirmación que yo necesito, no es un sueño, él está ahí. Me mira.

—He regresado por ti, mi amor. Vengo a llevarte conmigo para siempre.

Derian es un personaje secundario relacionado con la trilogía Los caballeros del tiempo.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-elegida-los-caballeros-del-tiempo-1/MES-099085>

<https://www.facebook.com/jimenacook>

Julianne May

Sorpréndeme

—Ni se te ocurra... —le advirtió Annetta con aquel tono de voz amenazante que hacía que, por poco, te hicieras en los pantalones.

Chad, que estaba agachado frente al árbol de Navidad y a punto de abrir uno de los regalos, alzó ambas manos como si fueran a dispararle. Despacio, se levantó y dio media vuelta hasta quedar frente a su follapareja estable... «Novia», en nuestro idioma.

—¿Por qué eres tan cruel? ¿Qué tiene de malo echar un vistazo?

Annetta entrecerró los ojos al mejor estilo Clint Eastwood en las películas de vaqueros y dio un paso al frente, lo que acortó la distancia entre ambos.

—¿Y por qué demonios crees que no puedes abrir los malditos obsequios?! ¡¿Eh?! —inquirió con su típico tono furioso.

—Solo faltan quince minutos... —dijo ese Chad al que nada le importaba y, muchísimo menos, las fiestas.

—¡Exacto! ¡Porque todavía no ha llegado la puta Navidad! —Y largó todo el aire de sus pulmones.

Revoleé los ojos y, tras suspirar, me acerqué a ambos.

—Ya, Annetta. Quédate tranquila, no intentará tocar ningún paquete más — le mentí. Nadie, ni él mismo, podía poner las manos en el fuego por Chad Miller.

—Bueno..., la verdad es que tal vez no intente con los que están debajo de

árbol, pero sí con otros dos que están a solo un paso de mí —dijo el baboso con la mirada fija en los enormes pechos de Annetta. Claro que no faltó el totalmente innecesario gesto al aire de apretar senos.

Mi excompañera de trabajo puso los ojos en blanco, pero no llegó a decir nada más, pues el timbre sonó y se fue directo al telefonillo.

—Te pasas, Chad. Bueno, eso siempre... —Suspiré, y continué aunque en un tono más bajo—. Pero, además, ¿qué pensará el pequeño Giovanni si te ve abrirlos antes de tiempo? —Señalé en dirección a la habitación del hijo de Annetta, pues, hasta hacía unos minutos, había estado jugando en su cuarto.

—No creo que le importe mucho, Pam... —me dijo Chad que, con los ojos a medio abrir, y para mi sorpresa, señaló al niño sin siquiera tener que girar el rostro.

Cielos... Sí, allí estaba Giovanni, cerca de la cocina, otra vez tirado junto a la perra, cumpliendo aquella manía tan... tan... ¿particular?

—*Oneeeee... Twooooo... Threeeee...* —iba pronunciando, lento, despacio y muy bajito, al tiempo que contaba... las tetas de Lady, que, echada y vencida, no mostraba oposición alguna.

Bufé.

—¿Pero no es que ya no lo hacía?! ¡¿Acaso no le habían comprado unos bloques con números para que aprendiera a contar?!

Chad suspiró.

—Sí, pero al parecer no le agradaron tanto. —Miró unos segundos a Giovanni, que seguía inmerso en su mundo, y volvió a mí—. Como sea, al menos ahora lo hace en inglés. —Y se encogió de hombros.

Puse los ojos en blanco.

—¡Buenas noches!

¡Ay, esa voz! ¡Casi se me cayeron las bragas al sentirla en mis oídos! Porque, claro, era mi míster B. Solo él tenía ese poder telequinético con mis prendas íntimas.

—Chris... —Me acerqué sonrojada como una niña tímida, y él me

correspondió con un dulce beso en los labios. Por supuesto que no era lo que yo hubiera hecho, menos al verlo con esa camisa *slim fit* azul marino que daban ganas de sacársela con los dientes para darle por adelantado mi cálido regalo de Navidad.

—Hola, Chad —saludó sin mucho entusiasmo.

Claro que mi obsceno amigo solo hizo un gesto con su mentón a modo de saludo.

—Hola..., ¿Giovanni? —preguntó mirándome en busca de mi afirmación, pues no recordaba bien el nombre. Asentí, pero al ver que no obtuvo respuesta por parte del niño, se acercó un poco más y...

—*Eight, nineeee... ¡Ten!* —Giovanni dio un salto y se aplaudió a sí mismo por haber terminado de... contar.

Chris tragó saliva.

—Sí, él es Giovanni. Y la perra, Lady... Tetas —afirmó Chad.

Míster B bajó la mirada hacia la mascota, y esta se mantuvo inmóvil como un animal disecado hasta que giró los ojos hacia Chris, quien suspiró aliviado al detectar ese signo vital.

—Cielos... Pensé que... —dijo dirigiéndose a mí.

—No, tranquilo. Está viva. Solo que no se mueve mucho... o casi nada —completé insegura al recordarla una madrugada levantarse para comer.

—No es cierto —intervino Annetta tras revolver las llaves sobre una mesita—. También mueve el rabo cuando Giovanni se las cuenta en italiano.

El rostro de Chris lo decía todo, pero yo sabía que su cariño y cortesía inglesa no le permitirían salir corriendo de aquel minúsculo apartamento.

—*¡Buon Natale!* —gritó, eufórica, la tía abuela de Annetta, que acababa de salir del cuarto de baño.

—Todavía no, tía. Faltan unos minutos —le dijo, pero la anciana solo la besó efusiva para continuar con la felicitación conmigo—. ¡¡Que todavía no, tía!! —Pero no hubo caso—. ¡¡Mierda!! —maldijo Annetta, y se dirigió a Chad mientras la anciana pasaba a abrazar al perdido de Chris—. ¡Chad!

¡Ayúdame a subirle el volumen a su audífono!

Y mientras la tía abuela abrazaba, y manoseaba por demás, al confundido míster B, Annetta trataba de hacerle a un lado la melena blanca. Pero cuando finalmente lo hizo...

—¡No está! ¡El puto audífono no está! —exclamó la follapareja de Chad.

No obstante, Giovanni no tardó en señalar el vaso con agua que estaba sobre la mesita al lado del sillón. Tenía agua, parte de una dentadura y... un audífono.

—¡¡Me cago en la puta madre, tía abuela!! ¡¿Por qué?! ¡¡¿Por qué?! — expresó Annetta, presionándose la frente y con la mirada fija en el vaso.

Pero, al parecer, nadie se percataba de que algo más ocurría y era que la dulce anciana estaba a punto de manotear el paquete de Chris... y no me refiero al que estaba debajo del árbol navideño, claro...

Me acerqué y, mientras intentaba despegar a la tía abuela de mi míster Baguette, el grito de felicidad de Giovanni atrajo nuestras miradas, incluso la de la vieja lujuriosa.

—¡Navidad feliz! —exclamó el niño.

En un santiamén, Annetta se giró para mirar directo en dirección al árbol. Aún faltaban cinco minutos para que fuera Navidad..., aunque no fue así para Chad.

—¡Maldito cabrón desesperado! ¡Deja los estúpidos obsequios! —gritó Annetta en un intento por evitar la masacre a moños y envoltorios, pero no lo logró, pues la tía abuela también se unió al vandalismo navideño impulsado por Chad y Giovanni.

—Al menos tu trasero se ha liberado de sus apretones... —le dije a Chris en voz baja en referencia a la anciana y mientras contemplábamos cómo volaban los papeles de regalo.

—Sí, y de que se siguiera fregando contra mi pierna —agregó.

«¡¿Qué demonios?!».

Claro que no pude evitar fruncir las cejas.

Pero Annetta parecía no haberse dado cuenta de nada de aquello ni de nuestra conversación, pues su rostro mostraba furia, tristeza e indignación. Sus ojos solo apuntaban a Chad, quien resignado se había puesto de pie para luego girarse y mirar a su pareja con la misma intensidad y preocupación.

—¿No... no hay regalo para mí? —le preguntó cual niño de dos años.

Las aletas de la nariz de Annetta se abrieron para dar lugar a un profundo y largo suspiro.

—Sí, Chad, pero no podía ponerlo bajo el árbol.

—¿Por qué no?

Annetta chasqueó la lengua y sacó un pequeño paquete que, evidentemente, tenía escondido entre sus chicas.

—Toma. Feliz Navidad por adelantado, asqueroso y perverso niño.

Chad sonrió y, con entusiasmo renovado, abrió el paquete y...

—Oh, por Dios... —expresamos, al unísono, Chris y yo. Y, por unos segundos, hicimos la vista a un lado.

—¡Colossus Gel! —exclamó con una felicidad que jamás le había visto en mi vida.

Sí, era una crema para agrandar el pene.

Abrazó a Annetta con tanta intensidad que no fue raro el movimiento de pelvis que le hizo mientras la besaba.

—Ya, ya, puerco baboso. Ahora no molestarás más con eso de querer tenerla como los actores porno. Solo espero que no se te caiga a pedazos...

—No se me caerá, lo prometo. —La volvió a besar y, tras clavar sus ojos en los de ella, continuó—: ¿Y tú no quieres abrir tu obsequio? —Le guiñó un ojo.

Annetta elevó una ceja.

—¿Hay regalo para mí? —inquirió sorprendida—. ¿Y es un objeto? ¿Nada de cochinadas sexuales?

Chad ladeó la cabeza hacia un costado, medio pensativo.

—Bueno, sí es un objeto... o dos. —Y sonrió de esa manera puerca para

luego señalar el arbolito de Navidad.

Annetta, sin todavía poder creerlo, se acercó al desorden de papeles rotos y encontró un pequeño paquete. Su rostro parecía otro sin ese enfado que solía tener las veinticuatro horas del día. Sus ojos verdes brillaban y solo se llenaron de lágrimas cuando lo abrió y se tapó la boca al descubrir el regalo.

Chris y yo hicimos lo mismo, aunque más por bochorno.

—¡Chad! ¡Te acordaste! —Y corrió a lanzarse a los brazos del puerco de mi amigo para terminar de manifestarle lo feliz que la había hecho recibir un aro vibrador.

Por suerte, Giovanni y la tía abuela seguían inmersos en sus obsequios.

—Pero eso no es todo... —le dijo Chad, y le señaló la cajita en la que venía el juguete sexual.

Annetta frunció las cejas, pero no dudó en abrir la caja. Y, en el proceso, tuvimos la suerte de descubrir que el aro vibrador era de color fucsia. Cielos...

Sin embargo, nada de eso fue tan importante como ver los ojos de Annetta paralizados, cristalinos y fijos en el fondo de la caja. Su emoción era indescriptible y solo fue comprensible cuando las lágrimas de felicidad rodaron por su mejilla al contemplar aquella inesperada sortija de compromiso.

—Feliz Navidad, amor —le dijo en un susurro. Los fuegos artificiales aseguraron que, de verdad, ya era el día de la fiesta.

—Chad, yo... —Y lo besó con una pasión que, hasta entonces, no les había visto. Bueno, y que hubiera preferido no ver, pues sus lenguas se veían entrelazarse de forma extremadamente cochina.

Solo luego de varios lengüetazos, Chad se separó un poco para mirarla a los ojos y mostrar esa faceta tan poco vista en él, pero que, cuando aparecía, te aseguraba que hablaba desde el corazón.

—Entonces, ¿aceptas casarte y follar solo conmigo por el resto de nuestras vidas?

Annetta, feliz, y sin quitarle los ojos de encima, le respondió:

—Sí, para siempre, mi asqueroso puerco.

Y volvió a ahogarlo con su lengua para demostrarnos que hasta en Navidad se pueden recibir obsequios que, de verdad, sorprenden.

Chad y Annetta son personajes secundarios de la novela Degústame.

<https://www.megustaleer.com/libros/degstame/MES-106423>

<https://m.facebook.com/julianne.may.14>

Kathia Iblis

En brazos del pasado

Tierras Cameron, Círculo de Piedras
Celebración de Yule, 21 de diciembre

Abigail Evans se movió al ritmo de la música. Al igual que las dos noches anteriores, ejecutó los intrincados pasos junto al resto de las jóvenes, entre las cuales se hallaban sus tres mejores amigas.

—¿Crees que él aparecerá hoy? —le susurró Kat mientras entrelazaban sus brazos y realizaban dos vueltas en círculo.

Abby sonrió y negó con la cabeza mientras volvían a separarse. No tenía interés alguno en hablar sobre el misterioso desconocido que había aparecido en la primera noche de celebración y que no le había quitado los ojos de encima en momento alguno. Al igual que todas las bailarinas, ella supuso que se trataba de algún pariente lejano, especialmente, por los colores de su *plaid*, sin embargo, luego de algunas averiguaciones infructuosas, nadie parecía tener información alguna sobre él. Cuando empezaron a surgir conjeturas relacionadas con viejas leyendas celtas, decidió no prestar más atención al tema. Ella no tenía tiempo ni interés en esas cosas.

Y esa fue la razón de que a la noche siguiente no le diese importancia alguna a los comentarios que todos le hacían cuando él volvió a aparecer. Lo más probable era que se tratase de algún curioso, o alguien que tan solo estaba de paso con motivo de la Navidad. Incluso, cabía la posibilidad de que fuese

algún invitado rezagado de la fallida boda de su amiga Katherine.

Y, seguramente, la apariencia física de Abby fuese lo que llamó su atención: mechones rojos iridiscentes entremezclados en sus cabellos cobres, tatuajes en sus muñecas y un piercing en su vientre, que el vestido permitía admirar a la perfección. Con cada uno de sus movimientos, las piedras rojas, que actuaban como los ojos de la figura metálica con forma de dragón, refulgían bajo las llamas que cada una portaba como un cetro en la mano derecha. Todo se resumía a mera y simple curiosidad. Ni siquiera la molesta vocecita en su interior la iba a hacer cambiar de idea.

Sin embargo, se le hizo difícil ignorar el cosquilleo que la recorrió por completo al recordar la intensidad en la mirada del desconocido. Había algo en esta que hablaba de un interés que iba más allá de lo físico. Pero, incluso de ser así, Abby se rehusaba a dejarse llevar por ello.

Negó con la cabeza y frunció el ceño en dirección a Kat al ver la expresión divertida de su rostro. Sin elevar la voz, y para no desconcentrar al resto de las bailarinas, además de que no deseaba ser el foco de atención de nuevo, gesticuló en dirección a su amiga cuatro simples palabras: «No va a ocurrir». Y eso era definitivo.

La danza continuó tal como había sido planeada y sin que su misterioso *pretendiente* hiciera su aparición. Aunque una parte de ella se sintió decepcionada, su lado racional le recordó que eso era lo mejor porque, incluso si su interés fuese real, ella no estaba ahí para eso. Una vez que Kat hubiese *aniquilado* todo el dinero de su luna de miel, cada una de las cuatro debía regresar a su vida diaria... a su aburrida y ordinaria rutina de atender el teléfono en la recepción de la agencia K&C. Lo único bueno de su trabajo era que le permitía conocer personajes de lo más interesantes. Pero jamás fue su empleo de ensueño... Inconscientemente, Abby tocó el amuleto que Kat le había obsequiado antes del debacle con su exprometido Rupert. Por enésima vez, se preguntó si no habría sido la causa del fracaso de la boda que su amiga se lo haya dado en vez de utilizarlo para sí misma.

Roark regresaba de visitar a su posible futura prometida cuando las luces danzando en la cima de la colina atrajeron su atención. Que su montura se rehusase a evitar el camino y, por el contrario, insistiese tercamente en continuar en esa dirección decidieron por el su suerte.

Luego de eso, se juró a sí mismo no regresar luego de haberla visto esa primera noche. Aun así, la siguiente, apenas la luna llena se halló en su cenit, él no tardó en utilizar su luz como guía hasta el círculo de piedras. Porque esa era la única forma de hallar aquel lugar sagrado... Si este decidía revelarse. De lo contrario, no había manera alguna.

Y así sucumbió a la tentación esa tercera noche. Él no tenía nada que hacer presenciando la Danza Sagrada. Sin embargo, sus pies lo guiaron en dirección a las bailarinas hasta que divisó los largos cabellos rojizos desplazándose entre ellas.

—Caballeros, esta noche, los invitamos a unírseos en la última danza en honor a la diosa dando a la luz —anuncio la única anciana entre todas las mujeres presentes.

Los pálidos ojos femeninos se clavaron por unos instantes en él, instantes que le parecieron eternos y que, como si poseyeran una fuerza invisible, lo apremiaron a acercarse a la joven misteriosa.

Solo él bailarían con ella. Solo él la sostendría en sus brazos. Por esa única noche, por apenas unos momentos robados, se permitiría disfrutar de su compañía sin pensar en sus deberes o en las consecuencias si alguien de su clan lo viese en semejante situación.

Ignoró la neblina que comenzó a arremolinarse en torno a ellos, que pareció surgir de la nada, otorgándoles resguardo de las miradas inquisidoras. Ya hacía mucho tiempo atrás había aprendido a ignorar esa clase de *incidentes* inexplicables. Sin mencionar que la cercanía de ella y la manera en que sus enormes ojos chocolates lo observaban con femenina timidez lo atraían como

una llama con la cual sabía que iba a arder, pero que, aun así, valía la pena el sacrificio. No deseando asustarla, la tomó en sus brazos y, ajeno a todo lo que no fuese ella, la guió a través de los suaves compases.

Perdidos uno en la mirada del otro, el mundo entero desapareció a su alrededor mientras sus almas se conectaban de manera silenciosa y la neblina los envolvía en un capullo protector, asegurándose de que nada los importunase.

—Tu nombre, por favor... —le suplicó Roark. No fue consciente del tiempo que transcurrió, pero el amanecer se hallaba cerca y no deseaba marcharse sin saber su nombre.

—Abb... —Pero su voz desapareció en la nada misma, así como también ella parecía estar desvaneciéndose entre sus brazos.

—No te marches, por favor. —Algo los separaba porque, a pesar de estar uno frente al otro, su figura se fue volviendo etérea. Sin importar cuanto él intentó aferrarla, solo lograba asir a la misma niebla que pareció volverse una fuerza sofocante, decidida a mantenerlos separados—. ¡Espera!

Sus palabras se perdieron en el silencio más ensordecedor mientras un estruendo pareció retumbar todo a su alrededor. Intentó hallarla, pero le fue imposible y solo una mano en su brazo logró rescatarlo de su estado.

—¿Roark? Despierta, *laddie*, es solo una pesadilla. —La voz de Connor, su padrino, lo trajo de regreso, pero la sensación de pérdida se le hizo tan intensa que solo pudo quedarse recostado sobre el camastro—. ¿Otra vez ella?

—¿Quién?

—La joven... que baila en el círculo de piedra.

—Me parece que has bebido demasiado de la cura de Aisling, padrino — se apresuró a responder porque ya no recordaba el sueño; aun así, sentía como si algo muy querido le hubiese sido arrebatado.

—*Aye, laddie*, eso debe de haber sido. —Pero incluso una vez que estuvieron listos para bajar a tomar la comida de la mañana, Connor continuó vigilando de cerca a su ahijado. Ignoraba qué clase de hechizo había

conjurado el círculo de piedras esa vez, pero era obvio que Roark iba a ser el principal afectado.

Abby y Roark son personajes secundarios de Un highlander de ensueño.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-highlander-de-ensueo/MES-094980>

<https://www.facebook.com/kathia.iblis>

Laura Adriana López

Vientos de medianoche

El frío del invierno azotaba la casa solariega de los Lowel en Hertfordshire. Cerca de la chimenea, rodeados por los adultos, se encontraban los pequeños de la familia, entre ellos, su hermano Octavio y sus hermanas recién nacidas.

Suspiró al recordar que era la mayor de todo el grupo y no tenía cabida en aquel sitio junto a los niños, sino que estaba metida junto a su madrastra en las conversaciones de adultos.

—Melody, pon atención —exigió Violet para mostrarle cómo debía tomar una copa—. Esta es la forma correcta de tomarla. No eres un caballero para agarrar tu copa como si fuera que bebes brandy —la regañó.

—Fue solo un descuido, madre —se disculpó sonrojada.

—La primavera no tarda y no esperará a que estés lista. Tu debut es importante. Recuerdo cuando estaba llena de ilusiones y luego, me llené de desilusión. ¡Pero ese no será tu caso, querida! —expresó para no espantar a su hija, que estaba ansiosa por debutar en sociedad.

—Lo comprendo. Espero hacerlo bien para no decepcionarla, madre

—Tú nunca me decepcionarás, Melody. —La tomó de un brazo para llevarla a otro sitio.

Violet miró lo hermosa que era Melody con sus preciosos cabellos rubios y su mirada azul cielo, oscurecidos por las lámparas del salón atiborrado de parientes y amigos.

La algarabía no se hacía esperar entre los caballeros que estaban bebiendo brandy y, por otro lado, las mujeres jugando cartas. Otros solo miraban sin hablar; tenían una mueca de diversión con solo escuchar la perorata de los demás.

Su padre tenía un acento diferente al resto porque era escocés y los demás, ingleses. Él estaba muy animado con su charla junto a los primos de Violet, hasta que la vio y levantó una mano para saludarla.

—Melody es una niña encantadora —halagó Bradley, marqués de Blanford, a Marcus.

—He invitado a mi buen amigo el marqués de Londonderry a esta cena de Nochebuena para que trajera consigo a su hijo Brendan.

—¿Y lo consintió mi tío Brent? —indagó Brandon, marqués de Grandby y gemelo de Bradley—. Melody es su consentida.

—Por supuesto. Solo le he hablado de las ventajas para un matrimonio con el hijo de mi amigo —alegó Marcus—. Está muy entusiasmada con su debut, sin embargo, prefiero llevarla a buen puerto.

—Tiene sentido. Yo haría lo mismo por mi hija —apoyó Bradley mirando a su alrededor—. ¿Dónde están el marqués y su hijo?

—Debieron retrasarse. El frío es implacable en el campo —justificó Marcus con tranquilidad.

En un carruaje a varias leguas de la residencia del conde de Derby en Hertfordshire, el marqués de Londonderry iba acompañado de su hijo, que tenía un mal semblante.

—Si tendrás esa cara frente a los demás invitados, diré que te retrasaste —gruñó el marqués al ver el desinteresado y molesto rostro de su hijo Brendan.

—Usted me trae aquí para concretar uno más de sus negocios. No importa todo lo que pueda decirme de lady Melody. A veces, los padres exageran con las habilidades y atributos de sus hijos para entregarlos al mejor postor, ¿no es así? —increpó Brendan con sus ojos verdes enfurecidos por haber sido obligado a viajar desde Londres junto a su padre.

—Conocí a lady Melody en una cena hace unos años atrás. Era una niña encantadora y estoy seguro de que no ha cambiado, según lo que su padre me ha comentado. Lo que tú necesitas es una joven preparada para dirigir una casa y criar a tus descendientes. No necesitas de aquella mujerzuela con la que deseabas contraer matrimonio, y gracias a Dios lo impedí. Hubiera muerto antes de permitirte esa barbarie.

—Linette no es una mujerzuela. Carecer de recursos económicos no significa que sea lo que usted dice —objetó intentando, una vez más, que su padre entrara en razón—. Diga lo que diga sobre la perfecta lady Melody Stratford, no será de mi agrado por el único motivo al que obedece que ella sea su predilección.

El marqués dejó de hablarle a su hijo hasta llegar a la cena para la que ya llegaban bastante retrasados. Ambos hombres en discordia, no podían ocultar sus rostros fétidos por la amargura que cada uno se producía de manera recíproca.

Por la noche no podían distinguir la majestuosidad de la mansión solariega. La bruma y los vientos en aquella que sería la Nochebuena no los dejaban apreciar los pilares de color marfil en la fastuosa entrada.

El hombre del servicio les abrió la puerta para que pasaran al acogedor recibidor donde se podía sentir una temperatura diferente. Entregaron sus capas y sombreros para esperar a ser recibidos por el duque de Montrose en la residencia de su suegro.

El ama de llaves de los duques de Marlborough acompañó a Melody para llevar a los más pequeños a la habitación de los niños. Ella llevaba a sus hermanas en brazos, en tanto los demás eran arrastrados por Lía. Melody dejó a sus cooperativas hermanas en la cuna y se retiró para tomar su lugar en la mesa. Al bajar, vio que todos estaban esperándola para pasar a la mesa.

Dos rostros recién llegados se fijaron en ella. Melody desvió su vista con rapidez del buen mozo de cabellos marrones y ojos verdes como esmeraldas. No había tenido tanta vergüenza, calor y remordimientos por tan solo una

mirada. Se cohibió hasta el punto de solo buscar a su abuelo, el conde de Derby.

—Yo te acompañaré a la mesa —la tranquilizó el conde ofreciéndole su brazo.

—¿Crees que solo exageraba, Brendan? —inquirió el marqués a su hijo, que no dejaba de seguir a la muchacha con los ojos.

—Es hermosa, pero no lo suficiente para que renuncie a mi desprecio por usted, padre —replicó sin perder de vista a Melody.

Pasaron en filas para sentarse a cada lado de la mesa donde se les fue designado el lugar. Melody quedó frente al joven que no conocía. Probablemente fuera la noche más incómoda desde que se convirtiera en mujer.

No podía seguir el ritmo de los demás comensales para sus platos, estaba muy nerviosa siendo escrutada por el hombre. Sentía la necesidad de preguntar si tenía algún problema con su rostro, por eso la miraba de esa forma. No obstante, debía contenerse. Su madre le pidió que dejara de ser desbocada al menos mientras estaba en la cacería de un marido, porque luego él se llevaría una sorpresa al casarse.

Entre entradas, platillos, postres y bebidas, la noche se le había hecho eterna e incómoda. El joven no tenía una buena expresión para con ella. Sus ojos eran reprobatorios y acusadores. Al verlo se sentía como si la estuvieran regañando.

Después de la cena, los invitados y la familia bebían mientras escuchaban a la marquesa de Blanford tocar el piano. Imogen era su mentora en tan noble instrumento, desde niña y hasta aquel entonces. No podía evitar disfrutar de su talento con animosidad pese a la impasible mirada del invitado de su padre.

—Un modelo sofisticado de cacería —describió Brendan sin tapujos a la dulce Melody.

El marqués de Londonderry arrugó el rostro, molesto, y le arrebató la copa de manera imprudente.

—No me hagas pasar vergüenzas, Brendan —exigió—. Deja los caprichos de una vez.

—Soy libre de hacer lo que me plazca. Gastarme su dinero y beberme su sangre no serían mala idea. Usted desea que esté feliz sabiendo que no lo soy, y no lo seré junto a esa muchacha que no es más inteligente o más educada que otras musas que han pasado por mis ojos... —refirió sin pudor.

—Alega un malestar y retírate —ordenó su padre al no querer escucharlo.

Pensaba en la vergüenza que le haría pasar si algún miembro de aquella familia se daba cuenta de lo que Brendan decía.

Obedeció a su padre y se acercó para disculparse con el duque de Montrose.

—Excelencia, he de retirarme a mis aposentos ¿Algún sirviente podría guiarme? —preguntó educado.

—Es una pena, se perderá la medianoche —lamentó Marcus haciendo una seña a uno de los mozos para que se acercara—. El conde de Londonderry desea ir a su habitación. ¿Podrías llevarlo?

—Sígame, por favor, milord —habló enseñándole la salida del salón.

Brendan echó una última mirada a Melody, que disfrutaba de los números musicales que tenían en aquella reunión.

Él veía a Melody como una rival, un problema o, tal vez, una molesta piedra en su bota. No cruzó una sola palabra con ella para juzgarla, pero lo único que notaba eran sus aires de inocencia, y aquello lo molestaba aún más, envenenando sus pensamientos hacia ella a causa de la insistencia de su padre por quedar bien con el duque de Montrose.

Melody se tapó la boca con una mano para evitar su bostezo, pero sin mucho éxito; Violet la vio y le hizo una seña para que subiera a su habitación.

Cansada y aliviada por no ver de nuevo a ese caballero, subió por las escaleras y caminó por los pasillos apenas alumbrados por lámparas, cuando escuchó los pasos que venían del otro pasillo.

—Usted es *lady* Melody Stratford, ¿no es cierto? —indagó Brendan

arrastrando las palabras.

—Buenas noches. Usted tiene mayor ventaja, pues no lo conozco.

Él rio por lo bajo en son de burla.

—Parece tan inocente con aquellas palabras. Tal vez le crea el supuesto de desconocimiento y por eso me presentaré, soy Brendan Carlsberg, conde de Londonderry... —se trabó por la cantidad de brandy que había bebido de una botella que tenía en la habitación que le asignaron.

Melody se colocó recta al sentir que la ofendía.

—Diría que es un gusto o, quizás, un placer, pero mentiría. No es más que un grosero ebrio —lo acusó queriendo pasar por su lado para retirarse, pero él la tomó en brazos.

—No me agrada, milady. Sin embargo, sus facciones y su andar me atraen —confesó pegado a su figura.

—¡Salvaje! —lo acusó, molesta, intentando escapar, aunque fue en vano.

De manera repentina, sintió como los labios del caballero ebrio sometían a los suyos en una danza de brandy y postre de bayas, obligándola a seguir su ritmo ardiente y decidido sin pensar en las consecuencias de sus actos.

Vientos de medianoche es una secuela de la saga Rosa blanca, específicamente, de Obligándote a amar, y formará parte de otra saga que llevará por nombre La herencia de la rosa.

<https://www.megustaleer.com/libros/rescatando-tu-alma-perdida-rosa-blanca-1/MES-099876>

<https://www.facebook.com/lauraadriananovelas>

Mairi Duan

Una grata sorpresa

Todo el servicio del castillo se afanaba en preparar la casa con una limpieza exhaustiva, con el fin de purificar el hogar para el nuevo año. Apenas faltaban dos días para el Hogmanay, el último día del año, y todo debía de quedar perfectamente pulcro.

Ebrel y Emily llevaban desde primera hora de la mañana ocupándose de la chimenea, eliminando las cenizas y rescoldos que el fuego había depositado tras la combustión. Estaban totalmente cubiertas de hollín, pero eso no impidió que Emily se parase a observar las formas que las cenizas habían modelado, en busca de presagios.

—¿Qué dicen? —preguntó Ebrel curiosa, acercándose a ella.

—Creo que el año próximo habrá una grata sorpresa —reveló Emily.

—¿Qué sorpresa? —inquirió, ansiosa, Ebrel.

—Si te lo dijera, ya no sería una sorpresa —apuntó Emily dándole la espalda.

Ebrel suspiró sabiendo que no sacaría más información de la joven, así que continuó con su tarea mientras Emily se deshacía de las cenizas esparcidas por el suelo. El don de Emily de leer el futuro en las caprichosas formas de las cenizas no era bien visto. Solamente Ebrel acudía a ella en busca de algún augurio que le indicara que Gael, uno de los más atractivos guerreros del laird Ian Mackenzie, se había fijado en ella.

Emily desvió su mirada hacia la escalera donde una muchacha de largos cabellos cobrizos gesticulaba para que se acercaran.

—Creo que *lady* Elena nos requiere —comentó la joven mientras dejaba la escoba y se dirigía hacia donde se encontraba la mujer. Ebrel se sacudió el polvo y el hollín de las manos, y la siguió.

Cuando estaban a pocos pasos de ella, se quedaron desconcertadas al percatarse de un enorme abeto que varios guerreros intentaban introducir en el salón.

Ebrel sacudió la cabeza. No entendía aquella extraña costumbre de decorar un árbol en el interior del hogar. *Lady* Elena comentaba que era algo habitual de allí de donde ella procedía.

La joven sirvienta respetaba las excentricidades de la mujer y lo atribuía a que era oriunda de un país lejano. Sin embargo, sabía que había algo muy especial que Elena nunca le confesaría, algo que solamente Ian Mackenzie conocía y que, en cierta forma, justificaba el extraño comportamiento de la joven.

Lady Elena había confeccionado preciosas bolas con lana de colores que pretendía colgar de las ramas del árbol, así como pequeñas figuras de barro cocidas que vistió con colores rojos. Decía que le recordaban a su hogar.

Colocaron el abeto en el centro de la estancia y procedieron a decorarlo ayudadas por los hombres que el laird les había asignado. Ebrel se resignó a que Gael no estuviera entre ellos. Ian Mackenzie lo había enviado a una misión donde permanecería varios días.

—¿Qué te preocupa, Ebrel? —preguntó *lady* Elena acercándose a ella.

—Nada, ¿por qué lo dices?

—Te veo distante —señaló la mujer sabiendo que su mente estaba lejos, con Gael.

Elena sabía que Ebrel estaba prendada del guerrero. No se lo había dicho con palabras, pero su reacción, cuando el hombre pasaba por su lado, la había delatado. Aunque había sido testigo de la atracción que la joven provocaba en

Gael en la primera cena que compartió con Ian Mackenzie y sus hombres, no estaba segura de que este correspondiera a sus sentimientos.

Gael recogía leña para acumular en el granero de la señora Henderson, la viuda de Allan Henderson, quien había fallecido en el incidente con el tío del laird, Héctor Roy Mackenzie.

Su mente estaba abstraída pensando en Ebrel, la mujer que ocupaba todos sus pensamientos desde la primera vez que la vio. Ella era todavía una niña y él, un chiquillo que acababa de entrar a las órdenes del antiguo laird, el padre de Ian Mackenzie, para convertirse en uno de sus guerreros.

Los ojos verde esmeralda de la muchacha lo habían fascinado desde el momento en el que sus miradas se cruzaron. Su naturalidad, su sentido del humor, su sonrisa, su confianza en sí misma; todo en ella lo cautivaba. Su admiración por ella fue incrementándose a medida que se iba convirtiendo en una bellísima mujer, y su frustración crecía al considerarla inalcanzable. Aunque nunca se había atrevido a revelar a sus compañeros sus sentimientos, era consciente de que muchos guerreros se habían fijado en ella y, en más de una ocasión, tuvo alguna que otra confrontación con ellos por comentarios inapropiados cuando la muchacha pasaba cerca.

Tan absorto estaba con sus pensamientos que no escuchó los pasos que se acercaban por detrás.

—Hola, Gael. ¿Tienes un momento? —preguntó una voz femenina.

Gael se sorprendió al ver a *lady* Elena, que en ese momento entraba en el granero.

—Por supuesto, mi señora. ¿En qué puedo ayudaros? —inquirió, cortésmente, el guerrero.

—Gael, ¿hay alguna mujer que ocupe tu corazón? —Elena fue directamente al grano.

El guerrero se quedó perplejo. Era la típica pregunta que las mozas le solían hacer para saber si tenían alguna posibilidad de conquistar su corazón.

Pero de *lady* Elena no se lo esperaba. Ella no. Había visto el amor incondicional que su laird y ella se profesaban. Había sido testigo de la angustia y el dolor que Ian Mackenzie sufrió tras el incidente con su tío y que estuvo a punto de traer una tragedia a la familia.

Elena se percató de su confusión y se apresuró a aclararle.

—Me gustaría saber si sientes algo por Ebrel.

Gael se sorprendió. Aunque había confesado a su laird sus sentimientos por la joven en una conversación días antes de marchar, le pidió que no saliera de allí. Y sabía que Ian Mackenzie había respetado su deseo.

—¿Tan obvio ha sido mi comportamiento? —preguntó bajando la cabeza—. Pensé que nadie se habría dado cuenta.

—Ese es el problema, Gael. Nadie se ha dado cuenta, ni siquiera la propia Ebrel.

—Pero Ebrel nunca se ha fijado en mí —se quejó el soldado.

—¿Eso crees? —inquirió, ceñuda, Elena.

—Nunca me ha dado motivos para pensar lo contrario.

—Tú tampoco se los has dado a ella. Ebrel está tan enamorada de ti como tú de ella. Pero tenéis tanto miedo de ser rechazados el uno por el otro que no habéis sido capaces de confesar lo que sentís.

—Pero... —Gael la miró sin poder creer lo que estaba escuchando—. Yo pensé que ella...

—No pienses, Gael. Asegúrate. Y será mejor que te decidas pronto, u otro lo hará por ti —señaló Elena dirigiéndose hacia la salida.

Gael la siguió con la mirada, sin verla, analizando lo que le acababa de exponer.

La medianoche del último día del año transcurrió tranquila, bajo un manto copioso de nieve que cubría todos los campos. Decenas de antorchas comenzaron a desfilar alrededor del castillo.

En el interior del patio de armas, las llamas producidas por la hoguera que

ardía furiosa ascendían para ahuyentar a los malos espíritus del año que terminaba y estrenar con esperanza el nuevo que en breve comenzaría.

Ebrel se encontraba acurrucada junto a la humeante chimenea, contemplando cómo la nieve seguía cayendo con fuerza. Una luz a lo lejos atrajo su atención. Se acercó a la ventana para ver si era capaz de distinguir la figura que cabalgaba sobre un corcel negro, contrastando con el manto níveo que tapizaba el terreno. Su corazón comenzó a palpitar con fuerza y, cuando la sombra, poco a poco, se fue transformando en una figura humana, sintió que le faltaba el aire al distinguir el inconfundible porte de Gael, que bajó con premura del caballo para encaminarse hacia la puerta del castillo.

Todos los integrantes de la morada esperaban expectantes al primer hombre en cruzar el umbral de la puerta. Según la tradición, para traer suerte en el año venidero, debía de ser un hombre moreno, apuesto y fuerte, y Gael cumplía todos esos requisitos.

El guerrero cruzó el portón de entrada llevando como presente un trozo de carbón, como exige la tradición, y lo depositó sobre la gran mesa central. Sus ojos en ningún momento se apartaron de los de Ebrel, que lo miraba expectante, con el corazón palpitando desaforadamente mientras se dirigía hacia ella.

Gael fue reduciendo el paso hasta que se detuvo frente a Ebrel, traspasando con su mirada el alma de la muchacha, que se sintió perdida en la profundidad de aquellos ojos zafiro clavados en los suyos.

Sin ser consciente de cómo ocurrió, Ebrel se vio apresada por los fuertes brazos del guerrero, que la atrajeron hacia él. Las menudas manos de la joven se posaron con delicadeza sobre el fornido pecho del hombre, que sintió cómo la pasión y el deseo comenzaron a fluir por sus venas hasta golpear su corazón. Su piel se encendió al contacto con la sinuosa figura femenina que se acomodó en sus brazos mientras todo su cuerpo intentaba controlar los sentimientos desenfrenados que su cercanía despertaba en él.

Los ojos de Gael descendieron para centrarse en los labios femeninos, que

permanecían entreabiertos, aspirando con dificultad el aire que a duras penas conseguía entrar en su interior.

Ebrel contuvo el aliento cuando el hombre inclinó la cabeza y posó los labios con suavidad sobre los suyos. Durante unos segundos, el mundo desapareció a su alrededor y perdieron la noción del espacio y el tiempo.

La boca del guerrero fue aumentando su intensidad y un escalofrío recorrió el cuerpo femenino cuando la lengua de Gael se deslizó en su interior. El beso de posesión del guerrero, marcándola como suya, fue rápidamente correspondido y sus lenguas comenzaron una sinuosa danza de posesión.

Gael no esperaba la ardiente respuesta femenina y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para controlar la oleada de pasión que amenazaba con desatarse. A regañadientes, se alejó del néctar de su boca y, mirándola con pasión salvaje y primitiva, musitó:

—Llevo mucho tiempo deseando hacer esto.

—Has tardado mucho —consiguió pronunciar Ebrel.

—Tenemos todo el tiempo del mundo... si tú quieres, aunque no estoy acostumbrado a aceptar un «no» por respuesta.

—¿A qué pregunta? —requirió saber Ebrel.

—Sabes perfectamente cuál es la pregunta.

—Sabes perfectamente cuál es la respuesta —respondió Ebrel sonriendo.

Y sus labios volvieron a unirse, comprometiéndose, sin necesidad de palabras, mientras los testigos del evento irrumpían en aplausos.

Como había vaticinado Emily, el año nuevo trajo una grata sorpresa para Ebrel.

Ebrel es un personaje secundario de la novela Capricho del destino.

<https://www.megustaleer.com/libros/capricho-del-destino/MES-104548>

<https://www.facebook.com/mairiduanmariarivasescritora/>

Mar P. Zabala

Un té con libros

La niebla había subido desde el río, filtrándose por las rendijas de las ventanas y los pliegues de la ropa. Javier veía cómo se formaban nubes de aire helado que su aliento expelía al respirar.

Caminaba con las manos en los bolsillos, dándole vueltas en su cabeza a la lista de regalos que debía comprar aquella tarde de veintidós de diciembre, en la que, como era habitual, no le había tocado la lotería y se conformaba con la salud y el amor. Lo primero lo tenía, y daba gracias por ello, ya que por su trabajo en el hospital, veía cuán duro era cuando faltaba, cómo destrozaba la vida de los enfermos y de sus familias, arrasando con la alegría y la felicidad como si de una plaga bíblica se tratara.

Lo segundo, el amor, era algo de lo que carecía, y en aquellas fechas, con la visión de familias enteras llenando los cafés, visitando belenes, haciendo cola en los puestos de castañas asadas, se le hacía más duro que nunca no tener una compañera a su lado con quien compartir esos momentos. Su último ligue, Fátima, había sido un divertido rollete que le había calentado el cuerpo y el alma unas horas.

Por su aspecto, uno ochenta, ojos verdes, cuerpo cuidado en el gimnasio, al que acudía casi a diario, en parte por liberar las tensiones del trabajo, y en parte por no regresar a la soledad de su piso, no tenía problemas a la hora de tener compañía femenina. Sin embargo, encontrar algo más duradero había

resultado ser mucho más complicado.

Su inestable horario, con turno de mañana, tarde y noche en el hospital, sin descansar la mayoría de los fines de semana, solía repeler a la mayoría de las candidatas. Él era enfermero, adoraba su trabajo y no pensaba cambiarlo; como decía su hermana: «La mujer de tu vida está ahí, solo que todavía no la has encontrado».

De pronto, llegó a sus oídos un alegre tintineo, giró la cabeza y vio que provenía de unas campanillas colgadas sobre el dintel de la puerta de un establecimiento. Era una librería con altas estanterías y artesanado de madera que cubría las paredes hasta el techo. En su escaparate, se observaban, colocados con primor y mimo, varios ejemplares de las obras de Jane Austen, en diferentes formatos y ediciones. A su lado, en otra parte de la vitrina, unos preciosos libros de cuentos, con ilustraciones antiguas llenas de color, descansaban sobre una tela plateada.

Pensando que alguno de ellos podía ser un buen regalo para su sobrina de cuatro años, empujó la puerta de madera y cristal, lo que hizo sonar de nuevo las campanillas. Un agradable olor a libros inundó su nariz.

Dio unos pasos admirando como los títulos más modernos y actuales tenían su hueco junto con los clásicos de otras épocas. A simple vista parecía que la librería estaba dedicada a partes iguales a la novela romántica y a los cuentos infantiles. Un estante con ejemplares de relatos de los hermanos Grimm captó su atención. En concreto, uno con el lomo azul y letras doradas grabadas en su portada.

—Ese es uno de mis favoritos —dijo una voz femenina cerca de él, haciéndolo dar un ligero brinco. Enfrascado, mirando los libros, no había oído a la mujer cuando se había acercado a él.

Era una joven morena, con el pelo liso, con flequillo sobre unos ojos marrones, vivaces y alegres. Lo miraba con una sonrisa, sin duda, conocedora del sobresalto que le había causado.

—Hola. Soy Margarita. ¿Buscas un cuento?

—Hola. Sí. Creo que a mi sobrina le gustaría este, es muy diferente a los otros que tiene.

—Es una edición moderna de cuentos clásicos con ilustraciones basadas en dibujos de la época. Si no miras la fecha de publicación, y el papel estuviera más envejecido, casi podría pasar por un libro del siglo pasado.

—Tiene el encanto de lo antiguo, creo que a mi hermana le va a gustar más que a la niña.

—Cómprale a ella un libro también. ¿Qué tal esta edición de *Orgullo y Prejuicio*? Es de la misma editorial que la del cuento que tienes en las manos. Cuidan mucho los detalles, son pequeñas obras de arte.

Javier no lo dudó, su hermana siempre estaba leyendo, o bien en el móvil, o bien en el libro electrónico. Llevaba el dispositivo en el bolso y, cuando la niña estaba distraída jugando o en el colegio, era frecuente encontrarla sentada, hecha un ovillo, en un sillón leyendo una novela, a ser preferible romántica o de suspense. ¿Le gustaría un libro en papel? Seguro que un ejemplar como aquel le encantaba.

—De acuerdo, me lo llevo también. ¿Puedes envolvermelo para regalo?

—Por supuesto.

En un mostrador, otra mujer, algo más joven que Margarita, atendía a una anciana y a su nieto, que, inquieto, cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, mientras la dependienta envolvía los numerosos libros que su abuela había comprado. Eran más de diez, y quería que cada uno fuese empaquetado de forma individual.

—Tal vez tarde un poco —le dijo Margarita, disculpándose, al devolverle la tarjeta con la que había abonado sus compras—. Tengo una idea, dejemos aquí los libros para que Luisa los envuelva sin prisas. Ven conmigo.

Javier siguió con curiosidad a la dueña de la tienda, que lo llevó a un discreto rincón, oculto por una gran estantería de libros de ocasión. Detrás de ella, había dos sillones de piel marrón, de aspecto cómodo y confortable, y una mesita entre ellos. Una lámpara de cristal verde con pie de bronce daba

una agradable luz que invitaba a la relajación.

—Siéntate, Javier, ahora vuelvo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Ja, ja, lo leí en la tarjeta. Espérame, no tardo.

El enfermero hizo lo que le había pedido mientras observaba como Margarita se deslizaba tras una cortina de grueso terciopelo marrón que, a simple vista, pasaba desapercibida. Al cabo de cinco minutos, regresó con dos humeantes tazas de porcelana.

—Cuando tengo un rato tranquilo, o al cerrar por la noche, me gusta sentarme aquí a leer tomándome una taza de té. Es una receta especial de una buena amiga, en realidad es amiga de mi abuela, de hecho, llevo su nombre por ella, es mi madrina.

—¡Huele genial! —exclamó Javier aspirando el humo que salía de su bebida.

—Es una receta secreta que mezcla arándanos y mandarina. Es única. La elabora con plantas de su jardín.

—Por lo que veo, todo es muy especial por aquí.

Margarita se ruborizó al percatarse de que el comentario no era solo por la infusión, ni siquiera por los libros que llenaban las estanterías de su tienda, era por ella. Así se lo decían los ojos verdes que la miraban por encima del borde de la taza. El hombre era muy atractivo. Cuando lo había visto entrar en la tienda, le había parecido el típico musculitos, preocupado por su físico y con la cabeza vacía. Pero cuanto más conversaba con él, descubría que era mucho más.

—Tu tienda es preciosa. Tengo que reconocer que leo poco. Antes lo hacía, pero ahora parece que nunca tengo tiempo para ello.

—Eso no es excusa. Un rato antes de dormir o al llegar de trabajar. Cuando un libro me engancha, busco tiempo para leerlo, quitándoselo de otras cosas, como ver la televisión o perder el tiempo con el móvil o el ordenador.

Javier cada vez se sentía más a gusto en compañía de Margarita. Al entrar

en la tienda, iba con prisas pensando en que, si se apresuraba, aún podría ir una hora al gimnasio. Sin embargo, sentado en ese sillón que parecía acogerlo como los brazos de una madre, el tiempo parecía haberse detenido. Fijándose con más detalle, podía escuchar el discreto hilo musical que sonaba de fondo: unos niños cantando villancicos tradicionales en inglés. Un árbol de Navidad, no muy grande, decorado en tonos rojos y dorados, quedaba en frente de su mirada, por encima del bonito rostro de la mujer que tenía delante de él.

Se dio cuenta de que no quería marcharse, quería seguir conversando con ella. Bajo los efluvios de la infusión, los triviales comentarios, habían ido dejando paso a una charla amena y distendida sobre libros y sus adaptaciones al cine.

—Esa que dices no la he visto.

—Me han dicho que han respetado la historia y no traiciona la esencia de la novela en que se basa.

—Tendré que verla.

—Podríamos ir juntos.

—No sé —titubeó Margarita. Era un desconocido, pero sentía que podía confiar en él—. Estos días hay mucho jaleo con las compras navideñas.

—¿Y el martes?

—¿El día de Navidad?

—Por qué no. Con este frío, después de una buena comida, no hay nada mejor que una tarde de cine y un café.

—Está bien. Quedemos entonces.

Una discreta tos les hizo darse cuenta de que el tiempo había ido pasando, y la tienda se había llenado.

—Siento molestarte, Marga, pero hay unos señores que preguntan por un libro y no lo encuentro, aunque, según el ordenador, lo tenemos.

—Sí, claro, voy.

Antes de reunirse con el matrimonio, acompañó a Javier hasta la puerta de la calle. Al abrirla, un poco del aire frío se colocó dentro y la hizo

estremecerse. De repente, unos brazos rodearon su cintura y unos labios besaron los suyos. Fue un beso suave, ligero, promesa de muchos más. Con una sonrisa, el guapo hombre la miró y dijo:

—El día de Navidad, a las siete, te espero en esta misma puerta.

Llevándose una mano a los labios, Margarita permaneció unos segundos inmóvil, viendo como la figura del apuesto hombre se perdía entre la multitud. Después de sacudir la cabeza, regresó al cálido interior, pensando que Papá Noel le había traído por adelantado su regalo.

Javier es un personaje de *Un té verde con jazmín*, la primera entrega de la serie *Un té con amor*.

Margarita y su infusión es un guiño a la segunda entrega de la serie, *Aráندانos con mandarina*.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-t-verde-con-jazmn-un-t-con-amor-1/MES-101262>

<https://www.facebook.com/MarPZabalaEscritora/>

Marcia Cotlan

La herencia

Nueva York, diciembre de 1881

El elegante señor Vuks subía con parsimonia las escaleras que conducían al primer piso del teatro de la Academia de la Música, para acceder desde allí al palco que los Raven, amigos íntimos suyos, tenían alquilado durante toda la temporada de la ópera. Llegaba con un ligero retraso, como dictaba la etiqueta entre la alta sociedad que vivía en el Upper East Side. A pesar del cálido ambiente que reinaba allí, su rostro aún estaba helado por las bajas temperaturas de aquel invierno neoyorkino.

Cuando estaba a punto de alcanzar el último escalón, vio acercarse con cierta premura a una joven que parecía salir del palco de los Raven. Alistair Vuks la miró con disimulo para no resultar poco caballeroso. ¿Quién era? No la había visto en su vida. Llevaba un elegante vestido de brocado, bordado con hilos de plata, y el discreto escote cubierto con un ligero tul. Tenía el cabello muy oscuro, recogido en un moño demasiado flojo para la moda de la época, y las cejas eran tan marcadas que tal parecía que la joven se las hubiera pintado como una actriz de opereta. Alistair se preguntó qué la hacía alejarse de allí con tanta prisa. Casi parecía que estuviera huyendo.

Sus movimientos, a pesar de no ser todo lo calmados que deberían en una dama, eran tan elegantes y altivos que a él le recordó al retrato de una emperatriz que había visto en un libro.

La joven levantó los ojos del suelo por un segundo y se topó con la mirada masculina. Pareció ponerse nerviosa y, al no calcular bien dónde estaba el escalón, tropezó con Alistair, pero se alejó de él a toda prisa, antes de que pudiera siquiera sujetarla.

—Lo siento mucho. Disculpe mi torpeza —dijo con acento extranjero; parecía mortificada.

—No se preocupe. ¿Está usted bien? —le preguntó con gentileza.

Ella asintió, sin mirarlo siquiera, y continuó escaleras abajo hasta desaparecer de su vista.

El acento de la joven le recordaba ligeramente al de las hermanas Bodrogy, en cuya casa acababa de cenar hacía apenas unos instantes. «Húngara», murmuró, bastante sorprendido por la coincidencia de haberse topado en una misma noche con tres jóvenes de ese país europeo, pues no era muy habitual encontrarse con húngaros en los barrios altos en Nueva York.

Entró en el palco tras comprobar en su reloj de bolsillo que llegaba con diez minutos de retraso. Sus amigos hablaban animadamente y se volvieron hacia él cuando oyeron la puerta abrirse. William Raven estaba de pie.

—¡Ya estás aquí! —exclamó *lady* Rosalind—. No te sientes, la señorita Bodrogy regresará en cualquier momento y sería muy descortés de tu parte esperarla sentado. Es una joven verdaderamente encantadora. Estoy deseando que os conozcáis.

Que *lady* Rosalind tratara de emparejarlo había dejado de ser una sorpresa para él hacía varios años.

Alistair permaneció de pie ante sus amigos, con gesto contrariado y las manos a la espalda.

—¿Qué señorita Bodrogy?

William Raven alzó los ojos al techo, sin poder creérselo.

—¿Conoces a muchas señoritas Bodrogy acaso? Se trata de Katerina, la mayor de las hermanas. La más joven se ha quedado cuidando a su tía que se encontraba un poco indispuesta.

—Eso es imposible —dijo Alistair.

—No, no —intervino Rosalind—, es del todo posible. Regresará en un instante. Ha ido al tocador. Algo se le había introducido en el ojo.

Alistair dio un paso atrás, como si empezara a atar cabos.

—¿Tiene el pelo oscuro y lo lleva recogido en un moño que parece despeinado? —preguntó.

—Sí. ¿Te la cruzaste en el pasillo? —quiso saber Rosalind.

—Esa no es la señorita Bodrogy —declaró, con el ceño fruncido, sin alcanzar a entender el porqué de toda aquella pantomima.

—¿Cómo que no lo es?

—A última hora de la mañana recibí una invitación de la anciana señora Darrell. Quería que cenara con ella y sus sobrinas, las señoritas Bodrogy. Iban a venir a la ópera, pero una indisposición de la anciana les impidió salir de casa. Me dijo que os había enviado una nota disculpándose por no poder aceptar vuestra invitación.

Rosalind miraba a Alistair boquiabierto, sin pronunciar palabra.

—No recibimos nota alguna —informó Raven, llevándose la mano a la sien, desconcertado.

—¿Os ha robado algo la supuesta señorita Bodrogy? —lo interrumpió Alistair.

Los Raven comprobaron sus pertenencias.

—¡Mi reloj! —exclamó William, llevándose la mano al bolsillo de su chaleco.

—¡Mi bolso! —dijo Rosalind.

—¡Nos han robado, por el amor de Dios, William! ¡Robado! ¡A nosotros, que nos vanagloriábamos en los bajos fondos de Londres de que nadie nos podía engañar! —dijo Alistair con una sonrisa irónica que se le borró de los labios tan pronto como recordó que la joven había tropezado con él. El reloj no se lo había robado, porque acababa de mirar la hora antes de entrar en el palco, pero... Se llevó la mano al otro bolsillo y, tal y como temía, el camafeo

había desaparecido—. ¡Maldita sea! —rugió; aquel camafeo, que carecía de valor alguno, más allá del enorme valor sentimental, era el único recuerdo que le quedaba de su madre. Su única herencia.

Alistair Vuks salió corriendo como alma que lleva el diablo, sin darle importancia al hecho de que aquello era impropio de un caballero y de que una actitud tan impulsiva podría echar por tierra su reputación de hombre prudente que tan duramente se había labrado desde que había llegado a Nueva York.

Bajó las escaleras de dos en dos y salió a la calle. Nevaba. No había ni un landó, ni una berlina... Solo un grupo de mujeres de la congregación de viudas cantando villancicos a la puerta de una capilla. Pero en la acera de enfrente se encontraban varios cocheros sentados en sus coupé Brown a la espera de que algún transeúnte sin carruaje propio no quisiera pasar frío caminando y pidiera ser llevado a alguna parte a cambio de unas pocas monedas. Cruzó corriendo.

—¿Ha salido algún coupé Brown hace poco con una dama morena? —preguntó, ávido de respuesta.

—Sí —dijo uno de ellos—. Salió hace unos minutos. La dama tenía muchísima prisa. Se dirigieron a la calle Cuarenta.

Miró a uno y otro lado, pero ni rastro del coupé. Maldijo entre dientes... Podría haber prescindido de todo cuanto tenía. De todo, excepto de aquel camafeo.

A la mañana siguiente contrató a un investigador, un antiguo alguacil expulsado de su trabajo por algún chanchullo en el que se había visto involucrado, pero muy pronto se dio cuenta de que era dinero tirado. Aquella mujer era un fantasma. El cochero que la había recogido en la Academia de Música aseguró haberla dejado en un barrio modesto que quedaba más allá de la calle Cuarenta, pero no vio a qué edificio se dirigía. Alister se acercó al barrio. Estaba lleno de pequeños negocios regentados por gente decente. Preguntó por la joven, pero nadie conocía a ninguna mujer de sus características. Finalmente, se dio por vencido, no sin rabia, y tuvo que dar

por perdido el camafeo.

El día antes de Navidad, Alistair Vuks fue a cenar a la casa que los Raven se habían construido en la calle Cuarenta y tres. No le gustaba la Navidad porque le hacía recordar la familia que nunca había tenido, pero pasarla con sus amigos y los hijos de estos la hacía más llevadera.

Regresó pasada la una de la madrugada. Arthur, su mayordomo, se había retirado a dormir varias horas antes. Abrió la puerta con su propia llave y dejó el abrigo, el sombrero y el bastón blanco de nácar en la entrada, para que alguna de las doncellas lo recogiera a la mañana siguiente.

A pesar de no indicarle que adornara la casa con motivos navideños, el ama de llaves no había podido resistirse a colocar muérdago sobre la puerta de la sala y campanitas por diferentes muebles de la primera planta.

Se deshizo el nudo del pañuelo que llevaba al cuello y se desabrochó el chaleco. Bostezó. Se disponía a subir la escalera hacia su dormitorio cuando una voz lo detuvo.

—Buenas noches, señor Vuks —dijo una mujer, escondida entre las sombras. El acento húngaro la delató enseguida.

Alistair miró hacia el interior de la sala y adivinó un bulto en la penumbra, cerca de la chimenea.

—La ladrona... —murmuró.

—Vengo a devolverle lo que le robé —dijo ella con sencillez.

Alistair enmudeció por la sorpresa, pero no, no iba a creer a esa mujer. Algo pretendía y no se dejaría engañar.

—¿Por qué? —quiso saber.

—El camafeo no tiene valor económico, así que debe de tenerlo sentimental para que me busque por todo Nueva York y ofrezca una cuantiosa recompensa a quien le diga mi paradero.

¿Cómo demonios se había enterado ella de eso?

Alistair dio varios pasos hacia el interior de la sala y la joven retrocedió.

Sacó un cuchillo cuya hoja brilló en la penumbra, pero él no se detuvo hasta sentir la punta afilada presionando levemente su pecho.

Ella llevaba un antifaz que le cubría todo el rostro, excepto la boca, e iba vestida de negro de pies a cabeza.

—Podría quitarle el cuchillo sin demasiado esfuerzo —le dijo.

—Otros, antes que usted, menospreciaron mi capacidad para defenderme. Inténtelo.

Alistair sonrió y no intentó desarmarla. La joven agarró la mano masculina con sus dedos enguantados y depositó en ella el camafeo.

—Feliz Navidad, señor Vuks —dijo antes de dirigirse a la puerta de la sala.

Alistair miró el camafeo brillando en su mano y corrió a detenerla... justo debajo del muérdago. Ambos se dieron cuenta. Ella tragó saliva.

—Gracias por devolvérmelo —le dijo. Después hizo una leve inclinación de cabeza y la besó... en la mano.

Ella se quedó tan sorprendida que el cuchillo se escurrió entre sus dedos.

—Descubriré quién eres —prometió él—, pero te voy a dar un poco de ventaja. Uno, dos, tres... —comenzó a contar, como en los juegos infantiles.

Ella echó a correr.

Alistair Vuks es un personaje secundario de la novela El rey del hampa y el protagonista de la historia que Marcia Cotlan está escribiendo ahora.

<https://www.megustaleer.com/libros/el-rey-del-hampa/MES-095019>

<https://www.facebook.com/m.cotlan/>

Mari Díaz

Una Navidad junto a ti

Los ojos azules de Carla se iluminaron al contemplar con emoción su labor concluida, finalmente había terminado con éxito la decoración de su árbol de Navidad; casi dos metros de frondoso pino artificial se alzaban hasta tocar el techo y las luces iluminaban con facilidad la pequeña sala de su piso.

Levantó una copa con vino tinto y suspiró agotada, después miró su reloj de pulsera que marcaba las once y veinte de la noche, apenas faltaban unas horas para Navidad y se negaba a aceptar la invitación de Evelyn y Marcus a su cena.

—Otro año en soledad —murmuró con resignación y una sonrisa de frustración.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza, todo habría seguido de perlas si las cosas no se hubiesen complicado con Ricardo. Juntos habían disfrutado momentos únicos, pero no quería tomar más riesgos en el amor y terminar herida.

Sus vidas se cruzaron por casualidad y, aunque los meses en los que habían estado juntos parecían solo de pasión, muy en el fondo de ella comenzó a crecer un sentimiento que la hacía sentir vulnerable.

—¡Olvídalo, ese nene no es para ti! —se reprendió antes de irse a la cama. El sonido de su móvil la despertó sobresaltada.

—*¡Carla, te necesito!*

—¿Qué te sucede mujer? ¿Qué hora es? —murmuró adormilada.

—*Amiga, por favor, debes venir a casa, la organización de la cena de esta noche se ha vuelto un desastre, y son las diez de la mañana.*

—Un momento, ¿no se suponía que la haría Sandra, que es la experta en estas cosas?

—*Sí, pero nuestra querida amiga está en cama con un fuerte resfriado, y no puedo darme el lujo de esperar a que se recupere.*

—Evelyn, tengo planes.

—*¡Ah, sí?! A ver, no me digas, permíteme adivinar: piensas pasar el día acomodada en tu sillón favorito con tu pijama de pandas y una buena taza de chocolate.*

—En realidad, esos también son planes.

—*Por favor, Carla, no me hagas suplicarte.*

—Vale, pero ni se te ocurra decirme de armar arreglos florales, porque no tengo ni la más mínima idea de cómo mezclar flores.

—*Descuida, amiga, afortunadamente, ya ella había hecho toda la decoración, pero necesito ayuda con la ubicación de los invitados en la mesa, el menú y la elección de los postres, ¿te animas?*

—Pues si no me queda opción, iré.

—*¡Ah!, por favor, trae todo lo que necesites para que te quedes a cenar de una vez.*

Carla resopló con el ceño fruncido.

—Amiga, es que no estoy segura de que sea buena idea.

—*Eres parte de mi familia, y eso ni se discute.*

—Como digas.

Organizar una cena era algo sencillo, pero si Evelyn era la anfitriona, se complicaban las cosas, ya que hacía que una simple decoración navideña y unos puestos alrededor de la mesa se convirtieran en todo un reto.

Carla acudió a abrir la puerta al escuchar el timbre.

—Vaya, miren qué agradable sorpresa encontrar aquí a la mujer más hermosa de toda la ciudad.

Después de varias semanas sin saber de él, frente a ella estaba el hombre que ocupaba sus pensamientos casi a diario. Se veía atractivo y confiado, lo que le hizo suponer que sabía que la encontraría allí.

—Deja de fingir, menudo actor al que me ha tocado atender.

—Vamos, preciosa, ¿no me invitas a pasar?

—Te invitaría si fuese mi casa, pero no es el caso, lamento decirte que debo consultarlo con...

—¡Ricardo! Al fin llegas. —Escuchó la voz de Evelyn a su espalda.

—Lamento el retraso, pero mi madre quería enviarte la mejor selección de postres que tenemos en el restaurante del hotel, espero que te agraden todos.

—¡Ustedes son un encanto! Gracias y, por favor, dile a Victoria que la espero esta noche.

Él se hizo a un lado para dejar pasar a media docena de meseros con bandejas en sus manos, mientras sus ojos seguían clavados en los de Carla.

—Eh, tengo mucho que hacer, espero que pases una feliz Navidad.

—Ahora que lo pienso, de seguro lo será —reveló él con una sonrisa ladeada.

Como impulsada por la agitación de su cuerpo, le dio la espalda para alejarse, pero él la detuvo por el antebrazo.

—Espera.

—No tengo ninguna conversación pendiente contigo, Ricardo.

—Yo creo que sí, entre otras cosas.

—Mira, cariño, todo romance o *affaire* tiene tiempo de caducidad, y el nuestro llegó justo a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —Sus ojos oscurecidos la miraron con ansias y sus labios, a pocos centímetros de tocarse, exhalaban el mismo deseo de fundirse en un beso.

—Esta conversación es inútil. —Carla se apartó con brusquedad para

evitar caer en la tentación de arrojarse a sus brazos y saborear el dulce sabor de su boca.

—Bien, por ahora lo dejaré así, pero volveremos a vernos, y necesitare que me expliques, como a un crío, la razón por la cual no debemos seguir juntos, porque las explicaciones elaboradas que hasta ahora me has dado son solo argumentos.

—En otro momento, ahora estoy ocupada ayudando a Evelyn.

—Lo sé, y no te distraigo más. Fue grato volver a verte, lo necesitaba. Hasta pronto.

Dejó escapar un suspiro y, con las piernas temblorosas y el corazón acelerado, volvió adentro.

A las cinco de la tarde, contemplaron satisfechas la estupenda decoración del comedor y jardín, la mesa lista y un olor a comida recién horneada en toda la casa.

—Pues mira que nos hemos lucido, amiga —afirmó Carla entusiasmada.

—Te lo dije, sin ti iba a ser imposible conseguir estos resultados —convino Evelyn antes de abrazarla.

—No te pongas tan efusiva, cariño, deja esos mimos para cuando llegue el momento de agradecer los regalos de tu marido.

—Pues por el tuyo voy a merecer más de uno.

—¿A qué te refieres?

—Olvidalo, vamos a darnos un buen baño, que con tantas labores lo necesitamos con urgencia.

—Evelyn..., no sabía que Ricardo visitara tu casa.

—Ah, bueno, es que ya Marcus y él han arreglado sus asuntos. Además, Victoria, la madre de Ricardo, es una gran amiga nuestra, no vimos razón para continuar manteniéndolos al margen, así que vendrán a cenar, espero que no te moleste su presencia.

—No, para nada, ¿por qué habría de molestarme?

—¿Crees que soy tonta?, sé que ustedes habían estado saliendo, pero nunca

me dijiste nada.

—Porque era algo pasajero, ya sabes, esos hombres que dan buen calor, pero a la larga terminan por fastidiarte.

—Te conozco, Carla, y sé que eres una mujer que a todo le tienes respuesta, como abogada que eres, pero cuando estás frente a Ricardo, no solo te faltan palabras, sino también hasta el movimiento en el cuerpo, porque te quedas tiesa como estatua.

—Por ahora, dejemos este tema hasta aquí, voy a darme un baño, como sugeriste, y después a arreglarme para la cena.

Los invitados comenzaron a llegar a las ocho de la noche. Carla caminaba nerviosa de un lado a otro y, aunque le hacía creer a Evelyn que era para estar al pendiente del más mínimo de los detalles, en realidad, esperaba ver en cualquier momento a Ricardo.

El roce de unos dedos sobre sus cabellos sueltos la hizo girar de sobresalto y encontrarse frente a la mirada seductora que había logrado alcanzar su corazón.

—Espero no haberte asustado, mi intención ha sido otra.

—Los anfitriones están en el jardín.

—Ya hablaré con ellos, ahora es contigo con quien deseo aclarar ciertas cosas.

La tomó de la mano, y ella se dejó conducir con facilidad hasta el área de la piscina bordeada por el jardín lateral.

La luz de la luna se reflejaba sobre el agua y el ambiente frío la hizo encogerse un poco, Ricardo se quitó la chaqueta y la colocó sobre los hombros apenas cubiertos por los tirantes finos del vestido azul.

Cogió las delicadas manos entre las suyas y las besó con ternura, Carla suspiró sabiéndose perdida desde el momento en que sintió su roce.

—Siento haberme ido del país sin despedirme, pero no querías hablarme ni explicarme las razones que te llevaron a terminar lo nuestro.

—¿Lo nuestro? Entre nosotros solo había un romance, en cualquier

momento debía terminar.

—Te equivocas, y siempre lo estuviste, yo nunca te vi como un romance pasajero, eres alguien demasiado importante en mi vida como para que ocupes un lugar tan efímero.

—Nunca me dijiste eso.

—Porque te negaste a escucharme, a responder mis llamadas, y eso me hirió, sentí que me utilizaste para no estar sola.

—¡Yo nunca haría algo así!

—Eso fue lo que me hiciste ver durante los tres meses que estuvimos juntos.

—Yo... no quiero salir herida.

—Lo sé, y no es mi intención, créeme, te amo, Carla, solo quiero estar a tu lado y hacerte feliz.

La emoción de escuchar aquellas hermosas palabras encogió su corazón y terminó por convencerse de lo que antes había sospechado: estaba perdidamente enamorada de Ricardo.

—Debiste insistir un poco más —susurró con una tenue sonrisa.

—Lo hago ahora, pero necesito saber lo que en realidad sientes por mí.

—Sé que no he querido admitirlo, pero la razón principal es que quiero evitar que puedas romper mi corazón, pero también te amo, Ricardo.

—Te prometo que lo cuidaré como al mayor de mis tesoros, y nunca más permitiré que me apartes de tu lado.

Con un apasionado beso, selló su promesa de amor y sus cuerpos deseosos del calor se estrecharon en un abrazo fuerte.

—Esta será la mejor Navidad de mi vida —aseguró Ricardo.

—Y la mía, también.

Carla y Ricardo son personajes de la saga Amnesia.

<https://www.megustaleer.com/libros/no-te-recuerdo-amnesia-1/MES-099072>

<https://www.facebook.com/maridiaz.escritora/>

María Ferrer Payeras

Me faltas tú

Hacía dos días que Jana había llegado a Salamanca para pasar las vacaciones de Navidad en compañía de su familia y aún no había sido capaz de llamar a Marcos. Aunque se moría de ganas de hablar con él, no encontraba el coraje necesario para hacerlo.

La tarde anterior, pese a seguir afectada por el *jet-lag*, había ido a casa de Sara y Nieves. Se había perdido su boda, que, por lo que le había contado su madre, había sido sonada; pero tenía otro motivo para visitarlas: si alguien podía saber algo sobre el estado de ánimo de Marcos, eran ellas dos.

—Fue una pena que no pudieras venir, Jana, nos divertimos mucho.

—En las fotos estáis radiantes, se nota que lo pasasteis genial.

—Anda, cuéntanos qué has estado haciendo este año que no hemos sabido de ti —le dijo su prima Sara, tras pasarle un vaso de Coca-Cola.

—Pues, como ya me imaginaba, lo peor ha sido estar tan aislada del mundo. A veces no nos enterábamos de lo que pasaba fuera de las montañas hasta después de varios días. Lo mejor, que la suerte nos ha acompañado y hemos hecho una serie de hallazgos interesantes en uno de los tramos del Qhapaq Ñan, que abren la posibilidad de hacer nuevas prospecciones...

—El Quapaq Ñan es la red de carreteras andinas que crearon los Incas, ¿verdad? —preguntó Nieves.

—¡Sí! —exclamó Jana, contenta porque alguien, aparte de ella, supiera

algo del sitio en el que había trabajado y vivido durante el último año.

—¿Te lo dije o no te lo dije? —le espetó a su mujer.

Sara arrugó el labio superior, como hacía siempre que alguien la contradecía, y después le sacó la lengua a Nieves, como una niña enfadada.

Jana se rio y, a continuación, pasó otra de las páginas del álbum de fotos de la boda. Notó como el corazón se le encogía al fijarse en la nueva instantánea. Allí, en medio del grupo de amigos de las novias, estaba Marcos. Como siempre, destacaba sobre los demás debido a sus casi dos metros de altura, pero, además, Jana pudo notar que, en su ausencia, se había puesto mucho más fuerte, si eso era posible. Se lo veía imponente con el traje azul oscuro y entallado que había elegido para la boda. Y le pareció que estaba más guapo que nunca.

Nieves la miró, enternecida. Sabía muy bien en quién se habían demorado los ojos de Jana.

—Te ha echado muchísimo de menos, ¿sabes?

—Y yo a él. —El nudo que se le había formado en la garganta tras el comentario de Nieves apenas la dejaba hablar.

—¿Ya lo has visto?

Jana negó con la cabeza.

—Todavía no me he atrevido a llamarlo —contestó con un hilo de voz.

Nieves le había prometido a Sara que no volvería a entrometerse en ningún lío de pareja, pero a Marcos y a Jana los había presentado ella y se los veía tan bien juntos... Entendía que, un año atrás, cuando a Jana le salió la oportunidad de trabajar en una excavación tan importante, Marcos no la hubiese acompañado. Al fin y al cabo, como había dicho él, no tendría en qué ocupar su tiempo y en menos de dos meses estaría harto de estar perdido en las montañas peruanas sin nada que hacer. Lo que no entendía tan bien era por qué Jana había decidido romper su relación con él. Vale, en Perú iba a estar casi incomunicada, pero para Nieves la palabra clave de la frase era «casi» y no «incomunicada». Durante el año que Jana había estado ausente, Marcos

había parecido un alma en pena, y por lo que Nieves podía ver en esos momentos, Jana no se encontraba mucho mejor que él. Como estaba atada de manos por la promesa de no entrometerse que le había hecho a Sara, no pudo añadir nada a su escueto comentario. «Espero que le baste con lo que le he dicho para que vea cuánto la quiere Marcos», pensó. Tuvo que tomar aire con fuerza porque acababa de tener una sensación de *déjà vu* que la dejó algo inquieta.

«Te ha echado mucho de menos, ¿sabes?». Eso era todo lo que Nieves le había dicho a Jana acerca de Marcos. Era cuanto necesitaba escuchar y, como sabía que no podía esperar mucho más, si no quería que Marcos supiera de su regreso por alguien que no fuera ella misma, decidió coger el toro por los cuernos y llamarlo de una vez por todas.

Mientras esperaba que Marcos contestara al teléfono, Jana se mordía las uñas con ansiedad. Él había sido quien más la animó para que hiciera realidad su sueño y se embarcase rumbo al altiplano de Perú para participar en la excavación. Ella sabía que iba a ser muy difícil estar en contacto con su gente en España, por lo que decidió cortar con Marcos y así darle libertad para que siguiera con su vida. Se había arrepentido de haber tomado esa decisión todos y cada uno de los treinta y un millones de segundos que habían pasado desde entonces.

—*¿Diga?* —La voz del chico sonó soñolienta al otro lado de la línea.

—Buenos días, Marcos, siento haberte despertado.

—*¿Jana? ¿Eres tú?*

—Sí, soy yo. —Silencio incómodo—. Llegué anteayer a Salamanca. Voy a pasar las fiestas por aquí. Me preguntaba... me preguntaba si te gustaría que nos viésemos.

—*Me encantaría.* —A Jana le emocionó notar un leve tono de alegría en la voz de Marcos.

—Vale, ¿quedamos en el Hernández y Fernández?

—*Ahí en una hora.* —Y colgó el teléfono sin darle oportunidad a ella de poner ninguna pega.

Porque lo conocía y sabía que podía parecer brusco y malhumorado, cuando en realidad era tierno como un bollito de canela, no se lo cogió a mal. Se abrigó bien y salió a la calle para dirigirse a la plaza de la Libertad dando un paseo.

Cuando Jana entró en el café, al que tanto le gustaba ir, la recibió no solo el calor del local, sino la música de fondo de los Niños de San Ildefonso cantando la Lotería de Navidad. Cerró los ojos a la vez que una leve sonrisa cruzaba su rostro, «quedan inauguradas las fiestas», pensó.

Se sobresaltó al notar que alguien le tocaba un hombro, abrió los ojos de golpe para encontrarse cara a cara con Marcos, que le sonreía mientras alargaba hacia ella un precioso ramo de anémonas rojas. Se quedó petrificada, pero el corazón seguía muy vivo en su pecho y daba señales de querer salir, por donde fuera, por la velocidad que había cogido.

—Son para ti —le dijo, entregándole el ramo.

—Yo no te he traído ningún regalo.

—Qué estés aquí es el mejor regalo que podías haberme hecho.

Tener a Marcos ahí, al alcance de la mano, cuando había pasado trescientas sesenta y cinco noches soñando con él y sabiéndolo tan lejos de ella, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¡Eh!, que solo es un ramo de flores, si llego a saber que te pondrías así, no te las traigo. —Como hacía tan a menudo, utilizó esa ternura que casaba tan mal con un cuerpo tan grandote como el suyo.

Jana se lanzó a sus brazos y él la apretó con fuerza. Hasta que notó que las convulsiones provocadas por el llanto cedían, no levantó la cabeza para mirarlo a los ojos de nuevo. Se encontró con su mirada, tan llena de amor como la recordaba, y volvió a enterrar la cara en su pecho.

—¡Cuánto te he echado de menos!

—Y yo a ti, mi vida, y yo a ti —le contestó él con la voz tomada por la

emoción—. ¿Quieres que nos sentemos o prefieres que vayamos paseando hasta la Plaza Mayor?

—Vamos a la calle, me apetece ver cómo lo han adornado todo.

Salieron del bar cogidos de la mano, como lo hubieran hecho si no hubieran estado separados durante un año entero.

Al principio, ninguno de los dos hablaba, solo disfrutaban de la compañía mutua y de saciar la necesidad que sentían del otro.

—Nunca debí decirte...

—¿Te vas a quedar mucho...?

Hablaron los dos al unísono y callaron también ambos de golpe. Marcos fue el primero en repetir la pregunta.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo en Salamanca?

—No lo sé, supongo que depende.

—¿De qué depende?

Ella tardó un poco en contestar, sabía lo que quería decir, pero su garganta, atenazada por la emoción, le tenía las cuerdas vocales secuestradas.

—De ti.

Marcos aspiró con fuerza y se paró frente a ella, impidiéndole que siguiera caminando. No contestó, sino que se perdió en la profundidad de sus ojos. Le puso la mano sobre la mejilla y le rozó la comisura de la boca con el pulgar. Jana no podía despegar los ojos de los suyos, la tenía atrapada el magnetismo que desprendían. Lentamente, Marcos se acercó a ella y le dio un beso en los labios que la encendió de la cabeza a los pies.

—Si me lo preguntas a mí, te pediré que te quedes para siempre. Pero si decides irte..., me iré contigo donde sea, no pienso separarme de ti nunca más. Por mucho que te parezca lo mejor para los dos...

—Yo solo quería que no te sintieses atado a mí. No hacía tanto que estábamos juntos como para pedirte que me esperaras durante un año entero...

—Te había esperado toda la vida, ¿qué te hizo pensar que no podía esperar un año más?

Los ojos de Jana volvieron a llenarse de lágrimas. Marcos se agachó y la cogió por las piernas, la izó en el aire y se puso a dar vueltas con ella en brazos. Jana dejó de llorar y se puso a reír con todas sus fuerzas, mientras daba vueltas y vueltas en brazos del hombre de su vida. Le cogió la cara con ambas manos y lo besó con ternura. Marcos la bajó, haciéndola resbalar pegada a su cuerpo. Después tiró de su mano y dijo:

—¡Vámonos a casa! Quiero que este regalo que me ha traído la Navidad me dure al menos hasta mi siguiente vida.

Marcos aparece en la novela Maldito veintiuno de marzo.

<https://www.megustaleer.com/libros/maldito-veintiuno-de-marzo/MES-095080>

<https://www.facebook.com/mariaferrerpayerasescritora/>

Marian Arpa

Amor en Hogmanay
(Año Nuevo en Escocia)

Fue una especie de impulso, necesitaba volver a verla. Eloy se comunicó con varias compañías aéreas y no tenían pasajes para esas fechas; maldijo en chino. Desde que la conoció, se habían comunicado a menudo por WhatsApp y sabía que ella había logrado su objetivo de ser arqueóloga y se había marchado a trabajar a Glasgow.

Eloy pasó las Navidades con sus familiares y amigos, el amor se respiraba en el ambiente y él empezó a sentir que le faltaba algo, a anhelar las muestras de cariño que lo rodeaban. En los últimos días, había pensado muy a menudo en Ruth; a través de sus charlas en el chat, se habían ido conociendo y le gustaba lo que le transmitía. Era una mujer con unos arraigados valores, inteligente y generosa, e intuía que muy cariñosa; siempre que hablaba de su familia podía sentirlo.

Las ganas de volver a verla eran grandes. Dejó su teléfono en todas las compañías aéreas por si había alguna cancelación. Y, nervioso, esperó la llamada que lo llevaría junto a ella. Por suerte, lo llamaron por si quería viajar aquel mismo día. No lo pensó dos veces, preparó la maleta y partió.

En las horas que duró el vuelo, analizó lo que le hacía sentir aquella mujer que había conocido en la taberna que sus padres tenían en Tarragona, cuando ella fue a recabar información para hacer su trabajo de fin de carrera. Se lo pasaron muy bien juntos, recorriendo las ruinas de la antigua Tarraco; y él

aprendió mucho de esa civilización que había dejado la huella a su paso. Ruth era una belleza morena con unos increíbles ojos azules, que lo encandilaron en pocos segundos, que luchaba por lo que quería y que disfrutaba haciéndolo; y él quedó cautivado en los pocos días que ella permaneció en Tarragona. Eran muchas las noches que despertaba con la brillante mirada de aquellos iris luminiscentes.

Al llegar a Glasgow, se preguntó cómo sorprenderla; el taxi desde el aeropuerto lo dejó en el centro de la ciudad. Era la tarde de Nochevieja e imaginó que Ruth estaría disfrutando de los festejos. Siguiendo la marea humana muy abrigada, llegó a un mercadillo iluminado con brillantes bombillas y con multitud de adornos navideños. De pronto, mirando todos los puestos que lo rodeaban, se dio cuenta de que estaba sonriendo como un niño. Hizo una foto con su teléfono y se la mandó a Ruth por WhatsApp. Unos minutos más tarde, recibió un mensaje.

Eso es Glasgow. ¿Dónde estás?

En el mercadillo. ¿Y tú?

En unos segundos, estaba sonando el timbre de su móvil y Ruth le gritaba entusiasmada.

—*Estoy en la pista de hielo. ¿Ves un gran árbol de Navidad?*

—Sí.

—*Nos vemos al pie.*

Ruth, que había estado patinando, dejó los patines, no podía creer que Eloy estuviera allí. Le gustaba ese hombre, pero era muy consciente de que ambos perseguían su sueño. Cuando llegó al pie del gran árbol de Navidad que indicaba la pista de hielo, él aún no había llegado, miró en todas direcciones y al fin lo vio. Estaba guapísimo con sus vaqueros negros, su jersey marfil grueso de cuello vuelto y aquel plumón oscuro. Los dos se vieron en el mismo momento y una sonrisa les coronó los labios; hacía casi un año que no se veían en persona. Ella acortó el espacio que los separaba y, cuando llegó junto a él,

se tiró a sus brazos. La sorpresa lo hizo tambalearse, pero la acogió y la levantó del suelo. Ella, pícara, le puso la nariz, que tenía helada, en el cuello, y Eloy fue recorrido por un escalofrío; los dos rieron.

—Me necesitabas para que te diera calor, ¿verdad?

Ruth lo miró y le plantó un inesperado beso en los labios que hizo que su corazón se saltara un latido.

—¿Qué haces aquí?

—¿A ti qué te parece? —contestó él arrastrando las palabras, esperando la reacción de ella—. Echaba de menos a una mujer que me cautivó cuando mis ojos se posaron en ella. Necesitaba verte para saber si mi deseo de Año Nuevo se iba a cumplir.

—¿Cuál es ese deseo?

—Tú.

Ella contuvo el aliento. Había soñado muchas noches con él, y allí estaba diciéndole con todas las palabras lo que nunca esperó escuchar de su boca. No le salieron las palabras, en cambio, le cogió las mejillas entre sus frías manos y lo besó golosa.

—¿Eso quiere decir...?

Ella afirmaba con la cabeza, sin separar la mirada de la suya.

Su sonrisa lo deslumbró y la apretó más contra él, sintiendo que su pecho se llenaba de una emoción que le caló el alma.

—Vamos, quiero enseñarte todo esto —dijo ella mientras se deslizaba hacia el suelo—. Además, nos vendrá bien un *mullet wine*^[1], ya verás como te encanta.

La vitalidad de Ruth era algo que lo había cautivado desde el primer momento. Lo cogió de la mano y empezó a arrastrarlo por todos los puestos callejeros, señalándole las distintas guirnaldas y artesanías navideñas que ofrecían.

Una hora más tarde, estaban cómodamente instalados en la barra de un club mientras tomaban el rico vino y recordaban cómo sus caminos se habían

cruzado en Tarragona.

Un rato más tarde, estaban otra vez recorriendo las calles; el ambiente era tan diferente del que ellos estaban acostumbrados que disfrutaron de la deliciosa comida en los puestos ambulantes. Por todas partes había gente que los invitaba a los bailes de *ceilidh*.

—¿Sabes cómo se celebra esta noche en Galicia? —preguntó él pasando un brazo por encima del hombro de Ruth.

—Con las uvas... ¿no me digas que esto no es más divertido?

Eloy rio ante el sarcasmo que ella insufló a sus palabras.

—Aunque no lo creas, hay quien lo celebra al rito celta; la fiesta se llama Yule.

—Y ahora me vas a decir que tú eres uno de ellos, como si lo viera —dijo ella riendo.

—No, pero hace unos años que asistí con mis amigos a uno y me gustó mucho.

—Tienes que contarme más de esa celebración, ya sabes que me fascina todo lo antiguo.

Mientras hablaba, ella buscaba en su bolsillo y sacó unas llaves al mismo tiempo que se detenía ante una casita pequeña iluminada de colores y adornada con ramas de acebo en todas las ventanas.

—Hemos llegado, vivo aquí. ¿Te gusta?

—Mucho, ¿todo esto lo has hecho tú?

—Por supuesto, no iba a dejar que mi casa no luciera mejor que las demás.

Eloy soltó una carcajada.

El interior de la pequeña construcción estaba igualmente engalanada para la ocasión. Era muy acogedora y le gustó mucho, y se sintió cómodo al instante.

A Ruth la habían invitado unos amigos a la fiesta de esa noche. Cuando la vieron llegar de la mano de aquel apuesto hombre, sonrieron con cordialidad;

era una noche en la que los amigos de los amigos eran bienvenidos en todos los hogares. A Eloy le gustaron de inmediato. Poco después estaban todos sentados en torno a una mesa con *haggis*, *roast beef*, *nepes and tatties* y estofados de ternera y ciervo; todo ello acompañado de un excelente *whisky*. Las risas y las anécdotas del año que estaban a punto de dejar atrás, adornadas y exageradas, fueron el tema de conversación. Ruth explicó cómo había conocido a Eloy y lo aderezó de tal manera que se rieron con ganas. A Eloy le gustó la forma en la que ella contó la historia y, sin pensarlo, la atrajo y le dio un suave beso en los labios. Todos los reunidos en torno a la mesa aplaudieron el gesto, gritando de excitación.

Una vez pasada la medianoche, todos se pusieron el abrigo y marcharon a una casa al otro lado de la calle. El dueño, al abrir la puerta, les sonrió con afecto; era el tradicional *first footing*. Unos amigos visitaban a otros cargados de *shortbread*^[2], carbón, un pastel y *whisky*. Según le explicaron a Eloy, era la forma de atraer la buena suerte para el año recién estrenado.

Ruth y Eloy volvían a casa contentos y felices por aquella maravillosa velada que habían pasado. Él la atrajo hacía su cuerpo cuando vio que ella se frotaba las manos, y ella se arrebujó contra el fornido pecho. Se sentía contenta, feliz de haber compartido aquella experiencia con él. Estaba como flotando en una nube y pensó que el *whisky* se le había subido a la cabeza, pero desechó el pensamiento de inmediato al reparar que su estado de euforia se debía a ese hombre que la abrazaba.

Los pensamientos de Eloy seguían los mismos derroteros que los de ella, cayó en la cuenta de lo bien que se lo había pasado, y no solo por todo lo que habían vivido en pocas horas. Se debía a aquella mujer llena de alegría, vitalidad, amistad y... qué diablos, ¿se había enamorado y le gustaba la sensación!

Una vez dentro de la casa, Ruth no se soltó del abrazo cálido de Eloy, se

dio la vuelta en sus brazos y lo miró a los ojos con fijeza, mientras sus manos se enroscaron en la cintura estrecha masculina.

—Eres una buena estufa, ¿sabes? —lo dijo con coquetería, tomándole el pelo, pues tenía la calefacción puesta y el calorcito dentro de la casa era muy agradable.

—¿Quieres entrar en calor? —susurró Eloy acercando la boca a esos labios que lo tenían hechizado.

El beso empezó siendo tentativo, pero pronto se volvió apasionado cuando las manos de Ruth recorrieron el pecho masculino y fueron a posarse en la nuca del hombre para atraerlo, elevándose para llegar mejor a aquella boca con sabor a *whisky* que la besaba con un ardor abrasador.

A la mañana siguiente, después de pasar la noche más apasionada de sus vidas y de haber tomado unas cuantas decisiones, yacían felices y saciados uno en brazos del otro. Sabían que sus vidas habían cambiado igual que el año.

Eloy es uno de los personajes secundarios de *Mi diosa pelirroja*.

<https://www.megustaleer.com/libros/mi-diosa-pelirroja/MES-099305>

<https://www.facebook.com/marianarpa.escritora/>

Marian Viladrich

Reencuentro en Navidad

Acostumbrada al paisaje nevado de Chicago, Emily observó estupefacta el cálido sol que la recibió al llegar a Oak Hill. El termómetro del coche indicaba una temperatura exterior de doce grados, lo que no estaba nada mal para el mes de diciembre. Su abuela ya le había advertido que aquel año no esperara unas Navidades blancas en Carolina del Norte.

Los Caldwell solían celebrar las Navidades en Chicago y la abuela siempre los visitaba durante un par de semanas, pero aquel otoño Rose Duncan había sufrido un aparatoso accidente doméstico y se dislocó la cadera. Como aún no había terminado de recuperarse, Emily y sus padres decidieron pasar las fiestas en Oak Hill. La joven, que estudiaba en Boston, acabó sus exámenes y se adelantó a sus padres para echar una mano a la abuela.

Emily llamó al timbre. Esperaba que abriera la enfermera que había contratado el tío Paul para cuidar de la convaleciente, pero en su lugar apareció un chico alto y delgado. Miró sorprendida a aquel joven de pelo castaño claro y ojos color caramelo. Él también la observaba estupefacto, pero antes de que ninguno consiguiera pronunciar una palabra, se escucharon unos pasos renqueantes.

—¡Emily, cariño! No te quedes ahí como un pasmarote y dame un abrazo —espetó la abuela Rose con cierta brusquedad.

Emily se olvidó de inmediato del chico al ver a su abuela apoyada en un

bastón. La abrazó con cariño, procurando no desestabilizar la tambaleante figura.

—Déjame que te vea. ¿Cómo te ha sentado la universidad? —preguntó Rose, separándose un poco de ella. Estudió con ojos entrecerrados el rostro de su nieta y después palpó los cortos cabellos de la joven—. ¿Qué has hecho con tu pelo? Tenías una melena preciosa... Ahora pareces un chico —gruñó la anciana, pero Emily se rio. Le encantaba su nuevo corte de pelo, divertido y fresco, que dejaba al aire su esbelto cuello.

Un carraspeo interrumpió la conversación entre abuela y nieta y ambas se volvieron hacia el olvidado chico de la puerta.

—Ah, Justin, muchas gracias por cambiarme la bombilla del salón. Has sido muy amable. ¿Te acuerdas de Justin, Emily?

Algo impactada, Emily asintió en silencio mientras clavaba sus ojos en el rostro del chico, buscando el parecido con su antiguo compañero de juegos. Había crecido, sin duda, pero era él. Justin Bland. ¿Cómo no había reconocido antes aquellos ojos color caramelo que miraban con amabilidad? De niña, pasaba los veranos con su abuela y había conocido a los hermanos Bland, que vivían en la casa de al lado. Justin y ella tenían la misma edad, así que se hicieron amigos, una amistad que creció verano tras verano, mientras compartían excursiones en bicicleta, chapuzones en el lago, juegos en el jardín y largas conversaciones en el porche después de cenar.

Cada año, Emily esperaba entusiasmada reunirse con su «amigo de verano», como lo llamaba en secreto, y él, pese a su tranquilo carácter, recibía a su vecina temporal con evidente entusiasmo. A los doce años, se dio cuenta de que estaba colada por aquel chico generoso y paciente, y un año después, un día antes de que ella regresara a Chicago, ambos compartieron su primer beso. Fue un momento muy tierno. Durante el curso escolar, Emily recordó con frecuencia aquel beso dulce e inocente, mientras llenaba sus cuadernos de corazones con sus nombres entrelazados. Sin embargo, el siguiente verano, los padres de Emily decidieron enviarla a Europa, a un campamento en Francia,

donde podría practicar el idioma y conocer otra cultura. Emily lloró y suplicó ir a Oak Hill aunque fuera solo un fin de semana, pero sus padres se mostraron inflexibles. Al final, pasó un buen verano en Francia y durante el siguiente curso Brian Myers le pidió salir. Volvió a Oak Hill en visitas esporádicas en las que no coincidió con su amigo, y Justin quedó guardado para siempre en un rincón de su memoria, aunque, si era honesta consigo misma, siempre comparó con él a todos los chicos que vinieron después.

En sus recuerdos, Justin era un adolescente desgarbado, con los brazos y las piernas demasiado largas y el cuerpo flaco, así que no era de extrañar que no hubiera reconocido al hombre de cuerpo proporcionado y atlético que había abierto la puerta de su abuela.

—No te había reconocido —confesó con timidez, cuando consiguió recobrase de la impresión.

—Han pasado algunos años desde que nos vimos por última vez —señaló Justin, y Emily notó cierto calor en las mejillas porque recordó su último encuentro y aquel inexperto beso junto al lago Murray. Él sonrió, como si supiera por qué se había ruborizado, y una antigua y familiar corriente de simpatía se estableció entre ambos. Rompieron a reír, contentos y nerviosos por el reencuentro; después se fundieron en un abrazo. Los brazos de Justin eran cálidos y envolventes, como una comfortable manta, y Emily aspiró el agradable olor a jabón de su piel.

—Bien, bien, chicos, eso está mucho mejor. Érais muy buenos amigos y los buenos amigos no deben perderse —afirmó la abuela Rose—. Emily, sube la maleta a tu cuarto y luego baja a la cocina. Os prepararé un sándwich y después nos vamos los tres a la calle.

Una hora más tarde se encontraban en el interior del Palace, el antiguo cine del centro que había reabierto tras quince años cerrado y que se dedicaba a la reposición de películas antiguas. Los carteles anunciaban la exhibición de *Qué bello es vivir*, y la abuela Rose no quería perderse aquel clásico del cine

navideño. Los tres se acomodaron en las butacas tapizadas en rojo. Emily admiró el aire anticuado de la sala.

—Nunca había estado en un cine de estos —reconoció.

—Hay un cine moderno a las afueras, con salas enormes, pantallas gigantes y un sonido increíble, pero yo prefiero este viejo cine y, a veces, acompaño a tu abuela —explicó Justin, inclinando la cabeza hacia ella. Estaban tan cerca que Emily percibió la calidez que emanaba del cuerpo masculino y, durante unos segundos, se perdió en sus ojos de caramelo.

Las luces se apagaron para dar comienzo a la película. Emily se sumergió de lleno en la historia y se olvidó de todo. Empezó a llorar cuando un derrotado James Stewart se abrazó a su hija, y ya no pudo dejar de hacerlo durante el resto de la proyección. En algún momento, la mano de Justin se posó sobre la suya, reconfortándola, y Emily pensó que debería sentirse extraña, sentada en un viejo cine, viendo una película que se sabía de memoria, llorando como una Magdalena y cogida de la mano de un desconocido con el que una vez compartió juegos. Sí, debería sentirse extraña, pero lo cierto era que se sentía a gusto, como si estuviera exactamente en el lugar que le correspondía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Justin con ternura cuando encendieron las luces y el público empezó a abandonar la sala.

—Sí, sí —respondió mientras se secaba las últimas lágrimas de un manotazo, algo avergonzada—. Debo de parecer una tonta...

—En absoluto —aseguró él con voz suave—. Siempre llorabas cuando veíamos películas en el salón de mi casa.

—Tus hermanos se reían de mí.

—Mis hermanos siempre fueron unos idiotas.

A Emily se le escapó una sonrisa cómplice.

—Pero tú no. Tú me cogías de la mano, como has hecho hoy, y me defendías de sus burlas.

—Hmmm... En realidad, no recuerdo defenderte. Creo que tú sola te

bastabas para ponerlos en su sitio.

Emily se rio entre dientes mientras salían a la calle, pero enmudeció cuando vio que su abuela los miraba con ojos astutos y brillantes. Carraspeó nerviosa y se abrochó el abrigo. Había anochecido y la temperatura era más baja.

—Voy a volver a casa con Gretchen y su marido. Los he invitado a tomar un poco de tarta —dijo su abuela, señalando a una pareja mayor. Después, se volvió hacia ellos con expresión ladina—. Justin, tienes que enseñar a Emily la iluminación navideña. Nunca ha estado aquí en esta época y así verá que en Oak Hill nos tomamos la Navidad en serio.

Asombrada por las artes manipulativas de su abuela, Emily quiso protestar, pero Rose Duncan se alejó a un paso sorprendentemente rápido para una mujer que necesitaba del apoyo de un bastón.

—Me parece que tu abuela acaba de arreglarnos una cita —se rio Justin ante la evidente incomodidad de Emily.

—¡No puedo creerlo! —logró decir—. Lo siento mucho. No tienes que ir conmigo a ningún sitio si no te apetece.

—Por supuesto que me apetece, Emily —afirmó su viejo amigo—. Llevo años esperando verte de nuevo. Si hubiera sido un poco más valiente, le habría pedido tu teléfono a tu abuela, pero era un crío, y después... Bueno, después no parecía tener sentido, aunque siguiera pensando en ti.

Caminaron a través de las ajetreadas calles hasta la plaza del ayuntamiento, donde numerosos vecinos admiraban el precioso árbol de Navidad lleno de luces y coronado por una luminosa estrella. Lo contemplaron en silencio, aún aturdidos por la velada confesión de Justin. El aire olía a galletas de canela y a chocolate caliente. En un rincón de la plaza, un coro navideño cantaba villancicos.

—Te he echado mucho de menos —reconoció Emily, deslizando su mano en la de él. Entrelazaron los dedos y la invadió una sensación de calma.

—¿Te quedarás todas las vacaciones? —preguntó Justin, y su voz parecía

algo más ronca.

—Sí, hasta que empiecen las clases.

—Bien... Mañana podríamos ir a patinar, si te apetece. —Justin pareció titubear un poco, pero respiró aliviado cuando Emily asintió en silencio—. ¿Dónde estudias?

—Estudio Arte en la Universidad de Boston.

Justin se paró en seco y soltó una carcajada. Cuando se calmó, sonrió con un gesto travieso que le recordó un poco al antiguo Justin.

—Yo también estudio en Boston —explicó.

Los dos se miraron fijamente durante un buen rato. Él tenía los ojos brillantes y esbozó una bonita sonrisa que provocó un ligero estremecimiento en su acompañante. Emily supo que aquella sería la primera de muchas citas y que no tardaría demasiado en descubrir cómo besaba el nuevo Justin.

Oak Hill es una ciudad ficticia de Carolina del Norte y el escenario de la serie OAK HILL, que se publicará próximamente. La primera novela, La chica de su hermano quedó finalista en el Premio Vergara.

<https://www.facebook.com/marianviladrichescritora/>

Marion S. Lee

La tradición navideña

—¿Estás seguro de que no necesitas que vaya contigo? —preguntó Jimmy parado junto a la puerta.

Sean negó una vez más.

—No, ya te he dicho que esto puedo solventarlo solo. Estoy seguro de que al corgi de Laurie no le pasa nada. Pero un día le puede dar un buen susto con esa manía que tiene de comerse todo lo que cae al suelo.

—Espero que estés en lo cierto. Anda, lárgate ya e intenta no tardar demasiado. Prometiste que me ibas a ayudar con la cena.

Una sonrisa amplia y franca apareció en el rostro de Sean.

—Sabes que yo siempre cumplo mis promesas.

Se despidió de él con un beso y aguardó a que se perdiera tras la esquina. Solo entonces, Jimmy se apresuró a cerrar la puerta, girar sobre sí mismo y salir corriendo en dirección al trastero.

Cinnamon, la pequeña perra callejera que habían adoptado hacía ya tiempo se irguió al verlo correr, enderezó las orejas y fue tras él.

Jimmy sabía que tenía poco más de tres horas para adornar la casa para la Navidad. La salida inesperada de Sean se lo facilitaba. «Bueno, inesperada para él, pobrecito. Cuando se lo cuente, lo mismo no le hace gracia», conjeturó deteniéndose por unos instantes. Pero él sabía que merecería la pena, y Sean así lo entendería, estaba seguro de ello.

En realidad, no había tal urgencia. Al corgi de Laurie no le ocurría nada. Cuando él le contó que necesitaba sacar a Sean un par de horas de casa para poder darle una sorpresa, Laurie se prestó rápidamente a ayudarlo. Así, entre los dos pergeñaron aquella pequeña «mentirijilla», como la había denominado la mujer. Era una lástima que esas Navidades tuviera que recurrir a esos ardidés para decorar la casa.

Todos los años, Sean, Ali y él decoraban la clínica veterinaria. Esas Navidades estaban siendo diferentes para Sean. Ali se había marchado a vivir a Vermont con Frank hacía apenas un mes y no iba a estar con ellos durante las fiestas. Serían las primeras en las que los tres estarían separados desde que se habían conocido muchos años atrás.

Habían formado una pequeña familia muy bien avenida, y a Sean, que ese año Ali no pudiera estar con ellos, le estaba resultando especialmente difícil. Así que él decidió darle la sorpresa de decorar la casa por su cuenta; llenarlo todo de guirnaldas de luces, de espumillón y de caras de Santa Claus sonrientes. Ese año se esforzaría más que nunca porque, si había algo que le rompía el corazón, era ver triste a Sean.

Cinnamon se sentó a su lado y lo miró con aquellos expresivos ojos castaños.

—¿Y bien? ¿Me vas a ayudar a adornar?

El animal ladró y logró arrancarle una sonrisa.

—No esperaba menos de ti, cariño. Pero una cosa —le dijo esgrimiendo un dedo admonitorio delante del hocico—: nada de comerse los bastones de caramelo. No quiero tener una urgencia real esta noche, ¿entendido?

La única respuesta que le dio Cinnamon fue un leve gruñidito que a Jimmy le pareció que era de aprobación.

Se dio prisa en sacar todas las cajas. Durante años habían estado recopilando adornos navideños. Les gustaba comprar alguno cuando iban de viaje. Y, todas las Navidades, al árbol se añadía uno nuevo. Ese año no iba a ser la excepción.

Entró el abeto que había mantenido escondido en el patio de la vecina, a buen recaudo de la vista de Sean, y lo colocó en su lugar, delante de la gran ventana del salón que daba al jardín delantero. Era el sitio de honor. Así, cuando lo encendieran, las luces se podrían ver desde la calle.

Las cadenas pronto estuvieron enredadas entre las ramas, y luego le tocó el turno a los adornos. Satisfecho con su trabajo, emprendió la tarea de decorar el resto del salón. A ambos les gustaba la centelleante luz multicolor que ofrecían las guirnaldas. Tendió varias de ellas alrededor del hueco de la ventana y enmarcó el vano de la puerta. Colocó acebo sobre la chimenea y colgó tres calcetines en ella: uno para cada uno, y otro para Cinnamon.

Cuando terminó, se detuvo en medio de la estancia y miró a su alrededor. Para haberlo hecho en tiempo récord, y además solo, no estaba nada mal, convino con una sonrisa en los labios.

En ese instante, el móvil vibró con un mensaje de WhatsApp. Desbloqueó la pantalla para leerlo.

Laurie:

Va para allá. No he podido entretenerlo mucho más. Besos y suerte.

Le contestó sonriente y le dio las gracias por prestarse a ayudarlo. Se apresuró a aflojar las bombillas de la lámpara del salón y aguardó junto al árbol de Navidad.

No tuvo que esperar mucho. Tan solo habían pasado cinco minutos cuando escuchó las llaves de Sean hurgar en la cerradura y el sonido de la puerta al abrirse.

—¿Jimmy? ¿Estás en casa?

No lo quiso hacer esperar más: pulsó el botón de la alargadera eléctrica y las luces del árbol y todas las demás que estaban esparcidas por el salón cobraron vida y arrojaron cientos de destellos de múltiples colores, que bañaron el lugar.

El rostro de Sean lo decía todo. Se había quedado parado justo en la

entrada, con las llaves aún en la mano y con una expresión de total sorpresa dibujada en su rostro. Sus ojos iban del árbol a él una y otra vez.

—¿Cuándo has hecho todo esto? Vale, sí, sé cuándo lo has hecho. Quería decir...

—¿Que por qué lo he hecho? —preguntó él en su lugar mientras se acercaba muy despacio hasta donde Sean estaba. Buscó su mano, la apretó con suavidad y lo miró con toda la ternura de la que era capaz—. Sé que estas Navidades son difíciles para ti y que echas de menos a Ali; yo también la echo de menos. Por eso entendí que no tuvieses ganas de adornar la casa, pero también sé, porque te conozco muy bien, que no te gusta sentirte de esta manera, así que me he tomado la libertad de hacerlo para ti.

Sean volvió a pasear la vista por el lugar, muy despacio, y le gustó sobremanera la incipiente sonrisa que veía en sus labios. Cuando Sean terminó el calmado escrutinio, sus ojos recalaron en él y sintió que un dulce escalofrío le recorría la espalda.

—Me encanta lo que has hecho —le dijo. Acercándose más, enmarcó su rostro con sus grandes manos y depositó un dulce y suave beso en sus labios que lo dejó sin palabras por todo el amor que contenía—. Gracias.

—No las merece.

A regañadientes, Sean se separó de él, aunque lo abrazó por la cintura, lo pegó a su costado y juntos contemplaron cómo había quedado el salón.

—Está bien, ¿verdad?

—Perfecto. Ha quedado perfecto. Yo no lo habría hecho mejor.

—Lo sé.

De la garganta de Sean salió una carcajada que llenó la sala. Conteniendo la risa, Jimmy lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Qué tal el corgi de Laurie?

Observó cómo Sean torcía el gesto, divertido.

—Tengo la ligera sospecha de que esto ya lo tenías tramado de antes, ¿verdad?

Con un teatral gesto, Jimmy se llevó la mano derecha al corazón y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Oh! ¡Pero qué injuria! —exclamó tratando de que su sonrisa no lo delatara—. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

Entre risas, Sean lo abrazó tan fuerte como pudo y él cerró los ojos con evidente deleite.

—De nuevo, gracias. No sabía que necesitaba esto para sentirme mejor.

—¿A esto te refieres a abrazarme? ¿O a que haya convertido el salón en una tienda de decoración en época navideña?

—A ambas cosas.

Se separó de Sean con los ojos abiertos como platos.

—¡Lo olvidaba! Tengo algo para ti. Espera.

No le dio tiempo a que Sean protestara ni preguntara; salió corriendo al dormitorio y, unos segundos después, regresaba con una caja de medianas dimensiones entre las manos. Tan pronto como llegó junto a su novio, se la tendió.

—Toma, es para ti.

Sean la miró con escepticismo y dudó antes de recogerla.

—¿No es un poco pronto para intercambiar los regalos?

—No es mío. Mira el remite.

Lo vio leer con atención y observó cómo el semblante le cambiaba al comprobar quién enviaba aquel paquete.

—Es de Ali.

—Ábrelo —le ordenó, intrigado. Su amiga lo había llamado para decirle que les había enviado algo, y le prohibía expresamente que lo abriera sin estar los dos presentes.

Sean no perdió el tiempo. Lo que quisiera que estuviera en su interior estaba envuelto en papel de seda rojo que no dejaba adivinar de qué se trataba. Y también había una cuartilla doblada por la mitad. Sean la desdobló y leyó en voz alta:

Querido Sean;

Jimmy me ha dicho que estás algo tristón estas Navidades. Eso no puede ser. Me encantaría estar allí para darte algunas collejas aunque, tal vez, también vosotros deberíais darme alguna a mí.

Os echo mucho de menos, y me encantaría que estuviésteis aquí, conmigo y con Frank, para pasar las Navidades. Clarendon está precioso. Nunca había visto tanta nieve junta.

Como sé cuánto os gusta incorporar cada año a vuestro árbol algo típico de los sitios que visitáis, os envío un regalo para ver si pilláis la indirecta y venís a verme pronto.

Un montón de besos,

Ali

Sin esperar un segundo, Sean desenvolvió lo que había en el interior de la caja: era un delicado ángel de madera, cuyas alas, hechas con hermosas plumas blancas, brillaban gracias al efecto de la purpurina dorada.

Sin decir nada, Sean lo tomó y, con cuidado, lo colocó en la copa del abeto.

—Queda precioso, ¿no es cierto?

—Cierto. Claro que otra cosa no se puede esperar de Ali.

Abrazándose de nuevo por la cintura, los dos continuaron por unos instantes con sus miradas clavadas en la figura que se alzaba majestuosa en lo más alto del árbol.

—Feliz Navidad, Sean —le dijo al girar la cabeza para mirarlo.

El hombre le dedicó una sonrisa que expresaba mucho más de lo que se pudiera decir con palabras.

—Feliz Navidad a ti también.

Sean y Jimmy son dos personajes secundarios de Hasta que tú llegaste, primera parte de la biología Entonces tú.

<https://www.megustaleer.com/libros/hasta-que-t-llegaste-biloga-entonces-t-1/MES-095710>

<https://www.facebook.com/MarionSLee.escritora>

Mavi Tomé

La danza de la nieve

París, 25 de diciembre de 1623

El aleteo de las golondrinas en el cielo era solo un recuerdo; el borboteo del agua en las fuentes parecía cada día más lejano; a lo lejos, el repicar de las campanas de Nôtre Dame ponían un toque de alegría a la mortecina luz de aquella noche de invierno. Los árboles hacía tiempo que se habían desprovisto de sus hojas y los siempre vivos rosales estaban cubiertos por una espesa capa de nieve y hielo.

Una de sus blancas manos emergió de entre los pliegues de su capa color granate, ribeteada de armiño, alzando la palma al cielo. Trataba de coger uno de aquellos minúsculos copos que las nubes estaban descargando sobre la ciudad, blanqueando los tejados de pizarra azul del Louvre. Sintió cómo un escalofrío azotaba sus miembros al sentir el contacto de la nieve en su piel. Sonrió. De niña, la nieve también caía sobre la Villa de Madrid y los infantes y ella solían jugar a tirarse bolas o a hacer muñecos en los jardines del Alcázar. Muy lejos quedaban ya aquellos días. Tan lejos que se sentía más francesa que española.

Una suave melodía de flautas y mandolinas emergió de entre los muros del Palacio. Los primeros acordes de una danza y, seguidamente, los primeros pasos de los bailarines, cuyos escarpines taconeaban sobre el suelo.

Sus ojos negros miraron de forma indiscreta a través de una de las

ventanas. A un lado, un gigantesco árbol de Navidad iluminado por decenas de velas y adornado por un sinnúmero de guirnaldas de perlas y joyas que simulaban frutas de variado tipo. Era una costumbre relativamente reciente, importada de la corte austríaca. Cierta vez, leyó en uno de sus amados libros de la Biblioteca Real que san Bonifacio, cuando predicaba por tierras del norte, había arrancado una de las ramas del Árbol de la Vida bendecido por la sangre de Odín, el Yggdrasil, y lo había adornado con cientos de velas que simbolizaban la luz que era Cristo. Esa rama se convirtió en el árbol sagrado: el abeto.

Siguió mirando... Damas y caballeros iban ataviados con sus mejores galas, ocultando sus rostros tras antifaces que simulaban los de planta veneciana. Sobre una tarima improvisada, los tronos de los Reyes se alzaban sobre sus súbditos. En tanto que el Rey departía con el cardenal Richelieu, Ana de Austria alternaba su interés entre sus dos damas predilectas, a saber, Eugenie y Marie de Rohan, quienes la ponían al tanto de los últimos cotilleos. La rubia Eugenie, por su parte, coqueteaba con un mosquetero recién llegado a palacio. Un atractivo gascón de cabellos oscuros y boca siempre presta a la risa.

Suspiró.

Pensaba que Héctor, el Jefe de la Guardia de la Reina, acudiría a su llamada; pensaba que el mensaje que le había enviado sería tan elocuente como para propiciar un encuentro entre ambos en los jardines del Louvre. Mas parecía que su enamorado estaba más ocupado en entretener a la Reina en las largas noches que esta pasaba sola en su alcoba que en entretener a una jovencita como ella. Al fin y al cabo, jamás podría competir contra la reina de Francia.

Se arrebujó un poco más en su capa, frotándose los brazos con fruición. ¿Para qué, sabiendo que Héctor no acudiría, había dedicado tanto tiempo a su aspecto? No era de naturaleza coqueta, mas esa noche había echado mano a uno de los escasos vestidos de gala que poseía, un espectacular vestido de

raso rojo y encaje negro, cuyo escote dejaba ver el nacimiento sinuoso de sus senos. Ocultaba su rostro tras un antifaz color granate, como si el solo hecho de salir de su tan amada biblioteca pudiera robarle parte de su tan querido anonimato, como si le asustase el enfrentarse a la mirada verde de Héctor.

Los primeros copos de nieve comenzaron a caer sobre París, amenazando con una noche tan fría como su corazón.

Sin saber cómo, sus pasos la habían llevado a un arbusto de frutos rojos que, bajo el oscuro manto de la noche, parecían negros. Alzó la mano y acarició sus hojas puntiagudas. Al tacto, se pinchó cual si las hojas fueran agujas afiladas, y se llevó instintivamente el dedo injuriado a la boca para humedecerlo en saliva.

—Muérdago... —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Sus cabellos castaños crujieron al volverse. Ante ella, un hombre, tocado por un sombrero de ala ancha, la observaba; su rostro, oculto tras un antifaz. Su gallardía y apostura le eran familiares, incluso su voz le había sonado familiar.

Observó cómo el hombre se acercaba, dejando a su paso las huellas sobre el blanco tapiz que cubría los paseos del Louvre.

Ella sonrió. Sí, había venido.

—Al fin llegáis, Héctor.

El recién llegado enarcó las cejas bajo el antifaz, mas no osó responder.

—Pensaba que habíais olvidado vuestra promesa de danzar conmigo en el baile de Navidad...

—Ningún hombre que os conozca podría cometer tamaño desfalco —dijo él, tendiéndole una mano.

—Celebro oírlo.

Se acercó al hombre embozado, que no dejaba de mirarla. Sin ningún tipo de recato, vio cómo sus ojos recorrían su cuerpo cual si quisiera desnudarla. Sonrió, segura del éxito que su atavío había producido en el recién llegado. Empero, su seguridad se esfumó al recordar un detalle importante...

—No sé por qué os he citado para bailar juntos... Yo no bailo demasiado bien... —confesó ella.

—¿Os cuento un secreto? —Se acercó quedamente a ella, sonriendo bajo el paraguas de su bigote—. Yo tampoco.

Sonrieron. Ella asió la mano que él le ofrecía y comenzaron a bailar, siguiendo la melodía que los músicos del Louvre tocaban, girando sobre sí mismos. Sobre ellos, pequeños copos de nieve caían como pequeños diamantes al reflejar las luces que del Palacio emanaban. Danzaban bajo la nieve, juntos, muy juntos. Danzaban como si toda la vida hubieran bailado juntos. Pasos del pasado. Pasos del futuro.

Ella dejó descansar la cabeza sobre el pecho del hombre, aspirando su olor. Olía a salvia, olía a césped recién cortado. Sintió sobre su frente el picor de su barba, un roce de aquella boca que depositó un fugaz beso sobre la frente de la chica.

La joven alzó la vista. Se fijó en los ojos del hombre, de un oscuro color negro como la noche y brillantes sobre el fieltro del antifaz. Hubo de reprimir un grito de asombro: no era Héctor. El mosquetero tenía unos preciosos ojos verdes, ojos de gato. Y, sin embargo, aquel hombre desconocido la había hecho vibrar, sentirse querida, elevada sobre el mundo y sobre todo. Tantos años en la Corte de Francia, tan alejada de su España natal y de los suyos, habían hecho que olvidara el calor humano. Un calor que ansiaba que Héctor pudiera darle. Calor que el militar había destinado a su Señora, a la mismísima Reina de Francia.

Y seguían girando. Seguían danzando... La nieve los envolvía mientras giraban con cada uno de sus pasos.

Ahora él la agarraba de la cintura. Ahora ella saltaba. Espalda con espalda. Pasito al frente, pasito a un lado. Sonrisas. Frío en el ambiente. Calor en sus corazones.

De pronto, se dio cuenta de que, sobre ellos, se hallaba el muérdago.

—Muérdago... —dijo la joven.

Los ojos de él, fijos en los de ella. Su rostro barbado, cada vez más próximo.

Aquel hombre no era a quien esperaba, mas había algo en aquel rostro, en aquellos labios, que la atraía como el fuego a las polillas. Sabía que revolotearía sobre brasas hasta quemarse, sabía que podría arrepentirse de lo que iba a hacer. Siempre había sido dueña de sí misma, manteniendo un control absoluto sobre sus emociones. Mas ¡qué demonios! ¡Era Navidad! ¡Era una noche! ¿Cuándo volvería a verlo? Tal vez nunca. Tal vez era un fantasma. Una ilusión...

Antes de darse cuenta, los labios de él estaban sobre los de ella, sus lenguas danzando, sus cuerpos frotándose. Sintió como un escalofrío recorría su cuerpo de joven mujer apenas salida de la adolescencia. Sintió como el desconocido hundía sus dedos entre los cabellos castaños de la chica, como una de sus manos se enredaba en su cintura y la apretaba contra sí. Ella ahogaba sus gemidos con sus besos

Al separarse, él quiso decir algo. Los dedos de la joven se apoyaron sobre sus labios.

—No digas nada de lo que podamos arrepentirnos y sigue siendo Héctor. Sé que no vendrá, mas conservaré en mi retina este primer beso contigo. Seas quien seas, gracias por esta noche. Gracias por mi primer beso.

Ella sonrió tristemente y salió corriendo del lugar. Sus escaarpines colorados dejaban huellas sobre el suave tapiz blanco que la nieve había creado a su alrededor.

Quiso seguir a la mujer desconocida, mas una voz hízole volver.

—Artal, ¿dónde estás?

—Voy presto, Pierre.

Sus pasos lo llevaron junto a su compañero, mas sus ojos siguieron la estela que la joven desconocida había dejado tras de sí antes de desaparecer definitivamente tras los muros marmóreos del Palacio del Louvre. ¿Quién sería aquella joven?

Tal vez, en un futuro volvieran a coincidir...

Tal vez, supiera su nombre...

Tal vez... Solo tal vez.

Y sobre los tejados del Louvre, amparado por la oscuridad de la noche y el anonimato de un antifaz, una figura observaba a ambos amantes que parecían separarse para siempre. Una figura que parecía haberse convertido en estatua de mármol, a juzgar por su inmovilidad. Sus cabellos castaños, anudados en una coleta baja, ondearon con el viento al compás de su larga capa de color negro.

Y de sus labios, un ruego:

—Quien espera, desespera. Espero que sepas lo que haces, Aurora. Espero que no tengas que arrepentirte de esto algún día...

Aurora, Artal, Héctor, Eugenie y Ana de Austria son personajes que podréis encontrar en la bilogía La menina y el mosquetero.

<https://www.megustaleer.com/libros/menina-del-louvre-la-menina-y-el-mosquetero-1/MES-104566>

<https://www.facebook.com/mavitomeautora/>

Mayte Pascual
La amiga... ¿invisible?

—**H**ola, guapa. —Nel llega taconeando hasta mi mesa y me da un sonoro beso en la mejilla—. ¿Está tu jefe?

—No, lo siento, Marcos no está. —Me estiro disimuladamente contra el respaldo de la silla. Llevo dos horas sin parar de teclear como una loca—. Se ha ido con unos clientes, así que no creo que vuelva hasta la hora de comer. Si es que vuelve, ya sabes...

—Bueno, tampoco pasa nada, no te creas.

—¿Y perderse lo del amigo invisible? Ni hablar, ya me encargo de recordárselo.

—Eres una petarda.

—Llámame lo que quieras, pero no pienso perderme tu cara cuando le des el regalo.

—Ja, ja, graciosa.

—Por cierto, ¿qué le has comprado?

—Una máscara de Darth Vader. —Nel se ríe como una loca al observar mi expresión—. Que nooo...

—Conociéndote...

—Ganas no me han faltado, pero esas cosas cuestan una pasta. Le he comprado una botella de vino y otra de Moët, a ver si se anima un poco. Y a ti, ¿quién te ha tocado?

—Buenas tardes, chicas. —Marcos se detiene tras nosotras, esperando el ascensor.

—Buenas tardes. —Las dos recomponemos nuestros rostros y adoptamos una actitud profesional.

—Carlota, pásame ahora el contacto del catering.

—¿El catering? —Intento no poner cara de boba, pero no tengo ni idea de lo que me está hablando.

—Claro, mujer. ¿No tenemos esta tarde la fiesta del amigo invisible?

—Hombre, fiesta, fiesta...

—Llámallo como quieras. Pero había pensado que podríamos hacer un cóctel a la hora de comer, darnos los regalos y cada cual que haga después lo que quiera. Os doy la tarde libre.

—Pues va a ser verdad eso de que en Navidad no hay nada imposible...

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. —El ascensor me salva de esta situación surrealista. Mientras subimos a la planta quince, evito mirar a Nel a toda costa, que se está tapando disimuladamente la boca, aguantándose la risa.

—Gracias por tu ayuda. —Miro a Nel con cara de circunstancias, pero ella, con un gesto de la mano, le quita importancia—. No sé qué bicho le ha picado a Marcos para organizar todo este despliegue...

Observo a mi alrededor, sorprendida aún por lo rápido que hemos colocado el buffet que Marcos se ha encargado de pedir personalmente. Y yo que lo tenía por el señor Scrooge... La Navidad causa estragos hasta en los corazones de hielo, está claro.

—Tú, ahora, lo que tienes que hacer es estar tranquila... Y disfrutar.

—Qué fácil es decirlo. Estoy histérica.

—¿Por la organización o por el regalo? —Pongo cara de terror y Nel me

abrazo, risueña—. Venga, chica, échale valor. Solo tienes que encontrar el momento ideal...

Los compañeros comienzan a llegar, encantados con los nuevos planes. Nel me guiña un ojo y se va a hablar con los de laboral. Y yo trato de parecer feliz y despreocupada, cosa que consigo hacer a la perfección hasta que llega el momento de intercambiar los regalos. Espero mi turno hecha un manojo de nervios, riendo histérica ante las caras de sorpresa de mis compañeros al descubrir sus presentes y echándole miradas furtivas al objeto de mis desvelos.

—Bueno, me toca a mí. —María se acerca y me tiende un paquete azul brillante—. Espero que lo disfrutes.

Le doy un abrazo cuando descubro una suave bufanda en colores pastel.

—Allá voy... —Me acerco tímidamente a Omar, rezando para que no me tiemble la voz—. Espero haber acertado contigo.

Omar me mira sonriente y comienza a abrir el paquete que con tanto esmero me he ocupado en envolver. Lo hace con cuidado, separando los lazos, despegando el papel sin llegar a rasgarlo.

—Madre mía... —susurra casi para sí. Con tremenda delicadeza, saca su regalo y me mira sorprendido—. ¿Cómo sabías...?

Me encojo de hombros, sonriéndole como una boba, mientras me siento morir bajo su mirada de gratitud y admiración.

—¿Qué es, qué es? —María se acerca curiosa—. ¡¿Un muñequito?! —

—Un amigurumi —soltamos los dos al mismo tiempo.

—Un... ¡¿qué?! —María nos mira como si fuéramos extraterrestres.

—Amigurumi —aclara Omar, enseñando su regalo a todo el mundo—. Es como... un amuleto, para mantener vivo al niño que llevamos dentro. —Acaricia tiernamente la cabecita del héroe—. A mi sobrina le vuelven loca y tiene algunos muy originales... Pero ninguno como este.

—Es monísimo... —Nel se acerca a admirarlo y me guiña un ojo discretamente—. Y con la taza a juego...

—¿Cómo sabes que me encanta Superman? —susurra Omar a mi lado cuando ya todos hemos abierto nuestros regalos.

—Tengo mis fuentes. —Intento no desmayarme cuando me rodea los hombros con su brazo. Imposible explicarle todo lo que sé de él, todos los pequeños detalles de su existencia que he ido recogiendo al vuelo de conversaciones fugaces y atesorando en mi corazón.

—Es genial.

«Tú sí que eres genial», estoy a punto de decirle. Pero noto como me voy sonrojando y no soy capaz de mover ni un músculo.

—Me alegro de que te haya gustado —digo a cambio. Salgo disparada de allí antes de correr el peligro de lanzarme a sus brazos, y me refugio entre Mario y Nel, que están de charla junto a la mesa de bebidas. Soy consciente, durante los minutos que intento ser partícipe de la conversación, de las crípticas miradas que me lanza Omar.

—¿Te acuerdas de lo que te dije del momento adecuado? —me susurra Nel, aprovechando el instante en que Mario le cuenta a Sara dónde pasará las fiestas—. Pues no lo busques, créalo tú misma.

Sigo la trayectoria de su mirada y veo como Omar se dirige hacia su despacho. Y no sé qué me pasa, porque esto no es propio de mí. No sé si Nel, mi Pepito Grillo personal, me da los ánimos que me faltan o es esa copa de cava que me he bebido de un trago, pero alcanzo a Omar en el pasillo y respiro hondo.

—Omar...

—¿Sí?

—Yo...

Omar me enseña el amigurumi con una sonrisa.

—Mi nuevo amigo y yo nos vamos con los chicos a tomar unas cañas. ¿Te apuntas?

—Sí. Bueno... No sé, el caso es que...

Me acerco un poco más a él y su aroma me acaricia el alma. ¿En serio voy

a ser capaz?

—¿Te encuentras bien, Carlota?

—Muy bien —digo, sonriendo ante su gesto de preocupación—. En realidad, siempre me encuentro bien si tú estás cerca. —Ya está, lo he soltado. Aprovecho que Omar se ha quedado sin habla para continuar antes de que el miedo me obligue a salir corriendo—. Porque siempre sé cuándo estás cerca, porque disfruto oyendo tu voz, aunque no sea conmigo con quien hables, porque me encanta verte, cruzarme contigo, aunque solo sea un segundo. Porque me gustaría ser más que una compañera y una amiga invisible.

Omar me mira con sorpresa.

—Yo... No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. —Tierra, trágame y llévame a un lugar profundo.

—Espera, no te vayas. —Omar se acerca rápidamente a mí antes de que alcance la puerta—. Es solo que... No me esperaba todo esto. —Me mira fijamente a los ojos—. ¿Es en serio?

Asiento con la cabeza, incapaz de decir nada más.

—Yo... —Se acerca un paso más a mí. Siento el calor que emana su cuerpo, su respiración agitada, su aliento cálido—. Se me dan muy mal estas cosas. —Acaricia mi mejilla, apartando un mechón rebelde que quedó enganchado en mi pendiente. El simple roce de su mano en mi piel me hace temblar. Admiro sus brillantes ojos ambarinos, me atrevo a deslizar los dedos por su masculino mentón, por su barba de tres días, por el filo de su boca... Mis labios se abren para recibirlo como tanto han deseado desde siempre y sus brazos me envuelven, como si yo misma fuese el regalo más especial. Cuando el beso acaba, Omar sigue muy cerca, observándome con una nueva mirada en la que ya no soy invisible, por fin.

—No se te dan tan mal estas cosas, te lo aseguro. —Apoyo mi frente contra la suya y cierro los ojos, disfrutando del contacto de su piel, de su respiración agitada que se acompasa con la mía.

—¿Crees que... —susurra a un milímetro de mi boca, acariciando mis labios con los suyos— podrías dedicarme tiempo para tratar de mejorarlo?

—Creo que... —digo, perdiéndome en sus ojos— tengo todo el tiempo del mundo.

Carlota es un personaje de la novela Si yo te contara..., de la serie Todas para una.

<https://www.megustaleer.com/libros/si-yo-te-contara-serie-todas-para-una-2/MES-095141>

<https://www.facebook.com/maytepascual.autora/>

Mía Martín

No sé qué nombre darte en mis sueños

«No sé qué nombre darte en mis sueños».

Había vuelto a soñar con ella.

Con la cabeza gacha, la espiaba mientras disimulaba leer sus apuntes sobre la última ponencia a la que había asistido; la terminología cromática de la generación del 27. Dejó el bolígrafo a un lado y suspiró.

Dos mesas más allá y cerca del enorme ventanal de la cafetería: ella, un cálido contrapunto a la suave llovizna que caía en el exterior. Flora Sabonis negó con la cabeza y frunció el ceño. «No, ella no. ELLA». Ya que le estaba dinamitando la vida, lo mínimo que se merecía era el uso de las mayúsculas.

ELLA, ajena por completo a todo el tumulto de sentimientos encontrados que le generaba, picoteaba de una bolsa de fritos y garabateaba en un folio lo que fuera en lo que estuviera trabajando. Había dos tomos de lo que parecía un tratado sobre política medio ambiental a su lado. Flora Sabonis no pudo evitar sonreír cuando la vio chuparse la yema de los dedos. Uno a uno. Volvió a repetir muy bajito y con reverencia, solo para sus oídos: «no sé qué nombre darte en mis sueños».

En un instante de locura, pensó escribir la frase en su libreta y dejar la hoja perfectamente doblada en dos sobre su mesa, cerca de los folios, antes de desaparecer «para siempre». Resopló y se rellenó un vaso con el chocolate caliente que se había traído de casa en un termo. Tenía que rebajar el nivel de

drama por el que regía su vida. Volvió a estudiarla mientras daba pequeños sorbos a su bebida. ¿Por qué no se animaba a invitarla a la fiesta navideña que iba a dar en su apartamento, por el fin de las clases? No requería ningún esfuerzo de su parte. Lo había hecho cientos de veces. Era célebre por su don para la conversación fácil. Se trataba de acercarse y saludarla; compartían profesor. Podría entrarle por ahí. «Hola, perdona que te moleste. Mira, lo cierto es que me importa un carajo el señor Rinaldi, solo quería decirte que eres la cosa más adorable que he visto jamás y me muero por respirarte, embeberme de tus labios y atragantarme contigo mientras retozamos entre las sábanas, las tuyas o las mías, lo que tú prefieras». Quizás, para una primera conversación, sería mejor ahorrarse la parte del voyerismo psicótico y desenfrenado. Se entretuvo imaginándolas entre las colchas canela de su cama. Se mordió los labios. ¿No había señales para saber si a una chica le iba el rollo? Sacó el móvil del bolsillo de su cazadora y googleó: señales para saber si una chica está por ti. Ojeó con indiferencia los links de chico busca chica. ¡Puag! Tíos heteros desesperados por ligar. Dejó el móvil a un lado. Se había convertido en una tía desesperada por ligar. ¡Doble puag! Sus ojos volaron hasta ELLA, aun antes de que tuviera tiempo de procesar la información. Se recogía la melena negra en una coleta en lo alto de la cabeza. Había dejado de llover y su silueta quedó enmarcada por los últimos rayos de ese sol anaranjado otoñal que envolvía a Roma en un caos de colores y olores que la dejaba abotargada. Permaneció absorta observándola en ese gesto cotidiano. Tan tierna y suave se le antojó que deseó poseer el duende del verdadero poeta. «Hoy sería capaz de componerte los versos más desesperados». Bajó la vista por miedo a que la pillara ensimismada y babeando.

Se sabía incapaz de acercarse para invitarla a su fiesta de Navidad, sin embargo, la maldita idea ya estaba ahí germinando; tentándola. Y la tentación era tan irresistible como peligrosa. Comprenderlo también la cabreaba. «Idiota, obtusa, mojigata». En un acto de rebeldía consigo misma, tomó su libreta. Aferró el lápiz entre los dedos. Musitando un «a la mierda», lo

escribió. Letra a letra, recreándose en el trazo de las consonantes. No sé qué nombre darte en mis sueños. Remató la última *s* con un garabato muy artístico. Luego sombreó las vocales. Se tomó su tiempo, quería que le quedara bonito. No, deseaba que reflejara la impresión tan honda que ELLA le provocaba en el alma. Desde que había sido capaz de enfrentar la verdad sobre sí misma, veía al mundo y a los demás con ojos benévolos. Se sentía exultante. Alejó la libreta y estudió su caligrafía. No le había quedado del todo mal, aunque ni muchísimo menos reflejaba una mínima parte de lo que ella le inspiraba; de las ganas que le tenía. De las ansias que experimentaba cuando se sentaban cerca en clases o cuando ELLA, debido a un cruce casual de miradas, le sonreía y su mente volaba en caída libre imaginando mil escenarios diferentes. Temía el paso del tiempo y detestaba su inacción. Le horrorizaba que todo lo que estaba viviendo, tan intenso y desgarrador, quedara para ese mundo onírico y lejano del subconsciente y las fantasías; como algo prohibido sobre lo que hay que guardar silencio. «Los trapos se lavan en casa, Florita», solía decirle su *mamma*. Flora no deseaba convertirse en un secreto. ¿Y si llegaba un día en el que al verla de lejos bajando las escaleras o recogiendo esa melena azabache no se le dispararan las pulsaciones? Se cerró a ese pensamiento. Quería que todos supieran. Quería que ella supiera. Mirarla a los ojos con decisión; enfrentarla. «¡Mira lo que me has hecho! Estoy loca por ti. Sí, tú, la que no sabe hacerse una cola de caballo y se chupa los dedos como una niña de cinco años cuando come Doritos».

—Hey, ¿se puede saber qué haces?

Flora brincó en su asiento. Su primer instinto fue cubrir el papel que le había escrito, así que se lanzó sobre él. Luego se molestó por haber sido pillada *in fraganti* en su oscuro secretillo. Más tarde sería capaz de meditar lo poco que importaba que Paolo leyera lo que había escrito.

—*Caccio* —siseó Flora enfurecida, encarando a su amigo—, ¡qué susto me acabas de pegar! Vete por ahí, *stronzo*.

Paolo elevó una ceja y, durante unos segundos, se dedicó a observarla.

Flora ignoró la pregunta detrás de ese gesto y recolocó sus papeles. Sin inmutarse por la retahíla de insultos que acaba de endilgarle, Paolo Mazzini tomó asiento a su lado.

—¿No te has planteado —le susurraba la joven mientras empujaba a una esquina de la mesa el papel con la frase inculpatoria— que tal vez estaba concentrada estudiando?

—Aja, sí —musitó Paolo con aire distraído—, concentrada se te veía. —Alargó una mano y se dedicó a examinar sus apuntes—. ¿Otra vez con el coñazo de la poesía española?

—¿Coñazo? Yo diría que es la polla —lo acicateó—, pero supongo que es cuestión de perspectiva, ¿no?

—Oh, por Dios, el feminismo acabará conmigo. Pido humildemente perdón —se llevó las manos al pecho simulando arrepentimiento—, se me escapó. A ver, veamos, déjame concentrarme. ¿Otra vez con el: rollo, plumazo, aburrimiento crónico, la muerte agónica...?

—Es mi tesis de final de carrera —lo interrumpió para que cerrara el pico—, ¿sobre qué quieres que investigue? ¿Física cuántica?

—Mira que había temas, y vas y eliges —parecía costarle qué palabra escoger. Señaló con un gesto de hartazgo sus folios— eso

.—Hola, Paolo, disculpa... —Flora se giró hacia la voz que había hablado a sus espaldas—. Ah, hola...

Y allí estaba. Su particular flor de loto caucásica. La mujer que envenenaba sus sueños, preciosa y envuelta en una bufanda naranja de nudos, kilométrica, y un abrigo tres tallas más grandes. A Flora le gustaba mucho desempaquetar cosas. ¿Cuándo había abandonado la mesa del fondo? Paolo, mucho más espabilado que ella, estuvo rápido de reflejos.

—Flora. Flora Sabonis. ¿No estáis juntas en alguna clase?

Flora le dedicó una mirada especulativa a su amigo y se puso en pie, arrastrando la silla. Alargó la mano, la joven se la estrechó a su vez y sonrió. Una sonrisa ancha, cálida y cautivadora. Esplendente. Su poesía era mierda.

«Hola, chica sin nombre. Me muero por ti».

—Sí, cierto, la de Rinaldi, ¿verdad? Soy Mina Pastriani. Encantada.

«Oh, eres Mina. Hola, Mina, me muero por ti».

¿Pastriani? ¿No era ese el apellido del marido de Michela?

—Encantada. —Flora, que hacía verdaderos esfuerzos por disimular la expresión bobalicona que estaba segura portaba como una señal luminosa, se echó a reír porque los nervios no le permitían hacer otra cosa, era eso o babearle la mano—. Sí cierto, estamos juntas con Rinaldi.

«Idiota, obtusa, mojigata».

Mina bajó la vista hacia la mesa y Flora supo el instante exacto en el que leyó la maldita frase. Entonces alzó la cabeza y la miró. La intensidad con la que esos ojos alargados y oscuros se fijaron sobre los suyos, con pertinaz insistencia, la congeló en el sitio. Y el mundo quedó en un segundo plano; no ausente, solo aislado.

—Si mis ojos se cierran, es para hallarte en sueños —comenzó a recitar Mina Pastriani en un perfecto español, sin dejar de mirarla— detrás de la cabeza, detrás del mundo esclavizado. En ese país perdido que un día abandonamos sin saberlo...

Paolo tosió.

Mina rompió el contacto visual. El mundo se hizo presente agobiándola con los sonidos y olores de la cafetería. Flora maldijo a su amigo, siguió desesperada la dirección de la mirada de Mina. Tantas preguntas que la asediaban. ¿Te pasa lo mismo que a mí? ¿Acaso lo he imaginado? ¿Es real?

—Perdón, perdón —se disculpó Mina manoteando al aire—, es que soy una apasionada de Cernuda. Me viene por parte de madre. Es española, de Asturias —les explicó, y Flora percibió, como una energía tangible, el nerviosismo que se apoderó de la joven. También ella sentía el estómago enroscado y el aliento entrecortado.

—Voy a dar una fiesta de Navidad —soltó de sopetón, sin meditar nada más—. Será la semana que viene por el fin de las clases, ¿te apetecería venir?

—Oh, sí, claro, ¿por qué no? —Mina se recolocó la mochila en los hombros y les dedicó un escueto gesto de cabeza en señal de despedida—. Bueno, tengo clases, hasta después.

—Oye, Mina, ¿no me querías decir algo? —intervino Paolo desde su asiento.

Flora y Mina volvieron sus cabezas y lo contemplaron como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente.

—Ah, sí, sí —Sabonis ocultó una sonrisa felina al verla remover las manos en los bolsillos de su abrigo—, era sobre los apuntes. Si tenías los de Carletti...

—Uh, me da que no, siempre me salto sus clases. —Paolo se encogió de hombros al tiempo que se balanceaba sobre las patas traseras de la silla. ¿Estaba ligando con su chica?—. Es algo insufrible.

«Y tan insufrible, sabandija traicionera».

—Uy, ni que lo digas. —Y se echó a reír. y Flora sonrió a su vez porque le resultaba físicamente imposible no devolverle la sonrisa o arrojarse a sus pies y besarla de arriba abajo.

Mina volvió a despedirse y dio media vuelta. Flora se concentró en la coronilla de Paolo Mazzini. Estaba más que dispuesta a abrirle la cabeza a su amigo de un coscorrón.

—¿Flora?... Disculpa de nuevo.

Sabonis giró sobre sus pies a la velocidad de la luz. Lo de hacerse la interesante ya mejor para otro día.

—¿Síiii? —¿Era ella la que acababa de soltar un jadeo?

—No me diste tu número de móvil. —Mina pareció esperar una respuesta y, al no recibirla añadió en un tono grave que a ella se le clavó en un punto del plexo solar y le cortó el respiro—. Para la fiesta...

Flora parpadeó varias veces. ¿Acaso estaba soñando? ¿Podía ser cierto que Mina PASTRIANI se le estaba insinuando?

—Ah, sí, sí... —balbuceó Flora con nerviosismo; rebuscaba su móvil por

la mesa—. Por supuesto. Apunta.

Mientras la veía alejarse y desaparecer por las puertas dobles de la biblioteca Angelo Monteverdi, comprendió que ya podía darle nombre a la chica de sus sueños.

Flora Sabonis, prima de Lukas Sabonis, es un personaje que aparece en *Di mi nombre*, primera parte de la trilogía *Samsarí*.

<https://www.megustaleer.com/libros/di-mi-nombre-triloga-samsar-1/MES-091300>

<https://www.facebook.com/mia.martin.14224094>

Mina Vera

Un encuentro succulento

Eran las nueve. Llegaba una hora tarde, reconoció Cristina sin auténtico remordimiento. La intensa nevada que caía sobre Barcelona la golpeó a la salida de la boca de metro de Diagonal, próxima a la que había sido su casa hasta hacía cinco años.

Se había prometido a sí misma que desterraría los agravios sufridos y pasaría una velada agradable en familia. Por unas horas, no sería la oficial Cristina Suárez, de la Policía Nacional. Sería Cris, la pequeña de cuatro hermanos, todos con brillantes empleos y matrimonios perfectos. Solo que ella no tenía ni pareja ni el trabajo que su familia deseaba.

«Con tu inteligencia, podrías haber trabajado en un bufete importante, incluso en un juzgado, y no pegando tiros en la calle, con unos horarios del demonio y arriesgándote a que te maten», era una de las muchas críticas que escuchaba en cada encuentro familiar.

O la última y más hiriente de todas: «¿Qué clase de chica sale con un hombre hoy y a la semana siguiente con otro? ¿Sabes cómo llama la gente a eso?».

Tras escuchar aquello, había decidido levantarse de la mesa tan rebotante de comida como de miradas de reproche y largarse sin mediar palabra. No sabía si un año sin verle la cara a su hermano habría curado las heridas.

¿Por qué no podía aceptar tomar un café con un hombre y, días después,

quedar con un amigo que no tenía ninguna intención romántica ni sexual para irse al cine o de cañas?

Prejuicios. Su hermano veía en ella a alguien que se había salido de su estereotipo sobre las mujeres. No era delicada, sonriente y servicial como sus hermanas. No quería tener hijos ni un trabajo fino que no estropeará su manicura.

Ella había dirigido todos sus esfuerzos a su vocación: defender a los ciudadanos a través de la Ley. No en un tribunal, como su padre —quien había pagado su carrera de Derecho— había sugerido, sino en la calle. Aunque lo cierto era que pasaba más horas sentada delante del ordenador de lo que desearía.

Esa noche tenía su habitual dolor cervical y los ojos cansados de revisar datos sobre su último caso. La nieve apenas la dejaba ver y el congelado pavimento no ayudaba a que sus pasos fueran rápidos.

Aun así, sus sentidos permanecían alerta. Al doblar la esquina de una solitaria calle, echó mano a su cintura y pegó la espalda al edificio. El hombre que la seguía impactó contra la pared cuando una fuerza inesperada lo empujó por el pecho, cortándole la respiración. Al momento, se vio con el cañón de una pistola clavado en su garganta.

—¡Santi! —Cristina apartó el arma en cuanto lo reconoció—. ¿Cómo se te ocurre seguirme como un delincuente?

—¿Era necesario encañonarme? —Santiago Velázquez recuperó el aliento y la compostura—. ¿No te habría bastado con una llave inmovilizadora o algo así?

—Estás mejor con el susto que con el dolor de un brazo retorcido. Como fisioterapeuta, deberías saberlo.

Ambos se quedaron mirándose en un silencio algo incómodo, con la adrenalina del momento aún crepitando en el aire.

—Estoy metida en un caso... peligroso —justificó al comprender que se había excedido—. Tengo que vigilar mis espaldas, y tú has actuado de forma

sospechosa.

—Lo siento. Te he visto saliendo del metro y estaba pensando cómo abordarte. —Cristina alzó una ceja con suspicacia. Santiago rememoró los momentos que había pasado pensando en ese rostro impenetrable. Ella ya había acabado sus sesiones de rehabilitación y él consideraba lícito salir con una expaciente. A ella había parecido agradaarle la idea. Sin embargo, llegado el día no se había presentado—. En el sentido de abordar una conversación, no de amordazarte y meterte en una furgoneta, quiero decir.

—Ya. Porque supondrías que voy armada y que, además, podría contigo en un cuerpo a cuerpo.

—Tú lo has dicho. Suponerlo, no saberlo a ciencia cierta. Ya que no acudiste a nuestra cita ni respondiste a mis llamadas. Quería que supieras que dejé de llamarte para no parecer un acosador, no porque no quisiera verte y saber qué te había sucedido.

«Que mi hermano me llamó algo muy feo ante toda mi familia y se me quitaron las ganas de ver a ningún hombre», pensó ella, aunque en lugar de decírselo, decidió disculparse.

—Lo siento. Debería haberte dado una explicación. No te merecías el plantón ni el desplante.

Su gesto era triste pero inequívocamente sincero. Santiago había aprendido a captar esas cosas en su trabajo. Tratar de aliviar males físicos conllevaba su parte de psicología. Era como, si al estar expuestos ante él, confiándole las dolencias de sus cuerpos, los pacientes no pudieran evitar confesar las magulladuras de sus almas.

Cristina había entreabierto su coraza a medida que él calmaba la tensión de sus cervicales y deltoides. Él había observado su rostro mientras permanecía con los ojos cerrados y le explicaba lo duro que había sido que su familia no aceptara su decisión de ingresar en la Academia de policía. Lo difícil que era mantener una relación con sus horarios y los peligros inherentes a su trabajo. Lo mal que llevaban algunos hombres que ella fuera más fuerte que ellos. Y la

de gilipollas que se había llegado a encontrar, pidiéndole todo tipo de memeces, como que les dejara disparar su arma o que los apuntara con ella mientras se los tiraba. Estaba tan harta que estaba barajando la posibilidad de anular todo tipo de contacto social.

Tal vez, por eso, él se había lanzado y le había propuesto ir a patinar a la pista de hielo que se montaba por Navidad. El ejercicio le vendría bien para recuperar su forma física y, después, podían tomar un chocolate caliente y charlar.

—Aún puedes resarcirte —se oyó proponer a sí mismo.

Había pasado un año, él había sentido su orgullo pisoteado... Pero ¡qué demonios! Esa mujer tenía algo que le calentaba la sangre. Y, en esos momentos, para él no hacía dos grados, sino treinta. El termómetro subió a cuarenta cuando ella sonrió de medio lado y se apartó unos copos de nieve de las larguísimas pestañas que enmarcaban unos brillantes ojos grises, acompañando el gesto con un latigazo de su oscura melena lisa al apartarla hacia atrás.

—¿Ah, sí?

—¿Tienes plan para esta noche? —Según lo decía, se sintió estúpido—. Claro que lo tendrás. Es Nochebuena.

—¿Tú no lo tienes?

—Me han cancelado el vuelo. Por la nieve. —Señaló el ligero petate que cargaba en un hombro—. Iba a casa de mis abuelos, una gran cena familiar, pero esta noche estaré solo. Tal vez mañana consiga que me reubiquen en otro avión —auguró esperanzado.

—Ven conmigo. —Esa vez, fue Cristina la que se sorprendió de sus palabras.

Santiago le había parecido un encanto desde el primer día. Solo había visto su rostro al entrar y al salir de la consulta, pero el tacto de sus manos siempre le había parecido más agradable que el de ningún otro especialista que hubiera visitado después; el tono de su voz le resultaba de lo más

seductor... y aquel olor a bálsamo que emanaba era embriagador.

Cristina había tratado de evitar pensar en ello. Pero él había dado el paso y, por primera vez, lo había mirado de verdad, apreciando su fuerte mentón enmarcado por una corta melena oscura y rizada, la expresividad de sus ojos negros, la calidez de su sonrisa. Acabó ruborizándose al reconocer que había pensado en cómo sería sentir sus grandes manos más allá de su cuello y sus hombros.

—¿Con tu familia? —preguntó sorprendido.

—Sí. O... no, espera. Los llamaré y les diré que hoy tendrán que criticarme a mis espaldas. Hagamos algo increíble y diferente por Nochebuena.

No se lo tuvo que proponer dos veces. Entraron en una cafetería cercana y, en pocos minutos, encontraron todo tipo de planes a través de sus móviles.

Cristina impresionó a Santiago al explicarle que la novia de su jefe era nada menos que Dana Oteiza, la famosa chef que dirigía Suculentos, restaurante de moda de la ciudad. Se propuso probar suerte y pedirle el favor de conseguirles una mesa de última hora.

Gracias a que había surgido una cancelación a causa de la nieve, a las diez estaban cenando un menú degustación delicioso y original en cada uno de sus quince platos.

Tal vez fuera la magia del lugar, acogedor y majestuoso; o la sabrosa comida regada por sugerentes vinos; o quizás el mero hecho de darse la oportunidad de conocerse mejor el uno al otro fuera lo que los llevó a sentirse, por primera vez en mucho tiempo, verdaderamente en casa.

A Santiago lo cautivó la contagiosa forma en que ella se carcajeaba ante sus chistes. A Cristina le entusiasmó el sutil sentido del humor que él poseía.

«Esto es lo que me he estado perdiendo todo un año por escuchar las sandeces de mi hermano», se reprochó a sí misma, jurándose que nunca más la opinión de nadie condicionaría su vida.

El resto de planes quedó relegado cuando, en la parte trasera del taxi que los iba a llevar a una sesión tardía de teatro, él le tomó la mano y ella no la

rechazó. Se la acercó a los labios y acarició el dorso con suaves besos, mientras la miraba a los ojos confesándole mil deseos en silencio.

Fue Cristina quien solicitó al chófer que cambiara el rumbo, dándole la dirección de su casa; la que vio la llama encenderse en los ojos de Santiago al comprender lo que aquello significaba.

El primer beso se lo dieron en cuanto ella cerró la puerta de su piso, desesperados tras unos agónicos minutos de espera, pues ambos necesitaban total intimidad para entregarse. De nuevo, la magia se sucedió. En cada caricia, cada susurro. Lo que fuera que flotaba en el aire esa noche los inundó en cuerpo y alma.

Cuando a la mañana siguiente ella lo despidió en la puerta de embarque, ambos supieron que, a su vuelta, lo que había parecido un sueño iba a encontrarse con la realidad del día a día. Y la idea no hizo sino llenarlos de expectación y cálida esperanza.

Cristina Suárez es un personaje secundario de la novela Suculento peligro, la primera de la saga Suculentas pasiones.

<https://www.megustaleer.com/libros/suculento-peligro-suculentas-pasiones-1/MES-095136>

<https://www.facebook.com/minavera.escritora>

Mimi Romanz

Secreto a medias

Dara aventó la puerta ni bien se metió en el apartamento. Tiró la mochila sobre el sofá y se quitó el abrigo, que corrió la misma suerte. La furia bullía en su interior como viento huracanado, y así también dejó la sala para ir directo a la cocina, abrir la alacena y buscar una de las barras de chocolate que tenía guardadas para momentos como esos. Si hubiera sido verano, habría arrasado con un buen helado, pero las bajas temperaturas eran una contra. Volvió al salón y se dejó caer en el sillón al tiempo que le daba un mordisco a esa delicia semiamarga y apoyaba la cabeza en el respaldo.

—Te odio —soltó en un acto de desenfado total, aunque sabía que no era verdad, que por más que quisiera hacerlo, amaba a Miguel más de lo que hubiera podido creer. Sin embargo, en ese instante, no hacía más que detestarlo, que maldecirlo.

Había salido disparada del hospital ni bien dejó a los médicos a cargo del paciente al que había trasladado en la ambulancia junto a su compañero Jesús, pues no podía creer lo que sus ojos habían visto, mucho menos, lo que había oído.

—Te odio —repitió, esa vez, un poco más convencida. Se metió otro pedazo de chocolate a la boca y lo degustó con placer, no obstante, eso no hizo más que traerle recuerdos del hombre con el que llevaba saliendo hacía unos meses, de sus caricias, de sus besos, de todo lo que habían compartido.

Pero la imagen que se le había impregnado en las pupilas, lo sabía, tenía un significado para ella que solo podía implicar una cosa: que Miguel había jugado con ella, una simple paramédico que había caído como una tonta en los brazos del cardiólogo de turno. Y en sus oídos aún podía escuchar las palabras que se le clavaron en el corazón cual estaca en un vampiro: «Prométeme que guardarás el secreto. Dara no debe enterarse».

¡Qué ilusa había sido! Tiró sobre la mesa baja frente a ella lo que le quedaba del dulce y apretó las manos convertidas en puño.

—¡Maldito imbécil! —chilló, y no pudo evitar que unas lágrimas escaparan de sus ojos, las que se secó, frenética, con la manga del suéter—. No vale la pena llorar por él, Dara —se dijo—. Es igual a todos: un mujeriego al que le importa un rábano el daño que pueda causar. —Suspiró y trató de recomponerse, pero el dolor en el pecho era demasiado fuerte como para dejarlo pasar.

Levantó las rodillas y se abrazó a ellas en un gesto por querer reconfortarse a sí misma, pero solo duró unos minutos en esa posición, ya que el sonido de su móvil hizo que volviera los pies al suelo y que se inclinara hacia el lado izquierdo para coger la mochila y buscar el aparato en el interior. Sabía que era un mensaje lo que le había llegado y no estaba dispuesta a verlo, pero también era cierto que podía tratarse de una emergencia, así que miró la pantalla tras desbloquearlo y observó que, de hecho, así era. No obstante, no era solo uno, sino varios los que tenía, así como unas cuantas llamadas perdidas, y todos del mismo destinatario: Miguel.

Se negó a leerlos, incluso a escucharlo cuando sintió la vibración y el sonido de una llamada entrante al mismo tiempo. Le dio al botón rojo y lo dejó sobre la mesa con un golpe seco, pero la insistencia del hombre volvió a hacerse notar. Dara decidió apagarlo entonces y así lo hizo. Con el alma quebrándosele en mil pedazos, se puso de pie con la intención de deshacerse del malestar, de quitarse esa pena que se había instalado en su interior en el mismo instante en que sus ojos fueron testigos de la mujer que se abalanzaba

sobre Miguel y que le había estampado un beso que él correspondió. En aquel momento, lo único que atinó a hacer fue a salir corriendo, a escapar, a no enfrentarlo; no hubiera podido.

El sonido del timbre junto a golpes en la puerta la detuvieron. Pensó en no responder, en hacer de cuenta que el apartamento estaba vacío como solía ser a esas horas, así que volvió a dar un par de pasos, pero la voz que escuchó la clavó al suelo.

—Dara, abre —la apremió Miguel—. Sé que estás ahí.

Se mantuvo en silencio. El nudo en el pecho fue mayor al oírlo, se mordió los labios y cerró los ojos para retener las lágrimas que querían osar con escaparse.

—Dara, pequeña, por favor —suplicó él—. No quiero usar mi llave, necesito que me dejes entrar por tu voluntad.

Sus palabras le hicieron recordar que hacía tan solo una semana que le había entregado una copia. Había sido de acuerdo mutuo, puesto que ambos, por sus respectivos trabajos, no tenían horarios que podían decirse iguales, y todo momento para verse era bienvenido, incluso pasada la medianoche.

Sin ser consciente de sus actos, se acercó a la puerta y apoyó la cabeza sobre la fría y blanca madera adornada con una guirnalda navideña que le daba vida y color.

—No quiero verte —susurró en un hilo de voz que no supo cómo había podido salir de su boca, ya que era tal el nudo en su garganta que dudaba de poder seguir hablando.

—Sé lo que viste, amor, pero estás equivocada.

La furia bulló en su interior, y fue como si eso le diera el valor para enfrentarlo.

—No me llames así —le dijo—. No solo te vi, te escuché también.

—Por favor, ábreme —le imploró de nuevo— y déjame explicarte.

Sin ganas, pero sabiendo que tenía que darle esa oportunidad, puso la mano en el picaporte y lo hizo girar. La puerta se pegó a ella y tan solo vio los

pies de Miguel avanzar, pues no quería levantar la vista y clavar sus ojos en los de él, ya que sabía que, si lo hacía, lo perdonaría sin siquiera escucharlo. Cerró y se quedó en el sitio, sin moverse y abrazándose a sí misma.

—Mírame, Dara. —Sintió un escalofrío recorrerle la columna vertebral cuando los dedos de Miguel se posaron bajo su mentón y conectó su mirada con sus iris—. Jamás te haría daño, de ninguna manera —murmuró—. Lo sabes. —Dara intentó soltarse, pero él no se lo permitió—. ¿Recuerdas que te conté de Pilar?

Dara asintió de forma leve y se mordió el labio inferior. ¡Claro que se acordaba! La cirugía de corazón que él y su equipo le habían practicado a Pilar hacía unos años, aun cuando nadie le daba esperanzas a la joven, había sido la que le salvó la vida. Y habían creado entre ambos una unión que iba más allá de la de paciente-doctor. Además, su caso constituía un eslabón importante para todo médico abocado a la cardiología. Y Dara, tal como se estaba planteando continuar su carrera, no era exenta a conocer tal hecho, solo que no había tenido, hasta el momento, la oportunidad de conocer al *milagro* que era Pilar.

—Bien —continuó él—, ella fue a quien viste que me abrazó.

Dara negó con la cabeza; sus ojos no mentían, lo había visto besarse con otra mujer. Bajó los párpados y, aunque el dolor en el pecho fuera demasiado fuerte, rememoró ese instante e intentó encajar las piezas en ese rompecabezas que era su mente. Tenía que reconocer que, en comparación con ella misma, Miguel no era un hombre pequeño, sino todo lo contrario. Y muchas mujeres pasarían por diminutas a su lado. Y, quizás, había interpretado mal tal abrazo.

—Te oí —soltó como para justificarse.

—¿El que guardara el secreto, que tú no debías enterarte? —Dara asintió con la cabeza y notó que sus mejillas se coloreaban por la intensidad en la mirada de él—. Así quería que fuera, pequeña, pero no me diste opción a mantenerlo oculto.

Al escuchar eso, Dara quiso alejarse, pero, una vez más, él se lo impidió.

—Déjame —le dijo en cuanto sintió que la rodeaba con el brazo por la cintura.

—Nunca, Dara. Pilar solo fue mi confidente. ¿Y sabes por qué? —Miguel no le dio tiempo a responder, llevó la mano libre al bolsillo interior de su chaqueta y retiró una pequeña caja de terciopelo negro.

Dara observó el estuche y sintió que todos los nudos habidos y por haber que había aprendido a hacer con los niños exploradores tensaban todo su cuerpo. Volvió la vista a los ojos de Miguel y se perdió en la profundidad de sus ojos grises.

—Tenía pensado hacer esto el día de San Valentín: una hermosa cena en la terraza de mi apartamento, la mesa servida para una noche especial, velas encendidas, flores por doquier, nosotros solos... —Abrió la caja con habilidad para dejar ver en su interior un anillo de oro con pequeñas piedras violáceas incrustadas, y se arrodilló frente a ella—. Dara Ortega, ¿quieres ser mi esposa?

Las lágrimas corrían ya por las mejillas de ella, las que no reprimió, y se abalanzó sobre Miguel para responderle un rotundo «sí» que los hizo caer y afirmar la aceptación con algo más que un simple beso.

Dara y Miguel son personajes secundarios en la novela Ecos de amor.

<https://www.megustaleer.com/libros/ecos-de-amor/MES-095108>

<https://www.facebook.com/mimiromanz>

Nadia Noor

Dulce como la muerte

Rachid Tioua, uno de los hombres más influyentes de Marruecos, esperaba ansioso las primeras impresiones de Fátima, su adorada esposa, sobre el lugar que había escogido para pasar las Navidades. Se trataba del pintoresco pueblo de Auron, situado a unos cien kilómetros de distancia de Niza, un verdadero rincón del paraíso, que sorprendía a la vista con los contrastes ofrecidos por el inmenso azul marino y la blancura de las cumbres nevadas.

El espectáculo que la naturaleza ofrecía era sobrecogedor; los grandes copos de nieve caían con elegancia desde lo alto del cielo y, tras formar un baile sinuoso, terminaban por asentarse sobre las coronas de los árboles que se mecían con el aire.

Rachid desvió la atención del paisaje y espió de reojo a su mujer. Su gesto tenso provocó que el estómago le diese un vuelco brusco. En el momento de decantarse por ese destino, le supo ideal; no obstante, al observar el semblante serio de Fátima, comenzó a tener serias dudas. Sus ojos negros, maquillados en exceso con sombra oscura, apenas pestañeaban, y sus labios finos y severos no mostraban ni el menor ápice de agrado. El silencio de Fátima era inquietante. Demasiado para poder digerirlo en el espacio reducido del vehículo en el cual viajaban. Llevaban media hora de trayecto y la mujer no había sacado de su boca ningún sonido ante las majestuosas vistas que los rodeaban. Ni de complacencia ni de disgusto. Y él no se atrevía a preguntar.

Porque Fátima era así, cometida, silenciosa y letal. Como una serpiente venenosa, atacaba sin molestarse en avisar. Nunca levantaba el tono ni arrugaba el entrecejo. Era capaz de arrojar sal sobre una herida abierta, sin inmutarse y sin sentir compasión. Su frialdad y dominio de sí misma eran tan poderosos que provocaban en su entorno una admiración que no conocía límites. Una admiración que, en caso de Rachid, se elevaba a altos niveles de veneración. Veneración total y absoluta.

—Señor, en menos de un minuto iniciaremos la subida —anunció el conductor en tono impersonal.

Rachid asintió y, contemplando el exterior, observó que avanzaban por una carretera convencional que discurría entre dos majestuosas montañas. El todoterreno aminoró la marcha al adentrarse en un camino estrecho e inclinado, cubierto por completo de un manto plateado de nieve. Las ruedas traseras del coche derraparon un poco al tomar una curva estrecha, lo que provocó que los cuerpos de los esposos Tioua chocasen entre sí. El ruido del viento, al golpearse contra las ventanillas del coche, resultaba amenazador y los elegantes copos de nieve que embellecían el paisaje se convirtieron, en cuestión de segundos, en una furiosa nevisca.

Todo aquello provocó que Fátima le dedicase, por fin, una mirada. Rachid la pudo sentir antes de percatarse de ella. Giró la cabeza y sus campos visuales se cruzaron. Los ojos oscuros de ella centellaban, mostrándose glaciales, incluso más que el gélido viento que atizaba las ventanillas del coche.

—¿Adónde vamos?

Rachid tragó saliva, puesto que la voz melodiosa de su mujer contrastaba con el vendaval de sus ojos. ¿Cómo era posible que algo tan inofensivo como era ella resultase tan aterrador? Se entretuvo observándole las manos delicadas, envueltas en multitud de pulseras, y se atrevió a tomar una entre las suyas. Era fría como el hielo, a pesar de la temperatura agradable del interior del vehículo. Rachid le temía, aunque justamente de ese temor borbotaba todo

el amor que le tenía. Mujeres sumisas había millones, mujeres poderosas como Fátima, que hacían la sangre de un hombre hervir en las venas, eran muy escasas. Como una joya rara que solo unos pocos podrían poseer. Una pieza de colección.

—Me has pedido unas Navidades diferentes. Pensé que la nieve te agradaría. He reservado una estación entera para nosotros dos. No creo que falte mucho ya.

—Pensaste mal. No me gusta la nieve. —El tono de su voz fue tan afilado que Rachid experimentó la sensación de haber aterrizado en medio de la ventisca que atizaba los Alpes en ese instante. No se atrevió a contradecirla y el resto del trayecto lo hicieron en el más intenso de los silencios.

La estación turística que Rachid había reservado para la ocasión los recibió desierta, puesto que, por expreso deseo del marroquí, serían los únicos turistas del lugar en los próximos días. Se trataba de un conjunto de cinco cabañas de madera, construidas en estilo montañoso, con techos bajos, inclinados y ventanas pequeñas, poco atractivas. El temporal no había hecho otra cosa aparte de empeorar, por lo que, al recorrer los pocos metros que separaban el aparcamiento de la recepción, cayó sobre ellos una buena cantidad de nieve. Rachid sacudió sus anchos hombros para que la nieve abandonase la tela de su abrigo de lana inglesa y se pasó su mano enguantada por el cabello salpicado de copos plateados. Fátima, por su parte, caminaba a su lado con la soberbia de una reina. Se cubrió la cabeza con la capucha de su abrigo de marta cibelina, y sus largos cabellos oscuros se mecían con elegancia alrededor de su rostro levemente encendido.

Rachid quedó desarmado ante su belleza y fantaseó con la idea de besarla allí, en medio del camino, en ese lugar perdido del mundo, situado en el corazón de los Alpes. El tensionado viaje, el silencio y la excitación retenida le insuflaron el coraje necesario para vencer su miedo y crecerse ante ella. Imponerse ante Fátima requería un gran esfuerzo por su parte y una inmensa fuerza de voluntad que pocas veces poseía. Si osaba dominarla, Rachid debía

convertirse en una roca afilada capaz de frenar y domar los instintos rebeldes de ella.

Detuvo sus pasos y posó las manos en las mejillas ardientes de su mujer, estremeciéndose ante el calor que estas desprendían, calor que logró traspasar el suave cuero de sus guantes. Se afondó en su mirada oscura que, debido a su gesto exigente, brillaba expectante. Las pocas veces que se había atrevido a dominar el poderío de Fátima había acariciado con las yemas de los dedos el mismísimo paraíso. El poder doblegarla era sinónimo de coronarse rey sobre la cima inhóspita de una montaña. Le rozó los mechones medio escarchados y, cambiando totalmente el modo de actuar, la apretó contra él estampando en sus labios un beso intenso y exigente. Se creció ante su más que evidente victoria y le cubrió el cuello con las manos, sometiéndola y controlando la ración de oxígeno que dejaba llegar a sus pulmones.

Escuchó pasos acercarse y logró contener sus instintos. Se separó de ella sabiendo que, hasta que el fuego interior de Fátima no estuviera apagado, la tendría sumisa y dócil. Se propuso a disfrutar de esa pequeña tregua, adentrándose en una maravillosa, y más que merecida, sensación de deleite.

Los cuatro empleados de la estación se habían percatado de la presencia de la pareja, por lo que se afanaron en atenderlos. Antes de llevarlos a una cabaña caldeada para instalarse, los condujeron al pequeño restaurante del recinto y les ofrecieron una mesa al lado de la chimenea encendida para que pudieran disfrutar de una buena taza de té.

—Solo me tomaré vuestro té si me explicáis cómo debo hacerlo —exigió Rachid.

Los empleados se miraron entre ellos, sorprendidos. Después inspeccionaron con gesto atento la humeante tetera, las tazas de porcelana colocadas en perfecta simetría sobre el impoluto mantel blanco, las pastas y las galletas de mantequilla empolvadas con azúcar de coco; todo parecía estar en orden.

Rachid apartó una silla y ayudó a Fátima a sentarse, regocijándose de la

mirada hambrienta que ella le lanzaba, resuelto a alargar lo máximo posible su momento de gloria. Acto seguido, se quitó los guantes de cuero con gesto metódico, haciendo un ligero gesto hacia un empleado para que le sirviera el té.

—Te voy enseñar cómo se debe tomar el té, porque veo que no lo sabes —se dirigió él al camarero que le acababa de llenar la taza, mientras removía con la cuchara el líquido cobrizo—. Nuestros sabios nos han enseñado que el té debe servirse tres veces; siendo el primer vaso «amargo como la vida», el segundo «fuerte como el amor» y el tercero «dulce como la muerte».

—Es este caso, no sé si es conveniente tomar el tercer vaso, señor —le contestó el empleado un tanto cohibido—. Es la primera vez que escucho a alguien referirse a la muerte con el adjetivo «dulce».

Tioua degustó su té y lo fijó con su mirada oscura por encima del borde del vaso.

—Vosotros, los occidentales, teméis tanto a la muerte... En fin, cosas mías, no me hagas caso. Puedes retirarte ahora.

Una vez que se quedaron a solas, disfrutaron de su pequeño ritual, degustando el té en tres ocasiones, así como las tradiciones lo pedían. Fátima parecía impaciente por marcharse, demasiado consciente de que había permitido dejarse dominar.

—Rachid, sería un buen momento para que me ofrezcas tu regalo de Navidad —pidió ella con cierto aire de prepotencia en la voz.

—¿Ahora? —se sorprendió él, pues el poderío de Fátima estaba regresando antes de lo esperado.

—Sí, ahora.

El hombre rebuscó en el bolsillo de su americana y sacó un estuche envuelto en delicada seda plateada, rodeado de un vistoso lazo rojo, el que dejó sobre la mesa, indeciso.

Fátima empujó el regalo hacia él, sin abrirlo. Dijo con autoridad, mirándolo a los ojos:

—No quiero una joya, Rachid. Deseo que me regales un laboratorio cosmético. Hay uno cerca de Casablanca, no está en venta, pero tú puedes ocuparte para que lo sea.

—¿Quieres un laboratorio cosmético? —se extrañó Rachid, desconcertado.

—Sí, deseo fabricar cremas y productos faciales —exclamó ella con entusiasmo—. Compláceme, Rachid, y yo te complaceré a ti.

Aquella explicación fue suficiente para él. No había muchas cosas en el mundo que Fátima deseara con tanto entusiasmo, ni era habitual que ella se mostrara agradecida. El hombre pensó que, en cuanto regresara a casa, iba a comprar ese laboratorio, costara lo que costara. Ella vio la aceptación en sus ojos, por lo que se levantó y le tendió la mano.

—Ahora vamos, estoy impaciente por darte mi regalo de Navidad.

Rachid y Fátima son personajes secundarios en la novela Segunda piel, que será publicada próximamente.

<https://www.facebook.com/escritoranadianoor/>

Nekane González

Un encuentro inesperado

Todavía recuerdo la primera vez que la vi; un encuentro inesperado que fue catapultado por un millón de circunstancias colaterales, las cuales me llevaron a estar en el lugar y el momento apropiados en una noche en la que a mí me parecía que no debía de haber nadie en la calle, pues una alerta naranja por fuertes vientos y, tal vez, un temporal de nieve alertaban a la ciudadanía del peligro de salir de casa.

Era la víspera de Nochebuena y, ¡cómo no!, mi traicionera memoria hizo que olvidara la fabulosa cesta que me habían regalado aquel año en la empresa, obligándome a dar marcha atrás para retrasarme mucho más de lo esperado. Mi familia aguardaba para pasar juntos las fiestas, pues mi hermano había venido con su mujer y su bebé recién nacido. Era el primer año que nos íbamos a juntar todos con el nuevo miembro del clan, y eso era todo un acontecimiento que esperábamos desde que supimos que mi cuñada estaba embarazada las pasadas Navidades.

Desde que tengo uso de razón, recuerdo a mi madre transmitiéndonos su entusiasmo por tan señaladas fechas y cada año nos juntábamos todos, durante al menos una semana, para disfrutar de los deliciosos manjares que cocinábamos entre risas en la cocina, o del maravilloso momento de decorar el árbol todos juntos, motivo por el cual mi madre siempre esperaba a que llegara el último para hacerlo, aunque fuera como este año, la misma víspera.

Solían ser fechas en las que nos poníamos al corriente de nuestro día a día, porque mi hermano vivía demasiado lejos, y disfrutábamos de lo lindo con los juegos navideños que cada año inventaba mi creativa madre. Ella, con su amor incondicional, consiguió que fuéramos una piña difícil de romper y de la que todos estábamos muy orgullosos, por lo que contribuíamos en la medida de lo posible a continuar tan hermoso legado.

Así que ahí estaba yo, en medio de una terrorífica noche de viento y lluvia, pisando el acelerador del coche porque llegaba tarde y con la familia al completo esperando para comenzar la tradición de la decoración navideña. Giré a la derecha para tomar la entrada al desértico puente de camino a casa, deseoso de llegar cuanto antes para tomarme un delicioso chocolate caliente, que seguro ya tendrían preparado, cuando, de pronto, aparecieron de la nada unos preciosos rizos dorados ondeando entre la ventisca y llamaron poderosamente mi atención, como si una extraña magia me incitara a detenerme.

¿Qué podía estar haciendo aquella mujer a esas horas, en las que debería de estar compartiendo con su familia el calor del hogar, apoyada en la barandilla del puente?

Supongo que fue la curiosidad lo que me hizo detenerme en el arcén, poner las luces de emergencia y apearme del vehículo para llegar hasta donde estaba ella, completamente ajena a todo cuanto la rodeaba. Al principio no pude por más que situarme a escasos metros para observarla; quedé fascinado por su sola presencia y su halo de melancolía despertó en mí un instinto de protección totalmente desconocido hasta ese momento para mis fértiles sentidos. El detonante que provocó el estímulo de acercarme fueron las lágrimas que alcancé a ver cuando sus mullidos rizos se apartaron por la brusquedad del viento que, poco a poco, iba ganando en intensidad.

El mundo pareció detenerse cuando ella subió uno de sus pies hasta la barandilla del puente, y, de repente, todo cobró sentido en mi cabeza al tiempo que mi corazón se desbocó para bombear con tanta fuerza que mi pecho

empezó a resentirse. Los nervios apenas me dejaban pensar y enseguida, sin apenas lugar a reaccionar, ella subió el otro pie para dejar muy clara la intención de acabar con su vida en la misma víspera de Navidad.

No daba crédito a la imagen tan dantesca que se presentaba ante mi atónita mirada. Millones de pensamientos atacaban mi cerebro sin piedad, pero, de pronto, sentí su deseo de saltar en mi propio vientre y un impulso de origen totalmente desconocido me hizo correr para sujetarla con fuerza por el brazo, en el justo instante en el que su vida hubiera terminado si yo no me hubiera olvidado la cesta de Navidad y volver a por ella me hubiera retrasado el tiempo que lo hizo. El tiempo exacto para impedir que el precioso rostro bañado en lágrimas que me miraba con disgusto asombro cerrara sus preciosos ojos azules para siempre.

Me miró con una mezcla de estupor y terror a la vez. Su delgado cuerpecito pendía como una marioneta a merced de Eolo, sustentado únicamente por mi mano. Nuestras miradas quedaron enlazadas, exponiendo un diálogo que jamás hubiera esperado mantener. Un golpe del dios que azotaba el embravecido mar de sentimientos encontrados hizo que reaccionara para darme cuenta de que la perdería para siempre si no lograba alzarla. La sujeté con ambas manos y, exhibiendo una fuerza sobrehumana fruto de la propia adrenalina, tiré de un solo golpe, como si mi propia vida dependiera de ello, para provocar que los dos cayéramos al suelo y obtuviéramos un buen golpe con el impacto.

Abrí los ojos y me encontré con dos luceros demasiado apagados; sentí una infinita tristeza al observarla, a pesar de que se me antojó como la mujer más bella que mis ojos habían tenido el privilegio de contemplar. No sé cuánto tiempo permanecimos tirados en el frío asfalto, lo único que recuerdo es la negativa de todo mi ser a retirar su cuerpo, que había aterrizado sobre el mío y al que permanecía aferrado con demasiada fuerza aún.

Ella fue la que reaccionó primero para levantarse con excesiva brusquedad y gritarme una serie de cosas que no pude entender en ese instante, porque un frío intenso y desolador se apoderó de mí en el momento en que ella se apartó

y me privó de su cálido contacto.

Como pude, me levanté para comprobar que me iba a estar doliendo el brazo una buena temporada, justo cuando dejó de gritar y estalló en un inconsolable llanto. Muy despacio y con cautelosos pasos por temor a su reacción, me acerqué y, sin mediar palabra, la rodeé con mis brazos. Se acurrucó en mi pecho, temblando como un animal aterido, no sé si de frío o de miedo, y yo sentí que ya estaba en casa.

Poco a poco, la conduje hasta mi coche, abrí la puerta del copiloto y la ayudé a entrar; parecía rendida a lo que fuera que quisiera depararle el destino, solo lloraba y lloraba. Me senté al volante después de acomodarla y resolví que era mejor permanecer en silencio, pues no pretendía agobiarla con preguntas innecesarias; tal vez, lo único que necesitaba era desahogarse y dejar que un chocolate caliente le reconfortara el alma.

Nunca olvidaré la tristeza en aquellos ojos que apenas levantaron la mirada cuando llegamos a casa de mis padres. Los dos estábamos empapados y traíamos el frío demasiado incrustado en los huesos; nuestro aspecto era realmente deplorable. Mi madre y mi cuñada la acogieron sin preguntar nada ante un solo gesto de mis ojos al entrar a casa; le ofrecieron un baño caliente, ropa seca y un chocolate con el que se sentó frente a la chimenea, en la que su mirada se perdió definitivamente. No pronunció palabra en mucho tiempo, parecía como si solo se dejase hacer, como si hubiera abandonado su cuerpo y su existencia, como si nada la retuviera ya en este mundo.

Procuramos seguir con nuestros rituales navideños sin dejar de intentar incluirla en cada uno de ellos, pero con cada intento ella rompía a llorar de nuevo. Todos estábamos muy desconcertados y cada vez que nos cruzábamos en la cocina, sin que la triste chica nos oyera, elucubrábamos acerca de cuál podría ser la pena tan grande que había hecho que pensara en quitarse la vida nada menos que la víspera de Nochebuena. Mi padre decía que eran fechas muy duras para algunas personas; mi cuñada alegó que tal vez sufría de mal de amores e inventó una historia acerca de una posible ruptura; mi hermano y yo

fuimos incapaces de aportar nada, y mi madre, después de escucharnos a todos, sentenció que, fuera cual fuera el problema, se arreglaría con tiempo y mucho amor.

—Como todo en esta vida —concluyó con una gran sonrisa antes de volver al salón para sentarse en el reposabrazos del sillón que ocupaba la chica, de la cual no sabíamos ni el nombre, y envolverla en un cálido y maternal abrazo.

Y, efectivamente, tal y como vaticinó mi madre, con el tiempo supimos que tanto dolor venía de la carencia de familia, de amor y del espíritu navideño que rebosaba en mi casa. Nos contó que se sentía demasiado sola y que no soportaba pasar otras Navidades comiendo pizza en casa mientras el resto del mundo exhibía sin pudor, por todos los medios visibles, felices familias celebrando juntas tan señaladas fechas.

Procuramos que pasara las mejores Navidades de su vida rodeada de amor y mucho humor, aunque tardáramos tres días en hacerla esbozar una sonrisa. A mí solo me había hecho falta un instante para descubrir que la amaría toda mi vida; el instante en que sus dorados rizos azotados entre la ventisca me hicieron detenerme de manera milagrosa para rescatar al amor de mi vida de una muerte segura y, entre los dos, crear una existencia llena de felicidad a nuestro alrededor.

Puedes encontrar a los protagonistas de esta historia en la novela Email para Papá Noel.

<https://www.megustaleer.com/libros/email-a-pap-noel/MES-105956>

<https://www.facebook.com/nekanegonzalezescritora/>

Nieves Hidalgo

No creo en Papá Noel. ¿O sí?

23 de diciembre

Lorena miró el reloj. Iba de mal humor, la Navidad no le gustaba, estaba a dos meses de cumplir los treinta y ocho, y su gata iba a matarla; llevaba tres días poniéndole la comida con retraso. También era posible que fuera su vecino el que la estrangulara; le fastidiaban los maullidos de Mika.

«¡Que le zurzan! Yo tengo que soportar sus ronquidos».

Debería haber salido antes de la oficina, pero tuvo que acabar las correcciones de la última novela de su autor preferido, Álex Vílchez, y no pudo negarse.

Apresuró el paso. Aún tenía que comprar un par de cosas para Pepa, la editora y su amiga, que tenía un compromiso al día siguiente. Dejar las compras para el último momento no era buena idea, menos en esas fechas, pero no escarmentaba; luego, pasaba lo que pasaba: que tenía que ir como una moto, poco menos que atropellando a la gente.

Y esa tarde fue justo lo que sucedió: arrolló al pobre hombre que, a la puerta de un comercio de juguetes didácticos, disfrazado de Papá Noel, agitaba una campanilla como reclamo. Lo barrió: su codo impactó con el del sujeto, la campanilla salió por lo aires, lo hizo retroceder llevándolo a chocar contra el árbol navideño montado con cajas verdes y bolas rojas, y todo se derrumbó con gran estrépito. El tipo quiso mantener el equilibrio bajo la

avalancha, pero pisó una de las bolas, sus piernas volaron hacia arriba y acabó sentado en el suelo con una palabrota en los labios.

—¡Lo siento! —exclamó Lorena, roja como un tomate. Le tendió una mano que él aceptó para levantarse, pero entonces fue ella la que encontró una de las bolas en su camino y cayó encima de él, atizándole de paso un buen golpe con el bolso.

A su alrededor, se escucharon risas. No era para menos, estaban dando un espectáculo: él, tirado en el suelo, con el gorro ladeado y la barba torcida; ella, encima, con la falda subida hasta solo Dios sabía dónde, tratando de taparse a la vez que hacía por levantarse sin conseguirlo, aunque para ello hubiera de clavarle la rodilla en el vientre a su víctima. La culpa la tenía él, dueño de un par de ojos verdes, rodeados de pequeñas arrugas que lo hacían muy interesante, y de una boca que le hizo tragar saliva.

«Menudos faros y morros que gasta el maromo», pensó.

Algunas manos solícitas los ayudaron. Ella se levantó y se colocó la falda a manotazos, segura de que todo el mundo le había visto hasta el carnet de identidad; él enderezó el gorro y la barba, ocultando tras ella aquella boca que le había provocado un cosquilleo en el estómago. Frente a frente, la miró con cara de pocos amigos después de echar un vistazo al estropicio: todo estaba repleto de cajas y bolas que la gente sorteaba como podía.

—¿Dónde está el fuego, señorita? Al menos me ayudará a recoger todo este desastre.

—Ya le he dicho que lo siento. Y no, me es imposible quedarme, llevo una prisa espantosa. Espero que esto no le cause problemas con su jefe, dígame que ha sido culpa mía, no quisiera que lo despidieran.

—¡Por supuestísimo que ha sido su culpa! —gruñó él.

—Si se queda más tranquilo, vendré mañana a disculparme con él —comentó ella, que se estaba irritando por momentos porque aguante, lo que se dice aguante, tenía poco.

«¡Coño, cualquiera puede tener un accidente, tampoco es para ponerse

como un basilisco! ¿No le acabo de decir que vendré a hablar con su jefe? ¿Qué más quiere?».

—¿De verdad piensa largarse y dejarme con este marrón? Eso no se le hace a Papá Noel.

—¡Como si fuese los tres Reyes Magos! —repuso muy enojada—. Lo lamento muchísimo, pero no puedo quedarme, ya voy tarde.

—Sí, claro —rezongó él, empezando a recoger—. La excusa perfecta para escaquearse.

A Lorena le molestó en gordo que le soltara aquello; una de sus virtudes era que empatizaba con la gente. Aunque él no iba a entrar en el lote, por idiota. El tío le pareció un memo de tomo y lomo, por mucho que tuviera unos ojazos que quitaban el hipo y hacían soñar despierta. Pero no quería seguir discutiendo, casi era capaz de oír los maullidos de protesta de su gata. Y, para ser franca, el animalito le importaba mucho más que aquel maleducado. Le dio la espalda y se alejó casi a la carrera, volviendo a mirar el reloj.

—¿Estaba buena o me lo ha parecido? —preguntó el sujeto que acababa de salir de la tienda con una bolsa para ayudarlo a meter bolas en ella.

—Buenísima, Mario —asintió—, aunque en un primer vistazo no lo parezca. Si se peinara de otro modo y vistiera algo más sexy... Iba escopetada. Es una pena que no pueda volver a verla.

—En estas fechas ocurren milagros —bromeó el otro—. ¿No ves las películas de la tele?

—¡Anda ya! —Se echó a reír—. Déjame a mí, tienes a un cliente esperando.

—¿Qué es esto? —Mario se agachó a recoger un aro dorado.

—Debe ser de ella, lo habrá perdido al caerse.

—Al caerse sobre ti. Los hay con suerte, ladrón, y eso que, disfrazado de Santa, pierdes bastante —se burló.

—¡Largo! —Sergio hizo amago, siguiendo la broma, de darle un puñetazo.

Tras acabar de poner orden, volvió a su puesto. Pero, cada dos por tres, se

le olvidaba tocar la campanilla al evocar los ojos oscuros y el cuerpo curvilíneo, disimulado bajo ropa poco favorecedora, de aquella loca que había chocado con él.

24 de diciembre

Lorena no había podido pegar ojo. Dio mil vueltas en la cama acordándose del hombre del centro comercial; no podía olvidar su mirada ardiente. Por otro lado, le preocupaba que hubieran podido despedirlo. Además, media noche se la pasó llorando por haber perdido uno de los aretes de oro, el único recuerdo que le quedaba de su madre.

Pasó todo el día desazonada, de modo que, apenas salir de la oficina, se encaminó hacia la galería, dispuesta a comprobar las consecuencias del encontronazo del día anterior. Pediría disculpas de nuevo, nunca le costaba reconocer sus errores.

Se quedó de una pieza al ver que era otro el individuo que hacía sonar la campanilla a la entrada de la tienda de juguetes. Era igual de alto, tenía la misma complexión, pero no era él. No tenía sus ojos. Se le puso un nudo en la garganta. Lo habían echado, no le cupo duda, y la rabia la embargó. Entró en el establecimiento como un elefante en una cacharrería, se acercó al individuo que, en ese momento, entregaba un paquete a una ancianita, y ni siquiera esperó a que la mujer saliera para increparlo.

—¿Es usted el dueño? —Él se la quedó mirando con asombro y asintió, incapaz de articular palabra ante esa mirada furiosa—. ¡Pues déjeme decirle que es un completo cretino, hermano!

La viejita pegó un bote, pero, intrigada, no hizo ademán de marcharse.

—¿Cómo dice, señorita?

—Cretino —repitió—. Y sin corazón. ¿No le dijo su empleado que el estropicio de ayer no fue culpa suya? Fui yo la que chocó con él y tiró todo al suelo, no tenía derecho a despedirlo. ¿Dónde queda su espíritu navideño,

hombre de Dios?

—Oiga, yo...

—Era un trabajo de mierda, vale —cortó ella sulfurada porque, además, la mirada verde de aquel hombre le recordaba la de *su Santa Claus*—, pero era su trabajo. Claro que pedirle un poco de caridad es como pedir peras a un olmo, imagino.

Él se mordió el labio inferior para ahogar una carcajada. ¡Vaya si tenía genio la moza! No solo era guapa, sino que lo defendía a capa y espada, casi parecía dispuesta a sacarle los ojos. Fruncía el ceño de un modo encantador, y le entraron unas ganas locas de deshacerle el soso peinado para disfrutar de la visión de su melena suelta.

La testigo muda de la discusión sonrió. Aquello era más entretenido que ver las trifulcas de *Sálvame* en Telecinco.

El Papá Noel de la puerta entró al escuchar el alboroto.

—No tengo nada contra usted —dijo Lorena al verlo a su lado—, sino con el idiota de su jefe, que ha...

Perdió el habla. El dueño de la tienda le tendía el arete de oro que había dado por perdido.

—¿Es suyo?

Ella se lo quitó de la mano y lo miró un poco sonrojada.

—Gracias. Lo encontró él, ¿verdad? Fíjese, ahora debería darle una propina por devolvérmelo, si usted no lo hubiera despedido; este pendiente es muy importante para mí. ¿Sabe al menos dónde puedo localizarlo?

—Lo tiene delante de su preciosa nariz.

Ella se quedó blanca. Luego notó que le se subía el sonrojo a la cara mientras escuchaba reír por lo bajo a la anciana.

—¿Usted es...? ¿Es...?

—El Santa de ayer, sí. Mi hermano Mario —señaló al otro— y yo, somos los dueños de la tienda. Nos turnamos en disfrazarnos para divertir a los pequeños. Considere la devolución del arete como un regalo de Navidad, a fin

de cuentas, se lo está dando un Papá Noel.

—Yo no creo en Papá Noel.

—Entonces digamos que se lo entrega Sergio Cuestas, a su servicio.

Lorena no sabía dónde esconderse. Acababa de quedar ante aquellos tres como una completa idiota. Pero la sonrisa de su supuesto rival era tan divertida, y él era tan sumamente atractivo, que acabó por echarse a reír.

—Lorena Fonseca —dijo, estrechando la mano que él le tendía en señal de paz, y notó que le recorría un escalofrío por la espalda—. Le debo una disculpa.

—Y un café, por lo menos. Cerramos a las ocho.

«¿Por qué no?», pensó ella. Sergio le gustaba, estaba buenísimo y parecía interesado. Asintió, y él le regaló un guiño que hizo que se le aflojaran las rodillas. Ambos se quedaron prendados de los ojos del otro y Lorena presintió que, aunque ella no creyese en milagros, estaba a las puertas de uno.

Lorena Fonseca es uno de los personajes secundarios de *A las ocho*, en el *thyssen*.

<https://www.megustaleer.com/libros/a-las-ocho-en-el-thyssen/MES-095024>

<https://www.facebook.com/escritoranieveshidalgo/>

Nuria Espert Más
Un hilo de seda rojo

Sofía miró por la ventana de su habitación. La mañana seguía brumosa y gris, tan sombría como la tristeza que enmarañaba su ánimo. Enderezó la postura y se alisó la falda, tenía que acabar de arreglarse. El espejo le devolvió una imagen que aún conservaba parte del encanto de la juventud, aunque ella solo viera una mujer en el umbral de su madurez. Haciendo acopio de su voluntad, bajó al comedor principal, esas serían sus primeras Navidades sin David. Él había aceptado un trabajo de investigación en Japón y ella, al ser algo temporal, no había querido renunciar a su puesto como directora gráfica en la prestigiosa revista de decoración *Ambientes*. Ya habían pasado diez meses, solo se habían visto en una ocasión, y el peso de su ausencia se hacía especialmente notar en vacaciones; demasiadas horas para pensar. Últimamente no lo llevaba nada bien, algo que solo ella se permitía reconocer. Ante los demás se esforzaba por seguir siendo la mujer moderna y segura de sí misma que podía asumir una relación a distancia con la ayuda de las redes sociales y el Skype.

Su marido adoraba la Navidad, especialmente esa noche en la que el salón se llenaba con las voces de familiares y amigos, reunidos con sus mejores galas, dando brillantez al inicio de la festividad. Ella adoraba verlo sonreír.

Cada Nochebuena, Sofía se encargaba personalmente de preparar la mesa. Lo que nadie sabía era que ella rendía homenaje a las personas que ya no

podían estar allí, incluyendo en la decoración algo especial de cada uno.

Por ello, se negó siempre a renovar el mantel navideño bordado por las hábiles manos de su abuela, una labor que, en ese momento, cubriría con bellos motivos la larga mesa. Lo extendió con cuidado, admirando, con una dulzura que pocas veces dejaba entrever, las delicadas puntadas. Su abuela decía que, para apreciar un buen bordado, tenías que mirarlo del revés. No necesitaba hacerlo, cerró los ojos recordando la fina telaraña de arrugas de sus manos, la calidez de su voz cuando le contaba sus historias del pasado, su gesto travieso cuando le deslizaba en el bolsillo una galleta recién hecha o una dorada moneda de chocolate.

Su abuelo había sido vinicultor, de él había aprendido a apreciar la calidad de un buen vino. Un decantador, que le había pertenecido, lucía con sus arabescos y estilizada asa en el centro de la mesa. En cualquier celebración, no podía evitar recordarlo al percibir el aroma que distinguía a cada vino. Su abuelo siempre decía que había que disfrutarlo con los cinco sentidos: además del aroma, saber apreciar las diversas tonalidades de los claros amarillos o los intensos rojos y tejas, tocar el fino cristal de la copa adecuada disfrutando su levedad... y, sobre todo, saborear despacio, dejando que el paladar se inundara con los ricos matices que cada vino aportaba.

Otros detalles fueron ocupando su lugar y ella se demoró en el placer de poder hacer las cosas sin prisas, volviendo a reencontrarse con la belleza de los recuerdos y de los objetos que se reservaban para las ocasiones especiales.

Sintió nostalgia de las Navidades ya vividas. Por un momento, deseó poder ser capaz de dejarlo todo y buscar un billete de avión que la llevara lejos, hasta donde realmente quería estar; pero el especial de fin de año tenía que salir en pocos días, ella no era prescindible, ¿o sí?

Suspiró, aún le quedaba algo por hacer.

Salió y se dirigió a su gabinete. Cogió del secreter lo que le devolvería parte de la esencia de David, un objeto nada lujoso que nadie podría

reconocer. Era el primer regalo que recibió de sus manos cuando apenas eran dos adolescentes que empezaban a descubrir, en la mirada del otro, algo de lo que ya nunca podrían prescindir.

Él le había regalado un sencillo mecanismo musical que con una manivela reproducía un fragmento del *Claro de luna*, de Debussy. Ese día acarició su cara por primera vez, él la ladeó prolongando su contacto y dejando un beso en la palma de su mano.

Lo aferró como se aferraba a su recuerdo y lo acercó hasta su corazón sin poder evitar que una lágrima la traicionara, resbalando por su mejilla, tan solitaria como ella se sentía.

Con mano trémula, lo acomodó en el centro navideño que se hallaba frente a su servicio. Allí podría verlo y sentirse acompañada.

Al poco tiempo llegaron su hija y su novio. Sabina saludó a su madre con un abrazo emotivo en el que quería transmitirle que ella también lo echaba de menos y que se alegraba de que al menos ella estuviera allí.

La casa fue llenándose de invitados, Sofía se dejó llevar por la alegría del encuentro y fue, una vez más, la anfitriona que todos esperaban.

Ya era tarde cuando Sofía se descalzó y dejó caer su vestido con gracilidad. La luna se recortaba en la ventana, ya empequeñecida al alejarse del horizonte. Al acostarse, dio la espalda al lugar vacío que él ya no ocupaba, nada quedaba ya de su olor. Las sábanas la acogieron con su frialdad y se quedó dormida pensando en lo bonito que sería poder volver a ver su cuerpo desnudo, vagamente perfilado por la luna, tan deseable.

Al día siguiente, un pequeño regalo colgaba del abeto, su nombre estaba escrito con una letra imposible de olvidar.

Enseguida pensó que Sabina lo había puesto ahí, de parte de David, para que ella lo encontrara en Navidad.

Emocionada, desenvolvió el paquete; una preciosa cajita de marfil la invitaba a abrir su interior. Con dedos impacientes sacó un hilo de seda rojo y un papel con una desconcertante frase: «Ata un extremo del hilo rojo a tu

meñique».

Sofía percibió que alguien entraba en la habitación. Con el corazón animado por una viva esperanza, se giró asombrada, tan hermosa como él la recordaba.

David cruzó como una exhalación el espacio que los separaba y la abrazó con todo el amor que para ella guardaba.

Sofía quiso hablar, pero él la acalló con gesto travieso. Sonriendo, ató con delicadeza un cabo del hilo al meñique de Sofía y enlazó el otro a su propio dedo mientras explicaba:

—Para los japoneses, hay personas que están predestinadas, los dioses les atan los dedos meñiques con un hilo rojo que los ayudará a encontrarse en la vida. El hilo puede enredarse, estirarse..., pero nunca se puede romper.

Sofía, lentamente, enrolló el hilo en su dedo acortando la distancia entre sus manos. Cerró los ojos y ofreció su boca, un beso lento y sensual los dejó deseosos de ir más allá.

Más tarde tendrían tiempo de explicarse, en ese momento necesitaban reencontrarse piel con piel, dibujar en el cuerpo del otro la urgencia y el deseo que los embargaba.

Los días pasaron dejando tras de sí una estela de buenos recuerdos. Cuando él volvió a Japón, Sofía pensó que, por mucho que la vida le diera la vuelta, nunca podría olvidar esos momentos en los que se sintió unida a David por un hilo rojo que nadie, ni nada, podría romper. Un vínculo que le hizo creer, de nuevo, que la magia podía existir en Navidad.

Sofía, la protagonista de este relato, es uno de los personajes secundarios de *Un rincón del corazón que nadie pisa*.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-rincn-del-corazn-que-nadie-pisa/MES-104574>

<https://www.facebook.com/Nuriaespertmas>

Nuria Rivera

Un encuentro inesperado por Navidad

Yolanda se dejó caer en el asiento del bus. Tenía frío, pero, sobre todo, estaba exhausta tras las compras de último momento. Para colmo, se sentía estúpida por haberles seguido el juego a sus amigas. Mira que escribir un deseo en un papel y echarlo en el saco de deseos de Papá Noel, en los grandes almacenes. Parecían niñas. Cuando le preguntaron, pensó que se reirían de ella si confesaba qué había pedido, pero no mintió del todo: «Me pido amor por Navidad». Le habían dado un abrazo cómplice, de esos que reconfortan y anuncian que, aunque te equivoques, te seguirán queriendo. Se rio consigo misma. ¿Qué sería de su vida sin sus amigas?

Se acomodó en la butaca, repasó mentalmente una lista imaginaria de regalos y concluyó que lo tenía todo. Trataba de animarse y no dejarse llevar por la frustración y una melancolía que, en aquellos días, se había instalado en su corazón y parecía no querer marcharse. Siempre le había gustado la Navidad; su familia era ruidosa y grande y solían reunirse todos alrededor de una mesa bien surtida, en casa de alguno de sus tíos. El año anterior no había estado. ¡Cómo se arrepentía! Pero esa vez se resarciría. La celebración iba a ser en casa de su tía favorita. Hacía tiempo que no veía a sus primos, y eso la emocionaba.

Como si fuese el fantasma de las Navidades pasadas, su mente empezó a llenarse de momentos felices de cuando no estaba sola, instantes que la

llenaban, recuerdos de escenas vividas que ya no volverían, y se censuró por lo tonta que había sido. Lo había arriesgado todo por un capricho pasajero.

La imagen de un hombre, que la contemplaba con mirada profunda e intensa y una sonrisa que le prometía el cielo, parecía no querer evaporarse. Sintió como su cuerpo salió del entumecimiento que la encogía y el corazón le aleteó tan solo con aquella reminiscencia. Dolían el tiempo y los recuerdos, sobre todo, aquellos días, porque era cuando más lo extrañaba. Sin querer, retazos del ayer, como si fuesen fotogramas de una película, se le hicieron muy presentes y, por unos segundos, disfrutó de lo que podía haber sido y no fue.

Qué distinto sería todo si no se hubiese dejado encandilar por otros ojos chispeantes, pero tan falsos y embusteros como el peor de los truhanes. ¿Cómo había estado tan ciega? Jugó, arriesgó y perdió; no había que darle más vueltas a las cosas. Nadie mejor que ella sabía lo que hubiera dado por poder dar marcha atrás, por no causar el daño que infringió. Por seguir la vida que tenía y no sentir aquel vacío en su interior.

En un intento de deshacerse de las reflexiones que empezaban a abrumarla, sacó su iPhone y abrió la aplicación de música. Pero el azar quiso que la melodía que sonara fuese su canción. ¿Por qué los astros no hacían más que recordárselo? Al descuido, miró hacia la calle donde el vehículo había estacionado para recoger nuevos pasajeros. El lugar le era familiar, él vivía muy cerca. Barrió con una ojeada la acera y se sobresaltó ante la idea de haberlo visto, pero no, su mente le jugaba una mala pasada.

«Relájate, Yoli. Él solo está en tu cabeza».

Desvió el pensamiento hacía algo más trivial e ideó qué se pondría aquella noche. Y de pronto, al alzar la vista, lo vio. El objeto de su deseo, la persona que ocupaba sus sueños, su noche y su día. La persona a quien había traicionado. No soñaba, estaba allí, frente a ella, y era muy real. Su corazón bombeó tan fuerte que pensó que el resto de los pasajeros podría escucharlo. Perpleja, abrió mucho los ojos y, solo cuando sus miradas se cruzaron, supo lo que de verdad había perdido. Si hubiera podido, se habría volatilizado, no

había lugar donde esconderse, y eso que, por una milésima de segundo, tuvo la infantil idea de que, si se tapaba la cara y no lo veía, él tampoco la vería a ella. Se recompuso todo lo que pudo, mandando al fondo de su corazón toda la añoranza que sentía. Él no sonreía, creyó que encontrarla había sido un fastidio y solo esperó encajar con dignidad su rechazo e indiferencia. Para su desconcierto, él no pasó de largo.

—Hola, cuánto tiempo. —Quiso interpretar una nota de alegría en su voz.

—Sí, bastante. Nunca imaginé que te encontraría en un bus.

—Tengo la moto estropeada, voy a recogerla. —Había olvidado lo que le gustaba apretarse a su espalda cuando iba a buscarla en su Yamaha. Lo miró embelesada, sin saber qué esperar y, de nuevo, la sorprendió—. ¿Puedo?

Que quisiera sentarse a su lado era buena señal, trató de ser cordial, pero los nervios la traicionaron.

—Como quieras, está libre.

—Perfecto, yo también estoy libre.

Con disimulo, apagó el móvil. Por nada del mundo quería que la música que escuchaba se filtrara por los pequeños auriculares y él pudiera darse cuenta de quién sonaba en su dispositivo.

Fue una conversación cordial mientras compartían algunas paradas del viaje y, sin embargo, todo era tan normal. No hubo reproches, ni preguntas, ni siquiera recuerdos de lo que habían sido o podían ser. Solo dos conocidos que se habían querido y comentaban de pasada qué harían aquellas fiestas, nada más. No podía hacerse ilusiones ni interpretar que en su mirada había deseo, tampoco pensar que los roces al descuido del brazo masculino con el suyo significaban alguna cosa. No, no se podía autoengañar.

Cuando él se levantó, su corazón pareció partírsele en mil pedazos. Qué rápido había pasado el tiempo.

—Felices fiestas.

—Feliz Navidad para ti también, Miquel.

Quiso darle un beso de despedida, pero él, con su mochila al hombro, ya

se encaminaba hacia la salida.

Varias horas después, aún recordaba la mirada que él le había dedicado — melancólica y que la devoraba—. Aunque, quizás, tan solo había sido de adiós. No le fue fácil deshacerse de la sensación que nació en su estómago; miles de mariposas revoloteaban desde que había tenido aquel encuentro inesperado. De repente, sintió mucha curiosidad por saber de él y las ganas por llegar a casa de sus familiares la apremiaron. Era amigo de su primo, él respondería todas sus preguntas.

Sin embargo, su primo la esquivó. Yolanda sintió que aún la castigaba por su conducta, y sus remordimientos aumentaron. La culpa era como una garra que la tenía atrapada y no era capaz de deshacerse de ella. Ni siquiera pedir perdón la borraba.

La magia de Nochebuena veló su pena. Se sintió mucho mejor junto a los suyos y, entre risas y bromas, transcurrió la cena. Percibió el amor que circulaba alrededor de la mesa. La familia unida, cada uno con sus cosas, pero una piña cuando a alguno le hacía falta. Aquel era el verdadero amor que inspiraba la Navidad. La algarabía de los niños resonaba desde la distancia. Con curiosidad, se acercó a ellos y, apoyada en el marco de un arco que separaba dos estancias, observó sus juegos: se hacían los contradizos y luego se abrazaban y se daban besos muertos de la risa.

La sorprendió el timbre de la puerta. Su tía, que pasaba cerca de ella con una bandeja repleta de turrónes y mazapanes, la apremió a que abriera. Pero antes de que pudiera hacerlo, uno de los pequeños se le había adelantado.

La suave brisa que acompañó a la visita hizo que sus alarmas se activasen. Al mirar al recién llegado, sintió que el corazón se saltaba un latido y, como si trastabillara, retomaba su función.

—¿Qué-qué haces aquí? —inquirió con vacilación.

El objeto de su deseo, la persona que ocupaba sus sueños, su noche y su día. Miquel la miraba con fijeza.

—Me han invitado —respondió risueño y, con pasos indecisos, se acercó

hasta ella.

Entre risas, los niños los señalaron, a ellos y al adorno que pendía sobre sus cabezas.

—¡Tenéis que besaros! —anunció una de las pequeñas.

—¡Tenéis que besaros! ¡Tenéis que besaros! —repitió, a coro, el resto.

Casi sin entender, miró hacia el techo y allí, de un cordón rojo, en una bola enmarañada de pequeñas ramas, colgaban unos tallos de muérdago.

Observó a Miquel. Este sonrió al tomarla por la cintura, sin despegar la vista de ella. Percibió sus ojos brillantes, llenos de promesas y algo más... esperanza. No lo pensó. Rozó los labios con los suyos y, cuando él profundizó el beso, supo que aquello era el perdón que tanto deseaba.

Yolanda alzó la cara y sus pupilas se dilataron al intuir lo que el rostro masculino reflejaba: cariño, afecto, amor. No pudo evitarlo, la emoción provocó que las lágrimas la sorprendieran.

—Ey, no llores... Por favor, no llores —susurró él en su oído.

Al separarse tuvo que reprimir las ganas de colgarse a su cuello y repetir aquel beso durante toda la noche. Pero la angustia la hizo confesar.

—No te supe querer bonito.

—Ni yo, conquistar todos tus mares.

—¿Y ahora?

—Ahora voy a besarte de nuevo para grabarme a fuego en tu piel, para que no olvides que eres mi principio y mi fin; después, si quieres, podemos comenzar de cero.

—Año nuevo, vida nueva —prometió ilusionada—. Porque mi vida no es vida si ti.

Tras aquellas confesiones, que le sanaron el alma, se dejó llevar por la emoción mientras, de fondo, el sonido de las risas infantiles y la cacofonía de las voces familiares actuaban como si aquel encuentro fuese lo más normal.

La magia de la Navidad había cumplido su deseo. Se impregnó de todo aquel amor que, como segunda oportunidad, se le regalaba. Casi al final de la

noche, anhelante de una intimidad en la que no dejaba de pensar, su rostro se llenó de júbilo cuando, casi en un suspiro, él le susurró en los labios:

—¡¡Sonríe, es Navidad!!

Yolanda es un personaje de la novela *La pasión dormida*, junto a Miquel, el compañero que sustituye a Daniela, de *El destino tiene otros planes*.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-pasin-dormida/MES-104547>

<https://www.megustaleer.com/libros/el-destino-tiene-otros-planes/MES-095103>

<https://www.facebook.com/nuriariveraescritora>

Olga Hermon

Una segunda oportunidad

«—Lo siento tanto, André. Jamás quise hacerte daño. Si Vladimir no hubiera aparecido, gustosa me habría casado contigo. Eres un hombre excepcional».

Pero Vladimir de Santa Lucía apareció y, en un abrir y cerrar de ojos, le arrebató al amor de su vida. Ese día, 22 de diciembre, tendría que estar en Ciudad Marfil casándose con Victoria.

El murmullo en el corredor lo regresó al presente.

—Oye, Roseti, ¿que no piensas acompañarnos a la celebración? —Carlo asomó la cabeza por una hendidura con ánimo festivo y un ridículo sombrerito de cono sobre la cabeza, sujeto con un hilo elástico que partía su gran papada en dos.

—En un momento los alcanzo —respondió. Era el brindis de Navidad que él debía presidir en vista de que el titular en el bufete de abogados había caído en cama por un conato de infarto al corazón.

Cuando André llegó a la sala de juntas, ya se encontraba reunida toda la nómina. Solo faltaba Ángelo Ferrara, el socio mayoritario y la abogada nueva que ya tenía tres horas de retraso en su primer día de trabajo. Malo, malo... El exigente abogado André Roseti odiaba la impuntualidad.

Luego de unas sentidas palabras, André se despidió para roer su melancolía en la privacidad de su departamento. Aún le faltaba la familia,

pero ya vería luego cómo zafarse de ellos. Tal vez se inventara un intempestivo viaje de negocios...

—¡Pero qué diablos! —Salía de la ducha cuando escuchó los fuertes toquidos alternados con el molesto e incesante timbre.

—André Roseti Fiore, abra. Le advierto que no me iré hasta hablar con usted.

—¿Quién es y qué diantres hace aquí a esta hora. —André disparó en cuanto abrió la puerta hecho un energúmeno. Ni siquiera se tomó la molestia de vestirse. Con una toalla alrededor de la cintura y otra colgando de la nuca, resolvió echar a la escandalosa intrusa que se atrevía a interrumpir su solaz.

Ninguno de los confrontados estaba preparado para lo que verían sus ojos. Ella se quedó sin habla al mirar al hombre más sexi del planeta, medio desnudo. Él enmudeció ante la pequeña presencia con aspecto de indigente y una bolsa de viaje colgando del hombro.

—Yo... Soy Mara Rinaldi. La abogada que usted acaba de despedir —pronunció la chica ya recompuesta.

André salió de su asombro para evocar las últimas instrucciones que había dejado a su secretaria:

«Si aparece por aquí esa mujer, dígame que está despedida».

—¿Qué clase de hombre deja un mensaje así con un tercero sin siquiera saber las causas que obligaron a una persona a no llegar a su cita? —exigió saber cuando vio el entendimiento en el atractivo rostro.

—Hágame el favor de pasar, señorita Rinaldi —decidió al mirar al otro residente de piso asomar la cabeza al pasillo.

Al ver que la chica no tenía la intención de aceptar, estiró un brazo y la arrastró adentro.

—¡Suélteme! —exigió furiosa.

—Usted quería hablar, pues hable. Mi vecino no tiene por qué enterarse —aclaró.

—Pues, bien. Solo quiero que sepa que es usted un canalla, insensible. — Con cada palabra, el nudo de su garganta crecía amenazándola con asfixiarla —. Se merece pasar la peor de las Navidades y que el año que viene caigan sobre su cabeza todas las maldiciones del mundo por... —Soltó el llanto con señales de histeria, dejó caer la maleta y sus rodillas se doblaron hasta terminar en el piso. Ahí estaba ella, hecha un ovillo, con las manos sobre la boca para sofocar los sollozos que sacudían su pequeño cuerpo—. Perdóneme —clamó con el rostro vuelto hacia él—. Yo no soy así... —Resuelta, se enderezó frente a la mirada del hombre que no atinaba a reaccionar—. Debo ir con mi hija —dijo recogiendo sus cosas.

—Espere —André pidió al tiempo que la detenía del brazo. —Ella lo miró con el desconsuelo pintado en los enrojecidos ojos—. Le ruego que me hable de esas circunstancias que atrasaron su llegada.

Mara enjugó sus lágrimas con la manga de su maltrecho abrigo, se retiró los risos enmarañados de la cara y dibujó una temblorosa sonrisa.

—Acepto solo si se pone algo encima.

—Por supuesto —concedió, perturbado, al mirarse—. Póngase cómoda en lo que vuelvo. —Indicó con la mano los mullidos sillones de la sala.

—Gracias.

Aún moqueando, Mara paseó la mirada por su rededor con atención. El lugar le habló de elegancia y sobriedad, pero especialmente de masculinidad. Los muebles eran una réplica de los setenta en colores grises y *beige*. Tanto las patas de los sillones como de las mesitas eran de tubo cromado. Los cuadros en los muros blancos eran fotografías muy buenas de estructuras de hierro y rascacielos famosos, y los objetos decorativos sobre las cubiertas parecían una colorida colección de varios países. Bajo sus pies, estaba el tapete más bello que hubiera pisado. Era una mezcla de tenues figuras geométricas en colores pastel. En el muro del fondo, había un ventanal que tenía por vista el distrito financiero de la capital.

André regresó con un jersey entallado a su amplia espalda y tórax y un

jeans pegado a su redondo trasero. Ligeramente, se dirigió a la chica apoyada en una columna, con la mirada perdida en la noche.

—Mara, ¿le puedo ofrecer algo de beber?

—No. Gracias. —Dio un brinco involuntario y se abrazó a sí misma antes de girarse hacia el hombre que vestido casual o con toallas era igual de inquietante.

—¿Por qué no nos sentamos y me cuenta qué le ha pasado?

La chica se dejó guiar y cuando el hombre se sentó frente a ella, levantó la mirada.

—Cuando fui aceptada en el bufete Ferrara & Roseti, supe que Dios por fin había atendido mis ruegos —empezó, pero cuando vio la confusión de André, resolvió contar su historia desde el principio—. Hace siete meses encontré a mi marido colgado de una viga del techo de nuestra habitación —declaró con una mano al cuello para calmar el temblor en la voz—. Al otro día, mi hija y yo fuimos arrojadas de nuestro hogar solo con lo que traíamos puesto. Fue un milagro que no terminara en la cárcel culpada de complicidad en el fraude cometido por mi esposo. A pesar de mi currículum como abogada, nadie me quiso contratar al enterarse de mi relación con él. Seguro usted debe haber oído hablar de la estafa millonaria a Empresas Ferrero. —Al ver el asentimiento del callado hombre, prosiguió—: Mi esposo fue el cerebro —agregó ruborizada—. No tengo a nadie en el mundo. La familia de Francesco solo se acercó para quitarme a mi hija. Nunca aceptó que su único hijo se casara con una chica salida del orfanato —dijo sacudiendo la cabeza—. El transporte en el que viajaba hacia acá, hoy, tuvo un accidente. Los pasajeros resultamos con heridas leves —se apresuró a añadir al ver el rostro preocupado—. Pero entre que los paramédicos nos revisaban, la policía tomaba declaración y llegaba otro vehículo para recogernos, me fue imposible llegar a tiempo a nuestra entrevista —terminó con los ojos acuosos y la cabeza gacha.

—Siento mucho lo que ha pasado y pido perdón por ser un canalla

insensible —bromeó—. Desde luego doy por anulada la instrucción de despido y, si aún quiere ser parte del equipo, a partir de mañana, puede usted empezar.

—Pero es domingo...

—Tiene razón de nuevo. Entonces nos vemos el lunes a las nueve. Trabajaremos medio día para que todo el mundo se vaya a casa a cenar con la familia.

Para cuando André terminó de hablar, Mara estaba hecha un mar de llanto.

—Gracias, señor Roseti. Ni con la vida le pago esta nueva oportunidad. Le prometo que seré la más fiel colaboradora. Mi hija se pondrá feliz —añadió tumbándose las lágrimas con dedos prestos.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En Sperlonga. En casa de mi amiga.

—¿La esperan para hoy?

—No... —respondió con el ceño arrugado.

—Le quiero proponer algo. Con todo respeto —aclaró para no dar ideas equivocadas—. En este departamento, hay tres habitaciones vacías. Quédese a dormir y mañana, a primera hora, iremos por su hija. Este será el hogar de ambas hasta que encuentre un lugar donde vivir —al ver en su rostro el «no» que se avecinaba, agregó—. Es lo mínimo que puedo hacer para lavar mi buen nombre. Acéptelo, por favor. Su hija y usted están a salvo conmigo. A cambio, si quiere, puede cocinar... —propuso con picardía.

—Con semejante intercambio, no me puedo negar —aceptó derretida. Para ella, Roseti no era del todo desconocido. De buena fuente, sabía que era un hombre honorable y caritativo. Por eso estuvo dispuesta a dejar el mundo que conocía para aventurarse en otros horizontes.

A la mañana siguiente, André fue despertado por los deliciosos aromas que venían de la cocina. Eso le recordó que tenía una invitada y no debía salir en cueros, tal como solía dormir.

—Buenos días, Mara. ¿Cómo pasó la noche? —saludó a su espalda.

—Maravillosamente —declaró mientras se volvía.

André, literal, colgó la mandíbula. Frente a él, estaba la criatura más exquisita del planeta, con los rubios cabellos sueltos sobre los hombros y los ojos de azul turquesa brillantes como cuentas preciosas. Llevaba un sencillo vestido amarillo, de manga al codo y falda recta arriba de la rodilla. Calzaba sandalias claras, de tacón medio, que hacían lucir sus piernas de locura.

—¿Qué le parece un café *expresso* y *croissants* horneadas en casa para abrir boca?

Qué cosas tiene la vida. Dos días atrás, André aún lloraba por su amor perdido y, en ese momento, estaba a punto de pasar una increíble Navidad en Sperlonga, con una chica preciosa y su pequeña niña de seis años.

Después de todo, el viaje surgió y los señores Rosetti estaban más que complacidos por la noticia. Todo parecía indicar que su adorado André ya estaba listo para dejar el pasado atrás e iniciar una aventura que prometía ser para toda la vida.

Un año después, las fiestas de fin de año, en el bufete Ferrer & Roseti, se celebraba con pompa y platillos. Mara y André unían sus vidas para siempre.

Mara y André son personajes secundarios de la novela Destino Millonario.

<https://www.megustaleer.com/libros/destino-millonario/MES-099286>

<https://www.facebook.com/OlgaHermonEscritora/>

Paula Alaimo

Un regalo inesperado

Su idea era hacer limpieza, aquella era la razón por la que estaba arrodillada buscando qué tirar y qué no de la caja de cuando era adolescente.

Bien sabía cómo se ponía cada vez que quería despejar las áreas abarrotadas de cosas en el departamento, Sergio, con toda diligencia, le plantó un beso en los labios y le dijo que volvería en dos horas, cuando el huracán Laura se hubiese ya calmado. Le gritó «cobarde» y escuchó, antes de que cerrara la puerta de calle, como reía al decirle aquello de que soldado que huye sirve para otra guerra.

Resignada, sola ante el caos, volvió su atención a la caja y supo que ya era tiempo de descartar lo inútil y, quizás, reservar lo que aún podría ser necesario o simplemente para una segunda revisión si no se sentía lista para dejarlo ir.

Revisó carpetas, folios, separadores y, uno a uno, fue descartándolos hasta que palpó un sobre algo gordito y, al tomarlo, no tardó demasiado en reconocer su contenido.

Pensó qué loca que era la mente porque, hasta aquel segundo, no había recordado que estaba allí y, con tan solo verlo, supo de qué se trataba.

Dejó a un costado la caja junto a la bolsa de lo descartado y se hizo lugar para extender las piernas, apoyar su espalda en el sofá y, con una sonrisa cálida, comenzar a recorrer aquellas páginas; era el bloc donde siempre

escribía todo lo que pasaba por su mente. No podía creer que aún conservara aquellas hojas que el tiempo había teñido de amarillo. Eran sus creaciones, palabras que, por suerte, pudo retener en aquel cuaderno, es que realmente hubiese sido una pena no haber plasmado lo que su cabecita de niña creaba.

Había tantas hojas... Sin dudarlo, tomó el primero de tantos, un relato que hablaba de la Navidad.

Miró hacia la ventana tratando de divisar el momento en el que había apuntado la historia, y supo reconocer aquella tarde en donde, por un impulso literario, tomó lápiz y papel por temor a que los detalles se diluyeran pasadas las horas, que se dispararan en diferentes direcciones y que el viento, arremolinando cada sílaba, se los robara para por fin perderlos.

Recuerdos agridulces, recuerdos de una infancia que, a pesar de tanto, supo disfrutar y valorar. Y sin saber el motivo, aquella tarde, después de tantos años, lo recordó y lo escribió.

Sonrió observando el trazo, las letras que había tratado en su momento de dibujar de forma uniforme, con una caligrafía estudiada para que el que quisiera leerlo entendiera lo que allí rezaba.

Hubo en su infancia una larga lista de momentos tristes, pero también maravillosos instantes que le quedaron muy marcados; de esos aparecían en sus notas y la clara intención de aferrarlos al papel para que no la abandonaran. Hacerlos nota y relato la habían reconfortado, la habían conectado con lo más puro de sus sentimientos. La vida pasaba para algunos como agua entre los dedos, sin huellas, sin señales. Las palabras escritas relatando su historia estaban bien resguardadas del viento que aún no se las había podido llevar.

Diciembre de 1985

Tengo quince años y hoy tuve ganas de escribir un recuerdo, son tantísimas las cosas de mi mamá me enojan mucho, lo que voy a relatar

demuestra su dedicación hacia mi hermana y hacia mí. Y aunque en muchas otras cosas, está limitada por circunstancias que no son necesarias mencionar, su amor es y será inmenso.

Casi toda mi niñez la pasamos con serias dificultades económicas, era normal que en la casa escaseara el dinero para fiestas, regalos y cumpleaños. Pero esa Navidad, la de 1978, aunque se repitiera lo de siempre y ya tenía edad de saber quiénes eran los que dejaban los regalos en el árbol, latía en mí la esperanza de que, por primera vez, los adultos se hubiesen equivocado y reconocieran que había existido hace muchos años aquel hombre que tanto negaban.

Por esos últimos meses del año, la hermana de mamá se había separado de su esposo y estaba pasando unos días en casa. Yo desconocía, en ese momento, su problema, pero podía ver que la tía estaba triste, casi ausente, y mi deseo era que quería alegrarla de alguna manera. Mamá ya me había advertido, con mucho pesar, que no iba a haber regalos a la media noche porque papá no había cobrado el último trabajo de carpintería.

Eso más que seguro que lo había dicho para que no hubiera falsas expectativas a las doce. Pero aún existía en mí la necesidad de regalarle algo a la tía por el solo hecho de darle una sorpresa y disfrutar de su alegría.

Tenía un plan, por lo que busqué esperanzada en el pequeño monederito y, con total satisfacción, encontré un poquito de dinero. Salí de casa y me encontré con mi vecina. Ella me sonrió tan cálida como siempre; olía a flores. Ella siempre huele dulce y me parece un ángel de bonita. La señora Alejandra Barbirova trabaja haciendo arreglos con flores, de esos preciosos, para poner de adorno en las mesas o en donde uno quiera. Una vez fui a su local que tiene en el shopping cerca de casa y me invitó a ayudarla con un ramo de rosas; quedaron divinas y, como recompensa, me regaló una de tallo largo, o así fue como me dijo, y yo se la regale a mamá.

Le di un beso con mucho ruido, corrí hasta el kiosco de doña Marta y, al

vaciar el monedero en el mostrador, le pregunté si me alcanzaba para un paquete de cigarrillos.

Sé que no son muy buenos para la salud y que algunos huelen horrible, pero igual, sabiendo que a ella tanto le gustaban, me la imaginé con una hermosa sonrisa y me los llevé.

Contenta y emocionada, volví a casa y, como la ansiedad me sobrepasaba, corrí a contárselo a mamá. Ella me sonrió y me abrazó con tanto cariño que es el día de hoy que lo sigo sintiendo en mi piel y, por supuesto, en mi memoria. La vi muy emocionada, al punto que provocó que unas lágrimas rodaran por mi cara. No sé por qué, solo era un sencillo paquete de diez puchos; no me había alcanzado para el de veinte, ese sí era de los que venían con papel dorado y cuya marca estaba en inglés.

La hora de la cena llegó y pasamos una noche muy linda, con armonía; por suerte, sin discusiones entre papá y mamá. El cielo estaba estrellado y había paz en casa. Con mi hermana disfrutábamos de los chistes que papá decía mientras nos servía el rico asado que había preparado en la parrilla; es muy buen cocinero.

Por suerte para mi ansiedad, llegaron las benditas doce de la noche. Todos se dieron muchos besos y abrazos; de esos si teníamos para repartir hasta el cansancio y había de sobra. Entonces mamá me dijo suavemente al oído que fuera a buscar la sorpresa para la tía, y fui corriendo a buscar debajo del arbolito el único paquetito que sabía que se entregaría esa noche.

No recuerdo cuántos segundos me quedé parada mirando el árbol y no sé cuánto más pasaron hasta que pude entender lo que veía. Buscando el paquete de puchos de diez que anteriormente brillaba entre los adornos y las luces titilantes, mis ojos veían dos libros de cuentos junto al regalo de la tía. Dos libritos de tapa de cartón finito, uno que tenía dos niños jugando con barriletes y otro en donde una banda de músicos compuesto por animales tocaban felices diferentes instrumentos mientras que un príncipe y

una princesa se tomaban de las manos.

Pero supe, con mi mente de niña, que aquellos libros no solo contarían historias que esa noche o a la mañana disfrutaría leyéndolas, esos libros contaban la historia de una madre que, con sacrificio y mucho amor, había juntado peso por peso para regalarles fantasía y alegría a sus dos hijas.

Qué puedo decir de lo que pasaba por mi cabeza de niña, era la felicidad absoluta, era recibir sin esperar. Yo había dado por puro placer y en ese momento recibía mi recompensa.

«Ay, mami cómo te quiero», pensé.

Sin perder un minuto más, tome los tres regalos y salí al patio donde estaban esperando que regresara. Busqué los ojos de mamá, y ella, con esa sonrisa tan tierna, esa mirada única de mamá todo corazón, me abrió sus brazos para recibirme. Caí rendida a ese amor incondicional, a ese amor que me hizo sentir tan mimada. Tanto que hoy, al escribir esta historia, no puedo dejar de revivirla con lágrimas en los ojos.

Laura se quedó con la vista en el punto final, habían pasado ya más de veinticinco años de aquella Navidad que, en ese momento, al recordarla a través de sus propias palabras, le pareció haberla vivido el día anterior. Observó al magnífico árbol que había adornado con su marido y las dos hijas pequeñas, y simplemente dejó que el calor de recuerdo de su madre recorriera sus mejillas con más lágrimas, su ausencia en aquel momento se sentía agrídulce, pero estaba tan presente como si en ese momento estuviese sentada a su lado leyendo con ella aquel episodio.

Tomó la caja deseando que la magia siguiera fluyendo y, al ver en el fondo lo que deseaba encontrar, suspiró aliviada. sacó el paquete con cuidado temiendo arruinarlos. Envueltos en un celofán transparente, los dos cuentos la saludaban una vez más. Se paró, fue hasta el árbol y allí, al pie, junto con todos los paquetes, los acomodó.

Casi las lágrimas no la dejaban disfrutar de la imagen, sin embargo, divisó

en un extremo un papel dorado que se asomaba de uno de ellos. Se acercó y lo deslizó fuera para, con sorpresa, ver que aquel papel dorado que habían envuelto los puchos de la tía estaba bien doblado como recuerdo de aquella noche.

Lo desplegó y leyó: «Querida sobrina, me hiciste muy feliz».

Con el pecho anudado por la emoción, se acercó a la ventana y, mirando hacia el cielo, saludó a su mamá y a su tía, quienes, seguramente, aquella Navidad estarían disfrutando de una gran noche junto a ellos cuatro, al pie del árbol de Navidad.

Las referencias de este relato pertenecen a la novela No sin antes verla feliz, de la autora Paula Alaimo, que saldrá a la venta próximamente.

<https://www.facebook.com/autorapaula.alaimo>

Pilar Piñero
Pide un deseo

—**M**arcos, ¿estás listo?

—Sí, mamá, bajo enseguida. —¡Parece una chiquilla! En fin, toca cena familiar navideña. Pero este año es diferente, Eva ha pasado a formar parte de la familia y estoy encantado, sobre todo por Salva.

El cortijo está precioso, las chicas han hecho un trabajo de decoración impresionante, pero sin duda, la palma se la lleva la comida, esta noche toca comer como cerdos.

Este año, la Navidad despierta en mí sentimientos encontrados.

La Navidad pasada, fui a una fiesta en el *pub* del pueblo con mis amigos que están como cabras, pero son los mejores colegas del mundo. No los veo demasiado, al igual que mi hermana, se marcharon a estudiar fuera y vienen poco, pero cuando lo hacen, recuperamos el tiempo perdido.

El *pub* estaba de lo más colorido: guirnaldas, espumillón y un árbol navideño que parecía que Pedro, el dueño, había traído a rastras.

Estaba sujetando un vaso de algún brebaje de color rojo, que alguien llamó «ponche navideño», cuando la vi. Pensé: «Hostia, un ángel». Era guapísima: rubia, pelo liso, carita de muñeca y un cuerpecito de lo más apetitoso. Así que, con todo el valor que el asqueroso ponche rojo me estaba aportando, me fui hacia ella. De cerca, era todavía más bonita. Paré enfrente de ella, bueno, delante, porque para ponerme enfrente, me tendría que haber puesto de

rodillas, era bajita de verdad. Un montón de belleza concentrada en metro cuarenta.

—Feliz Navidad, ángel —dije con todo el encanto que el dichoso brebaje me había dejado intacto.

—Muy original, Grinch.

La madre que la parió. Me soltó eso y se largó.

Me dejó con un palmo de narices. La observé durante un rato. ¿Quién era, de dónde había salido? En esas comeduras de olla estaba cuando una silla pasó volando por mi lado y se estampó contra la barra del bar. Mesas volando, botellas estrellándose..., si es que los de pueblo somos *mu'* brutos *pa'* las peleas. En fin, que entre todo el barullo de gente, mis ojos buscaron al ángel y la vi escondida debajo de una mesa. Su cara era de horror, así que no me lo pensé y fui a por ella. Cuando llegué hasta su escondite, le tendí la mano y la aceptó, aunque dudó un segundo antes de decidirse. «¡Menuda fierecilla!».

—Vámonos de aquí, ángel. —Salimos a la calle, el frío me cortó la respiración, esta era la mía para saber más de ella—. ¿Dónde vives?

—Aquí —contestó con una sonrisilla.

—¿¡Aquí!? ¿¡Aquí dónde!? Vamos dentro y... —no entendía nada.

—No hace falta, Grinch, ¡Adióssss! —dijo con la mano alzada despidiéndose.

—¿¡Cómo te llamas!? —grité a todo pulmón, necesitaba saber de ella.

—¿¡Por qué quieres saberlo!?

—¡Porque... lo necesito! —y lo dije en serio.

—¡Hoy es Navidad, pide un deseo!

—¡Quiero saber tu nombre y volver a verte!

—¡Pide un deseo, Grinch!

Desapareció dentro del bar. Me quedé allí, helado de frío y con la sensación de que de ángel no tenía nada. ¡Pero qué demonios! Si la única opción que tenía para verla era pedir un deseo, pues iba a intentarlo, ¿no era Navidad? Así que levanté la cara hacia el cielo, cerré los ojos y dije: «A ver,

Papá Noel, concédeme un deseo: deseo saber su nombre y volver a verla. Venga, colega, enróllate. Estoy aquí con el culo congelado y en medio de un aparcamiento, me lo merezco».

Me quedé allí esperando que el barbudo hiciera su magia, pero nada pasó durante la siguiente hora, así que, congelado, sintiéndome ridículo y con un cabreo de un par de narices, entré en la camioneta y di por finalizada la noche de mierda.

A la mañana siguiente, amanecí con cuarenta de fiebre. Neumonía, eso me costó el jodido deseo. Pasé en cama el resto de las Navidades. Para fin de año, volvía a ser persona, más o menos, porque, de tanto sonarme, tenía la nariz tan llena de pupas y costras que parecía tener un trozo de crocante pegado en la cara. Lo dicho, una mierda de Navidades, como diría el Grinch.

Dentro del pub, aquella noche...

—Sobrina... Por suerte, Marcos te ha sacado de aquí. ¡Qué gran chaval! Los Chopos crían buenos caballos y buenos hombres. Sube y cámbiate, estarás helada.

Marcos..., así se llama y vive en el cortijo Los Chopos. Sin preguntar, ni pedir ningún deseo, me he enterado.

Entré en la cama y no pude quitarme su cara de la cabeza. ¡Era guapísimo! Nunca había sentido nada parecido.

La idea de mi tío de venir a vivir con él me parece cada vez mejor. Mis padres montaron un *resort* en Portugal para personas de la tercera edad y se trasladaron a vivir allí. Yo me quedé en León con mi hermano mayor. Pero el año que viene, él se marcha a Londres a hacer un máster. Mis padres me dijeron que fuera con ellos a Portugal, «ni de coña», y mi tío Pedro, que viniera a Posadas, y he aceptado. Tengo que estar un año en León, pero cuando acabe el bachillerato y arregle todo, me trasladaré aquí, y después de un año sabático, haré algo a distancia. Visto lo visto, estoy deseando que llegue el

año que viene.

He pasado las Navidades esperando volver a ver a Marcos, pero no ha aparecido por el *pub*. He paseado por el pueblo y he ido hasta la verja de Los Chopos esperando verlo..., pero nada, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

De camino a León, pienso en los días que he pasado en Posadas y en la gente que he conocido, estoy deseando que llegue la Navidad del año que viene para poder instalarme aquí. No he sabido nada de Marcos y todo por cabezota, me he negado a preguntar por él a mi tío o a alguien del pueblo, ¡qué vergüenza!

Recuerdo que, aquella noche metida en la cama, pedí un deseo. Pensé: «¿Por qué no? Papá Noel, te pido un deseo, deseo volver a ver a Marcos, conocerlo mejor y... que me dé mi primer beso».

Pero nada ocurrió, y aquí estoy de camino a León, con el corazón roto y deseando que llegue la Navidad del año que viene.

La Navidad del año siguiente

—¡¡Marcos!! —Salgo de mi ensoñación y miro a Eva que me mira divertida —. ¿Dónde estabas? Te decía que tengo que pedirte un favor. Jorge, el hijo de Paula, se ha roto una pierna, así que... ¿Querrías hacer tú de Papá Noel esta noche en el centro cívico? —¡Coño, se ha vuelto loca!

—¡Ni de coña, Eva! —Nada más decirlo, noto los ojos asesinos de Salva sobre mí, a su chica nadie le habla así, mea culpa—. Eva, es que no me van esas cosas. Si fuera algo para niños, pero...

—¡Oye! Ese día es muy importante para las mujeres de Posadas, nos lo merecemos. ¡Por favorrrrr! —dice mi hermana Laura.

—No me lo pidáis... ¡Eh, mamá, Laura, Eva, no me miréis así!... Joder... Vale, lo haré. —¡Si es que soy un blandengue! Ellas saltan y me abrazan agradecidas, Salva, mi cuñado Eric y Paco se tronchan de la risa. Pues nada,

mañana a hacer de puñetero Papá Noel, el fraude, el que no concede deseos...

¡JO, JO, JO me cago en *to'*! ¡Vaya pinta, joder! Ya tengo el disfraz puesto y Eva está acabando de pegarme la jodida barba, que parece una rata muerta.

—¡Estás genial, Marcos! Te agradezco mucho lo que estás haciendo... —
Pobre, es toda bondad.

—Ahora que estoy aquí, tengo hasta ganas de sentar a todas las mujeres del pueblo en mis rodillas... ¡No es tan mala idea, ¿sabes?!

—Anda, ligón de pacotilla. Y recuerda, ¡JO, JO, JO!

—¿Sabéis que Papá Noel no existe, verdad? Parecéis tres chiquillas, coño.

—Marcos, ni una palabrota. Y escúchame bien, todas las mujeres de ahí fuera vienen a pasar un rato agradable, es Navidad, pues es con Papá Noel. Ellas van a hablarte y a tratarte como si lo fueras, te van a pedir sus deseos, pero nos tienes que jurar que jamás dirás ni una palabra de lo que oigas. Por cierto, ven en Carnaval si quieres y vas a flipar... El año pasado llamamos a un policía... un *boys*.

—¡Joder, mamá, ¿en serio?!...Vale, que sí, no digo palabrotas, digo «JO, JO, JO» y guardo el secreto, pero como alguna de ellas me toque el culo, me largo.

—Que sí, hombre. Venga, ¡que empiece el espectáculo!

Salgo al improvisado escenario y me reciben con vítores y gritos como *groupies* enloquecidas, ¡madre mía, vaya telita! En fin, me siento en un trono... más o menos... y empiezan a desfilan mujeres por mis rodillas.

Tengo que confesar que me lo estoy pasando de miedo, ¡vaya con las mujeres de Posadas! Escandalizado me tienen, hay momentos en los que temo fundir la barba con mis mejillas enrojecidas.

Cuando llevo una hora más o menos, veo, en la fila de acceso, a mi ángel. Ya no escucho a la señora que tengo sentada, solo existe ella que, nerviosa, se retuerce las manos. No me lo puedo creer, ¡voy a tenerla sentada en mis rodillas!

Cuando llega hasta mí, le hago un gesto para que se siente.

—Hola, án... guapa... ¿Qué quieres pedirme? —Tengo unas ganas locas de besarla, le rodeo la cintura con fuerza y empieza a hablar.

—Bueno..., yo... deseo volver a ver a alguien que conocí hace un año — Joder..., ¿seré yo?

—¿Solo verlo? —Venga, mi ángel.

—No... —Suspira, mira mis ojos y habla—. Deseo verlo, conocerlo y que me dé mi primer beso. —A punto estoy de dejarla caer de mis rodillas. ¡Ya es mía!

—Deseo concedido, mi ángel —Veo la sorpresa en sus ojos antes de besarla.

Todas las mujeres aplauden y cuando nos separamos, me sonrío.

—Me llamo Estrella..., Marcos.

¡Pues sí que se cumplen los deseos, sí! Solo hay que creer en ellos y desearlos con el corazón. El amor nos llegó aquel día de Navidad y hoy, tres años después, lo que celebramos es nuestra boda.

¿Te atreves a pedir un deseo?

¡¡FELIZ NAVIDAD, JO, JO, JO!!

Marcos es un personaje secundario de la novela *Voy a volverte loco*, que se publicará el próximamente.

<https://www.facebook.com/pilar.pineromateo.9>

Priscila Serrano

Si me miras para siempre

Sus primeras Navidades como pareja, estando juntos en todos los sentidos. Les faltaba una persona muy importante en sus vidas, pero no dejaban de estar felices por ellos, aunque sonara egoísta. Alice y Ryan habían pasado demasiadas cosas juntos, momentos inolvidables que no podrían olvidar ni por asomo. Y en ese momento, meses después de haberse declarado el amor más puro que dos personas podían sentir, pasaban su primera Navidad, la primera de muchas, según ella. La sonrisa no se le borraba de la cara, no podía. ¿Cómo hacerlo si tenía con ella a su amor, a ese joven de ojos miel que volvió su vida loca? Lo amaba y cada día se hacía más fuerte ese sentimiento que solo había sentido por él, por Ryan.

En este momento, Alice estaba junto con su padre y su mejor amiga, Mila, preparando la cena de Navidad. Ryan aún no llegaba, pues su padre lo había obligado a pasar por la empresa.

—Aún no me puedo creer que estas Navidades estés con Ryan —afirmó Mila con una sonrisa mientras sacaba del mueble las copas.

—Yo tampoco me lo creo y... —Suspiró—. No sé cómo explicarlo, pero es tanto lo que he soñado con un momento así, con estar con él.

—Se te ve muy feliz, aunque... —Mila enmudeció de pronto al percatarse de lo que estuvo a punto de decir. Alice se encogió de hombros perdiendo la mirada en otro punto que no fuese la foto que había justo en el mueble donde

guardaban todos los utensilios para las cenas de Navidad.

Tenía que ser sincera con ella misma y entender que, por mucho que Ryan la hiciera feliz desde el primer minuto en el que le dijo que la amaba, no dejaba de pensar que había sido justo cuando perdió a su hermano. Una pequeña, casi invisible lágrima salió de su ojo y se la secó de inmediato. No se permitía llorar, no más, ya lo había hecho suficiente tiempo, y quería sonreír, aunque sonase egoísta por su parte, pero quería ser feliz, y recordando momentos tristes no lo sería.

Su padre pasó por su lado y tocó su brazo al comprobar la mirada nostálgica de su pequeña de cabellos dorados. Además, tenía los ojos de un azul tan claro que, cuando lloraba, aunque fuese por un tiempo corto, se le notaba enseguida, pues el color se le ponía mucho más claro.

—Eh, ¿qué ocurre? No quiero verte llorar, no esta noche —pidió con dulzura ese hombre que la adoraba tanto.

Alice no podía decir que se sentía sola, si tenía a su lado a las mejores personas que podía tener. Su padre, al que adoraba, estaba con ella, a su lado, sin importar nada más que su familia. Mila, su mejor amiga. Esa chica alocada nunca la iba a abandonar, no cuando ella misma la necesitaba en su vida. Tenía buenos amigos, unos muchachos que esperaba esa noche para la fiesta navideña que estaban preparando en su hogar. Sabía que lo pasarían en grande y lo estaba deseando.

Por último, ¿cómo olvidar que tenía a su lado a la persona más importante de su vida? A veces juraría que le dolía el corazón, hasta el alma si fuese posible, de lo mucho que latía, sentía por él.

Una hora después, ya tenían la mesa preparada, el pavo se estaba horneando y las luces conectadas al equipo de música.

Mila se había ido a su casa para recoger algo que se le había olvidado y Jack, su padre, salió al jardín trasero a por leña para la chimenea. Esa noche iba a ser fría, demasiado, la nieve no dejó de caer en toda la mañana y, aunque estaban acostumbrados, debían estar preparados.

Alice se acercó al equipo de música y puso su canción favorita, esa que le cantó a su hermano en su cumpleaños. Bruno Mars era uno de sus cantantes favoritos y *When I was your man*, la canción más perfecta que había escuchado jamás. Mientras tarareaba la canción, no se percataba de que alguien la observaba desde el umbral de la puerta y sonreía como un tonto enamorado al verla así, tan tranquila y feliz como merecía. Caminó despacio, deseando llegar y estrecharla entre sus brazos y, a la vez, mirarla por horas sin que se diese cuenta, era cuando más hermosa la veía.

Cuando no pudo aguantar más, llegó hasta su pequeña y la abrazó por la espalda, la estrechó metiéndola bajo su piel si fuese posible. Alice, al comprobar que era él, se dio la vuelta e, importándole muy poco que pudiesen verla, pegó un salto hasta quedar con sus piernas enroscadas alrededor de su cintura.

—Oh, Ryan. Por fin llegas. —Besó sus labios con una dulzura aplastante.

—Pequeña, pequeña —murmuró con sus labios semiseparados—. Será mejor que pares o no respondo —se quejó al saber que podría ser posible que perdiese la poca cordura que ella le dejaba.

Alice sonrió sin dejar de besarlo y él, cumpliendo lo que había dicho, la apretó más a su cuerpo para no dejar ni un milímetro de espacio entre ambos. No podían estar más separados, más de lo soportado.

Un carraspeo los alertó e interrumpió ese beso tan apasionado que estaba subiendo a unos límites exagerados y que, estaban seguros, llegaría a más.

Ryan la dejó en el suelo y ambos se dieron la vuelta para ver el ceño fruncido y la media sonrisa de Jack al haberlos pillado. Alice se sonrojó tanto que no podía ni mirar a su padre a los ojos, y Ryan miró hacia otro lado con la misma sensación.

—Tranquilos, yo no vi nada —se burló de ellos.

—Oh, papá. Siento que nos hayas pillado así —se disculpó avergonzada a más no poder.

Jack negó y se dio la vuelta para ir hasta la cocina y asegurarse de que el

pavo aún seguía sin quemarse.

Las horas comenzaron a pasar y, a las nueve de la noche, ya estaban sentados cada uno en su lugar para comenzar con la cena que tantas horas había llevado preparar. En ese instante, solo estaban los tres, pues los demás cenaban con sus familias y llegarían más tarde para la fiesta.

Eran momentos duros, pero si los pasaban unidos, así como estaban, todo pasaba más deprisa y armonioso.

—Papá, el pavo te quedó exquisito —aseguró Alice relamiéndose los labios, acto que no pasó desapercibido para Ryan.

—Gracias, ya sabes que siempre he sido muy buen cocinero —se alabó a sí mismo y ella soltó una carcajada que a ambos hombres los hizo felices.

Lo único que a ellos los hacía dichosos era verla a ella así, despreocupada, feliz y enamorada. Esto último le gustaba más a Ryan, todo había que decirlo.

Cuando acabaron de cenar y, mientras que Jack se disponía a preparar el salón para la gran fiesta, Alice y Ryan se dispusieron a recoger la cocina y, entre plato fregado y plato secado, no faltaban los besos robados por parte de él.

—Te amo —susurró en su oído en un momento en el que la pilló desprevenida.

—Ay, me asustaste. —Lo miró con una sonrisa—. Yo también te amo.

De pronto, la música dio inicio y el timbre de la puerta comenzó a sonar, ambos sonidos a la misma vez. Ryan sonrió y Alice se derritió.

—Parece que ya van llegando. Vamos —dijo tirando de ella.

—¡No, Ryan! Espera. Aún no he terminado de recoger todo —exclamó sin borrar la sonrisa.

—Después te prometo que yo haré a todos que recojan, pero ahora... tú y yo. —Se paró justo frente a ella—. Vamos a bailar y pasarlo en grande. ¿Te parece? —Asintió pegando un salto feliz.

Llegaron al salón y estaban Mila, Daniel y Caroline. Fueron los primeros

en llegar. Alice corrió hasta las chicas y las abrazó mientras la canción *No*, de Meghan Trainor, sonaba a todo volumen. Alice adoraba esa canción y la bailó como solo ella sabía. Las caderas prácticamente se movían solas y las babas de Ryan caían a su vez.

El salón comenzó a llenarse de jóvenes con ganas de pasarlo bien. Amigos de la familia, de ellos mismos. Incluso amigos de sus amigos. Lo estaban pasando genial.

Aún Ryan y ella no habían bailado, sus amigas no la dejaban sola en ningún momento y deseaban abrazarse de una vez. Una música lenta, una cualquiera que ni siquiera su letra escuchaban, sonó de pronto. Aunque podría jurar que su amiga fue la que la puso para ellos. Alice se dio la vuelta y él... él ya la esperaba en la pista improvisada que Jack había montado. Las luces se pusieron tenues, cálidas y se acercaron despacio, hasta que no quedó espacio entre ambos. Ryan pasó sus brazos por su cintura y la estrechó entre ellos hasta pegarla a su pecho. Todo lo hizo sin dejar de mirarla, como a cámara lenta, era demasiado precioso el momento para poder olvidarlo y ambos lo estaban grabando a fuego en sus retinas.

En silencio, pues en ese momento las palabras sobraban, disfrutaron del baile mientras se amaban entre caricias.

—¿Sabías que estas, sin duda, son las mejores Navidades de toda mi vida? —preguntó él en un hilo de voz, haciéndolo con dificultad.

—¿Y sabías que para mí también lo son? —Sonrió complacido al saberlo de labios de ella.

—Nunca pensé que este momento llegaría, que por fin te tuviese entre mis brazos.

—Yo siempre lo soñé y ahora no quiero despertar —aseguró.

—No es un sueño, es real. Ambos los somos.

La apretó mucho más, lo que provocó que una corriente eléctrica los recorriese enteros.

—Si me miras para siempre, creeré que no es un sueño —pidió ella en un

murmuro casi audible.

—Nunca podría dejar de hacerlo, sería mi pesadilla.

Cuando la canción terminó, ambos se estaban besando con dulzura. Ryan cogió sus mejillas y se separaron unos milímetros para después él pegar su frente a la de ella.

—Feliz Navidad, pequeña. Te amo.

—Feliz Navidad.

Volvió a besarla, pues con palabras le costaba expresar lo que con actos regalaba. Y así, la fecha más perfecta, las Navidades más bonitas de toda su existencia, se hacía realidad.

Alice y Ryan son los protagonistas de *Un amor para siempre*.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-amor-para-siempre-para-siempre-1/MES-099254>

<https://www.facebook.com/PriscilaS.Autora/>

Reina González Rubio

La llamada

Jürgen entrecerró los ojos y respiró profundamente para inhalar el aroma a Nochebuena, fuego de chimenea y canela, que flotaba en su hogar. Se había encerrado en su despacho porque necesitaba estar solo unos instantes; aún faltaban un par de horas para que la familia se sentara alrededor de la gran mesa, vestida de manteles blancos, y engalanada con la vieja vajilla Meissen, aunque este año, una vez más, permanecía vacía la silla de la ausencia.

Notó sus ojos humedecidos mientras llegaban a su memoria pequeños destellos de aquella otra Navidad, la primera de casados que pasaron su esposa y él, jóvenes y soñadores, ella mostrando con orgullo la tripa redonda que albergaba a su primer hijo. Entonces vivían en un pequeño apartamento, tan minúsculo que en una sola habitación coexistían la cocina, el salón y el dormitorio. Eran más pobres que las ratas, pero a ninguno de ellos les importaba.

Isabel. La vio por primera vez en una manifestación antifascista y un impulso inexplicable le apremió a dejar a sus camaradas para situarse a su lado. Aquella chica tenía la sonrisa más bonita del mundo, y al hablar detectó un dulce acento de algún país mediterráneo.

—Soy española —dijo ella al fin.

—Me alegro mucho de conocerte, españolita —fue lo único absurdo que se le ocurrió comentar.

Al mirar a sus ojos, detectó una luz diferente y comprendió que aquella mujer iba a ser alguien muy especial en su vida. No les importó la oposición del padre de ella, un exiliado español republicano que soñaba con regresar algún día a su tierra, o la de su propio progenitor, un conservador alemán que no veía con buenos ojos a los extranjeros que emigraban a Alemania.

Aquella primera Navidad juntos solo tenían para cenar salchichas y arroz con leche. La minúscula estancia, donde Isabel se afanaba en poner una mesa bonita, aunque los platos estuvieran desperejados y levemente ajados, olía a canela y hojas secas. Su árbol de Navidad eran unas cuantas ramas de abeto, que él había birlado del que había colocado en un parque el ayuntamiento, y juntos las habían decorado con bolas navideñas hechas con papel de periódico.

Se disponían a sentarse a la mesa cuando llamaron a la puerta y al abrirla los vio allí, uno junto al otro, con igual sonrisa de circunstancias. El republicano español, y ateo confeso, con una caja de turrónes y una botella de vino en la mano, dispuesto a celebrar la cena familiar junto a ese conservador alemán, receloso con los emigrantes advenedizos, que no se integraban en la sociedad germana. No se soportaban, pero allí estaban para vivir la Nochebuena junto a sus hijos.

La siguiente Navidad ya era padre. Aquel niño de piel sonrosada le arrancó unas lágrimas la primera vez que lo sostuvo en brazos, a pesar de que a él le enseñaron que los hombres nunca lloran. Pero al oler la piel de su bebé, aroma a pan tierno recién hecho y a vainilla, miró a su esposa que le sonreía, y rozó suavemente sus labios para después decirle al oído lo feliz que estaba al sentir aquel milagro que habían creado con su amor. Ese fue el niño con el que recorría los mercados navideños para comprar dulces y decoraciones, y que miraba con ojos de asombro aquellas calles inundadas de luces de colores, ambos de la mano, la pequeña y suave del hijo, la grande y protectora del padre. Después todo cambió, el hombre en que se convirtió aquel pequeño huyó de su lado, primero a Hamburgo y después a otro continente, demasiado

lejos. Tanto tiempo sin noticias... hasta que llegó la carta desde una remota misión católica en África.

En su despacho se colaba el eco navideño de los villancicos, en español y alemán, que sonaban en algún rincón de la casa. Dos tradiciones y una misma familia; el pan de Navidad, *christstollen* y el turrón; cordero y salchichas. ¿Qué cenaría su hijo aquella noche?

Su esposa entró en la estancia.

—Hace demasiado calor aquí, Jürgen —susurró.

—No lo noto, cariño. Desde hace algunas Nochebuenas, siempre tengo frío. No sabes lo que daría por volver a aquella primera que pasamos juntos.

—¿Por eso te empeñas siempre en comer arroz con leche esta noche?

Jürgen sonrió.

—Me recuerda a tu padre y al mío intentando fingir una camaradería que ni ellos mismos se creían, todos tan felices esperando su nacimiento con ilusión.

Isabel se acercó para acariciarle con las yemas de sus dedos el pelo sedoso que era ya gris.

—¿Te acuerdas cuando todos eran pequeños? Aquellas sí que eran unas Navidades bonitas —dijo él con añoranza.

—Ahora los niños se han hecho grandes, pero nos traen nietos para llenar esa ausencia.

—Pero no sabemos si él está bien, si tiene lo que necesita.

—Hay que dejarle hacer su vida, lo de Cora lo destrozó.

—Y mi intolerancia también.

—Fuiste duro con él, es verdad, pero no debes culparte de sus decisiones.

—A los hombres de mi generación nos enseñaron que exteriorizar nuestros sentimientos era símbolo de debilidad y yo me lo creí. Nunca se me dio bien demostrar lo que quería a una persona.

—Conmigo lo hiciste muy bien, Jürgen.

—Porque tuviste la paciencia de enseñarme a hacerlo, Isabel. Si pudiera hablar con él, tan solo un instante, me gustaría decirle lo orgulloso que estoy

del hombre en que se ha convertido.

—Sabes que es muy difícil comunicarnos allí donde está. Debemos esperar su llamada. Tal vez esta sea esa Navidad en la que la realice.

—Estoy tan cansado de esperarla —dijo derrotado.

Jürgen inclinó su cabeza y arrojó su rostro con las manos. Su esposa se arrodilló ante él y lentamente se las quitó de su cara para poder besar sus labios, fue un beso húmedo y tierno, nuevo a pesar de todos los que se habían dado a lo largo de los años que llevaban juntos.

—Tus besos saben igual que cuando eras joven —le dijo su marido.

—¡Zalamero!

La envolvió entre sus brazos con la intención de poder rozar sus cuerpos, piel con piel. Se soltó del abrazo para cerrar su despacho con pestillo. Después se dio la vuelta para mirar a su esposa y fue hacia ella con pasos de depredador. Al llegar a su lado, la tendió en la alfombra suavemente, junto a la chimenea, y besó ese rostro del que conocía cada poro y cada arruga; luego la desnudó lentamente para rozar con sus labios cada centímetro de ese cuerpo amado que, a pesar de la tersura que fue perdiendo con el paso de los años, cada vez era más exquisito. El fuego crepitaba confundiendo su chasquido con los suspiros de deseo de la pareja. Las llamas iluminaban la habitación reflejándose en sus cuerpos sudorosos. El estallido final llegó, al unísono, ahogado en sus gargantas por miedo a hacer ruido y ser descubiertos. Se vistieron apresuradamente y se acurrucaron en el sofá, sintiéndose a través del tiempo, saboreando, de nuevo, ese instante donde el amor no necesita palabras.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Estáis bien? Se va a pegar el arroz con leche —dijo alguien desde fuera.

Ambos se miraron y sonrieron.

—Ya voy —contestó Isabel ahogando una risa.

Fue hacia la puerta, antes de abrir el pestillo, giró el cuerpo, puso los dedos de su mano derecha sobre los labios y le envió, por el aire, un beso a su

marido que aún permanecía sentado en la butaca.

Al abrir la puerta, se encontró con uno de sus hijos.

—¿Pasa algo, mamá? —le dijo en tono preocupado.

—No, nada. Ya sabes, solo dos viejos chochos que se ponen nostálgicos esta noche —respondió ella.

Jürgen sonrió al oír las palabras de su esposa. Habían formado una gran familia, solo existía la sombra de ese hijo mayor que huyó y al que le hubiera gustado tener delante para poder expresar, en el calor de un abrazo, lo que nunca fue capaz de pronunciar con palabras.

Ring... ring... ring.

El sonido esperado retumbó en la habitación y él se quedó paralizado. Sintió miedo, tal vez no deseara hablar con él, y la brecha que los separaba se volvería más grande; pero entonces entró Isabel en la estancia con una enorme sonrisa en los labios y unos ojos chispeantes de felicidad. Le hizo un gesto hacia el teléfono que descansaba sobre la mesa del despacho y que había dejado de sonar. Se apresuró a cogerlo, con temor pero con esperanza. Al levantar el auricular, oyó unos ruidos extraños y luego la sensación de vacío. Nadie hablaba al otro lado de la línea, pero sabía que la conexión telefónica vía satélite no siempre era óptima. Su esposa se acercó a él y le agarró la mano con ternura transmitiendo, con su cálido roce, el amor que sentía por él. Se sintió fuerte y esperó anhelante, fue entonces cuando oyó su voz.

—¿Papá?... Papá..., soy...Otto. Feliz... Navidad.

Jürgen es un personaje secundario de la novela El latido de África.

<https://www.megustaleer.com/libros/el-latido-de-frica/MES-095037>

<http://ow.ly/Hxh550jS1kt>

Rocío Mulas

Lo que trae la tormenta

—¿Lo dices en serio?

Janneth paseaba por el salón de su casa mientras la señora Carpenter le contaba la terrible noticia.

—Sí, cariño. Puede que Abby se quede atrapada en esa cabaña varios días. —La señora Carpenter estaba preocupada por su hija, Janneth podía notárselo en la voz—. Me ha pedido que te encargues del bar hasta que regrese. No serán muchos días, y solo confía en ti.

—Por supuesto, puedo hacerlo. Qué terrible. —Janneth se echó una mano a la mejilla al imaginar a su amiga sobreviviendo sola en el bosque durante días—. Aunque dices que está con el jefe forestal Folley, ¿verdad?

—Así es. Es lo único que me consuela. Al menos no estará sola.

Janneth sabía que entre su amiga y el nuevo jefe de los forestales existía química, así que, si lo pensaba, ella estaría más que bien con Ryan Folley.

Se alegraba por ella, que podía encontrar el amor en el pequeño pueblo de Alaska donde vivían, pero ¿y ella?

No veía el momento de salir de Dillingham y vivir una vida diferente, aunque no recibía la señal que necesitaba para reunir el valor suficiente y tomar la decisión. De momento, tendría que ejercer de dueña de un bar.

—¿Puedes apañártelas sola? —Alex estaba a punto de coger su chaqueta,

pero prefirió esperar a la respuesta de Janneth.

—Claro. Ve a casa. Menos mal que mañana cerramos, porque ha sido un día largo.

—Pero lo has hecho muy bien en un tu primer día como encargada en funciones. —Janneth sonrió agotada ante el cumplido—. Bueno, descansa. Nos vemos el martes.

Janneth comenzó a barrer cuando la puerta del bar se abrió y apareció un pequeño cuerpecito enfundado con abrigo, guantes, bufanda y gorro, todo de los colores más llamativos. Solo adivinaba a ver unos ojos grises y grandes.

—Hola, pequeña.

—Hola. —Su voz cantarina se perdía al atravesar la gruesa bufanda verde. Janneth no creía que tuviera más de seis años—. Mi papá y yo no sabemos dónde cenar. Yo he visto tu bar desde lejos.

—Vaya, cariño. Ya estaba cerrando. —Janneth se agachó para estar a su altura—. ¿Y dónde está tu papá?

Antes de que la niña pudiera contestar, la puerta se abrió de forma brusca y dejó entrar el frío que estaba trayendo el temporal de nieve.

Janneth alzó la vista para ver al hombre que había entrado y que supuso que sería el padre de la pequeña. Era un hombre alto y elegante, bien abrigado, pero en tonos marrones y grises, a diferencia de su hija. Tenía algunos mechones despeinados y con gotas en las puntas por la nieve, además de ver que tenía las mejillas enrojecidas a causa del frío. ¿Podía un hombre tener el rostro helado y rojo y seguir siendo atractivo? Ese día, Janneth comprobó que sí.

—¡Maldita sea, Phoebe! Sabes que no puedes salir corriendo por la calle y soltarte de mi mano.

—Pero, papá, es que...

—No, escúchame. —El hombre se agachó para sujetar a Phoebe por los hombros—. No vuelvas a escaparte así. Me has dado un susto de muerte. Hay mucha ventisca y he dejado de verte en seguida.

—Justo ahora iba a preguntarle si estaba sola. —En ese momento, el hombre reparó en la chica que tenía a unos centímetros—. Soy Janneth.

—Ethan. —No le estrechó la mano porque aún sujetaba a su hija por los hombros—. Esta pequeña bruja es Phoebe. —La niña miró a su padre con el ceño fruncido y lo exageró más cuando ambos adultos se levantaron y ya no estuvieron a su altura—. ¿Eres la dueña?

—No, pero estoy al mando durante unos días, hasta que regrese la verdadera dueña. —Janneth sonrió y Ethan le respondió. Estaba segura de haber alcanzado la misma rojez que él.

—Sé que ya es tarde, pero nos ha surgido un imprevisto y no hemos cenado aún. —Janneth estaba a punto de excusarse, como había hecho con la pequeña, pero su padre tenía los mismos ojos grises y la hipnotizaron de una forma que no entendía—. Solo si te ha sobrado algo de comida del día, no queremos molestar ni que tengas que encender el fuego.

—Pues...

—Por favor. —Phoebe se quitó la bufanda y enseñó su naricita roja por el frío al igual que la su padre, y ya no pudo negarse.

—Está bien. Ha sobrado algo de caldo de pollo, os vendrá bien.

Ethan le pidió que los acompañara, y como no tenía nada más que hacer, se cogió un plato y se sentó a su lado.

—Nunca os he visto. ¿Sois de aquí?

—Somos de Anchorage. —Phoebe se adelantó a su padre, y este aprovechó para observar a su anfitriona. Aquella mujer dulce y encantadora no parecía encajar en un pueblo perdido en Alaska—. Yo siempre paso frío allí, pero en Dillingham hace más frío. Papá dice que aquí se nos congelan los mocos antes de que toquen el pañuelo y...

—Ya está bien, enana. Tómate el caldo. —Ethan la hizo callar para evitar que siguiera poniéndolo en evidencia. Janneth tuvo que reprimir una carcajada ante tan encantadora escena—. Mis padres decidieron jubilarse aquí hace un año, y hemos pensado en hacerles la primera visita sorpresa.

—Oh, ¿tus padres son los señores Connor?

—Los mismos. ¿Los conoces? —Ethan pareció asombrarse.

—Aquí nos conocemos todos. Son encantadores. ¿Y por qué no estás con ellos?

—Las sorpresas, a veces, no responden como uno quiere. —Janneth frunció el ceño sin entender, y él le dedicó una mueca torcida—. Están de vacaciones y vuelven en dos días. Yo no tenía ni idea, así que estamos en la calle y sin comida.

Siguieron tomando la sopa, y Janneth se quedó mirando a padre e hija. No le gustaba pensar que tuvieran que quedarse a dormir dos días en el coche, porque en el pueblo no había nada parecido a una pensión. Tomó una decisión y, tan pronto como lo hizo, la dejó escapar de sus labios.

—Vivo dos calles más abajo y tengo una habitación de sobra con una cama grande.

—Oh, ni hablar. —Ethan frunció los labios ante su oferta, y hasta de esa manera le parecía atractivo—. Estamos abusando ya de tu generosidad. No puedes meter a dos desconocidos en tu casa.

—Eres el hijo de Albert y Eloise, que comen aquí casi todas las semanas. Nunca me perdonarían que os hubiera dejado congelaros de frío, y aun más ahora.

Lo vio pensárselo y mirar a su hija. Seguramente intentaba decidir lo mejor para ella, pero como seguía sin responder, Janneth lo ayudó a dar el último empujón.

—Solo serán dos días. Antes de que te des cuenta, estarás en casa de tus padres.

—Papá —Phoebe habló con un poco de caldo en la boca y tragó antes de continuar—, yo no quiero dormir en el coche. Nos pelaremos de frío.

—Está bien. Te lo agradezco. —Y sonrió antes de seguir con su plato. Janneth se preguntó por qué le producía un cosquilleo la decisión que acababa de tomar.

Colocaron sábanas limpias y, mientras Ethan acomodaba a Phoebe en la cama, Janneht trajo toallas para el baño que tenía esa habitación. A penas sacaba partido a esa parte de la casa, y esos días podrían darle el uso que correspondía al baño y cuarto de invitados.

Ethan entrecerró la puerta cuando Phoebe se quedó dormida, y se acercó al sofá donde estaba Janneth. De pronto, no sabía muy bien qué hacer, y ella tomó la iniciativa.

—He encendido la chimenea, ¿quieres sentarte un rato?

—Claro. —Se acomodó en una esquina del sofá, a un metro de Janneth—. ¿Vives sola en una casa tan grande?

—Sí. La heredé de mis padres. Si algún día me voy, la dejaré para cuando haga visitas a mis amigos.

—¿Tienes pensado irte? —La curiosidad en su voz la hizo hablar de más, como si fuera alguien de confianza.

—Me gustaría hacerlo algún día. Mi mejor amiga y la dueña del bar, Abby, considera este pueblo como lo mejor que existe.

—Y tú no. —No era una pregunta. A Janneth le gustaba la voz grave que tenía Ethan y cómo se había relajado en un par de minutos. Le dedicó una sonrisa a modo de respuesta—. Encontrarás tu lugar cuando sea el momento. Y si nadie te retiene aquí, será mucho más fácil hacerlo.

¿Qué había sido aquello? Le parecía extraño hablar sobre el estado sentimental, aunque fuera de puntillas, como lo había hecho, y aun así, le caldeaba el pecho. ¿Podía ser ella tan atrevida? Aquel día había gozado de cansancio, pero también de un chute de adrenalina, así que no le importaba ver qué sucedía.

—Es posible. ¿Y has venido solo hasta aquí? —Ethan ladeó la cabeza sin entender—. Me refiero a la madre de Phoebe. Es un viaje largo.

—No. Ella se largó hace mucho tiempo. —No notaba resquemor en su voz y se preguntó hasta dónde alcanzaba ese «mucho tiempo»—. Pero siempre nos las hemos apañado bien los dos.

Aquella conversación se alargó durante dos horas. Janneth comenzó a preguntarse si las casualidades existían, porque, según pasaban los minutos, más aumentaba el deseo de conocer Anchorage.

—Allí tienes lo mejor de Alaska y lo mejor de una ciudad. Este tipo de pueblos están bien, pero a mí me gusta moverme en la marea. Y los pueblos tan pequeños son como lagos tranquilos.

—Así que eres un hombre inquieto. —Janneth sonrió. Ethan se había relajado en el sofá y, en ese momento, tenía su brazo descansado en el respaldo, muy cerca de la cabeza de Janneth.

—Y... curioso. —La mano que tenía cerca de ella se aventuró por su nuca de forma lenta mientras esperaba a ver su reacción. Aquello era una locura, pero quería intentarlo—. No sé por qué hago esto. Si me dices que pare, lo haré —le dijo en un susurro muy cerca de sus labios.

—No lo hagas.

Y cuando sus labios se tocaron, sintió un calambre que le recorrió el cuerpo entero. Entonces se preguntó cómo sería comenzar una nueva vida lejos del pequeño y aburrido pueblo de Dillingham.

Janneth es un personaje secundario de la novela Lo que oculta la nieve, que se publicará próximamente.

<https://www.facebook.com/rociomulasescritora/>

Ross Callum

La promesa

Anoche soñé con Glen Falls y nuestra casita de ladrillos rosados en el condado de Warren, Nueva York. Aún siento el peso del humo en los pulmones y el calor de las llamas expandiéndose a mi alrededor, dispersas y caóticas como la imagen de un caleidoscopio.

Han pasado diez años desde el incendio que acabó con la vida de mis padres, y sé que mis heridas nunca se van a cerrar. El espejo siempre se empeña en recordármelo; el rostro de aquella niña feliz se ha disuelto en un mar de cicatrices y seres monstruosos que habitan en el fondo de su azogue.

La señora Potts, de Servicios Sociales, se ha despedido de mí con un abrazo frente a la entrada principal de la Universidad de Nueva York. Una nueva ciudad y un nuevo comienzo. Faltan varias semanas para las vacaciones de Navidad, es mi primer día de clase, y el primero en que llevo un maquillaje experimental para camuflarme. No resulta fácil desprenderse de la capa de miedo y autocompasión que me ahoga, pero no voy rendirme si así puedo intentar salvar a otros naufragos como yo. Por eso, elegí estudiar Medicina en esta facultad, una de las más prestigiosas de Estados Unidos. Por eso, y porque la institución ha eliminado los casi sesenta mil dólares al año de la matrícula, para animar a los estudiantes a que opten por especialidades poco lucrativas como la atención primaria, la ginecología o la que a mí me interesa, la investigación. Lo ideal para una huérfana sin recursos con la mitad de la

cara quemada. Aunque no conozca aquí a nadie y todavía me esconda detrás de mi melena rubia y rizada, al menos puedo intuir qué es eso que llaman felicidad.

—Perdona, soy un patoso, déjame ayudarte.

Todos mis libros y papeles están esparcidos a mis pies junto a la puerta del aula. Los dos nos hemos agachado a la vez para recogerlos. Al alzar la vista, unos increíbles ojos azules me taladran sin piedad. No puedo dejarme engañar, es lo mismo de siempre.

—No te preocupes —respondo con una sonrisa ensayada—. Puedo yo sola.

—Eres nueva, ¿verdad? No te había visto antes, me acordaría —dice él devolviéndome el gesto. Para mi sorpresa, parece mucho más genuino que el mío.

—Sssí..., acabo de incorporarme, o eso trato... —mascullo mientras apilo las hojas y los libros.

—Pues hagámoslo juntos. —Al sujetarme la mano para levantarme, me ha invadido una calidez desconocida. Por suerte, he conseguido retirarla sin que lo advierta.

—Me llamo Sarah Philips —le espeto simulando soltura, pero estoy casi paralizada. ¿Habrá advertido las arrugas de mi mejilla derecha?

—¿En serio? —No deja de sonreír—. Genial, ya tenemos algo en común, aparte de ser los pardillos de primer curso. Soy Philip Grant, es un placer conocerte. —Vuelve a extender la mano hacia mí y se la estrecho.

—Encantada —contesto, segundos antes de que suene el timbre—. Será mejor que entremos —añado con la esperanza de escabullirme hasta un asiento vacío al fondo de la sala.

—Después de ti.

—Si me devuelves la mano, o el resto de pardillos van a creer que te llevo a rastras.

No puedo creer que haya sido capaz de bromear y me arrepiento al

instante.

—No me importaría que lo pensasen —afirma con las cejas arqueadas—. En realidad, no suele importarme lo que piense la gente.

Muevo la cabeza porque mis labios se niegan a hacerlo. ¿Qué podría decir? ¿Hasta que descubras la verdad?

—Eres un caso —consigo responder—. Vamos a llegar tarde.

—Y tú eres preciosa.

Ahora sí que me he quedado muda. Apoyo los libros contra mi pecho y articulo un «gracias» nuevo y excitante.

—¡Hey, Phil! —Un chico moreno se acerca a nosotros y le pasa un brazo sobre los hombros—. ¿Vas a presentarte a las pruebas para el equipo de natación? Dime que no, o no tendré ninguna posibilidad —declara mientras palpa los moldeados bíceps de su amigo bajo una camiseta con el logo de la NYU.

—Te presento a Sarah Philips —le contesta sacudiéndole un falso puñetazo en el estómago—. Espero que tú y los demás la tratéis bien.

—Hola, Sarah, soy Mike, ¿dónde te tenía este sinvergüenza escondida? ¿Eres su nueva chica?

—Soy nueva y punto. —Me di media vuelta y traspasé el umbral de la puerta del aula, al contrario que mi rubor, apresado por el espeso maquillaje.

Los días pasaron casi sin darme cuenta. La señora Potts me había conseguido un alojamiento en un pequeño apartamento cerca de la universidad. No estaba preparada para compartir habitación en el campus ni en ninguna otra parte. El ritual cotidiano que necesitaba para mantener la máscara de mi nueva imagen era un secreto difícil de ocultar. Todavía me costaba horrores aplicar el producto al primer intento y, aun así, me llevaba casi una hora todas las mañanas. Primera fase, limpieza con un tónico suavizante. Segunda, la base fijadora una vez seco el anterior. Con la tercera y última venía el desastre. Una pasta densa que bien podría utilizarse para restaurar muebles antiguos y que

debía repartir por la mitad de mi rostro con la ayuda de una esponja. Si caía una sola gota en mi ropa, en las toallas o en la cortina de la ducha, era casi imposible de eliminar, por lo que, al principio, mi centro de operaciones parecía más el estudio de un pintor bohemio de Montmartre, que el aseo de una muchacha de dieciocho años. Pero todo era para bien, por primera vez me sentía segura y confiada. Por fin encajaba en un lugar, tenía un grupo de amigos que me quería y me apoyaba y, sobre todo, tenía a Philip.

Mike, además de antipático, resultó ser un profeta. Después de unas semanas de asedio, acabé siendo la novia de Philip, uno de los chicos más populares y un atleta destacado, especialmente en natación, tanto que todos esperaban que lograra varias medallas de oro para la facultad. Y yo esperaba que nada cambiara jamás. No me había enamorado del triunfador ni de su físico espectacular. Solo adoraba la forma en que se atusaba el cabello rubio y brillante mientras estudiábamos juntos, y la manera en que me abrazaba como si fuese la única persona del mundo, de nuestro mundo. Era tan feliz que la niebla del pasado se había disuelto para no volver a aparecer.

Hasta que reabrieron la piscina cubierta del centro de deportes después de una larga reforma. Entonces, regresaron los fantasmas de mi antiguo yo. Las clases de educación física de los jueves transcurrirían en un microclima de veintiocho grados Celsius y un agua tan caliente como la del golfo de México. Mi maquillaje no iba a resistir, estaba segura, así que decidí poner la excusa de una tendinitis en la rodilla y asistir como simple espectadora.

Al entrar en el recinto, el vapor mezclado con cloro me golpeó en las fosas nasales y en las mejillas. Noté cómo los capilares sanguíneos se dilataban, pronto comenzaría a sudar. Miré hacia las gradas. En la zona superior había un grupo de chicas abanicándose con la mano. Una de ellas se quitó la camiseta y se quedó solo con el traje de baño. Descarté sentarme allí, no iba a ponerme justo bajo los conductos de la calefacción. Busqué un asiento libre en la primera fila. Estaba cerca del agua, solo tenía que esquivar las salpicaduras.

Mike salió de la nada y se sentó a mi derecha.

—¿Preparada para animar al campeón? —me dijo con una mueca.

—No necesita que lo anime, pero claro que lo haré.

—Te equivocas. —Su tono de voz me puso en alerta—. Ha bajado bastante su rendimiento, y creo que tú tienes mucho que ver en eso.

Lo miré con un nudo en el estómago.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la mosquita muerta, encanto. Phil ya no va a los entrenamientos, prefiere perder el tiempo contigo —declaró con la vista fija en Philip, que acababa de lanzarse de cabeza a la piscina.

—Eres un idiota, Mike, déjame en paz. —Cogí mi mochila y me levanté con brusquedad con la intención de dejarlo allí plantado. Mi movimiento captó la atención de mi novio, que me hizo un gesto interrogativo desde el agua. Le sonreí para no preocuparlo y Mike se puso también en pie.

—Tú eres la que tienes que dejarlo en paz, zorra. —Acto seguido me cogió por el brazo y lo retorció detrás de mi espalda.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —grité.

Todo ocurrió con rapidez. Solo me dio tiempo a escuchar la voz distorsionada de Philip antes de recibir el empujón que me arrojó a la piscina y me hundió en el agua caliente. Philip nadó hasta mí, me izó rodeándome con sus brazos y me condujo hasta las escalerillas.

—Por favor, no me mires —le pedí entre sollozos.

Él me apartó el pelo de la cara y me acarició con delicadeza.

—Antes tendrían que arrancarme los ojos —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Crees que una cicatriz va a cambiar lo que siento por ti?

—No quería que vieses cómo soy en realidad, siento haberte engañado.

—Pues no lo has conseguido —susurró cogiendo mi rostro con sus manos—. Eres la criatura más hermosa que he visto en mi vida, y ese imbécil va a pagar por hacerte daño. No voy a dejar que nadie más lo haga, ni siquiera tú misma.

Jessica, nuestra hija, cogió a su gatito Voltaire y se acomodó a mi lado en el sofá.

—Creo que me has contado esa historia las últimas veintiséis navidades, pero nunca me canso de escucharla, mamá. La abuela Jessica estaría orgullosa de ti.

—Y yo lo estoy más de mi pequeña —afirmé besando su cabeza apoyada en mi hombro—. Nunca te rindas, nunca finjas ser lo que no eres. El verdadero amor solo responde a la verdad, es la fuerza más poderosa del universo y ni el tiempo ni la distancia son una barrera para encontrarte. Nunca dejes de buscarlo, ¿me lo prometes?

Jessica cerró los párpados y evocó aquella voz que la perseguía en sus sueños.

—Te lo prometo.

Este relato hace referencia a la novela El corazón de un highlander.

<https://www.facebook.com/rossalyncallum>

Ruth M. Lerga
Su segunda temporada

Londres, 1848

—**C**reo que me compraré un sombrero.

—No necesitas otro sombrero, Edith, lo que necesitas es un marido.

—Eso, Kit, —señaló Edward— ha sido muy grosero.

—Tanto como sincero. —Reconoció Lady Edith, dejándose caer sobre el mullido sofá.

Los tres jóvenes eran amigos desde la infancia.

—Venga, Edith, ¿cómo es posible que no estés prometida? Has conocido ya a todos los hombres elegibles.

—Tal vez he conocido a un hombre que no quiere elegirme.

Sus amigos la rodearon al instante

—Edith, sabes que eso es imposible. Eres la beldad de la Temporada. —Era cierto—. Solo te huyen quienes no desean casarse.

—Este hombre desea casarse. Me consta.

Por lo que sabía Lord Morington buscaba esposa.

—Quizá le has estado mandando las señales equivocadas.

Levantó la vista.

—Kit, me has enseñado cómo atraer a un hombre.

—¡No es cierto! —se defendió—. Te he enseñado qué nos gusta a los hombres para que te cuides de nosotros. Te he enseñado qué trucos usamos

para seduciros. Te he enseñado...

—Y yo te he enseñado la mejor forma de defenderte. ¿La recuerdas, Edith?

—Asintió.— ¿Estás segura?

—Un rodillazo en la entrepierna. —Respondió de mala gana, sonrojándolos a todos. —Mirad, tal vez le gustan las morenas de ojos oscuros y cuerpos delgados, y nos las rubias de ojos verdes y con curvas.

—¡Nos gustan todas las mujeres hermosas! —contestaron al unísono.

Las carcajadas rebajaron la tristeza.

Dos noches después Edith vio a Lord Morington salir con sir John a la terraza. Rememoró su elegancia al bailar el vals... con otra debutante, porque a ella apenas la había saludado.

Buscaba esposa, y si Kit y Eddie tenían razón debía gustarle; y su dote era exagerada. Tal vez el hecho de que él fuera un segundo hijo con fortuna pero no título le hiciera mantenerse alejado... ¡Tenía que ser eso! ¿Cómo no lo había pensado? Y queriendo convencerse de que era ese el impedimento entre lo que amaba y lo que no podía tener, decidió seguirle.

Era una imprudencia, pero simuló pasear por los confines del salón, buscando a alguien. Si pudieran tener unas palabras a solas... Con esa idea salió a la terraza, y no viéndolo, bajó con sigilo las escaleras que daban al jardín con naturalidad. Cuando le explicara que su padre no iba a poner impedimentos... Le pareció escuchar su voz y buscó un parterre donde ocultarse. La conversación tenía que ser íntima para no herir su ego delante de nadie.

Y que lo amaba tanto como él a ella...

—¿Has visto esta noche a Lady Edith? Es con diferencia la debutante más hermosa. Solo su hermana May podría disputarle el honor, si se decide a regresar de los Estados Unidos.

—Es cuestión de gustos, supongo. —Respondió Lord Morington.

—Elegir a una u otra hermana, quieres decir.

—Se dice que May ha decidido no casarse.

—Bueno, ya sabes que eso dicen todas...

—Ya, pero al menos ella tiene algo más que pájaros en la cabeza.

Edith se puso la mano en la boca para evitar gritar. ¡¿Y esas eran las palabras de un caballero?!

—¡Jared!, nunca antes te había oído hablar así de una mujer. Creo que estás siendo injusto.

—Pero es que la conozco. Bailé con ella en un par de ocasiones al comenzar la Temporada, atraído por su belleza, pero no vi nada más en ella. Es perfecta. Sencillamente perfecta.

—¿Y no es eso lo que buscamos?

—¿Quieres pasar el resto de tu vida con una esposa que solo hable del tiempo, de la casa, las fiestas, y nada más? Yo quiero una compañera, John, no un ama de llaves. Y prefiero no imaginarla en el dormitorio.

—Pues en el dormitorio es donde yo la he imaginado... —rio John.

—¡Dios, márchate antes de que te parta la boca con la que acabas de ofender a la dama!

—¿Soy yo quien...?

—Vete, te digo.

¿Ese hombre creía estar furioso? Ella lo estaba más. Mucho más. Hizo notar su presencia de manera deliberada, haciendo que se volviera a ver quién podía haberlos sorprendido en tan injuriosa conversación.

—Lady Edith, yo... —Tuvo la decencia de sentirse mal.

—¿Me ofendéis, para defenderme después? Cínico comportamiento, milord.

Se acercó a él haciendo lo que Kit le había dicho que no debía hacer para no llamar la atención de un hombre: con las manos en las caderas, bamboleándolas con descaro. Y se dio cuenta de que era cierto, que aquellos

ojos enormes, estuviera él avergonzado o no, no podían dejar de seguir su movimiento. Se pegó a su cuerpo recordando qué haría un hombre para conquistarla, subiendo una mano hasta su pelo y acariciándole con los dedos unos mechones con descuido. Y olvidó todo y se dejó llevar por el instinto, perdiéndose en la espesura de su cabello, atrayéndolo a ella sin dejar de mirar unos ojos que la observaban ya sin estupefacción, seguros, y se perdió en su boca, olvidando cualquier lección que quisiera darle.

La habían besado algunas veces, pero solo entonces entendió por qué tenía que guardarse de un hombre; del deseo irrefrenable, de la necesidad, de la carestía. Esa noche supo por qué el cuerpo doblegaba a la razón y las mujeres caían en desgracia, por qué su madre se sonrojaba cuando su padre la miraba con intensidad, el porqué de las carabinas... por qué existía el pecado: solo porque lord Morington sabía besar.

La separó poco a poco de él, con exquisita intimidad, apoyando su frente contra la de ella, y en un suspiro le susurró:

—Mi hermosa agapornis.

Acto seguido, Edith alzó la rodilla y vino a darle exactamente donde Eddie decía que más dolía. Y debía tener razón porque Jared, lo tuteó ahora que se había tomado la confianza, se dobló y cayó al suelo sin poder respirar.

Por un momento tentada estuvo de agacharse a preocuparse. ¿Lo habría lisiado? Pero los chicos le habían asegurado que era algo temporal.

Así que se marchó sin mirar atrás.

«Hermosa agapornis». El ave del amor. Preciosa y con la cabeza llena de pájaros.

Debió elegir mejor sus palabras.

—Lady Edith tiene visita. Una insistente aun siendo jueves.

—¿Otro admirador, cariño? —Refunfuñó su padre—. Creí que ya no te

quedaba nadie más a quien enamorar en la ciudad. ¿De quién se trata, Camps?

—Lord Morrington, milord.

—¿El conde?

—Su hermano, creo.

—Entonces dile que la familia recibe los martes.

—¡Julian, basta ya! ¿Edith, quieres recibirlo?

¿Quería?

—Sí, mamá. Y por favor, dejadnos a solas unos minutos en la biblioteca.

—Por encima de mi cadáver —El marqués ni siquiera levantó la vista de la prensa.

—Por favor. —Insistió—. Le debo una disculpa. Una importante.

Sus padres se miraron. Confiaban en sus hijos. Y en sus hijas.

—Sea. Pero dejad la puerta abierta.

Su corazón se saltó un latido al verla.

—Buenos días, lady Edith. Os agradezco mucho que me recibáis hoy.

Arqueó las cejas al ver que nadie más entraba.

—Dado que soy yo quien va a disculparse por forzar la situación de anoche al límite, prefiero que no haya testigos. Pero mis padres no están lejos.

Se quedó sin palabras, esperaba cualquier cosa: que le negaran la entrada, una bofetada, lágrimas, insultos... cualquier cosa menos lo que estaba ocurriendo.

Después de aquel beso Edith no había podido dormir, y había estado pensando mucho en lo que había escuchado a escondidas.

—Soy tímida. Soy tímida —repitió al entender su muda pregunta—. Solo me encuentro cómoda rodeada de mis familiares y amigos más íntimos. Los desconocidos me ponen nerviosa, por eso me comporto exactamente como se espera. Es más sencillo para ellos y sobre todo para mí.

—Entiendo. En cualquier caso es inexcusable por mi parte...

—En especial —lo interrumpió— si el desconocido me gusta. Si me gusta mucho. Si me gusta tanto que no sé ni cómo...

—Edith, detente.

Calló, velando su gesto. Al menos había intentado lo que iba a hacer la noche anterior. Tratar de darse una oportunidad con él. Su hermana mayor decía que el mundo era para los valientes, para quienes lo intentaban. Que nunca había que quedarse con la duda. May la entendería y estaría orgullosa de ella. Edith solo sentía su corazón rompiéndose en pedacitos.

—¿Es por mí?

Se le escapó en voz alta.

Jared se acercó a ella y la tomó de las manos.

—Es por mí: porque es prerrogativa de un hombre decirle a su futura esposa cuánto la ama, y si no te detengo no me habrías permitido hacerlo. Tú propiciaste el primer beso y la primera riña... déjame al menos decirte que llevo huyendo de lo que siento por ti desde que te conocí. El matrimonio de mis padres es un matrimonio ausente y yo me prometí una esposa de verdad. Cuando te vi por primera vez en casa de los Tremaine sentí tantas cosas... Bailé contigo, te observé, quise creer... y desistí y me convencí de que podría conformarme con algo menos intenso al creer que no había nada bajo tantas capas de formalidad. —Le rozó los labios con ternura—. Hasta anoche. Anoche volví a soñar con un futuro para nosotros, con el amor. No llores, mi hermosa agapornis.

—Oh, Jared.

Los pasos de la marquesa los interrumpieron. April vio a su hija con los ojos húmedos y a Lord Morington tomándole la mano.

—Mamá, ¿no podrías esperar dos minutos? Solo hasta que me bese, por favor. Entonces puedes entrar con papá y os presentaré a mi prometido.

El asombro de su madre fue sustituido por una sonrisa enorme.

—Vaya, Lord Morington, me temo que tendrá que convencer primero a su

marido.

—Haré todo lo que esté en mi mano, milady.

—Tendrá que esforzarse, aunque la cara de felicidad de Edith inclinará bastante la balanza a su favor. Pero no se lo tome como algo personal, es que mi esposo sí se toma como algo personal los matrimonios de sus hijas.

—Lo tendré en cuenta, entonces.

Edith se echó a reír, feliz.

—Vuelvo con papá en tres minutos, entonces —dijo con cierta melancolía April, saliendo y cerrando la puerta.

Jared arqueó las cejas.

—La tuya es una familia excepcional. Espero que nosotros también...

—Shh, no pierdas el tiempo hablando y bésame, mi amor.

Este relato hace referencia a la novela Una última temporada.

<https://www.megustaleer.com/libros/una-ultima-temporada/MES-091464>

<https://www.facebook.com/escritoraruthmlerga/>

Sandra Bree
Feliz Año Nuevo

Otra vez se acercaban las Navidades y Cristina rememoró las últimas que había pasado. De nuevo volvió acordarse de Adriano Capuletto, el hombre siciliano que la había vuelto completamente loca de amor y de pasión. Un hombre en el que había confiado nada más conocerlo. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta de que Adriano era un famoso actor en Estados Unidos?

Ella, que había disfrutado entre sus brazos, que había paseado de su mano por los nevados senderos de Nápoles, se convirtió sin saberlo en el pasatiempo del actor. Si no hubiera sido porque alguien, una mano benigna, le hizo llegar una revista en la cual él había anunciado, antes de irse a la isla, que se casaba con una bella modelo, Cristina habría seguido en la ignorancia hasta el final, pensando que, un momento antes de regresar a España, le declararía su amor verdadero.

¡Estúpida! Un hombre que lo tenía todo. ¿Por qué se iba a fijar en ella? ¿En una simple camarera que por primera vez había salido de su país para pasar unas relajadas vacaciones de invierno?

Por supuesto Cristina se enfadó y se decepcionó tanto al enterarse que se marchó de Nápoles sin despedirse de él. Tan solo atesorando los hermosos recuerdos. ¿Qué otra cosa podía hacer después de sentirse engañada y traicionada?

Creyó que se olvidaría de él al comenzar de nuevo su rutina. No fue así. Había sido imposible relegarlo a un rincón de su mente. Sus ojos, de un azul profundo, sus cabellos negros como el tizón y su impresionante cuerpo la perseguían cada día, recordándole cuánto lo había amado en tan poco tiempo. No había vuelto a saber de él, no había querido hacerlo y evitaba toda clase de noticias que proviniera de la prensa rosa o cualquier artículo cinematográfico.

Aquel año Cristina se había propuesto no salir y agotarse durante las fiestas. Cuanto más entretenida estuviera, menos tiempo tendría para pensar en él y, por suerte, el local donde trabajaba organizaba una gran cena para final de año. Llevaban preparándolo con unos meses de antelación.

—Será fiesta de etiqueta —advirtió la organizadora del evento, apretándose la cola de caballo con firmeza—. Os quiero a todos con uniforme y bien vestidos. Cristina —advirtió muy sobria—, nada de familiaridad con los clientes, ni sonrisas, ni...

Cristina dejó que siguiera hablando sin interrumpirla. Ella no tenía la culpa de tener un carácter abierto, de saber escuchar. ¡Era imposible que estuviera seria! Lo normal era que algún cliente siempre acabase o invitándola, o contándole sus penas. Cristina prefería lo primero, por eso disfrutaba en su trabajo.

Para aquella noche, habían emperifollado las mesas con finos manteles y la cristalería brillaba bajo la luz de las arañas que colgaban del techo. Cintas de Navidad, bolas de colores y luces parpadeantes adornaban el lugar dándole su aire más navideño. El aroma de la canela y castañas asadas impregnaba cada rincón del establecimiento.

Los comensales fueron llegando y la misma organizadora los recibió. Los villancicos, en un tono suave, flotaban en el comedor. Desde las cocinas, los camareros pudieron escuchar voces extranjeras.

—Parecen italianos —murmuró alguien cotilleando por una rendija de la puerta.

—Presto, presto —bromeó Cristina cargando la primera bandeja.

—Te va a tocar hacer de traductora.

—¡Naranjas de la China! —respondió, divertida. —A buscarse la vida *to* Dios.

En cuanto les dieron la señal, los camareros fueron desfilando a servir los platos.

Cristina iba muy concentrada con la mirada baja. Solo cuando dejó el primer servicio en la mesa, fue cuando levantó la vista. Como dos imanes, los ojos azules de un hombre elegantemente vestido atraparon su atención.

—Adriano —susurró ella con el corazón galopando a mil por hora.

Él leyó sus labios. Se puso en pie con los ojos fijos en los de ella, pero Cristina huyó nerviosa a la cocina. Allí apoyó la cabeza contra la pared cerrando los ojos. ¡Adriano! ¿Qué estaba haciendo allí?

—¿Te encuentras bien? —El acento del siciliano era inconfundible. Su voz tan sensual recordaba el terciopelo rozando la piel desnuda.

Ella jadeó, girándose, lo observó con desconcierto. Mil emociones la embargaban: alegría, entusiasmo, nostalgia... Sin embargo, ganó el dolor del engaño y la mentira.

—¡No puedes estar en la cocina! Márchate. —No quería verlo ni olerlo ni sentirlo. Lo empujó. Sus manos tocaron su amplio pecho y sintió que ese sinfín de emociones, que había estado escondiendo y ocultando, brotaban como el agua de un manantial—. Por favor, Adriano, márchate. Me van a despedir.

Él, con una sonrisa canalla, agitó la cabeza negándose a salir de allí. La misma sonrisa canalla que hacía que el pulso de Cristina saltase disparado y las piernas le temblasen como la gelatina.

—No me he recorrido medio mundo ni he contratado el local entero para no poder cenar esta noche contigo.

Ella se aplastó más contra la pared al recibir el cálido aliento sobre su mejilla. Deseaba saborearlo y se moría por no atreverse hacerlo.

—Nadie te ha pedido que vinieras. ¿Dónde has dejado a tu esposa?

—Nunca me casé. Deberías saber que a veces las noticias son solo montajes o simplemente son falsas.

—Además —prosiguió ella. No quería escucharlo—, fijate, te llamaría con tu nombre artístico, pero ni siquiera recuerdo cuál es, para que veas tú lo poco que me importas —le respondió con acidez.

—Quiero que me llames por mi verdadero nombre, es Adriano Capuletto —susurró acercando descaradamente su boca a la de ella. Cristina giró la cabeza y los labios de Adriano rozaron su mentón—. Esa noche escapaste antes de que pudiese darte tu regalo de Navidad.

Cristina aspiró su fragancia y lo miró.

—No lo quiero. Yo no esperaba un regalo, yo... deseaba... —Se interrumpió cuando él sacó un minúsculo estuche de su bolsillo—. ¿Qué es esto? ¿Es una broma? Te advierto que...

—Estoy aquí por ti. Porque contigo pasé los mejores días de mi vida. Porque fui la persona más feliz y dichosa del universo. Porque me desperté una mañana y me di cuenta de lo mucho que te quería a mi lado. Pero tú no estabas. Te evaporaste. Te esfumaste. Y contigo se fue mi corazón. Estoy aquí porque te he estado buscando desde entonces. Porque te amo.

Cristina tragó saliva. No quería coger el regalo, pero sin darse cuenta lo tenía en su mano. Sin ser consciente, sus dedos abrieron el estuche. Involuntariamente observó entre lágrimas un hermoso anillo de prometida.

—Yo... no te he comprado nada.

—No lo esperaba. —Él se mordió el labio inferior en un gesto nervioso—. El anillo lleva una condición. —Clavó una rodilla en el suelo—. ¿Te casarás conmigo?

—¿Puedes dudarlo?

Adriano negó con la cabeza y otra vez asomó a sus labios esa sonrisa canalla antes de incorporarse y besarla profundamente en la boca.

—Feliz Navidad, futura señora Capuletto.

Cristina es la amiga de Daniel González, jefe de la brigada 10^a de los Cuerpos Especiales, en la novela Un geo para mi body.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-geo-para-mi-body/MES-105940>

<https://www.facebook.com/sandra.palacios.1044>

Sandra Heys

Una boda en Navidad

—**Q**uédate quieto, hombre, ni que fuera la primera vez que te casas — pidió Pablo a Alejandro, mientras arreglaba la corbata del nervioso novio en el despacho del restaurant—. Te apuesto que ni Jacque está así.

—Es que...

—¡Pablo, está todo listo! —anunció Magdalena desde la puerta.

—Vamos enseguida —respondió Pablo mirando a Alejandro.

Alejandro inspiró profundamente, exhaló y comenzó a caminar. Al llegar al espacio destinado a la ceremonia, vio al alegre grupo que formaban Pamela y sus amigos. Octavio, que en un mes se convertiría en el esposo de Pamela, le hizo un gesto. Seguramente, era quien mejor lo comprendía.

Sus hijos se acercaron. Él le golpeó la espalda, ella le dio un beso en la mejilla.

—Mamá estaría muy feliz de ver que continuaste tu vida —dijo Andrea.

—Más aún con una mujer como Jacqueline —agregó Fernando.

—No puede ser más distinta a mamá —aventuró, jocosa, Andrea.

Alejandro sonrió nostálgico. Marjorie había sido su mejor amiga desde la infancia. Su relación fue natural y tranquila, como ella. Veintiocho años, dos hijos y un nieto después, el cáncer de mamas se la había llevado.

Por un tiempo, no supo qué hacer sin Marjorie. Se sintió dividido, incompleto. La primera Navidad sin ella... ni siquiera se acordaba. El dolor

había sido demasiado grande.

Como pudo, siguió viviendo. Cuando su hijo le anunció un nuevo embarazo de su esposa, resolvió que tenía que continuar. De verdad esa vez, no esa tonta imitación de la vida que llevaba.

Lo primero que hizo fue proponerle a Fernando un cambio de vivienda. El departamento era pequeño para un matrimonio con dos niños. Y la casa era demasiado grande para un hombre solo.

Después de otras decisiones prácticas, como deshacerse de la ropa de su difunta esposa, fue al restaurant favorito de Marjorie.

El camarero le preguntó qué deseaba y respondió automáticamente. Cuando apareció con dos platos, se derrumbó, poniendo al trabajador en un gran aprieto, por lo que llamó a su jefe. Pablo lo llevó a su oficina, le dio café y conversó con él por el resto de la tarde.

Fue el inicio de una gran amistad y de una nueva vida.

Pablo era el hombre más alegre que conocía. Optimista como pocos, con cinco hijos y doce nietos. Magdalena, su mujer, era enérgica, segura, un poco controladora, pero con tanta prole era entendible.

Con el tiempo, el menor de sus hijos conoció a alguien. Pablo declaró «adorarla por ser diferente a cualquier otra». Y con Isabel llegó una nueva ola de protegidos del matrimonio, entre ellos, Jacqueline.

La primera vez que la mencionaron había sido al pasar. Algo así como: «Jacque dijo que...», y Alejandro no podría haber dicho nada más, no prestó atención.

A medida que los días habían ido pasando, era mencionada con mayor frecuencia, hasta que un día Alejandro llegó a la casa y se encontró con ella.

La primera impresión no había sido buena. Jacqueline era enérgica, nada dada a las delicadezas, aunque raramente decía algo profundo. Pronto, Alejandro comenzó a pensar en ella como «La reina de la conversación banal».

Cierta tarde, Magdalena había dicho algo así como: «Bueno, Jacque, ¿me

guardas un secreto?», y los tres rieron, dejándolo a él fuera de la broma. Después, Pablo se encargaría de explicarle que Jacqueline, su hermana y su sobrina eran más confiables que un muerto para guardar un secreto, porque ninguna dejaba que la gente se le acercara, jamás revelaban nada de lo que pensaban e incluso llegaban a hacerse las sordas si no querían contestar una pregunta.

«—Es un alivio —había comentado Alejandro—. Pensé que tenía la peste o algo, porque ni siquiera deja que me acerque para saludarla. La mano de lejos y ya.

—No, hombre, si es así con todos. Y supieras las penurias que está haciendo pasar Pamela, su sobrina, al pobre Tavito.

—¿Por qué?»

Entonces se había enterado de muchos «secretos». Confidencias que le había hecho Isabel sobre el comportamiento de Pamela en su no-tan-oculta-relación con Octavio.

Había sido en ese tiempo que Alejandro notó el brillo de diversión en sus ojos. Antes, era ruidosa y molesta; después, se reía como una chiquilla. Antes, las arrugas marcaban el borde de ojos y labios; después, sus líneas de expresión hablaban de una vida dura, esforzada, muchas veces triste, pero sin dejarse vencer por la adversidad. Antes, era la reina de la conversación banal; después, era un espíritu delicado que necesitaba protección.

Antes, Alejandro subía rápidamente al cuarto de la televisión de Pablo, huyendo de ella. Después, esperaba ansioso su llegada.

Hasta el día, horrible y lluvioso, en que Jacqueline por fin lo había dejado acercarse. No a él, sino que a su vehículo, pero no importó. Manejó muy despacio, culpando a la lluvia por la necesidad de precaución, fingió equivocarse al dar una vuelta y retuvo a la mujer a su lado todo lo que pudo. Y la misericordiosa lluvia se puso de su parte cuando arreció justo cuando Jacqueline iba a bajar del automóvil, obligándola a esperar unos minutos con él; más aún, preocupándola cuando él iba a manejar en peores condiciones

climatológicas.

Así, había conseguido su número telefónico y comenzaron a hablar un día sí y al otro también. Un café, una ida al cine, las tardes de domingo en casa de Pablo y Magdalena... Al final, una cena con postre. Un postre que él no había tomado en años. Un postre distinto a todos los otros postres de su vida. Para ser fiel a la verdad, apenas el segundo postre de ese tipo que tomaba.

Despertar con Jacqueline a su lado había sido... no tenía palabras para describirlo.

Muy poco después, había decidido que no quería volver a despertar sin ver como Jacqueline estaba absolutamente dormida un minuto y al siguiente ya sacudía las sábanas, con él aún acostado, preparaba el desayuno y se duchaba, todo al mismo tiempo.

El movimiento de los invitados lo devolvió al presente. Jacqueline había amenazado con casarse de rojo, como si fuera la señora de Santa Claus. Pamela y sus amigas la apoyaron, rieron y aportaron otras ideas. «De dorado, mejor, con la falda acampanada, como si fuera un adorno del árbol», había gritado Lorena.

Aunque él era un hombre tranquilo y, a pesar de todo, Jacqueline era una mujer muy discreta, se había preparado para verla aparecer con cualquier locura que las cinco muchachas hubieran ideado. Pero... «¡Ah!», suspiró.

Jacqueline era una visión en satín plateado. La ligera falda le llegaba hasta las rodillas y un cinturón apretaba el vestido en su cintura. La parte superior del vestido era de encaje, también plateado, y le cubría pecho, hombros y brazos. El peinado recogía todo su pelo sobre la nuca y unos aros largos eran el único adorno que llevaba.

Le pareció notar que estaba más delgada, pero no le dedicó un segundo pensamiento. No le importaba, la verdad. Él la amaba por confiable, apurona y trabajadora. Pero, principalmente, la amaba porque le había devuelto la alegría a su vida, por llenarlo de fuerza cada día, por darle cientos de motivos para salir de la cama y también muchos otros para meterse en ella.

Lo único que en ese momento le llamaba la atención era que, al parecer, había conseguido librarse de las travesuras de las muchachas. La interrogó sin palabras y ella levantó una ceja y bajó la mirada. Alejandro frunció el ceño y Jacqueline hizo un gesto, apuntando el piso. Entonces miró sus pies.

No fueron las sandalias de tacón, hechas con el mismo satín y encaje del vestido, lo que llamó su atención, sino las uñas, cada una pintada con un motivo navideño diferente. Campanas, el gorro de Santa, algo que solo pudo clasificar como «mono de arena», ya que ni en verano ni en Santiago de Chile era posible hacer un mono de nieve. Luego, lo miraría con más atención, pero le pareció que un trozo de sandía y no una zanahoria era su nariz, no llevaba mitones ni bufanda, sino un traje de baño de muchos colores.

Cuando Jacqueline levantó su mano, él inmediatamente hizo lo mismo hasta entrelazar los dedos. Luego, juntos, se giraron para enfrentar al oficial del Civil.

Entonces supo que no solo el dolor hace que uno no se entere de nada, sino que también la felicidad más absoluta. Pudo responder y firmar solo porque Jacqueline le dio un apretón en la mano, pero jamás podría repetir una palabra de lo que el hombre había dicho. Ni siquiera fue capaz de acatar la orden de besar a la novia, fue ella quien se acercó y unió sus labios.

Después de recibir las felicitaciones de los presentes y que, por insistencia de Pablo, guiara a Jacqueline a la pista de baile, notó algo más en su esposa.

Una cierta tristeza la había acompañado por meses. Específicamente, desde la muerte de su hermana. Pero ese día no quedaba ni rastro de tal sentimiento. Muy por el contrario. Fue en ese momento que notó que Jacqueline miraba a Isabel, quien se reía con Eduardo y Juan, pero Adriana los miraba con enojo.

Más aún, Jacqueline también reía. A pesar de la distancia, parecía comprender la broma.

—¿Qué? —preguntó Alejandro sin poder aguantar más la curiosidad.

—Ayer, mientras Pamela y Lorena me pintaban las uñas, me enteré de algo.

La única que no lo sabía era Adriana, pero me imagino que Isabelita acaba de solucionarlo. ¿Recuerdas ese día que me llevaste a casa porque llovía a cántaros y mi automóvil no partió?

—Por supuesto.

—¿Nunca te has preguntado cómo era posible que mi auto se estropeará justo ese día y que, trabajando en un taller de mecánica, nadie hubiera notado que estaba fallando y ninguno de los mecánicos contestara el teléfono para ir a ayudarme?

—La verdad, no. Estaba demasiado agradecido de que hubiera pasado como para cuestionar cualquier cosa.

—Bueno, pues no pasó por casualidad. ¿Recuerdas que te conté lo del automóvil de Pamela en el matrimonio de Isa? Pues, Magda, Isa, Du y Juan nos la jugaron.

—¿Sí? O sea que, en realidad, les debo a ellos mi felicidad.

—No, querido, eso sigues debiéndomelo a mí.

—Lo sé, amor mío, lo sé. —Alejandro besó a Jacqueline entre los gritos y risas de muchos.

Ciertamente, era una feliz Navidad para todos.

Jaqueline es un personaje secundario recurrente en la serie El quinteto de la muerte.

https://www.megustaleer.com/search_texto.php?texto=sandra+heys

<https://www.facebook.com/sandraheys.escritora.1>

Valeria Naya

El rostro del amor

Mauro trataba de recordar por qué había decidido acompañar a su madre a la Misa de Gallo, con la poca importancia que él le daba a la religión, no encontraba razones más que el gran amor hacia Mónica y su preocupación por la presión arterial. Decidió ocupar su mente y hacer un balance del 2013.

Ese año había comenzado regular, se había peleado con Catalina, su novia de unos meses antes. No la extrañaba realmente, era una mujer con la que no conversaba mucho, no tenían temas en común, solo sexo. Era una compañía para las noches solitarias, realmente la pasaban bien en la cama. Los problemas asomaban cuando se levantaban de la cama y ella comenzaba con sus exigencias: conocer a Mónica y a su familia, que la presentara como novia, vivir juntos. La realidad era que si bien entendía que el tiempo transcurría, y el hecho de seguir juntos le daba a Cata la idea equivocada de que lo de ellos se volvía algo serio, Mauro estaba muy lejos de formalizar. No estaba enamorado, nunca lo había estado, ni de Cata ni de ninguna de las otras.

Mauro era un hombre atractivo, jugador de *rugby*, alto, fornido, un rostro hermoso y unos ojos negros enmarcados por unas pestañas tupidas y largas que obnubilaban a más de una. Era kinesiólogo en un lugar bastante exclusivo, y esto le daba acceso a muchas mujeres. Pero ninguna lo había enamorado.

En abril había sido testigo del amor. Cuando la ciudad de La Plata fue invadida por el agua y una inundación afectó al casco urbano, él había

ayudado a dos personas que hubieran muerto. Paulo y Alma habían salvado sus vidas, pero no habían salido incólumes del único sentimiento que puede convertirse en un tsunami y poner sus mundos patas para arriba: el amor. Mauro y Mónica habían vivido la historia de estas dos personas, con sus alegrías y temores, peligros y certezas. Si debía armar la imagen del amor profundo, Mauro solo podía pensar en sus padres y en ellos.

¿En definitiva qué era el amor? El amor... no tenía una definición que le cerrara. Amor... implicaba una atracción sexual y emocional con alguien con quien se desearía compartir la vida, esa era una buena definición. Pero él nunca había pasado de la parte física y sexual. Los sentimientos nunca llegaban. Lo meditaba sin sentirse culpable, porque en definitiva lo pensaba solo para sí, Mónica lo hubiera retado si hubiera podido escuchar su mente.

Mauro había visto el modo en que Paulo miraba a Alma, cómo su mirada parecía recobrar vida cuando ella se acercaba, y cómo sufrió cuando la creyó perdida. Él deseaba vivir algo así de intenso, debía ser honesto consigo mismo. No estaba desinteresado, simplemente no había aparecido la persona justa.

Mónica lo observó muy pensativo. Se acercó al oído de su hijo, para hablar sin molestar a los demás:

—Estamos en la Misa de Gallo, hijo —hablaba a la vez que ponía su mano sobre la boca para direccionar el sonido solo a su hijo—. ¿Sabés por qué la llaman así?

—Ni idea, mami, pero imagino que me vas a sacar la duda, ¿no?

—El gallo, históricamente, alerta a su comunidad sobre la llegada del amanecer. Es el vigía que anticipa el nuevo día. En la simbología cristiana, el gallo es el que anuncia la resurrección de Cristo.

—Bien, ma. Qué interesante —siguió Mauro.

—Mauro Fabrizio Pellagatti, no me tomes por tonta, que soy tu madre. Un poco más de respeto.

—No te enojés, viejita linda. Si vos sos la mejor. Jamás te podría tomar

por tonta. —Aprovechó y le dio un beso en la frente a su madre.

—Lo que te quiero decir es que esta misa es una de las más importantes del año. Porque anuncia a Jesús y al milagro. Para mí, el milagro sería que una mujer te robe el corazón, y vos se lo entregues, hijo. Esta es la misa en la que uno debe agradecer lo que tiene, lo que ha logrado y pedir lo que le falta. Porque Dios siempre cumple. No puedo irme de este mundo si todavía no te dejé casado con una buena mujer.

—Entonces voy a agradecerle a Jesús, a Dios, a la Virgen y a todos los Santos que no la hayan enviado. Porque no quiero que te vayas, viejita linda —dijo a la vez que la abrazaba.

—Salí, zalamero, no me tomes para el churrete. —Mónica subió la vista hablándole a las entidades celestiales que la cuidaban y escuchaban—. Les voy a pedir mi propio milagro de Navidad. Espero que antes de que termine este año, que tantas cosas hemos vivido, este hijo, que me trae loca, encuentre su alma gemela.

—Amén —agregó bromista Mauro. En ese momento, alguien sentado en el extremo del banco los chistó para silenciarlos.

Mauro volvió a sus pensamientos, al silencio, y Mónica, a la misa. El cura leyó una parte del Evangelio, pero él estaba recordando viejas épocas, en las que salía con amigos la Nochebuena y terminaba en la cama de alguna desconocida. Y en verdad él quería enamorarse, pero su corazón parecía ser inmune. En ese momento, el padre que leía levantó la voz y llamó su atención. Dijo: «Os anuncio una gran alegría» y Mauro sintió en su pecho que le hablaba a él específicamente. El resto del discurso volvió a sus pensamientos.

Se comenzaron a escuchar los acordes de un piano, y un coro comenzó a entonar estrofas. Mauro no reconoció una melodía de las típicas de la Iglesia:

*Si los hombres del mundo
somos todos hermanos
si al nacer se nos dio
corazón para amarnos*

Los sentidos de Mauro se pusieron en alerta. Tuvo la certeza de que algo estaba por suceder. Se giró y miró hacia la puerta de entrada, buscando alguna persona o alguna presencia. Nada. Las voces del coro comenzaron a trabajar en su ánimo, a generarle la seguridad de que había un mensaje para él, cifrado en la canción.

De pronto, el coro se silenció y una voz, casi angelical, entonó las estrofas siguientes. Era femenina que lo estremeció. Le tocaba un solo y expresaba cada sílaba con un sentimiento tan palpable que Mauro comenzó a sentir que un frío le recorría la espalda, la piel de su cuerpo se erizó.

*Tu paz abre
un surco de luz
que nos llama a vivir
con los brazos en cruz
si Dios nos creó y nos dio
a los dos corazón
para amarnos tú y yo.*

Cerró los ojos y entró en un trance. No sabía cómo era el rostro de esa voz, no sabía qué mujer era, desde su lugar, no tenía acceso visual al sector del coro y tampoco necesitaba verla. Su voz iba entrando en su interior, como un manto que va cubriendo todo a su paso, recorriendo cada recoveco, hasta tocar el alma. Una lágrima cayó, tímida, desde el ángulo del ojo derecho.

Esa mujer lo había conmovido hasta lo más profundo. Desde el silencio y el respeto absoluto, Mauro diseñó en su mente la imagen de ella entre sus brazos, y se imaginó tocándola, besándola, dándole protección y amor. La voz lo invitaba a entregarse, por primera vez, en cuerpo y alma. Se desconocía, jamás una mujer le había generado esas sensaciones, esas necesidades... Se mantenía con los ojos cerrados, porque quería mantener el conjuro que la voz había conminado. El rostro seguía esquivo a mostrarse en la ensoñación.

La canción continuó y las lágrimas siguieron recorriendo las mejillas de

Mauro. Nunca se había sentido conmovido de esta manera. Necesitaba conocer la mujer dueña de esa voz.

El final de la canción lo hicieron todos los integrantes del coro y, al terminar, el mismo oficiante pidió un aplauso. La letra y la melodía los habían tocado a todos. El padre prosiguió con el ritual litúrgico de la misa, y luego se dirigió al atrio para saludar a los feligreses.

—Voy a saludar al padre Raúl, hijo. Si querés, esperame en las escaleras —indicó Mónica.

—No, mami, voy con vos —respondió, aún nervioso, Mauro. Mónica lo miró extrañada, pero no lo cuestionó.

Ambos se dirigieron a saludar al padre y esperaron pacientemente su turno. Cuando lograron llegar, ambos lo saludaron afectuosamente.

—Feliz Navidad, Mónica. Que Jesús lleve su paz y su amor a tu corazón y al de toda tu familia. —La miró y luego a Mauro—. Veo que hemos recuperado un alma descarriada —bromeó—. Hola, Maurito, bienvenido. Feliz Navidad. Esperamos verte más seguido en... —El cura no terminó la frase, se abrió la puerta lateral y comenzaron a bajar las personas de coro. Mauro quedó mudo y trató de ubicar el rostro esquivo de la voz. Pero detrás de un hombre se cerró la puerta y puso llave—. Perdóname, Maurito —dijo, y preguntó al hombre que cerraba—. ¿No quedó nadie arriba? Quería saludar a Victoria, en el solo de hoy se lució.

—Feliz Navidad, padre Raúl —respondió el hombre—. Ya salió, estaba apurada.

Mauro sintió que su mundo caía en picada, no iba a verla. Al menos sabía su nombre y podría volver a misa para encontrarla.

Mónica y él se despidieron de Raúl, fueron a la casa de su tía, donde los esperaban en familia para festejar. Luego de comer y brindar, Mauro se fue con sus amigos a un local de karaoke.

En el lugar todos cantaban y vitoreaban a los que se animaban a subir al escenario. Mauro se dirigió a la barra a buscar una cerveza y mientras daba el

primer sorbo la escuchó.

Era ella sin lugar a dudas, era Victoria, y su voz volvía a generar el embrujo en todos. Cantaba la canción *La Llave*, y Mauro pensó que oportunamente su voz era la llave a su corazón.

Se giró y la vio por primera vez. En el instante en que ella posó su mirada en Mauro, ambos supieron que esa noche sería especial. Victoria entonó el verso «vas a entrar sin pedirme la llave» y le sonrió abiertamente... Los ojos de Mauro comprendieron que el amor tenía el rostro más hermoso... el de Victoria.

Las referencias del relato pertenecen a la serie AMOR EN LA TORMENTA, cuyo primer libro, Alma. La ciudad de las tormentas, será publicado próximamente.

<https://www.facebook.com/nayavaleria>

Vanessa Lorrenz

Un deseo por Navidad

Las luces de nuevo iluminaban el árbol de Navidad, Sharon lo había decorado con los mismos adornos de cada año, sobre la chimenea puso la mismas figurillas del nacimiento. Encendió todas las luces para ver cómo su casa lucía exactamente igual que todos los años anteriores, solo había algo diferente, su esposo no estaba ahí. El motivo era que estaban en trámites de divorcio.

No era que no se amaran lo suficiente, de hecho estaba segura de que se amaban demasiado. Pero Sharon no era una mujer completa, en ocho años de matrimonio no había podido tener hijos y eso a ella la mataba. Su esposo decía que no tenía importancia y que la amaba por sobre todas las cosas, pero la realidad era que nunca serían una familia completa.

Cansada de llorar en silencio cada vez que el periodo le llegaba, cansada de anhelar que sucediera un milagro que nunca llegaría; decidió pedir el divorcio para que su esposo fuera feliz con alguien que sí pudiera darle todo lo que una familia debe de tener. De eso apenas había pasado mes y medio, de hecho aún tenía los papeles de divorcio en el cajón de la mesilla de su habitación, sin firmar por supuesto. Sentía el corazón desgarrado en mil pedazos, pero necesitaba que Robert encontrara a una mujer con la que pudiera tener hijos.

La tarde de Nochebuena, Sharon caminaba apresurada por las calles de

Manhattan tratando de encontrar los regalos perfectos para enviarles a su madre y a su hermana, el trabajo la había absorbido esos días y aún no compraba nada, distraída como estaba mirando escaparates, no se dio cuenta de que llegaba hasta el centro comercial, donde un Santa Claus estaba sentado en su silla, mientras la fila de niños avanzaba para sentarse en sus piernas y pedir un obsequio.

Para Sharon era difícil visitar ese lugar porque le recordaba que ella jamás traería a un niño a visitar a Santa, tan solo de estar ahí le entraban unas ganas de llorar al pensar en lo injusta que es la vida. Estaba a punto de dar la vuelta para regresar por donde había llegado cuando alguien la detuvo. Para su sorpresa, ni siquiera fue consciente de que Santa Claus de mentira estaba ahí, se había levantado y llegado hasta el lugar donde ella estaba parada.

—Sharon, tal parece que este año te has portado muy bien, ¿no quieres pedir un deseo? —escuchó que decía el viejecillo con una sonrisa de ternura.

—Lamento decirle, Santa, que no creo en los deseos desde hace varios años, de hecho he dejado de creer en muchas cosas —dijo mirando cómo una mujer acunaba a su bebé en brazos.

—Debes creer en la magia de la Navidad. —Santa Claus sacó de su bolsillo una pequeña cajita de regalo en color rojo con un lazo dorado—. Pide un deseo.

—No creo en esas charlatanerías y personalmente no creo en usted.

—Recuerda que la magia está en tu corazón, pide un deseo, si no se cumple, únicamente seré un viejo charlatán como los que abundan la ciudad. Únicamente cierra tus ojos y piensa en eso que te dará la felicidad.

En contra de todo razonamiento lógico, cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas un milagro para los anhelos de su corazón.

—Listo, ya está, ¿ahora puedo irme?

—No sin llevarte el obsequio, y recuérdalo: la magia está en tu corazón, no lo abras hasta la mañana de Navidad.

Sharon tomó la cajita y salió del centro comercial, ver tanta felicidad la

abrumaba, paseó por el parque inundado de luces, pero de repente comenzó a sentir que se mareaba, hasta el grado de que en un par de segundos estaba tendida en el suelo sin sentido. La siguiente vez que se despertó fue para verse tendida en una camilla de hospital, una enfermera pasó a su habitación, sonriéndole amablemente.

—Qué bueno que se ha despertado. En seguida estará con usted el doctor para darle las explicaciones pertinentes.

—¿Qué me ha sucedido?

—Ha sufrido un desmayo, pero no tiene que preocuparse, el médico le dirá todo de manera más detallada.

Este llegó unos minutos después de que la enfermera abandonara la habitación.

—Me alegro de que se encuentre mejor, le hemos practicado una serie de estudios y hemos encontrado algo que nos preocupa.

—¿Me voy a morir? —dijo asustada, los médicos nunca decían las palabras con tanta amabilidad, ese gesto únicamente lo utilizaban para cuando te decían que tenías alguna enfermedad terminal.

—No, señora, pero lo que nos preocupa es la fuerte anemia que presenta, eso aunado a su embarazo puede traer graves consecuencias. Necesitaremos hacer de nuevo estudios y llevar su control prenatal conforme lo indique su ginecólogo.

—Debe de haber un error, yo no puedo tener hijos —dijo en un susurro, no quería ilusionarse, tenía que estar con los pies firmes en la tierra.

—¿Su médico le dijo que no podía concebir?

—No, pero en ocho años de matrimonio no logramos que me quedara embarazada.

—Bueno, parece que ha llegado la hora de que comience esta nueva etapa de su vida, tómelo como un milagro de Navidad, por los resultados obtenidos, usted está en su tercer mes de gestación. Ahora solo debe enfocarse en cuidar a ese bebé para que llegue sano a este mundo.

Después de que le dieran el alta, y un montón de vitamínicos, se fue a su casa. Recostada en la cama, pensaba en que justo en ese instante en que estaba embarazada había alejado al hombre que amaba. Estaba sola, sola con su hijo.

Sonrió como una tonta, llorando de felicidad, al fin su milagro estaba concedido, solo le faltaba recuperar a su esposo.

Aunque no tenía planeado cenar con nadie, se dio el tiempo de comprar de esas cenas navideñas que ya venden en los supermercados. Estaba a punto de sonar las doce campanas que anunciaban la llegada de la Navidad. Miró a través del ventanal que daba a la calle principal, estaba comenzando a nevar, las luces de las casas de sus vecinos estaban encendidas. Se escuchaban las risas de las celebraciones y cómo en grupo gritaban en cuenta regresiva para la llegada de la Navidad.

Justo cuando sonó la última campanada, mientras sus vecinos estaban abrazándose, deseándose toda la felicidad del mundo, el timbre de su puerta sonó de manera insistente, fue hasta ella para abrirla y su corazón se detuvo en ese instante, era como si el tiempo se hubiese detenido. Del otro lado de la puerta, estaba la mitad que le faltaba para complementar su felicidad, ahí estaba su esposo.

—Robert.

—No digas nada, no te atrevas a decir nada, por favor. —Estaba tan guapo con su cabello negro y sus ojos color castaño chispeantes, que cortaba el aliento—. Escúchame, solo voy a decirlo una vez. Me estoy muriendo sin ti, Sharon. No puedo imaginar pasar la vida sin estar a tu lado, cuando decidí que quería unir mi vida la tuya, lo hice sin pensar en los hijos que podíamos tener. Te amo a ti, a la mujer que eres, por lo que significas para mí, porque solo contigo siento que estoy completo. No quiero a ninguna otra mujer que no seas tú. —Las lágrimas corrían por su rostro, pero no eran como las que derramaba en la soledad de su habitación, eran lágrimas de felicidad—. No llores, cielo, tienes que darme otra oportunidad porque nuestro amor no puede terminar de esta manera.

Ni en sus más remotos sueños pensó que el milagro se realizaría, los deseos de su corazón se estaban cumpliendo. Observó a su esposo, en ese instante supo que había sido una estúpida al alejarlo de su vida, cuando habían jurado amarse para siempre por sobre todas las dificultades. Pero a partir de ese momento todo sería diferente.

—No tienes que responder ahora. Te dejaré para que lo pienses, pero, por favor, recuerda todo lo mágico que teníamos —dijo Robert mientras se acercaba a ella y le acariciaba la mejilla limpiándole las lágrimas.

—Estoy embarazada —dijo en un susurro saboreando la noticia, al ver que él no decía nada, le comenzó a invadir el pánico—. Esto ha sido como un milagro, ni siquiera sabía que lo estaba, pero el médico me ha dicho que tengo tres meses. —El silencio que reinaba en la estancia la estaba comenzando a preocupar—. ¡Dime algo, por favor!

De un momento a otro, se vio envuelta en los brazos de su esposo que reía mientras depositaba suaves besos por todo su rostro. Eso era la felicidad, esa era la magia de la Navidad. Ni siquiera necesitaron más palabras, sabían el uno como el otro que su amor era más grande que la adversidad. La blanca nieve caía cubriendo las aceras del mismo color, los villancicos se escuchaban resonar en las casas vecinas, mientras ellos sellaban su amor con un beso que tenía impreso todas y cada una de las palabras que jamás se dijeron.

—No vuelvas a dejarme, cielo, porque no imagino la vida sin estar a tu lado, he jurado ante Dios que te amaría para toda la vida y así lo voy a cumplir.

—Nunca ha sido mi intención lastimarte al alejarte de mí, te amo y eres el amor más grande de mi vida. Te amaré para siempre.

La mañana de Navidad, Sharon abrió el obsequio que le había dado el Santa Claus del centro comercial, en él había un colgante en forma de una familia, dos adultos tomando de la mano a una pequeña. En la parte trasera, tenía grabada una leyenda que decía: «La magia está en tu corazón».

Y así era, la magia siempre estuvo ahí, como una flama tratando de no apagarse, giró la vista y vio a su esposo dormido a su lado, mientras se acariciaba su vientre aún plano, ese era su mayor anhelo del corazón y su deseo por Navidad.

Sharon es un personaje secundario en la novela Enamorándonos, que será publicada próximamente.

<https://www.facebook.com/vanessa.lorrenz>

Son muchos los personajes secundarios que nos roban un trocito del corazón y nos dejan con ganas de saber qué fue de ellos. Os invitamos a conocer su historia de amor en esta antología de relatos cortos escritos con cariño, llenos de pasión, sentimiento y dulzura y con un romántico final feliz.



Blancas navidades, frío que cala los huesos, decoraciones alusivas, el típico muérdago, anécdotas, navidades distintas... Época de unión, de amistad, de dar y recibir, de amor...

La Navidad tiene ese guiño de magia que hace que todo sea posible.

Y cuando la imaginación vuela y las palabras se plasman en historias que nos llevan a sentir el encanto de esta fecha tan especial, nada es imposible.

Por eso, desde Selecta, queremos haceros llegar esta recopilación de relatos navideños donde encontraréis algunos personajes o lugares que solo pudisteis disfrutar de pasada en algunas de las novelas publicadas por el sello.

Esta Navidad es la oportunidad para conocerlos más.

Alina Covalschi nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid. Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias. Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Su género favorito es el romance. Entre sus aficiones está dibujar, escribir, leer y viajar. Echa un vistazo a su página de Facebook para más información.

Ana F. Malory escribe también como Ana Fernández. Nació en Gijón, Asturias, un 23 de agosto de 1970, aunque creció en Piedras Blancas, una pequeña población cercana a Avilés. “Mi afición por la escritura viene de un momento de mi vida que en el que tenía demasiado tiempo libre. Así que un día cogí papel y lápiz y comencé a escribir una historia romántica, de esas que tanto me gustaba leer desde hacía ya muchos años. Una historia me llevó a otra y así hasta que me encontré con cinco relatos que guardé con mucho cariño, pero sin intención ninguna de que pudieran ser leídos por alguien. Unos años después sentí deseos de compartirlos y, tras muchas dudas y repasos, decidí colgarlos en internet y me sorprendió muy gratamente la buena acogida que tuvieron.”

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Ha escrito durante toda su vida, y desde los veinte años siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez. Fue ella quien le animó a

publicar en Internet, y las muchas lecturas y comentarios que recibieron sus escritos le animaron a autopublicar y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde fueron publicadas. A partir de este momento, su trayectoria como escritora del género ha sido imparable vendiendo miles de ejemplares de cada una de sus novelas y recibiendo una excelente acogida por parte de los lectores.

Andrea Muñoz Majarrez. Traductora nacida en Madrid en 1987. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido. Vivió durante un año como estudiante Erasmus en Polonia, y cuatro años en Reino Unido trabajando como profesora de español y traductora de inglés. Gracias a esto, ha podido conocer diferentes culturas y perfeccionar idiomas. Le apasiona la literatura desde que era adolescente, y empezó escribiendo artículos sobre literatura, traducción y viajes en su propia página web. Además, forma parte de un canal de Youtube y Podcast, dedicado a videojuegos y cine, sus otras pasiones.

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983 y es lectora acérrima del género romántico en todas sus versiones. Es Licenciada en Arquitectura e hizo un Máster en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Su primera bilogía, *La Droga más dura*, vio la luz en 2017. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

Antonio Sánchez trabaja como Asesor de Microinformática en el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo en Sevilla. Es fotógrafo y videógrafo colaborador en las principales agencias de bancos de imágenes, con

fotografías vendidas en todos los rincones del planeta desde Los Angeles, Nueva York, Londres, París, Berlín hasta Tokyo, Hong Kong o Sidney. Tiene dos premios por fotografías de aves. De joven escribe, actúa y dirige obras de teatro, lo que le valió quince días de permiso cuando estuvo en el ejército. Ahora escribe guiones, actúa y dirige cortos que publica en su canal de youtube. Bibliófilo empedernido cuenta con más de cinco mil títulos en su biblioteca particular.

Ava Cleyton está ligada a la literatura en cuerpo y alma. Licenciada en Filología Hispánica por la UNED, ha desarrollado toda clase de actividades relacionadas con el apasionante mundo de las letras. Su primera novela *El tiempo de la razón perdida*, fue publicada en 2009. Mujer comprometida Ava ha autopublicado *Koke, diario de un valiente*, e-book. Diversos reconocimientos en el camino demuestran su valía. Estos son algunos de ellos: Primer premio en Certamen literario 4º aniversario Atento Toledo con el relato *Patente de Corso* (2010), Finalista Concurso Miguel Delibes (Atento nacional) con *El marido engañado y la teleoperadora excelente* (2011), Premio Narrativa Corta Palabras de Mujer 2012 con *Lunas Vacías...*

Begoña Gambín. Nací en Alicante en 1964. Casada y con dos hijos, soy una lectora voraz desde que mi abuela me inició en la lectura con las inmortales novelitas rosas de Corín Tellado y Carlos de Santander, aunque mi afición por la lectura me llevó a leer todo tipo de géneros. Hace bastantes años que me entró el gusanillo por escribir, sin embargo, mis trabajos (el de mi empresa y el de casa) no me dejaban tiempo para dedicárselo. Hace unos años (ahora tengo más tiempo libre) descubrí la nueva novela romántica y con ella, un nuevo género para escribir que me apasiona.

Betina Shabliko nació en Buenos Aires donde reside actualmente y se desempeña como Traductora literaria de inglés y docente de idioma extranjero. Vivió tres años en Italia, época en la que tomó cursos de Arte y estudió teatro. Dada su pasión por el séptimo arte y la fotografía, sus narraciones se caracterizan por tener un fuerte componente audiovisual. Disfruta más en contacto con la naturaleza que en la ciudad, y desde pequeña se ha visto envuelta en innumerables líos por defender a los animales, por lo que hoy día expresa su amor por ellos a través de sus personajes, en un incansable intento de crear concienciación.

Bruno Puelles. Dramaturgo con seis obras teatrales estrenadas hasta la fecha, puestas en escena por distintos grupos de Tenerife además de su propia compañía madrileña. Tiene experiencia como actor y director. Actualmente, es profesor de teatro en Madrid.

Camilla Mora reside en Buenos Aires, Argentina junto a su familia y sus diversas mascotas. Ama a los animales, por lo que tiene unos cuantos en casa, y cree en sus derechos como en los de cualquier individuo. Es vegana por convicción desde hace varios años. Le encanta el arte en todas sus manifestaciones: pintura, música, fotografía, cocina, cine y escritura, y a esas prácticas se dedica con pasión en su tiempo libre. Sin embargo, desde muy temprana edad se ha visto fascinada y cautivada por la lectura, y por el género romántico en particular. Poco tiempo después descubrió que podía crear sus propias historias, sus propios mundos, en los que zambullirse y vivir nuevas y las más diferentes experiencias.

Catherine Brook es el seudónimo bajo el que escribe esta joven autora

venezolana. Estudiante de arquitectura, disfruta del romance desde que tiene uso de razón. Siempre le han gustado las novelas con final feliz y fue después de leer *Bodas de odio*, de Florecia Bonelli, que se enamoró del género histórico y todas sus autoras. Cuando se le presentó la oportunidad de publicar en *Wattpad*, jamás se imaginó tal aceptación y, gracias a ello, ha dado rienda suelta a esta pasión, pues en su opinión, no hay nada mas mejor que una bella historia de amor con final feliz.

Chris de Wit. Nací en Córdoba, Argentina pero crecí en Paraná, Entre Ríos. Allí ejercí mi profesión de ingeniera agrónoma por muchos años hasta que emigré de mi país para casarme con mi esposo, que vive en Dinamarca. Tenemos dos hijos maravillosos, y gozamos de la compañía de nuestra perra y tres gatos. Hace unos años, me licencié como pedagoga y trabajo en una escuela, donde también doy clases de teatro y español. Medito y estoy muy conectada con la cultura maya. Desde muy pequeña he sido una voraz lectora de libros de diferentes géneros, pero es en el año 2010 donde descubro el género de la novela romántica y me apasiono completamente con él. Al poco tiempo, decido escribir mis propias historias.

Chris Razo nació en Madrid el 7 de enero de 1990. Apasionada de la literatura, estudia Filología Hispánica en la Uned, compaginándolo con su trabajo, su familia y su hijo pequeño. Enamorada de la novela romántica comenzó a escribir desde muy pequeña, pero no fue hasta hace dos años cuando se decidió a autopublicar su primera novela. Desde entonces no ha parado de escribir.

Christine Cross es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa

ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre al ritmo del corazón. Twitter: @martaljn; Blog: <https://martalujan.wordpress.com/>

Yolanda Díaz de Tuesta Martín nació en Bilbao y firma solo como “Díaz de Tuesta” porque ya es lo bastante largo. Además, siempre le ha gustado ser original. Sus géneros preferidos son los relacionados con lo fantástico, en todas sus formas (terror, cifi, fantasía), pero también el romántico de calidad. Es autora de un buen número de relatos, algunos premiados en concursos. Muchos de ellos forman parte del recopilatorio *De terrores y otras alegrías...* Y, bueno, entre tecla y tecla, mientras tejía palabras y párrafos formando historias, ha sido nieta, hija, hermana mediana, novia, tía, esposa y tantas otras facetas que componen una vida.

Eleanor Rigby es el seudónimo bajo el que escribe una andaluza amante de las letras. Le apasiona la historia, el arte y la música, y durante muchísimo tiempo también la danza, que practicó durante diez años en un conservatorio superior. Actualmente estudia Historia del Arte en la Universidad de Granada, e intenta crear un estilo propio que abarque todos los subgéneros románticos posibles.

Eneida Wolf es el seudónimo bajo el que escribe esta barcelonesa nacida en 1991. Graduada en Derecho, posteriormente hizo el máster de AGT. Participó

en muchos de los juegos florales de su colegio y posteriormente colaboró en la revista de la universidad. Apasionada de la historia, de culturas distintas, viajera incansable y cinéfila. Lectora voraz, le gusta sumergirse en sí misma para crear distintos mundos que plasma en sus historias.

Eva Benavídez. Tengo veintinueve años. Vivo en Córdoba, Argentina, junto a mi esposo y mi hijo. Estudié Relaciones públicas, ceremonial y protocolo. Mi pasión es la escritura desde que a los doce años leí un libro que marcó mi vida: *El diario de Ana Frank*. Comprendí entonces que la lectura, pero sobre todo la escritura, iban a ser el refugio y la constante en mi vida. Dios es la fuente de mi inspiración y mi sostén. Mi motivación mi familia, y mi vocación poner en letras las voces de mi alma.

Fabiola Arellano nació en Aguascalientes México, en 1979. Estudió Informática, aunque su verdadera pasión siempre ha sido escribir. Trabajó en la radio, en el departamento de creatividad, diseñando campañas publicitarias y haciendo guiones para comerciales. Más tarde fue asistente de producción de un programa matutino en *Televisa Aguascalientes*, y posteriormente estuvo en la comisión de filmaciones. Y fue allí donde una compañera y amiga le preguntó si alguna vez había pensado en escribir como profesión. Y a partir de ahí inició su carrera como escritora.

Francine J. C. (Tarragona 1974). Es la quinta de seis hermanos. Casada y madre de dos hijos. Le gusta dar largos paseos por el río y pintar al óleo. Siempre encuentra el momento para disfrutar de una novela, sobre todo de las románticas. De mente soñadora, siempre activa y creadora de historias, animada por su marido empieza a escribir en 2015 y finaliza su primera

novela, disfrutando, como nunca, de cada línea que escribía, y tras lo cual, es consciente de que no podrá dejar de hacerlo nunca. Actualmente vive con su familia en Ourense.

Gabriela Cano es una joven escritora nicaragüense, nacida un 29 de septiembre de 1994. Licenciada en Química Farmacéutica. Se considera una chica super fangirl, creativa y extremadamente soñadora. Su amor por la lectura, así como sus escritoras favoritas, sembraron en ella la curiosidad e ilusión por crear sus propios mundos. Fue de esta manera como el destino la empujó a descubrir su verdadera pasión: La escritura. Compartió sus primeras historias juveniles en una famosa plataforma de lectura digital y desde ese momento no ha parado de escribir. Le encanta aprender idiomas extranjeros, siendo el inglés su favorito. Tiene un enamoramiento con la ciudad de Paris, lugar que espera visitar algún día. Disfruta pasar tiempo con su familia y amistades cercanas. Entre el arte que más ama, se encuentra la música, la cual es una constante en su vida, por lo que siempre procura que sus novelas estén conectadas con el mundo musical. Sus cantantes favoritos son: la boy band británica-irlandesa One Direction, Shawn Mendes y su ídolo máximo es ¡Taylor Swift! Quien ha sido su mayor inspiración. ¡Ama tanto las canciones de Taylor que no puede pasar un solo día sin escucharla!

Iris Romero Bermejo. Compagino mi trabajo en una empresa de catering con la razón que me impulsa a levantarme por las mañanas, que es escribir. Si quieres saber quién soy, solo tienes que buscarme cualquier mañana en el metro rumbo al trabajo con las gafas puestas y un libro entre mis pequeñas manos. Estudié Educación Social y Caracterización, con la intención de “maquillar” un poco la sociedad, pero tras años intentando encontrarme en los más variopintos trabajos, tuve que rendirme ante lo inevitable. Me gusta

escribir. Me puedes encontrar en las redes sociales como “*La Rata Careta Escritora*”.

Isabel Jenner nació en Madrid en el verano de 1986. Enamorada de las letras y de países lejanos, se licenció en Traducción e Interpretación y en Estudios de Asia Oriental, con especialidad en Japón. Gracias a una beca, pudo cumplir su sueño de vivir en Tokio, aunque no desarrolló todas sus habilidades ninja por el bien de la humanidad. Los libros son su transporte favorito a la emoción y a la aventura, y cree que las palabras no están hechas de tinta, sino de pura magia. Su primera novela, *Oriente en tus ojos*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Ivette Chardis descubrió desde muy pequeña que aparte de leer, lo que más le gustaba era escribir. La llenaba de paz y la envolvía de una esperanza alentadora. Enseguida advirtió que el pasado la intrigaba, era esa parte oscura que se escondía a los ojos de los demás lo que más le atraía, y por eso decidió estudiar historia. Nunca dejó de escribir, se presentó a algún concurso que otro de relatos y llegó a ser mención de honor. Escribió artículos para blogs y portales de Internet, colaboró en radio y en televisión, hasta dio clases de escritura creativa. Pero otra trama más importante la mantuvo ocupada, su propia vida. El amor la alcanzó muy joven, enseguida adivinó que estaba ante su príncipe y no dejó pasar su oportunidad. Las circunstancias, la familia, la alejaron cada vez más de su pasión: contar historias. Hasta que un día su hija le preguntó: «¿Mamá por qué no escribes una novela?». Y se dio cuenta de que había llegado el momento.

Jimena Cook nació en Madrid. Cursó sus estudios en la Universidad

Complutense licenciándose en Periodismo. Su interés por la lectura comenzó a muy temprana edad, empezando a escribir pequeñas historias y presentándose a concursos de relatos de los cuales llegó a ser finalista en dos de ellos. En la actualidad, compagina su vida familiar y laboral, con su gran pasión, la escritura.

Julianne May nació en diciembre de 1985, en Buenos Aires, Argentina, lugar en el que reside con su marido, su hija y su perrita. Le encanta estudiar, es titulada en RRPP y actualmente está cursando Filosofía. Le apasiona el cine y la literatura. Su primer libro, el que jamás olvidará, es *Azabache*, de Anna Sewell, que no pudo leer hasta más mayor, pero del que inventó su propia historia con sus imágenes. Tampoco olvidará que La Cenicienta fue la primera película que vio montones de veces en su infancia. Son muchos los géneros de lectura que le gustan, sin embargo, las novelas románticas son las que le encantan... ¡y escribirlas aún más! Los animales son una de sus debilidades. Su color favorito el violeta y la cocina una de sus pasiones, aunque está convencida de que es una cuestión de karma. Su sitio web: www.juliannemay.com.ar

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.

Laura A. López nació en la ciudad de Luque, Paraguay, el 05 de Julio de 1988, actualmente reside en la misma ciudad. Se graduó en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, está casada y tiene una hija. Se inició en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente *El ente*, de Frank De Felitta, y luego Juan Salvador Gaviota. Hace unos años encontró una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leyó todos los del género romance de época, por lo que decidió participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuenta con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género *chick-lit*.

Mairi Duan nació en Don Benito (Badajoz) un 23 de enero de 1963 en el seno de una familia numerosa. Con cinco años se trasladó a Madrid y posteriormente a Alcalá de Henares, donde actualmente reside junto a su marido y su hijo. Su afición por la lectura la llevó a escribir las historias que circulaban por su imaginación. Entre sus aficiones, además de la lectura, están las manualidades, acuariofilia, y por supuesto escribir.

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Aficionada a la literatura, el cine, el teatro y de las buenas series su imaginación trabaja sin parar. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*. En enero de 2017 publicó su primera novela de misterio *Dos calles más abajo*, y en julio llegaría *Pasado Imperfecto*, su segunda incursión en el género.

Marcia Cotlan nació en Oviedo en 1975. Estudió Filología y en la actualidad

se dedica a la docencia. Escribe desde muy pequeña (poesía, relato, novela de misterio), pero no se atrevió con la novela romántica hasta hace cuatro años. Se decanta, especialmente por la romántica histórica y el suspense romántico, aunque ahora también está escribiendo contemporánea. En 2013 publicó *Corazones heridos*.

Mari Díaz (Venezuela 1969). Abogada de profesión (especialista en derecho laboral) y escritora de corazón. Desde niña escribía sus propios cuentos, siendo este un pasatiempo hasta hace dos años que optó por la autopublicación y recibió una buena acogida por parte de los lectores. Decidió entonces hacer realidad su anhelo de ser escritora. Es idealista, creativa, ama la libertad y mantiene su mundo equilibrado gracias a los libros. Le fascinan las novelas románticas y detectivescas, así como la buena música. Piensa que un libro siempre debe ir acompañado de un tema musical y, por supuesto, un café. *“Donde muchas personas ven un gran abismo, yo veo la posibilidad de construir un puente inmenso”*. Escribe también bajo el seudónimo de J. M. Day.

Maria Ferrer Payeras nació en Mallorca en 1973. De niña prefería pasar los días metida en su casa con un libro que salir a la calle a jugar. Con el paso del tiempo su pasión por los libros no ha disminuido ni un ápice. Aparte de leer, sus mayores aficiones son hablar sin parar e inventar historias, la mayoría de las veces inverosímiles y exageradas, pero que por lo general se quedan cortas al compararlas con la realidad. Es enfermera, trabaja en el Hospital Son Llàtzer de Palma, y en sus novelas suele aparecer siempre alguien desempeñando esa profesión. En la actualidad vive en Ses Salines, Mallorca, con su marido y sus dos hijos, que son su alegría diaria.

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Marian Viladrich (Madrid, 1978). Estudió Periodismo y tiene un Máster en Literatura Española por la Universidad Complutense de Madrid. Inició su carrera profesional en Radio Nacional de España, conduciendo programas de música clásica. Después ha trabajado en prensa escrita e internet y edita un blog sobre maternidad y literatura infantil. Su primera novela, *La chica de su hermano*, quedó finalista en el VIII Premio de Novela Romántica Vergara-RNR. Lectora voraz de distintos géneros, le apasionan las novelas románticas, la música rock y la fotografía.

Marion S. Lee es el seudónimo con el que escribe esta autora nacida en Cádiz, en 1970. Técnico en Relaciones Públicas, trabajó como secretaria de dirección y gerente de una empresa durante años. Comenzó escribiendo pequeños relatos de aventuras cuando era una adolescente y siempre soñó con escribir aquellas escenas que poblaban su mente. Lectora empedernida, le apasiona el género romántico, y se decanta por el romance contemporáneo para contar sus propias historias. Escribe de manera regular en la red desde hace más de 16 años. Actualmente vive en San Fernando (Cádiz), con su marido y sus dos hijos, y continúa imaginando historias que, espera, poder escribir algún día.

Mavi Tomé. Licenciada en Derecho por la UMA, Máster en PRL y Máster en y Asesoría Laboral, oposita al Cuerpo de Gestión de la Administración Civil del Estado. Es una apasionada de la Historia de España y de las Monarquías Europeas, pasión que combina con la escritura.

Anteriormente, ha participado en dos libros colaborativos: *Encrucijadas y Palabras Mayores*; también ha escrito un libro de cuentos: *Cuentos para Noches de Invierno*. *La Menina del Louvre* es su primera novela y espera que no sea la última.

Mayte Pascual (Abril 1979). Nació en Madrid, donde vive actualmente junto a su marido y sus dos hijos. Estudió periodismo y realización de televisión. Aunque ha trabajado en varios sectores, siente predilección por la edición de video, otra forma de escribir historias, pero con imágenes, trabajo que compagina con la corrección de textos. Ávida escritora y devoradora de libros, descubrió su amor por la escritura ya de niña, cuando las historias que leía no eran suficientes y los libros le duraban un suspiro.

Mía Martín nació hace treinta y seis años en Santa Cruz de Tenerife, pero desde niña reside en la isla vecina, Gran Canaria, es licenciada en Derecho, madre de una pequeña guerrera y una lectora voraz; que escribe en su tiempo libre sobre el amor y otros misterios.

Mina Vera es el seudónimo que utilizo para firmar mis obras, centrándome principalmente en novela romántica, en casi todos sus subgéneros. Nací en Bilbao en junio de 1981, y desde entonces ya no pude estarme quieta. El interés por la creatividad y la redacción me llevó a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad del País Vasco, aunque el mercado

laboral me ha llevado a trabajos más comerciales que creativos. Tal vez por ese motivo, acabé fusionando esa inquietud creativa con mi pasión por la lectura. Así que un día, comencé a escribir esas historias que revoloteaban por mi cabeza.

Mimi Romanz es el seudónimo que esta autora utiliza para sus novelas. Nació un 2 de enero, en Buenos Aires, Argentina. Es una escritora que disfruta con el hermoso proceso de crear una obra. Si bien estudió una carrera muy alejada del mundo de las letras, la pasión por la escritura siempre estuvo en ella. La timidez ha sido algo que siempre la ha acompañado y caracterizado, es por ello que encontró en la escritura una forma de sacar lo que no podía decir de frente. Miles de nuevas historias siguen creándose en su mente, aunque las relegue a unos pequeños bocetos y las archive en el ordenador a la espera de ser retomadas. También es correctora literaria.

Nadia Noor (1977). Es originaria del Europa de Este, pero desde hace más de veinte años vive en Valencia. Es ingeniera técnica y tiene un máster en Políticas de Integración Ciudadana. Trabaja en el departamento de exportación de una empresa y dedica todos sus ratos libres a escribir, que es su gran pasión. Tiene tres novelas publicadas con varias editoriales.

Nekane González nació en Logroño (1976), aunque pronto salió de allí para hacerse ciudadana del mundo, como ella se describe. Siempre le gustó escribir y lo hizo, pero es en su madurez cuando su primera novela *A mí del amor, que no me hablen* (marzo, 2016) pudo ver la luz en el mercado literario con un éxito rotundo, agotando las existencias de la primera edición en apenas un mes. Ha colaborado en la antología solidaria *Cuentos para soñar* (abril,

2016) con un relato corto titulado «El beso de la vida». *E-mail para papá Noel* (noviembre, 2016) es su segunda novela publicada y ya prepara, a petición de sus lectoras para el 2017, la segunda parte de su primera novela. Madre de dos niñas con las que disfruta todo el tiempo que puede y con el resto de sus seres queridos, aunque eso sí, no desaprovecha ningún momento libre para hacer lo que más le gusta, que es escribir.

Nieves Hidalgo es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Nuria Espert Más. Nacida en Valencia en 1962. Profesora y logopeda. Trabaja ayudando a niños con problemas de comunicación. Siempre que tiene oportunidad les cuenta cuentos, pues cree que es fundamental que los niños crezcan rodeados de buenas historias. Ha publicado el libro infantil *Dulces sonrisas dormilonas*. Ha escrito *Las mareas del tiempo*, una novela juvenil sobre el acoso escolar. “Con mi segunda novela, *Un rincón del corazón que nadie pisa*, espero hacerte llegar un poco de mí y el deseo de que quieras, a través de sus páginas, dejarte llevar y sentir el vuelo de las mariposas”.

Nuria Rivera nació en Badalona (Barcelona), en 1967. Reside en Barcelona. Es psicóloga especialista en psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos. La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).

Olga Hermon. Soy mexicana. Vivo y resido en la ciudad de Hermosillo, Sonora. A la edad de quince años descubrí el mundo del romanticismo escrito con la primera historia de amor que leí, a partir de entonces, devoré cuanta novela cayó en mis manos y hasta la fecha, sigue siendo mi pasión. Pero poco a poco fue creciendo en mí una necesidad. De pronto descubrí que deseaba ser yo misma la que creara las historias; soñaba con ser la responsable de hacer vibrar los corazones de los lectores con mis propias novelas. Fue así como 2010, después de descubrir RNR, me atreví a iniciar este fascinante transitar. Doy gracias a Dios porque ha estado conmigo, poniendo en mi camino a personas increíbles que han guiado mis pasos.

Paula Alaimo. Soy Argentina y nací en Capital Federal el 24 de marzo de 1970, estoy casada y tengo un hermoso varón. Me recibí de Locutora Nacional y trabajo como Asistente Administrativa. Desde chica disfruté de la lectura y cada tanto escribía pequeñas notas, situaciones que no pasaban de las dos

carillas, en el año 2014 comencé a dibujar una historia, y a partir de ahí no pude parar. Por suerte la diosa de la inspiración no me ha abandonado, seguimos haciendo camino tomadas de la mano.

Facebook: <https://www.facebook.com/autorapaula.alaimo>

Instagram: @paulaalaimo

Twitter: @PaulaAlaimo

Pilar Piñero Mateo es una escritora catalana que nació en Barcelona el 10 de julio de 1971. Ejerció durante quince años de educadora infantil y actualmente es escritora. Reside en L'Espluga de Francolí, Tarragona, con su amor de juventud, sus hijos y un perro. En verano de 2016, decidió aventurarse a escribir sobre el amor por ser un sentimiento que conoce bien y, como lectora empedernida y escritora de novela romántica, un final feliz es imprescindible en sus historias. Próximamente, el grupo editorial Penguin Random House y Selecta, publicaran su primera novela *Voy a volverte loco* y posteriormente lo hará *Tú eres mi lugar favorito en el mundo*

Priscila Serrano nació el día 11 de noviembre de 1985 en la ciudad de Málaga, España. Es una mujer de 33 años, casada y con un hijo al que adora. Toda su vida ha estado dando tumbos sin saber qué hacer, hasta que un día, y sin pensarlo dos veces, decidió adentrarse en el mundo de la literatura, convirtiéndose en autora de romántica y new adult.

Reina González Rubio. Nacida en Bizkaia desde pequeña le gustaba inventar pequeñas historias e imaginar que algún día se pudieran plasmar en una hoja en blanco. Licenciada en Ciencias de la información por la Universidad del País Vasco ha ejercido su labor de profesional en diferentes medios de prensa

escrita, siempre sus entrevistas, sus reportajes y sus crónicas han tenido un marcado carácter social y solidario. Autora de un libro de relatos *Un atardecer como cualquier otro y otros cuentos* en la actualidad da clases de escritura creativa y continua su labor solidaria impartiendo clases de español a colectivos de emigrantes.

Rocío Mulas nació en un pueblo a las afueras de Madrid en 1991. Su pasión por la escritura comenzó a los ocho años, cuando escribía pequeñas historias con la máquina de escribir de sus padres. A los doce, tras leer a Susan E. Hinton, se atrevió con lo que ella creía, era su primera novela, aunque ahora lo considera un relato largo. Sus profesores le animaron a presentarse a concursos literarios, en los que ganó algún premio, y a los 16 escribió su primera novela, *El Misterio de Adam Mitchel*, publicada en 2014. Actualmente es maquilladora profesional, pero sabe que la imaginación le desborda cada día, y que nunca dejará de ser escritora.

Ross Callum es el seudónimo de la autora cordobesa Rosa María Calvo Luque. Correctora de textos y lectora voraz desde la infancia, vive en la ciudad andaluza con su marido, dos hijas, un perro y dos cobayas. A través de la plataforma Wattpad, presentó el borrador de su primera novela, *El corazón del highlander*, un *time travel* desde el Nueva York contemporáneo hasta el año 1567 en las Highlands escocesas, basado en un hecho real, en el que combina el romance y la ambientación histórica con pinceladas *chick-lit* de la narrativa más actual, y que recibió un premio Watty 2016 con solo siete capítulos publicados. Desde entonces, ha participado en varias antologías junto a otros autores, ha sido jurado en diversos concursos literarios, colaboradora en revistas digitales y traductora. Rossalyn adora la historia, la música antigua, la magia y el chocolate, y busca la forma de saltar las barreras

del tiempo para unir el pasado y los mundos imaginarios con la realidad.

Ruth M. Lerga es de Sagunto. Hija de maestros, se aficionó a la lectura gracias a su madre. Lectora voraz y aficionada a las historias de amor, empezó a escribir en 2010, cuando un problema de salud la obligó a permanecer postrada durante muchos meses. El resultado fue *Cuando el corazón perdona*, una novela con la que ganó el Premio Vergara-El Rincón de la Novela Romántica. La serie que comenzó con aquella novela, continuó con *Cuando el amor despierta* y tuvo su conclusión en *Cuando la pasión espera*, todas ellas publicadas en Ediciones B. A ellas hay que sumar *Atados por error* y *Una última temporada*; en esta, Ruth M. Lerga nos deleita con la arrebatadora historia de amor entre dos de los vástagos de Julian y April (*Cuando el amor despierta*) y James y Judith (*Cuando la pasión espera*).

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Sandra Heys. Nací en la ciudad de Antofagasta. A veces pienso que me he pasado la vida leyendo. Creo haber leído de todos los géneros habidos, pero siempre mis favoritos han sido la novela policíaca y la romántica, siendo esta última mi preferida. Estudié Contabilidad, creo que hay muy pocas

profesiones que sean tan poco románticas como la contabilidad y estaría de acuerdo conmigo misma si no fuera porque a mi amado esposo lo conocí gracias al aburrido trabajo contable.

Valeria Naya. Nació en La Plata el 7 de diciembre de 1971. Desde muy pequeña se sintió atraída por la literatura. Ávida lectora de cuanto libro encontrara armaba narraciones orales, que mucho más tarde se animó a plasmar en papel. La lectura de las novelas románticas llegó recién en la adolescencia, pero alternaba con géneros y autores diversos. Al momento de elegir su carrera la vocación docente y la literatura fueron significativas. Cursó en la misma ciudad de diagonales que la vio nacer, en la Universidad Nacional de La Plata, donde se graduó con el título de Profesora en Letras. Dictó clases en Escuelas Secundarias, participó como Jurado de Literatura en los Torneos Bonaerenses desde 2008 al 2012, donde además realizó talleres de escritura en los Encuentros Regionales. Su novela *Alma. Amor en la tormenta* es su primera incursión en el género romántico.

Vanessa Lorrenz es una autora mexicana nacida en Coatepec, Veracruz, el 20 de enero de 1987. En la actualidad reside en Veracruz. Es licenciada en ciencias de la educación. Sus grandes pasiones son la lectura y la docencia. Es una apasionada de la novela romántica y fanática de muchas escritoras de este género. Tiene varios títulos publicados en diferentes plataformas y su intención es seguir publicando nuevas novelas.

Edición en formato digital: diciembre de 2018

© 2018, Alina Covalschi, Ana F. Malory, Ana María Álvarez Estévez, Andrea Muñoz Majarrez, Anny Peterson, Antonio Sánchez, Ava Cleyton, Begoña Gambín, Betina Shabliko, Bruno Puelles, Camilla Mora, Catherine Brook, Chris de Wit, Chris Razo, Christine Cross, Díaz de Tuesta, Eleanor Rigby, Eneida Wolf, Eva Benavidez, Fabiola Arellano, Francine J. C., Gabriela Cano, Iris Romero Bermejo, Isabel Jenner, Ivette Chardis, Jimena Cook, Julianne May, Kathia Iblis, Laura Adriana López, Mairi Duan, Mar P. Zabala, Marcia Cotlan, Mari Díaz, María Ferrer Payeras, Marian Arpa, Marian Viladrich, Marion S. Lee, Mavi Tomé, Mayte Pascual, Mía Martín, Mina Vera, Mimi Romanz, Nadia Noor, Nekane González, Nieves Hidalgo, Nuria Espert Más, Nuria Rivera, Olga Hermon, Paula Alaimo, Pilar Piñero, Priscila Serrano, Reina González Rubio, Rocío Mulas, Ross Callum, Ruth M. Lerga, Sandra Bree, Sandra Heys, Valeria Naya, Vanessa Lorrenz

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-95-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Amor en Hogmanay (Año Nuevo en Escocia)

[1] Vino caliente con especias.

[2] Típicas galletas de mantequilla escocesas.

Índice

Antología de relatos románticos Navidad 2018

- Alina Covalschi. ¿Papá Noel o novio?
- Ana F. Malory. Esta noche es Nochebuena
- Ana María Álvarez Estévez. Los deseos se cumplen a veces
- Andrea Muñoz Majarrez. La nevada y un beso
- Anny Peterson. Serendipia navideña
- Antonio Sánchez. El hombre rama
- Ava Cleyton. Alma viva: ¿culpable o inocente?
- Begoña Gambín. La magia de la Navidad
- Betina Shablíko. Brisa de Navidad
- Bruno Puelles. Recuerdos
- Camilla Mora. Corazones completos
- Catherine Brook. Regalo de Navidad
- Chris de Wit. Por amor a Emma
- Chris Razo. Besos con sabor a chocolate
- Christine Cross. Un amor por Navidad
- Díaz de Tuesta. El instante mágico
- Eleanor Rigby. Un beso bajo el muérdago
- Eneida Wolf. Relato navideño
- Eva Benavidez. Sueño de Navidad
- Fabiola Arellano. La estrella en el árbol
- Francine J. C. Besos en Navidad
- Gabriela Cano. El efecto de la Navidad
- Iris Romero Bermejo. De la Navidad a la eternidad
- Isabel Jenner. Copos de sol (Una Navidad en la India)
- Ivette Chardis. La contadora de emociones

Jimena Cook. Regresaré por ti
Julianne May. Sorpréndeme
Kathia Iblis. En brazos del pasado
Laura Adriana López. Vientos de medianoche
Mairi Duan. Una grata sorpresa
Mar P. Zabala. Un té con libros
Marcia Cotlan. La herencia
Mari Díaz. Una Navidad junto a ti
María Ferrer Payeras. Me faltas tú
Marian Arpa. Amor en Hogmanay (Año Nuevo en Escocia)
Marian Viladrich. Reencuentro en Navidad
Marion S. Lee. La tradición navideña
Mavi Tomé. La danza de la nieve
Mayte Pascual. La amiga... ¿invisible?
Mía Martín. No sé qué nombre darte en mis sueños
Mina Vera. Un encuentro succulento
Mimi Romanz. Secreto a medias
Nadia Noor. Dulce como la muerte
Nekane González. Un encuentro inesperado
Nieves Hidalgo. No creo en Papá Noel. ¿O sí?
Nuria Espert Más. Un hilo de seda rojo
Nuria Rivera. Un encuentro inesperado por Navidad
Olga Hermon. Una segunda oportunidad
Paula Alaimo. Un regalo inesperado
Pilar Piñero. Pide un deseo
Priscila Serrano. Si me miras para siempre
Reina González Rubio. La llamada
Rocío Mulas. Lo que trae la tormenta
Ross Callum. La promesa
Ruth M. Lerga. Su segunda temporada

Sandra Bree. Feliz Año Nuevo

Sandra Heys. Una boda en Navidad

Valeria Naya. El rostro del amor

Vanessa Lorrenz. Un deseo por Navidad

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos

Notas